
Serie Beamont 3
Fuego en la sangre
Sarah Scott

FUEGO EN LA SANGRE

SARAH SCOTT



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Fue forjada en la derrota, marcada por la culpa y perseguida por el hombre que debía amarla.

Las llamas consumen las murallas de Lacy y, entre el estruendo de la guerra, Sibyl pierde a su padre, su hogar y su nombre. Cautiva del vencedor, prometida por la fuerza al hombre que destruyó su mundo, comprende que la única salida es huir… aunque para lograrlo deba convertirse en alguien más.

Oculta bajo ropas masculinas, perseguida por sus enemigos y por su propia culpa, Sibyl inicia una huida desesperada. Pero el destino no ha terminado con ella. Tras su rastro cabalga Godwin Fenwick, el caballero que ejecutó a su padre y que ahora la busca para reclamarla como esposa. Lo que para él es deber y redención, para ella es humillación y venganza.

Entre la lealtad y el deseo, entre el pecado y el perdón, ambos descubrirán que el amor puede ser tan devastador como la guerra que los separa.

Solo uno de los dos volverá a Lacy con el alma intacta.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Capítulo 1

Finales de junio de 1194

Algo pesado golpeó la cama y una puerta se cerró de golpe. John de Lacy se sobresaltó, arrancado de su fiebre y su ensimismamiento. Desde el pasillo exterior, a la izquierda de la puerta de su dormitorio, llegaban gritos aterrados.

¡Un ataque!

Se incorporó con violencia. La herida de su costado se reabrió, destrozando el delicado bordado que su hija había cosido. Un dolor ardiente se extendió cuando las vendas que ceñían su enorme abdomen se empaparon de sangre. La oscuridad lo envolvió, pero el dolor, cruel y persistente, lo mantuvo consciente. Era el eco de su pecado.

«Rompejuramentos», se maldijo. Apoyó la espalda en el cabecero, jadeando, y miró con desaliento las oscuras cortinas que lo rodeaban. Aquellos gritos en el pasillo no provenían de un enemigo. Era el justo castigo de Robert de Beamont para el vasallo que había osado alzar la espada contra su señor feudal.

La vergüenza le ardía en las entrañas, más abrasadora que la infección que lo consumía. Aunque aquella herida no acabara con él, su vida ya estaba perdida. Había hecho algo peor que quebrantar su juramento de lealtad: había traicionado todos los principios que alguna vez defendió.

Dios mío, qué necio había sido. Su nueva esposa lo había enredado con su cuerpo y su dulzura hasta volverlo loco de deseo, ciego ante las mentiras. Con qué facilidad había manipulado su temperamento impulsivo y su escaso juicio, convirtiéndolos en su arma. Al menos, por lo que alcanzaba a oír desde el salón, el intento de asesinar a Robert había fracasado.

John escuchó con tristeza impotente los gritos que se acercaban. Todas las almas dentro de los muros de Lacy pagarían por su ira insensata. Entre aquel caos, distinguió unas pocas voces que daban órdenes. Su hija debía de estar entre ellas.

Sibyl.

Cerró los ojos, y las lágrimas asomaron a los bordes curtidos de sus párpados. De todos los dolores que lo atormentaban, comprender que había condenado a su hija era el más punzante. Cuando ella muriera, su linaje desaparecería. Tal era el destino de un traidor.

¿Cuánto le quedaba antes de que los hombres de Beamont lo hallaran? John se dejó caer hacia atrás, pero su alma gritó en protesta. Esa no era forma de morir. Que los maldijeran si lo encontraban escondido entre las sábanas como un cobarde. Hundió las manos en las cortinas gruesas y, con esfuerzo, desplazó su enorme cuerpo por el colchón de paja. Cada movimiento era un suplicio. Las sábanas se deslizaron hasta el borde de la cama. Al posar los pies en el suelo, parpadeó para alejar la oscuridad que nublaba su vista. Algo frío rozó su pantorrilla.

Bajó la mirada: su espada descansaba inclinada contra el marco de la cama, con la empuñadura hacia arriba y la hoja desenvainada. ¿Quién había sido tan descuidado con su arma más preciada?

Cerró los dedos en torno a la empuñadura, cuyo cuero se había amoldado a su palma tras años de servicio, y colocó la pesada hoja sobre su regazo. La contempló con pesar. Ojalá pudiera hallar la muerte con el arma en la mano, pero un traidor no merecía una muerte honorable.

Al alzar la vista, recorrió con cariño su dormitorio por última vez. Su hogar, levantado sobre una pequeña torre de piedra, no era más que un granero con paredes de madera y techo de paja que lo protegían de la lluvia. Aun así, la amplia ventana con sus contraventanas polvorientas, el cofre donde guardaba su armadura, las clavijas que sobresalían del suelo irregular… todos le resultaban viejos amigos.

Cuando él muriera, Robert entregaría aquel lugar a otro hombre. El nuevo vasallo recogería las cosechas de Lacy y cazaría en sus bosques. Sería él quien se casara y viera nacer a sus hijos en esa misma cama, igual que John había visto nacer a los suyos.

Suspiró. Dios lo había engañado con respecto a su descendencia. Su hijo había sido un muchacho enfermizo, muerto cinco años atrás; su hija, en cambio, era una guerrera obstinada que había aprendido a empuñar la espada a su lado. Desde los ocho

años, Sibyl había soñado con poseer Lacy como su propio feudo, aferrándose aún a esa ilusión.

Debió obligarla a renunciar a ese empeño y buscarle marido tiempo atrás. Muchos hombres la pretendieron, pese a su altura, a su escasa belleza y a la falta del más mínimo rastro de delicadeza. Si John hubiera insistido en un matrimonio conveniente, nunca se habría vuelto a casar, y nada de aquello habría sucedido.

Soltó una risa breve y amarga. Qué estúpido había sido. Por Dios, incluso tras el ventajoso contrato que él y Miles de Harcourt firmaron, Sibyl juró que mataría al hombre si la obligaba a casarse. No, imponerle un matrimonio habría acabado del mismo modo: con violencia. Habría sido insoportable verla sometida por un hombre que le arrebatara el espíritu. O —pensó con una sonrisa efímera— verla humillar a de Harcourt a golpes hasta dejarlo hecho una masa sangrienta. Quizá era mejor que Sibyl muriera luchando; de sobrevivir sin la indulgente protección de su padre, su vida sería el infierno de otro.

Ya en paz con su final, John volvió la mirada hacia la puerta del dormitorio. Entrecerró los ojos: finas volutas de humo gris se colaban entre el marco y el dintel, reptando por la pared enlucida

como si buscaran una salida. Pronto una nube espesa se acumuló bajo el techo de caña, y con ella llegó un nuevo estruendo desde el pasillo. Su fuerza creció hasta volverse un rugido salvaje.

John se quedó helado de terror. ¡Lacy ardía!
Dios mío, mejor ser ahorcado que quemado. En un instante, la voz del fuego devoró todos los demás sonidos. El instinto de huir se apoderó de él.

Apoyando la punta de la espada en el suelo, se impulsó para ponerse de pie, pero apenas logró mantenerse. ¿Cómo, en nombre del Señor, podría escapar de una muerte ardiente si hasta eso le resultaba imposible? No, no lo haría. Inclinó la cabeza en señal de aceptación. Ardería.

Al levantar la vista, el humo era más espeso, más oscuro. El techo humeante desprendía un olor acre. Tosió, cegado por el escozor en la nariz. Entonces, la puerta del dormitorio se abrió de golpe, y las bisagras de cuero chirriaron con un gemido.

Tosiendo con violencia, Sibyl irrumpió en la habitación con una cuerda enrollada al hombro. Sus ojos color avellana, abiertos de par en par, reflejaban el miedo. Su rostro, manchado de hollín, y sus vestidos chamuscados daban fe del infierno que ardía afuera. Lanzó

la cuerda hacia la ventana y cerró la puerta de un portazo. Esta rebotó; empujó la espalda contra ella y se afianzó con todo su peso.

John miró la cuerda. Quería rescatarlo. Aquella devoción lo conmovió, pero sabía que era inútil. No solo pesaba más de doscientos kilos, sino que la cuerda acabaría lo que la herida de Robert había empezado: lo partiría en dos.

—Hija —murmuró con voz ronca—, no puedes salvarme.

—¿Padre? —gritó Sibyl, sorprendida. Su voz era un hilo rasgado.

La puerta se abrió de golpe detrás de ella, golpeándole la espalda. Rodó por el suelo hasta caer boca abajo, aturdida, junto a la ventana.

En el umbral apareció un caballero tan alto que parecía un gigante. Su sobrevesta estaba manchada de sangre, y la espada, oscurecida por la vida de los hombres de Lacy. Aunque la cofia de malla y el yelmo le ocultaban el rostro, John lo reconoció al instante. Su corpulencia lo delataba: era Godwin Fenwick, hermano de milord Robert de Beamont. El joven caballero avanzó en silencio, con la espada en guardia.

Así que Robert no se había conformado con destruir a su gente; había incendiado Lacy para borrar todo rastro de su vasallo. Tal era el destino de un traidor.

John se relajó. Aflojó el agarre de su arma. No agravaría su pecado resistiéndose a la ejecución a manos del hermano de su señor. Al menos, aquella sería una muerte más rápida que la que ofrecía el fuego.

—Aquí se esconde el traidor —dijo Godwin Fenwick, deteniéndose a un paso de él.

Su voz grave estaba ahogada por el humo. Señaló con la espada los vendajes ensangrentados en torno a su cintura.

—Así que mi hermano no estaba tan indefenso como esperabas, ¿eh? Levanta tu arma y prueba el acero de otro de los hijos de Beamont.

Las palabras eran frías como el acero.

John lo miró, incrédulo. ¿Acaso lo había entendido bien? Una víctima no se defendía ante su verdugo. El fuego rugía, las vigas gemían. El humo le quemaba los pulmones. ¿Por qué el joven no atacaba?

Al otro lado de la sala, Sibyl se movió, jadeante. Logró incorporarse sobre los codos.

—¡No! —tosió—. ¡Detente!

Godwin no le prestó atención.

—Levanta tu espada, viejo —ordenó—, a menos que prefieras arder.

El corazón de John se desgarró entre tristeza y alivio. El hermano menor de milord Robert le concedía un don impensable: la oportunidad de morir como el hombre de honor que una vez fue.

Reunió la poca fuerza que le quedaba y alzó la punta de la espada. Enderezó los hombros, ofreciéndose como blanco. Con aquel gesto, aseguraba una salida rápida y casi sin dolor.

Godwin asintió. Fue un movimiento breve, cargado de respeto. Suficiente para restaurar el alma quebrada de John.

Cerró los ojos, y su espíritu se elevó libre incluso antes de que la espada se hundiera en su cuello.

Noviembre de 1194

Maldito sea Dios. De Harcourt tenía que venir. Solo el contrato que habían firmado en primavera podía salvarla.

Sibyl de Lacy resopló, y su aliento se condensó en el aire frío. Se reprendió por dudar. Debía confiar en que su hermana de leche no había fallado al entregar el mensaje, porque de lo contrario no le quedaría más remedio que casarse a la fuerza con el hombre que había asesinado a su padre y arrasado su gente y su hogar.
Era mejor morir antes que convertir a Godwin Fenwick en señor de Lacy.

No. Era mejor que muriera él.

Cuatro largas zancadas la llevaron de un extremo de la estrecha cámara a la puerta. Probó el picaporte: el orgullo le exigía intentarlo. El pestillo no cedió. Tras cinco meses como pupila de lord Robert, y cuatro de ellos encerrada, no la sorprendió.

Se volvió con brusquedad; su cabello suelto rebotó en rizos castaños alrededor de las caderas. Cruzó la estancia, pasó junto al taburete y el orinal, y junto al jergón de paja que le había servido de cama la noche anterior. Las faldas de sus vestidos verdes y dorados

—hechos para una boda que ella se negaba a permitir— se arremolinaban a cada paso. Si su guardián quería conservar intactas esas prendas, debía devolverle su ropa de diario. Había dormido con los vestidos finos a propósito.

Se detuvo ante la pared más externa de la torre. La gruesa piedra estaba horadada por una aspillera estrecha. Ni aquella ni su compañera en la pared contigua tenían contraventanas. Asomó el rostro por la abertura y miró hacia un mundo fuera de su alcance.

Aunque el amanecer había llegado hacía más de una hora, el día seguía gris, cubierto por nubes densas de comienzos de noviembre. Por la tronera alcanzaba a ver parte de la población que se apiñaba junto a la muralla exterior de la fortaleza de Beamont. Las casas se apretaban unas contra otras con una cercanía que una mujer de campo como ella jamás habría soportado, y aun así las envidiaba. Aquellos habitantes tenían lo que a ella le faltaba: hogares, camas, ropa propia. Sibyl estaba presa en casa ajena, con nada suyo salvo algunas joyas.

Los cielos eligieron ese momento para soltar un velo de niebla que volvió plateados los tejados de pizarra y despertó el olor ácido de los huertos dormidos bajo el mantillo. Sibyl aspiró hondo con

nostalgia. Ese olor —el de lo que crece— era lo que más le recordaba a los bosques y lomas de Lacy.

Suspiró con dolor. Su hogar la llamaba. Nunca había pasado más de dos semanas lejos de Lacy y ahora estaba apartada de él cuando su gente más la necesitaba. ¿Quién sabría mejor cómo reconstruirlo: ella o el necio que lo había destruido?

La culpa la atravesó, rápida. Si no fuera por ella, quizá nada habría que reconstruir. Sí, su madrastra había azuzado a su padre para atacar a lord Robert, pero por orden suya se cerraron las puertas cuando Godwin Fenwick llamó.

Sibyl golpeó la piedra con el puño y dejó que la ira borrara la culpa. La caída de Lacy no era su responsabilidad. Solo había querido conservar su hogar, suyo y de nadie más.

La furia creció. En un mundo justo nunca habría tenido que engañar a lord Robert para conservar Lacy. Habría sido tan buena señora como cualquier hombre. Malditas leyes que no concedían valor a una mujer sino por la dote que aportaba. ¿Por qué lord Robert debía gobernar cada aspecto de su vida solo porque ella era mujer?

Tintinearon llaves al otro lado de la puerta de roble. Sibyl se replegó al rincón más profundo, con los músculos tensos. La hoja se abrió con un chirrido.

Entraron dos hombres recios, con cota de malla y cascos de hierro. Iban armados más de lo habitual para una simple guardia, manos en las empuñaduras, mirada alerta. No era de extrañar: en su último intento de fuga, Sibyl había dejado inconsciente a uno. Esbozó una sonrisa breve.

—Cobardes —les espetó—. ¿Tanto teméis a una doncella indefensa?

—Cuida esa lengua, zorra —gruñó uno—, o no dejaremos entrar a la chica.

Sibyl se irguió, desconcertada. Beamont estaba vacío: la familia se había trasladado a Upwood para la temporada. Ayer su doncella había sido una anciana de la casa de un mercader local y esperaba a la misma hoy. Supuso que su señor había elegido a una sirvienta vieja pensando que ella no atacaría a alguien indefenso. Acertaba: Sibyl reservaba su violencia para los carceleros.

—¿Qué chica?

Los hombres se apartaron y dejaron ver a Edith de Lacy en el rellano. Llevaba una bandeja de comida en un brazo y un cubo de agua en el otro. El corazón de Sibyl dio un brinco, aunque contuvo el impulso de gritar de alivio. Si adivinaban que Edith era su aliada, la apartarían de inmediato.

Los soldados devoraron con la mirada a la pequeña plebeya: sus formas generosas y los rasgos finos los tenían embobados. Ni los vestidos apagados disimulaban el tono miel y crema de su piel. Llevaba la cofia echada atrás, y el cabello castaño rojizo asomaba abundante. Sus ojos marrones brillaban con una diversión cuidadosamente contenida.

—Guardad vuestras vergüenzas en los calzones —soltó Sibyl, desdeñosa—. Estoy segura de que ella no desea nada de lo que ofrecéis.

—Buenos días, Lady Lacy —dijo Edith en un francés desmañado—. Mi abuela os pide disculpas: está enferma hoy. Espero que toleréis mi presencia en su lugar.

Sibyl tosió para ocultar la risa. Aunque Edith hablaba normando, entre ellas siempre usaban inglés. La madre de Edith, Agnes, había sido su nodriza, y ambas habían crecido inseparables.

La plebeya dejó la bandeja en el taburete y se volvió hacia los hombres.

—Un poco de intimidad, si sois tan amables. He de atender las necesidades personales de la señora.

—No está permitido —replicó uno—. Daos prisa con lo que tengáis que hacer.

Se retiraron solo lo justo para bloquear la salida, atentos.

Edith les dio la espalda con un encogimiento de hombros.

—Mirad, Lady Lacy, esto se ha enredado —dijo, destrozando el francés con su acento—.

Levantad el brazo para arreglar los cordones.

Sibyl obedeció. La chica deshizo el nudo pero, en lugar de ceñir, soltó por completo el cordón del vestido. Sibyl respiró hondo y echó un vistazo a los guardias. Cualquier mujer habría reconocido el ardid para ganar tiempo, pero a aquellos hombres les pasó inadvertido.

Volvió la mirada a Edith y vio cómo los labios de la muchacha se curvaban en una sonrisa de triunfo. Cuatro meses separadas habían atenuado el recuerdo de lo mucho que disfrutaba su amiga

poniendo en su sitio a quien intentaba dominarla. Y, cielo santo, si llegaba a odiar a alguien, su venganza podía ser cruel.

Mientras alisaba los pliegues del vestido ahora flojo, Sibyl inclinó la cabeza como si examinara el trabajo.

—¿Vendrá de Harcourt? —susurró.

—¿Tengo yo cara de confidente de un noble? —siseó Edith, con los hilos en la boca mientras re-enhebraba—. Me pediste que llevara el mensaje, nada más.

Alzó la vista, ceñuda, incrédula.

—¿Por qué te importa? No pretenderás casarte con él —murmuró, apenas audible.

—Debo hacerlo —susurró Sibyl—. No entregaré Lacy a Fenwick. A Miles puedo manejarlo.

—No. Es demasiado astuto.

La advertencia salió amortiguada entre los dientes, mientras humedecía el extremo del cordón para afilarlo.

Sibyl alzó las cejas, indiferente.

—Entonces me casaré con el hombrecillo y me haré viuda. Una noble viuda a veces compra al rey el control de sus propiedades, y

solo así una mujer administra sus bienes sin un hombre al lado.

Edith parpadeó, pero continuó con su cometido.

—Dejadme enderezaros el cuello, milady. —Se puso de puntillas y, al inclinarse, susurró—: Estás loca. Esas mujeres tienen barba y herederos ya crecidos.

Sibyl apretó los puños. No necesitaba que le señalaran los huecos de su plan: los conocía.

—Aunque le diga a lord Robert que quiera desposarme con Miles de Harcourt, mi tutor pretende forzarme a casarme con su hermano, Godwin Fenwick. No le importa que sea el hombre que asesinó a mi padre. Dime, ¿soy la única que no ve justicia en esto?

—Lady Lacy —advirtió uno de los guardias—, no diga nada más o sacaré a la doncella.

—Consideradme amordazada —replicó Sibyl con una mirada severa.

Edith alisó el vestido sobre su cintura y sus caderas.

—Así está mucho mejor. Ahora, sentaos y comed mientras os peino.

Puso la bandeja en manos de la joven noble y Sibyl se sentó frente a la pared opuesta a la puerta. Edith se situó detrás, de espaldas a los guardias.

—Vaya, Lady Lacy, no tenéis cuchillo para comer.

Sibyl alzó la vista. No vio sorpresa en su amiga.

—Sí. Mi guardián me mantiene desarmada. Ni siquiera me permite un pobre cuchillo de mesa.

Inclinó la cabeza y dejó que los dedos rozaran el alfiler que sujetaba el manto. Era lo único de su padre que sabía a salvo tras la devastación. La cabeza, engastada con granates, tenía el grosor de dos dedos y encajaba en su palma como la empuñadura de una daga. La lengüeta que lo prendía al hombro era más larga que su mano y estaba afilada.

No, no estaba desarmada.

—Me las arreglo sin él.

—Ya lo veo —murmuró Edith, peinando despacio. A la segunda pasada se inclinó y susurró—: Tengo tu mochila.

Sibyl se volvió tan de golpe que la plebeya dio un paso atrás, sorprendida. Los guardias se tensaron y llevaron sus manos a las

espadas. Sibyl los miró con frialdad y se llevó una mano al cabello.

—Con cuidado —los reprendió con su tono más altivo—. ¿Cuánto me querrá mi futuro esposo si me quedo calva?

Ellos se relajaron y retrocedieron.

—Perdonad, Lady Lacy —rió Edith—, pero tenéis un cabello rebelde.

Sibyl no pudo evitar sonreír. Rebelde era poco. Lo apreciaba como su rasgo más femenino, y como odiaba las ataduras, ni siquiera se la trenzaba.

Edith volvió a interponerse entre Sibyl y los guardias.

—Tengo una nueva vida lejos de Lacy —susurró—. Ven conmigo.

Sibyl contuvo el aliento, sorprendida, y la miró con desasosiego. Lacy era su hogar. El rostro de Edith no delató nada; las respuestas debían esperar a su libertad. Y la tendría en cuanto recuperase su mochila: robada en julio de los abarrotados arcones de Beamont, contenía todo lo necesario para transformarse. Con una nueva identidad, podría huir sin atraer miradas. Si de Harcourt no iba a ella, iría ella a él.

Edith se apartó para admirar el peinado, ahora sobrio. Un guardia chascó la lengua.

—Ya bastará. Vete.

—A vuestras órdenes —respondió en inglés. Luego, en francés y mirando a la noble—: Milady, siempre me han gustado las bodas. ¿No os casáis hoy a Tercia? ¿Puedo asistir?

Mientras hablaba, sonrió con los labios apenas ladeados, saboreando el peligro. Luego inclinó la cabeza y mostró sus rasgos en todo su esplendor. Era una burla deliberada. El intercambio de votos era público por norma, celebrado a la vista de todos. Quería que sus palabras quedaran grabadas en la memoria de los guardias, para que luego se lamentaran de no haber entendido lo que ocurría ante sus narices.

—Por supuesto que puedes —respondió Sibyl—. Pero el abad ha retrasado la ceremonia hasta Sexta. Me encantará buscarte entre la gente, porque tu rostro es amable y aquí estoy rodeada de enemigos.

—Allí estaré.

Edith salió sin perder la sonrisa. Los hombres se escabulleron tras ella y cerraron en silencio.

Sibyl cruzó hasta la puerta y se quedó mirando el pestillo.

El orgullo le exigía intentarlo. No se movió. Estaba cerrado con llave.

Capítulo 2

Con los codos apoyados en las rodillas, Godwin Fenwick estaba sentado en un banco frente a la más lejana de las dos chimeneas gemelas del salón vacío de Beamont. Contemplaba las llamas que saltaban en la plataforma de piedra elevada. La luz del fuego hacía brillar los finos bordados dorados de las mangas de su mejor túnica azul y revelaba los desperfectos que la pelea del día anterior con la zorra había dejado en la prenda.

La ira no delataba precisamente a un novio feliz. Tampoco un enlace tan apresurado era propio de un matrimonio por amor. Ese pensamiento le curvó levemente las comisuras. Nadie dudaba de que sería un matrimonio forjado en el infierno, pero el destino y el orgullo no le dejaban otra salida.

Sus ideas volvieron a la afirmación de su prometida sobre un compromiso previo. Una mentira evidente. ¿Por qué arriesgarse a

eso si lo único que ganaba era retraso? Parpadeó. Desde luego: buscaba una oportunidad para escapar.

La preocupación se le aflojó en el pecho. Eso podía impedirlo. Ninguna queja ni amenaza evitaría que se convirtiera en lord de Lacy, de nombre y de hecho. Por fin conseguiría lo que un hijo menor rara vez se atrevía a soñar: un hogar propio.

Un grito de victoria se alzó desde el fondo del salón, detrás de Godwin, y retumbó bajo el techo alto. Los pocos hombres que había traído de Lacy se habían unido a la guarnición de Beamont fuera de servicio en la otra chimenea para echar unos dados. El invierno era la estación de reposo de la fortaleza, tiempo de reponer provisiones. Cuando terminara la boda, aquellos soldados serían los únicos ocupantes del castillo.

—¡Lord Godwin, llega lord Nicholas! —avisó el portero desde la puerta del extremo opuesto, por encima de los bramidos de los perdedores en la última tirada.

—Más vale tarde que nunca, hijo mayor de mi madre —murmuró Godwin para sí.

Si Robert ocupaba el lugar de un padre en su vida y Simon el de un tío severo, Geoff era un amigo, el hermano menos inclinado a

tratarlo como a un niño. Godwin se puso en pie y enterró su descontento bajo la expresión de despreocupación juvenil que todos esperaban de él.

Nicholas, lord Coudray, cruzó con paso firme los altos biombos que resguardaban el salón de las corrientes de la puerta. Venía totalmente armado: túnica de cota de malla sobre calzas de malla. Se había quitado el yelmo y se había despojado de la cofia y del almófar antes de entrar. En una mano descubierta traía el manto de un muchacho pequeño y huesudo.

El viaje bajo los temporales de noviembre había quemado la piel pálida del niño y le había ensuciado las mejillas. Mechones finos de cabello castaño, enredados por el viento, asomaban sobre la amplia frente, por encima de la capucha. Con aquellos ojos marrones y muy separados, el conjunto le daba un aire de asombro.

—Geoff, ya estás aquí —tronó Godwin con una voz tan potente que casi hizo vibrar los paneles de lino pintados que cubrían los muros de piedra—. ¿Es esto un regalo de boda?

—No. La cama es mi regalo, hijo menor de mi madre. Aceptar un escudero es trabajo, y no quiero que digas que te obsequio con trabajo —replicó Geoff.

Su paso tranquilo obligó al chico a trotar para seguirlo mientras cruzaban el suelo cubierto de juncos.

—Ah, pero la cama es demasiado corta —bromeó Godwin.

—No lo sería si hubieras dejado de crecer antes de volverte demasiado alto para ella —le salió al paso Geoff.

Godwin rió de veras, contento de tener a su hermano allí.

—Acércate. Déjame ver a mi escudero.

Geoff se detuvo frente a él y empujó al chico hacia adelante. Godwin fingió examinarlo. No era al niño a quien quería mirar. Aunque él y Geoff diferían en altura y complexión, hasta hacía poco menos de un año habían sido sorprendentemente parecidos. Compartían el rubio dorado del cabello y la forma del rostro, incluso la misma incapacidad para dejarse barba decente. Solo los distinguían el ojo perdido de Geoff y las cicatrices que le cruzaban la cara, obsequios de su esposa, ya felizmente fallecida. Las marcas habían cerrado y un parche cubría el ojo destrozado.

A Geoff no le gustaba llamar la atención.

—Han sanado bastante —murmuró, al notar la mirada de Godwin, con un dolor que no era del cuerpo.

Su ojo restante, de un azul algo más oscuro que el pálido de Godwin, se ensombreció todavía más.

Godwin cambió de rumbo al instante.

—¿Te quedarás a la boda?

—¿Qué? —Geoff frunció el ceño—. He venido con disculpas en la boca por llegar tarde, pensando que la ceremonia fue ayer. ¿Me equivoqué de día?

—Ha habido complicaciones —consiguió responder Godwin tragándose la ira tras una sonrisa irónica—. Mi amada asegura estar desposada con el vecino de Lacy.

—Eso es imposible —protestó Geoff sin titubeo.

Godwin arqueó las cejas.

—Ah, pero el nuevo abad busca sacudirse la sombra de Robert, y mi novia le ha servido la herramienta justa. Ese abad Theobald ha insistido en mandar llamar a de Harcourt y exige su presencia para decidir quién dice la verdad.

La mirada de su hermano se iluminó con una diversión repentina.

—Robert debe de estar casi loco de rabia. Le advertí que esperaba demasiado de la abadía, y los monjes se lo guardaban.

—Ahora mismo está allí, desplegando toda su diplomacia para calmar las aguas —encogió los hombros Godwin—. Se las arreglará. Siempre lo hace. Y bien, ¿no me presentas a mi escudero? Un muchacho vale más que una cama.

Consciente de lo intimidante que resultaba su estatura, Godwin volvió a sentarse y le guiñó un ojo al chico. Este apartó la cara.

—Leofric —dijo Nicholas con suavidad—, ven. Saluda a mi hermano, el nuevo lord de Lacy. Lord Lacy, este es Leofric, heredero de la mansión de Freyne, que desea acogerse a tu casa.

Con el labio inferior tembloroso, Leofric tendió la mano a regañadientes, la vista clavada en el suelo.

—Encantado de conocerle, milord. Es muy amable al ofrecerme un hogar —murmuró.

Era evidente que se lo habían enseñado, porque no había gratitud en su tono.

Godwin envolvió los delgados dedos del niño con su gran mano y notó la falta de fuerza en el puño.

—El placer es mío. Es un honor que te unas a mi familia.

Al soltarlo, señaló la mesa del fondo, donde habían dispuesto varios platos fríos para el primer bocado del día. La modestia del ofrecimiento delataba que en la cocina trabajaba una sola cocinera agobiada.

—Ve allí y come algo. Te aguarda un largo día de espera. No partiremos hacia Lacy hasta mañana al alba.

De niño, Godwin habría corrido encantado ante cualquier comida. Leofric, en cambio, arrastró los pies como si fuera al patíbulo.

Godwin lo siguió con la mirada hasta que el pequeño llegó a la mesa. Luego se giró en el banco hacia su hermano.

—Geoff, cuando me pediste que lo tomara por escudero, confieso que pensé que estabas loco —musitó, lo bastante bajo para que el crío no oyera.

—Aunque no dudaba de que podría enseñarle las artes del guerrero, mi casa está solo a medio reconstruir y aún no me he casado. Ahora lo comprendo. ¿Cuántos años tiene? ¿Diez? ¿Once? Ni siquiera logra cerrar la mano sobre la mía para saludar. Si lo enviaran a una casa con otros muchachos, se lo comerían vivo, ¿no?

Geoff se sentó a su lado y estiró las piernas.

—Es peor. Tiene casi trece. Ya debería montar con soltura y haber recibido su primera armadura. Sus padres interpretaron que su poca talla lo condenaba a la Iglesia.

—¿Qué tiene que ver el tamaño con el poder?

—¿Lo dice mi hermano gigante? —suspiró, divertido.

—La talla y la fuerza ayudan —concedió Godwin con una sonrisa—, pero lo que decide la batalla es la mezcla de destreza, resistencia y número. La santidad tampoco estorba, pues más de un clérigo maneja la maza con soltura. El obispo de Durham, sin ir más lejos: fue su asedio en Tickhill lo que ayudó a poner fin a la reciente insurrección de Juan contra su hermano y rey, Ricardo, llamado Corazón de León.

Geoff negó con la cabeza, mirando el fuego.

—No. La madre de Leofric quería un erudito. En su empeño por apartarlo de lo que llama una vida violenta, lo ha vuelto temeroso de cualquier esfuerzo físico. Y el destino le arrebató a su padre y a su hermano mayor, convirtiéndolo en heredero de Freyne. Ahora ni su madre ni él pueden elegir. Será caballero y, después, señor de Freyne.

Giró la cabeza y le dedicó a Godwin una sonrisa leve, cómplice con las ironías de la vida. Godwin miró más allá de Geoff, hacia el niño. Leofric estaba sentado en la mesa con la rigidez de un adulto, los brazos cruzados con fuerza ante el pecho, como si quisiera mantener a raya al mundo.

—¿Cómo es su carácter?

—Hosco. Sin alegría ni ganas de jugar. Cuando lo animo a esforzarse, llora y repite que no puede porque es débil y pequeño. No hace más que eco de las excusas de su madre. Godwin, si alguien puede enseñarle a hallar lo divertido en la vida que le toca, eres tú.

—¿Eso es un elogio o una reprimenda? —replicó Godwin, riéndose para ahogar el pinchazo que escondía una pulla.

—Vamos, Godwin —le brillaron los ojos a Geoff—, no te lo habría confiado si no creyera que eres bastante hombre para ser su padre adoptivo. Es tu naturaleza. Y me alegro de ello. Si tuviera que elegir quién lo haría caballero, tú estarías antes que yo. Su madre se pone hecha un mar cuando se trata de Leofric y desmonta cada pequeño avance. Por Cristo, sus lágrimas podrían llenar mi foso.

Ojalá sobreviva a su presencia hasta que nazca el niño. Nunca pensé que acabaría de niñera de una viuda encinta, pero tal es mi deber.

Godwin frunció el ceño.

—Perdóname, hermano. Asumo esta responsabilidad con gusto. A veces solo pienso que ninguno recuerda que ya soy un hombre hecho y derecho.

Geoff soltó una risa breve.

—¿Quién juzga mal a quién? ¿No probaste tu valía en junio, cuando echaste abajo los muros de Lacy en un solo día para liberar a Robert? Si alguna vez dudamos, ya no.

Calló un instante y lo miró de soslayo. Godwin se tensó: venía el pasado.

—Hay algo que me roe. ¿Por qué apresuras la boda?

Godwin exhaló, aliviado: no era la pregunta que temía.

—En pocas palabras, necesito a la señora de Lacy y lo que sabe. Robert solo ve una arpía, pero su gente cuenta otra cosa. Dicen que su señora es leal y franca, que cura a los suyos con sus artes y cuida de las familias. En la mansión aseguran que, sin sus manos en la casa, pasaremos hambre este invierno.

—¿Te han convencido de que será una esposa solícita? —alzó las cejas Geoff.

—Me han convencido de que es una gran dama, que antepone las necesidades de su gente a todo. —Eludió. Aceptaba que su esposa no lo amaría; ansiaba, sin embargo, su cooperación como un ahogado ansía el aire—. Debe de haber un modo de hacerla mirar más allá del pasado hacia el futuro de Lacy.

—Robert dice que jura matarte. No suena a mujer que vaya a cuidar de tu bienestar. ¿Por qué ella, Godwin? —bajó la voz—. Robert te ofreció otra propiedad sin heredera a la que desposar.

—No me gustó —replicó, con la mandíbula rígida.

Geoff fijó la vista en las llamas.

—Veo la palabra penitencia escrita por toda esta boda. —Lo dijo con guasa suave.

Godwin intentó clavarle una mirada intimidadora, pero Geoff siguió contemplando sus botas como si fueran fascinantes.

—¿No vas a desarmarte y prepararte? Robert llegará en breve y habrá que ir a buscar a mi novia.

—No —rechazó Geoff, tranquilo—. Prefiero saber por qué te atas a una mujer que desea tu muerte cuando podrías tener tierras sin casarte.

—Quiero Lacy —rezongó Godwin, ceñudo ante el fuego—. Estos cinco meses han hecho de ese lugar mi casa y de su gente, mi familia. No me apetece empezar de nuevo. Y en cuanto a la mujer… —soltó una risa hueca— ya sabes que tengo mano con las criaturas peligrosas.

—Sí, con éxito admirable —admitió Geoff, aún con los ojos en los pies—, pero es una mujer, no una de tus bestias. No puedo evitar pensar en Isotte y en tu hijo.

A Godwin se le revolvió el estómago. La segunda esposa de Robert y el niño que él había engendrado en ella… Si alguien no merecía una esposa que lo amara, era él.

—De modo que, de los tres, te ha tocado hablar conmigo —espetó—. Pues no voy a discutirlo, ni siquiera contigo.

—Si Robert ha dejado atrás el pasado, ¿por qué tú lo aferras?

Godwin apartó la cara para que no le leyera el gesto.

—Por Dios, lo que hice manchó mi alma —siseó—. No soy yo quien se aferra: es el pecado, como el hedor de los despojos. Déjalo.

—No puedo. Quiero saber por qué sigues castigándote cuando todo está perdonado.

—Perdonado por Robert, quizá, pero yo sufro más que él. —De pronto la rabia y el dolor arrancaron lo que había sepultado—. Dime, Geoff, ¿cómo me perdono el adulterio y el incesto con la mujer de mi hermano? Y el homicidio: el hijo que le engendré la mató. Mis pecados se apilan, uno tras otro. Incluso la ruina de Lacy me pesa. Si mi falta con Isotte permitió que su hermana dañara a John de Lacy, ¿no me toca a mí restaurarlo? Acepto el odio de la heredera como penitencia justa. —La voz se le apagó y el estómago se le encabritó. Bajó la cabeza, luchando contra las náuseas—. Cristo, he hablado de más.

—Nunca imaginé que sufrieras tanto —murmuró Geoff, tras un largo silencio—. Prométeme algo, Godwin. No cometas mi error. No valores tu orgullo hasta cegar lo que tienes delante.

Godwin alzó la vista. Geoff lo observaba con desvelo.

—No lo hago. Si no busco amor ni caricias en mi matrimonio, tampoco Sibyl está loca; si lo estuviera, su gente no la querría tanto.

—¿Y si cumple su promesa de matarte? —Geoff no añadió «como casi hizo mi esposa», pero el recuerdo quedó flotando.

—He colocado una cerradura en la puerta de nuestra alcoba —contestó sin inflexión—. La tendré prisionera para protegerme.

—¿Cuánto? Te conozco: no soportas encadenar ni a tu perro.

Godwin se frotó la frente.

—Ah, Geoff, me niego a creer que llegue a tanto. Cuando la veas, entenderás por qué espero que lo acepte. Sibyl de Lacy quizá sea la única mujer a la que puedo abrazar sin temer hacerle daño.

Al pronunciarlo, su humor natural regresó y se rió de sí mismo.

—Ya estoy con los imposibles. Consigo por fin el hogar que ansío y empiezo a soñar con una esposa bastante fuerte para templar mis noches. Mis hombres apuestan a que me destripará antes de que acabe la noche de bodas. He igualado sus apuestas: si ganan, estaré muerto y no podrán cobrarlas. —Le regaló a su hermano una sonrisa ancha.

—¿Lo haces por deporte?

—No, Geoff —replicó firme—. Ya has oído por qué pongo la mano sobre Lacy. Es mía y no la soltaré, ni por hombre ni por mujer. El reto solo vuelve más llevadera la posibilidad del fracaso y de una vida de guerras domésticas.

Nicholas asintió despacio, asimilando las palabras. Se levantó y llamó a sus hombres, que se habían unido a los soldados en el juego.

—Stephen, tráeme mi zurrón para cambiarme. ¿Quién lleva las apuestas de esta boda?

Un soldado alzó la mano.

—Yo, lord Nicholas.

—Apuesto tres marcos a que mi hermano sobrevive.

Los hombres gruñeron ante una suma tan alta, dejando claro que creían que pronto la perdería.

—Hermano o no, es dinero bien puesto —insistió lord Coudray.

—¿Cómo puedes creerlo sin haber visto a mi oponente? —rió Godwin, más tranquilo con la boda. Tal vez la charla le había hecho bien.

—Aprendí la lección en junio, cuando aposté contra tus posibilidades de abatir los muros de Lacy con la balista. Nunca más, hijo menor de mi madre —sonrió con rapidez—. No puedo permitirme subestimarte.

Un grito sorprendido del portero resonó en la entrada. Godwin se alzó de un salto y Geoff giró con la mano en la empuñadura.

Vestido con una túnica de fina lana roja, ribeteada en plata y oro, Robert Fenwick, lord Beamont, irrumpió en la sala.

—Haré que ese clérigo maldito se trague este matrimonio o moriré en el intento —bramó—. Ningún monje santurrón me dirá a quién debo tomar por vasallo. Godwin, trae a la zorra que tanto deseas.



En el rellano de la escalera de caracol que conducía a la cámara de la torre norte, Godwin alzó la mano a los guardias. Su sonrisa era franca.

—Buenos días, muchachos. Vuestro señor ha declarado que mi boda empieza ahora mismo. He venido a buscar a mi novia.

—¿Solo? —se mofó uno.

—Sí —añadió el otro—. ¿Dónde traéis las cuerdas? Ayer por la mañana hubo que sujetarla mientras la atábamos.

—Ah, pero hoy es distinto. —Godwin señaló con el dedo al hombre—. Sospecho que nuestra prisionera planea huir, temiendo que el abad no pueda, o no quiera, impedir el matrimonio. Si acierto, no se dejará atar. Apartaos y veamos.

Los guardias sonrieron con escepticismo y abrieron la puerta. Godwin pasó, agachándose bajo el dintel para entrar en la cámara.

Sibyl de Lacy estaba acorralada contra la pared del fondo, lista para la pelea. Como siempre, su altura lo sorprendió, pues casi le llegaba a los ojos, y él era el hombre más alto que conocía. También era fuerte. Lástima que lo odiara.

Avanzó un paso. Ella se inclinó hacia delante, como quien se prepara a sisear y escupir, y se movió hasta el haz de luz turbia que caía por una tronera. Con el rostro alargado nadie la llamaría bella, pero su cabello era soberbio y sus ojos, magníficos: almendrados, con pestañas espesas bajo cejas casi rectas. Cambiaban de color con su ánimo: pardos en calma, verdes cuando recordaba cuánto lo despreciaba.

—Es hora de unirnos —murmuró él.

—No. —La voz de ella fue firme—. El abad dijo que la ceremonia se retrasaba hasta la hora sexta.

Godwin se encogió de hombros.

—Mi hermano consideró que era una sugerencia del clérigo. Ha decidido que nos casemos ya, pequeña.

—¿Pequeña? —saltó ella—. ¿Pretendes hacerme sentir diminuta e indefensa con ese insulto? Dos podemos jugar a ese juego, guapo.

—No pensé que te hubieras dado cuenta —bromeó él, imperturbable—. ¿Quieres admirar mi perfil? Siempre he creído que es mi mejor rasgo.

Giró la cabeza. Los guardias, detrás, soltaron una risotada.

Sibyl entornó los ojos ante la vanidad del gallo engreído. La frente y la barbilla de Godwin eran proporcionadas, la nariz ni grande ni pequeña, sin jiba ni quiebro. El cabello dorado le caía en rizos suaves sobre el cuello fuerte. Los pómulos altos, la mandíbula ancha y bien rasurada… Sí, era un hombre hermoso, y se odiaba más por notarlo. Fuera de los campos y los bosques de Lacy, un hombre así jamás miraría a una amazona con cara de caballo como ella. Rabiosa consigo por reaccionar ante su apostura, lanzó otro dardo:

—Tienes la cara desnuda. Apuesto a que, aun con veintidós años, eres incapaz de dejarte la barba de un hombre.

—Mañana al amanecer tendrás ocasión de comprobarlo —alzó las cejas, divertido.

—Eres demasiado confiado. —Imprimió desdén a su tono—. Ningún clérigo nos casará cuando estoy prometida a otro. Te quedarás sin tierras.

—Digo que tu historia es falsa. ¿Por qué no vamos a la abadía y dejamos que decidan quién gana esta guerra? —Se echó el manto oscuro a los hombros—. ¿Tendré que aparte está vez?

Al acercarse, Sibyl vio cómo las mangas de la túnica azul se tensaban sobre la musculatura de sus brazos. Respiró, frustrada. Peor que asesino, ladrón de hogares e hijo de hombre rico, aquel gallo era más fuerte que ella.

—Qué orgulloso estás de tu fuerza —arremetió, necesitando herir—, pero los hombres grandes son como bueyes: fuertes y torpes.

Una sonrisa amplia le formó arrugas en las mejillas y encendió sus ojos azules.

—Mi querida milady Lacy, discutir contigo es tan entretenido como ver el molino dar vueltas. Eres una bestia de tiro caminando siempre por la misma senda. No me molestan los insultos, sino tu poca inventiva.

Sibyl volvió el rostro y cerró los ojos, deseando poder excluirlo de su vida con esa facilidad. Por Santa María, odiaba a aquel Fenwick y sus pullas. Era un bufón, siempre tentando convertirla en blanco.

—¿Mi ingenio te ha dejado sin palabras? —ronroneó él, cerca del oído—. No serías la primera.

Sibyl jadeó. Al abrir los ojos lo tuvo delante. Él alzó las cejas y una sonrisa jugueteó en las comisuras de sus labios bien dibujados. Ella se deslizó a la derecha y él la cortó. Se deslizó a la izquierda y volvió a cerrarle el paso.

—Lady Sibyl, ¿cómo has sido tan descuidada? —la reprendió.

Apoyó las manos en la pared, por encima de los hombros de ella, cercándola.

—¿Ves? Ahora estás atrapada.

Sibyl ansiaba apartarlo de un empujón. Pero si forcejeaba, acabaría atada, y Edith aún podía aparecer con la salida al hombro.

Tendría que soportar su cercanía hasta que agotara la burla y se apartara. Lo fulminó con la mirada, esperando amilanarlo.

Él solo sonrió. ¡Cielos, cómo deseaba borrarle ese gesto! En cambio, bajó la vista a sus hombros: enormes; ancho el pecho. Resopló, incrédula y consternada. ¿Y la llamaban a ella gigante? Hasta el calor que despedía era mayor.

Al principio, ese calor fue bienvenido tras horas en una estancia sin lumbre. Con cada latido creció, hasta que le ardieron las mejillas. Su cercanía se volvió inquietante; todos sus sentidos revolotearon y se retorcieron en su interior. Se tensó contra ellos. Si no escapaba ese día, el hijo del hombre rico la llevaría a su lecho. Tendría que hacerlo: sin desflorarla, no sería dueño real de Lacy.

Las manos de él resbalaron por la pared; las muñecas quedaron sobre sus hombros. Aquel contacto le recordó la magnitud de su fuerza. Ahí estaba el único hombre capaz de arrebatarle lo que no quería dar.

La rabia rugió. El cautiverio la estaba volviendo demasiado femenina. Su cuerpo era lo único que aún le pertenecía, y a él jamás se lo entregaría. Sí: antes lo mataría. ¿Qué hija se acostaba con el asesino de su padre?

—¿Crees que me vas a asustar con eso? —escupió.

—¿Asustarte? —preguntó él, como sorprendido—. ¿Es posible?

—No. —Alzó la barbilla. No podía mirarlo por encima del hombro: le llevaba medio palmo. Se conformó con una mirada altiva —. Estoy cansada de tu juego.

—Entiendo. Si no puedo intimidarte, será mejor ponernos en marcha. Nos espera el abad. —Godwin dio un paso atrás y tendió su mano enorme—. Puedo llevarte de la mano o atada. ¿Qué prefieres?

Sibyl ofreció el brazo en silencio. Juraría que se le erizó la piel cuando los dedos se cerraron sobre su muñeca.

Los dos guardias rieron.

—¿Es esta la misma fiera de ayer? —se burló uno—. Lord Godwin, si bastó un paseo a tus hombros para dominarla, esta noche estará dulce como la nata.

Los dos rompieron a carcajadas.

—Eh, cuidado con la lengua. Habláis de mi esposa, muchachos —replicó Godwin, con protesta teñida de humor.

El orgullo de Sibyl se retorció de humillación; el contacto era más de lo que podía soportar. Tiró del brazo y se zafó. Más rápido de

lo que creyó posible, él le ceñía la cintura.

—¿Al hombro o caminas? —preguntó bajo. Su rostro fino no mostraba ira ni molestia, pues la mirada era tranquila, como si aguardara de veras su elección.

—Camino —respondió, con el orgullo herido por someterse a su control.

Él volvió a cerrar los dedos en torno a su brazo delgado.

—¿Nunca comes? —observó—. Estás demasiado flaca.

—Me parece que no me importa lo que pienses.

El corpulento se limitó a reír.

—Eso ya lo sabía, pequeña. Vamos: tenemos cita con un clérigo.

Capítulo 3

Godwin soltó a Sibyl cuando terminaron de subir los cuatro escalones que llevaban a la puerta de la iglesia. Robert, con el rostro adusto y tenso de ira, aguardaba al pie de la escalinata. El joven Leofric permanecía aún en la fortaleza de Beamont, mientras Geoff se quitaba la cota de malla para ponerse una túnica apropiada.

—Arnult —ordenó Robert al joven castellano de Beamont, apostado en la puerta de la abadía—, ve a buscar a nuestro buen abad. Usa la espada si es preciso.

El hombre iba a cumplir la orden cuando el subabad bajó volando desde la buhardilla. Alto y enjuto, abrió los brazos en señal de protesta mientras corría hacia ellos. Las mangas amplias del hábito batían como alas. Godwin sonrió para sí: cigüeña, no ángel.

—¿Con qué derecho irrumpes aquí? —gritó el monje.

—Con el mío de protector de este lugar —la voz de Robert fue fría y cortante. Pasó por encima del subabad mientras este intentaba interponerse—. Hablaré con tu señor. Y dile que no me haga esperar, o en un cuarto de hora mandaré a mis hombres a saquear vuestra casa y a llevarse los muchos dones que he dejado en ella todos estos años.

El monje no respondió, pero abrió tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas. Dio media vuelta y corrió hacia la oficina del abad.

Godwin miró a Sibyl. El color de sus vestidos favorecía el verde de sus ojos. Ella escudriñaba con ansiedad la multitud que llenaba el patio empedrado de la abadía. Él siguió su mirada y soltó una risa breve: pese al frío y la niebla que manchaban las túnicas, la mayor parte de Beamonttown se había apiñado ya dentro de aquellos muros.

Los mendigos, con harapos multicolores, se rozaban con amas de casa de cofia blanca. Aprendices que robaban una hora a sus maestros se apartaban de ricos mercaderes en túnicas de escarlata y azul. Nadie parecía resistirse a la promesa de un espectáculo igual al

del día anterior. Tal vez fuera bueno. La muchedumbre ocultaba a los soldados de Coudray, Lacy y Beamont, ahora alineados junto a las paredes.

En el instante siguiente, Godwin vio relajarse los hombros de Sibyl. La escuchar respirar hondo lo confirmó. Había acertado: la historia del compromiso no era sino una artimaña para ganar tiempo. Confiaba en que alguien, entre la gente, la liberara.

Godwin se inclinó hacia ella.

—No funcionará. No puedes escapar de mí, porque ya eres mía.

Sibyl se volvió, con los ojos entornados y la mandíbula dura de rabia.

—Nunca me tendrás, asesino.

Aquello dolió.

—No maté a nadie —replicó—. Tu padre me rogó que lo hiciera. Incluso alzó su espada para invitarme. ¿Habrías preferido verlo arder?

—¡No! —gritó, con un tono casi infantil—. Yo podía salvarlo, y tú lo mataste.

Se giró, pero no con la rapidez suficiente para ocultar las lágrimas repentinas.

Eso lo sorprendió. No creía a Sibyl capaz de una muestra tan femenina. Un murmullo recorrió la multitud: el nuevo abad acababa de aparecer en el patio. Godwin volvió la cabeza.

Pequeño, delgado, de rasgos suaves, el clérigo no parecía hecho para medirse con un barón. Theobald era un líder más tradicional que su predecesor, muerto hacía poco. Buscaba librarse del gobierno secular de Beamont, con el orgullo por escudo y la ley de la Iglesia por espada.

—Es hora de Tercia, mi señor abad —llamó Robert—. Tenemos una boda que celebrar.

Una arruga crispada apareció entre las cejas finas del clérigo.

—He aplazado la ceremonia hasta Sexta, para dar tiempo a la llegada de Harcourt. Si cree que su amenaza de violencia cambiará eso, se equivoca. Su intento solo puede llevarme a prohibir por completo cualquier unión entre milady Lacy y su hermano.

—Alabado sea Dios —murmuró Sibyl.

Robert iba a protestar cuando Godwin le tomó la muñeca a su prometida. Con la propiedad de Lacy asegurada en su puño, alzó la

voz por encima de la queja de su hermano:

—Clérigo, no tienes base para rechazar este contrato. Mi dote es la aldea de Eilington y el coste de reconstruir Lacy. Suma un tercio de su valor, como manda la costumbre. Si no hay desigualdad, ¿cómo te niegas a casarnos?

El abad le clavó una mirada severa.

—Hablas con la ignorancia de la juventud. La Iglesia puede impedir matrimonios forzados cuando el enlace no redunda en el bien de la novia.

—Soy su tutor y su señor —gruñó Robert—. Juzgo mejor que un clérigo insolente que se excede en sus atribuciones.

El abad se irguió cuanto pudo, manos en las caderas.

—Discutimos en vano. Ella está prometida y no puedes casarla con otro, milord. La ley de Dios manda incluso sobre la tuya.

—Maldito seas, no hay compromiso alguno —tronó Godwin, y sus palabras rebotaron en la piedra—. Si lo hubiera, el hombre la habría reclamado al día siguiente de la muerte del señor de Lacy. Proclamaste las amonestaciones. ¿Acudió él? No. Su historia es tan falsa como tu orgullo.

—Cuida la lengua —lo cortó Robert con severidad.

Godwin se volvió hacia su hermano, sin esfuerzo por contener la ira.

—No. Ayer me contuve por respeto a quienes creí mayores y más sabios, pero basta. No pondré mi destino en manos de un clérigo que me tiene ojeriza.

—No tienes elección —despreció Theobald—. Si existe contrato entre de Harcourt y Lacy, cederás esas tierras a su legítimo propietario.

—Yo soy el legítimo propietario. Con mi sudor se ha levantado el muro de Lacy y, con mis trazas, alzaremos un nuevo salón. Fui yo, y no otro, quien en pasado San Miguel entregó el tributo pedido por nuestro rey. Y la gente que en junio huyó de mí aterrada hoy me llama su señor y me confía la vida.

La indignación ardió en Godwin. Alzó el brazo de Sibyl para mostrarla sujeta.

—Mira. Lacy está en mis manos, y ahí se quedará.

Con el corazón desgarrado, Sibyl se retorció en vano contra el férreo agarre de Fenwick. Aunque no logró soltarse, él le permitió bajar el brazo. ¿Era cierto lo que había dicho? ¿Que la gente de Lacy lo llamaba su señor? ¿Cómo podían confiar sus vidas y su sustento a quien había destruido sus hogares y matado a sus hombres durante el asedio? No, debía de mentir.

—¡Asesino! —gritó, la voz áspera de dolor—. ¡No puedes retenerme, y jamás te convertirás en señor de Lacy!

—Calla —escupió lord Robert—. No tienes voz en esta discusión.

La injusticia la atravesó como un dardo, y apretó los puños con indignación.

—¿Cómo puedes hablar de mi bienestar y luego negarme la palabra cuando es mi vida la que está en juego, y no un pedazo de tierra? —Su voz tembló, quebrada por el resentimiento. Ningún hombre la veía como a un ser con derechos propios.

—¡Silenciad a esa perra! —chilló el enclenque abad—. ¡No toleraré su insolencia!

Sibyl se volvió hacia él, incrédula, y enseguida comprendió su propio error. Él también era un hombre; debió saber que su compasión era fingida. Solo buscaba un arma que usar contra lord Robert. La rabia ante su traición devoró su prudencia.

—¡Malditos seáis todos! —gritó—. ¡Me escucharéis! ¡El asesino de mi padre no será señor de Lacy!

El silencio que siguió fue denso. El abad la miró con una frialdad cruel; los ojos de Robert, de acero templado. Sibyl sintió morir toda esperanza. La atarían, la amordazarían. Cuando la mano de su prometido la empujó suavemente hacia él, no se resistió. La firmeza de su pecho a su espalda fue, por un instante, casi un consuelo.

—¿Creías que ese clérigo era tu defensor? —murmuró Fenwick, cerca de su oído—. Qué necia. Lo único que desea es una parte del poder de mi hermano. No le importamos ni tú ni yo.
Sus palabras, amargas y tranquilas, le revelaron su impotencia mejor que toda la prédica del abad del día anterior.

El clamor del patio rompió el momento: gritos, relinchos, el estrépito de cascos sobre adoquines. Sibyl se volvió justo a tiempo para ver a tres caballeros abrirse paso entre la multitud. Vestían cota

de malla y sobre casacas verdes. Eran Miles de Harcourt y sus sobrinos. Detuvieron sus caballos en seco ante los escalones de la abadía.

Sibyl sonrió con alivio… y con triunfo.

—¡No digas más! —bramó Miles al abad—. ¡Ella es mi prometida!

—¡Imposible! —gritó Robert, iracundo e incrédulo.

—Parece que os equivocáis, milord —dijo el clérigo, con tono sardónico.

Detrás de ella, Fenwick respiró entrecortadamente.

—No —susurró—. No hay contrato alguno.

Miles desmontó con gesto solemne, mientras sus sobrinos permanecían montados. Sibyl le lanzó a Fenwick una mirada altiva por encima del hombro.

—Ah, pero sí lo hay. Como te advertí, nunca me tendrás.

Esta vez, cuando apartó bruscamente el brazo, él la soltó. Había algo nuevo y peligroso en sus ojos azules.

—¿Quieres que te demuestre cuán equivocada estás? —le susurró.

Antes de que pudiera moverse, la giró y la envolvió con sus brazos.

La atrajo hacia sí, apretándola contra su cuello. Sibyl apoyó las manos en su pecho ancho y empujó: nada.

—Suéltame —jadeó, pero su voz se perdió contra la tela de su túnica. Olía a lavanda. Cada respiración la envolvía con ese aroma.

Él le sujetó la nuca y la obligó a encajar bajo su barbilla. La mejilla de ella rozó su garganta y sintió el pulso vibrarle contra la mandíbula.

—Amada mía, estoy destrozado —dijo él, alto y burlón, para que todos lo oyeran—. ¿Eran tan pobres mis caricias que buscaste otro hombre?

Hizo una pausa y, mirando a la multitud, agregó con teatral desconcierto:

—¿Cómo puedo convencerla de su error?

Un coro de risas y gritos respondió, exigiendo que la besara.

—¡Mi señor abad! —protestó Miles—. ¡Está abusando de lo que me pertenece!

—¡Libérala ahora mismo! —chilló el abad, subiendo las escaleras. Sibyl sintió su respiración cerca del codo. Esperó que

Fenwick la soltara. No lo hizo.

—¿Debo soltarla? —preguntó él con tono amable, mirando al gentío.

Un rugido de negación sacudió el porche. Los aldeanos coreaban que la besara, pisoteando el suelo hasta hacerlo temblar.

—Por el amor de Dios, hazlo antes de que se amotinen —resopló el abad, irritado.

Fenwick alzó la voz, humilde ante el público:

—¿Creéis que un solo beso bastará? No soportaría perder a mi novia ahora que estamos tan cerca de casarnos.

Los vítores estallaron. Él colocó una mano sobre la cabeza de Sibyl. La presión la obligó a levantar el rostro. Ella tensó la espalda, los músculos duros como piedra. No lo dejaría humillarla. No lo permitiría.

Sus dedos se hundieron en su cabello, firmes, irresistibles. La inclinó despacio. Cuando la punta de su nariz tocó la de él, Sibyl lo miró con ira, la boca apretada en una línea de odio.

Fenwick sonreía, pero tras aquella máscara amable se le marcaban las sombras del esfuerzo. Sibyl sintió un destello de miedo

y se odió por ello.

—Necio —siseó—, no soy una mujer cobarde que se pueda intimidar…

No terminó: la palabra murió en un jadeo cuando él posó los labios sobre los suyos.

La multitud rugió, celebrando el beso.

Su boca era cálida, sorprendentemente suave. Los labios de él tocaban los suyos, se separaban, volvían a encontrarse. No había brutalidad ni sabor amargo, y esa suavidad —esa traición del placer — era más aterradora que la violencia.

Cuando se apartó apenas, los labios aún rozándose, Sibyl descubrió que no podía moverse. Sus brazos, de acero, la mantenían inmóvil.

—Pequeña —susurró contra su piel—, ¿ves cuán fuerte puedo sostenerte? Si el abad te entrega a ese pedazo de carne, lo haré viudo al amanecer y te tomaré al caer la noche.

Y volvió a besarla.

Sibyl no pudo evitar que sus labios respondieran al contacto. Cada roce, cada aliento la abrasaba. El calor le subió desde dentro,

desconocido, prohibido. La respiración se le quebró, y un gemido —pequeño, aterrador— escapó de su garganta.

Al oírlo, Fenwick la soltó de golpe. Sibyl trastabilló hacia atrás, sorprendida, y se llevó la mano a los labios. Los sentía hinchados, aún impregnados del sabor de él. Se los limpió con el dorso de la mano.

—¡Cerdo asesino! —la voz le tembló—. ¡Hijo de perra, no soporto tu tacto!

Él la miró un instante y sonrió, divertido.

—Una elección de palabras interesante. Yo habría dicho cerdo asqueroso *y* asesino, hijo de perra.

Las carcajadas de la multitud estallaron. La humillación la devoró, pero también le dio fuerza. Sí, había ganado esa escaramuza, pero no la guerra. Enderezó la espalda y se volvió.

Miles seguía junto a su caballo, ya sin yelmo ni capucha de malla, el cabello negro y la barba salpicados de canas. Abrió la bolsa de la silla y sacó un pergamino doblado: el contrato que él y su padre habían redactado antes de junio, el mismo que ella había rechazado.

—Mi señor abad —dijo—, os traigo mi contrato para vuestra revisión.

—Venid, lord Harcourt —respondió el abad con una sonrisa satisfecha—. Mostradme el pergamino.

Sibyl casi rió ante la expresión de triunfo del clérigo. Solo necesitaban convencerlo de que habían intercambiado votos. En su empeño por desafiar a lord Robert, sin duda ignoraría la ausencia de sellos en el documento.

Robert extendió un brazo, bloqueando las escaleras.
—Lo que lleva no puede contener mi marca; jamás lo he visto. Sin mi aprobación, ese contrato no tiene validez.

—La ley de Dios está por encima de la del hombre —replicó el abad—. Si hubo votos, deben casarse.

—No quebrantarás mi derecho —gruñó Robert, la voz cargada de amenaza.

—Robert —intervino Godwin, con calma—, estás tan airado que no piensas con claridad.

Sibyl lo miró de reojo, asombrada por su serenidad. Él le devolvió una mirada breve y fría que heló su sangre: lo haría. Mataría a Miles y la arrastraría consigo antes de que pudiera acudir a

la justicia.

El pánico la golpeó, pero se obligó a respirar. Un paso cada vez. No temer al futuro aún no escrito.

—Ven, hermano —prosiguió Godwin—, deja que el hombre muestre su contrato al abad Theobald, mientras tú lo lees por encima de su hombro como mi secretario. Geoff llegará pronto para añadir su autoridad a nuestras reclamaciones. No quiero que nadie dude de mi derecho sobre Lacy.

Robert gruñó, pero subió los escalones a grandes zancadas para colocarse junto al abad.

Miles observó a los dos hombres, con sorpresa. Sibyl supo que pensaba lo mismo que ella: no esperaba que lord Beamont supiera leer.

Un momento después, Harcourt avanzó, situándose en el porche entre Robert y Sibyl, una haya entre dos robles. Entregó el pergamino al abad.

—Nada en este documento es falso. Solo falta el sello de Lacy.

—Y el mío —añadió Robert, cortante.

—No es culpa mía —replicó Harcourt—. John murió a manos de su hermano antes de poder enviarlo. Pensaba añadir su sello tras

obtener vuestra aprobación. Si no me creéis, mis sobrinos Osbert y William fueron testigos de nuestros votos.

—¿Intercambiaron votos sin mi consentimiento? Qué curioso… casi diría deshonesto —replicó Robert, con desprecio en cada sílaba.

Sibyl intervino. Había pasado los meses de encierro preparando respuestas para cada pregunta que él pudiera plantear.

—Tenéis razón, lord Robert, fue inusual —dijo en voz suave—, pero mi padre llevaba meses insistiéndome para que aceptara a Miles. Cuando por fin cedí, quiso pronunciar los votos de inmediato, por miedo a que cambiara de opinión.

El clérigo tocó el único sello de cera del borde del pergamino y lo desplegó. Lord Robert se movió apenas para leer por encima de su hombro. Mientras lo hacían, Sibyl miró al hombre más bajo que poseía tierras al sur de Lacy.

La cabeza de Miles apenas le alcanzaba al hombro. Él le lanzó una mirada breve: rasgos afilados, piel cetrina, el mismo desagrado que ella veía en sus ojos negros. Sibyl apartó la vista y contuvo un impulso de risa. De todos sus pretendientes, Miles era quien más la odiaba. En su último encuentro, ella le había dejado un ojo morado y lo había amenazado de muerte después de que intentara forzarla. La

llamó amazona sin pechos, indigna de la cama de ningún hombre, y luego aseguró a su padre que ardía por casarse con ella. Precisamente por eso lo había elegido para su plan de conservar Lacy solo para sí. Si había que matar, no le pesaría hacerlo con Miles.

Como el silencio se prolongaba, Miles habló para llenarlo:

—Mi señor Beamont, no sé si me recordáis, pero nos conocimos hace algunos años. Poseo propiedades a lo largo de la frontera sur de Lacy. Eso hace que mi alianza con Lady Sibyl sea provechosa para todos, también para vos. Por esta razón, John de Lacy suplicó a su hija que me aceptara. Le di gracias cuando el nuevo matrimonio de lord Lacy acabó llevando a Sibyl a encontrar en mí a su propio marido.

Los labios de Godwin rozaron la oreja de Sibyl y ella se sobresaltó.

—¿Abrirías las piernas para este enano balbuciente? —susurró —. Muchacha, mi opinión de ti acaba de caer en picado.

Sibyl se apartó con brusquedad y chocó con Miles. El hombre, más bajo, vaciló al borde del porche antes de recuperar el equilibrio. Le dirigió una mirada irritada y siguió parloteando.

—Comprendo que esto os sorprenda, pero no hay nada extraordinario en el contrato ni en nuestra unión.

Lord Robert gruñó un asentimiento y continuó leyendo. Un instante después, alzó las cejas, sorprendido, y miró a Sibyl.

—¿En qué fecha intercambiasteis esos votos?

Sibyl dudó, rebuscando en la memoria la fecha en que se redactó el contrato y frunció el ceño cuando una alarma le vibró en lo hondo. Él preguntaba algo más que el día exacto.

—Vamos, Lady Lacy —insistió—, ¿cuál fue la fecha?

—No lo recuerdo con precisión… pero fue al menos una semana antes de ir a Beamont para la boda de mi padre.

Su señor asintió despacio, luego sonrió y se volvió hacia el clérigo:

—Mi señor abad, no hubo votos, y la joven lo demuestra con sus propias palabras. El día de la boda de lord Lacy con mi pupila, Maeve, John se quejó ante mí, ante mi esposa y ante todos los presentes en mi salón de que no lograba que su hija aceptara a ningún hombre.

Sibyl contuvo un respingo. ¡María, cómo pudo olvidarlo! Se encogió. Su padre se quejaba tan a menudo de que ella no se casaba que había dejado de escucharlo.

—Ahora, mi señor abad —el señor de Beamont clavó en el clérigo una mirada que imponía—, hablemos de la boda de mi hermano.

Theobald solo arqueó las cejas y se volvió hacia Godwin.

—Mi señor Godwin, ¿oísteis al padre de la muchacha decir esas palabras?

Godwin negó.

—No estaba en Beamont en ese momento.

El clérigo miró a lord Robert y se encogió de hombros, indiferente.

—No encuentro prueba en vuestras palabras: nadie aquí puede atestiguarlas. En cambio, este hombre trae testigos que aseguran que hubo votos. No veo razón para desestimar la reclamación de Harcourt. Deben casarse.

Las esperanzas de Sibyl se dispararon, mientras el gesto de su guardián se helaba. Había acertado: el clérigo sostendría el contrato

pasara lo que pasase.

Lord Robert exhaló un suspiro largo y lento.

—Esto ha ido demasiado lejos. Tened por cierto que llevaré mis quejas al obispo. —Su calma resultaba más amenazadora que un grito—. En cuanto a este contrato, casaréis a mi hermano con la heredera de Lacy según lo previsto. Si no, mantendré a de Harcourt y a sus caballeros como prisioneros mientras Godwin se marcha con la muchacha. Mi hermano la ocultará, y sin votos, hasta que lleve a su hijo en el vientre; así, todo supuesto compromiso o matrimonio forzado quedará sin efecto. No abusaréis de mí en esto.

—¡No! —gritó Sibyl, cuando la trampa se cerró a su alrededor.

La urgencia por escapar lo eclipsó todo. Se abalanzó sobre Miles. Él alzó los brazos, esperando un puñetazo; en su lugar, la mano de ella se cerró en la empuñadura de su espada. Con un pie plantado en la cadera del hombre, lo apartó y arrancó la hoja de la vaina al pasar.

—No lo creo —espetó Godwin, sujetándola por detrás de los brazos.

Sibyl gruñó, frustrada, y soltó el arma a medio desenvainar con un empujón. Miles, desequilibrado, rodó por las escaleras; la cota de

malla repiqueteó contra la piedra. Los caballos se encabritaron. Apoyándose en el pecho ancho de Godwin, Sibyl se impulsó y propinó una patada brutal al vientre de lord Robert. Su guardián cayó sobre el abad; el clérigo, al aferrarse al barón para no tropezar, lo arrastró consigo.

Antes de que tocaran el suelo, Sibyl arrancó el alfiler del manto y lo acunó en la palma. Clavó el talón sobre los dedos de Godwin, cubiertos por la tela. Él gritó y aflojó lo justo para que ella se librara. El manto se desplomó entre ambos cuando giró, arma improvisada lista. Con toda su fuerza, hundió la lengüeta afilada en la carne del hombro.

—¡Zorra! —rugió Godwin, echándose atrás con ambas manos en la herida. El rojo destacaba sobre su túnica azul. A Sibyl se le volcó el estómago. Si la atrapaba ahora, la mataría. Echó a correr hacia la puerta del patio y la libertad.

—¡Ven! —gritó Edith desde el suelo del patio.

Sibyl saltó sin pensar. Notó el aire del zarpazo de Godwin cuando falló; luego él cayó junto a ella, enredado en su manto.

Aullando entre terror y triunfo, con las faldas por las rodillas, Sibyl se enderezó al instante. Los hombres de lord Robert intentaron

avanzar, pero retrocedieron ante el empuje de la muchedumbre, que se abrió entre risas para dejarla pasar. Los plebeyos sabían, como ella, que las probabilidades de que una noble escapara de la villa eran casi nulas.

Sibyl siguió a Edith, cruzó el arco de la abadía y entró en High Street. Un hombre, con túnica amarilla ribeteada en oro, lanzó un grito cuando casi chocaron con él. A su lado, un niño vestía azul y rojo.

—¡Traedla de vuelta! —ordenó a los dos soldados que lo seguían, pero las muchachas ya corrían hacia el conjunto de cereros, de donde llegaba un aroma agradable. Sibyl miró atrás: medio pueblo quería salir a la vez y había atascado la puerta. Los soldados enviados tras ellas no lograron pasar.

Edith tiró de Sibyl hacia una esquina y se coló entre el almacén de un vinatero y una tienda de cocina. El callejón era tan estrecho que Sibyl tocaba ambas paredes con los codos extendidos. A media altura, una viga de la tienda de cocina se arqueaba hasta tocar el edificio contiguo. Salvo un pequeño triángulo junto al suelo, parecía no quedar hueco entre muros. Edith dejó caer su mochila, la empujó por el boquete y se lanzó boca abajo tras ella.

Sibyl la imitó. El suelo húmedo apestaba a residuos y vísceras. Contuvo la respiración, pero oyó a los perseguidores. Los vecinos reían y voceaban a la novia fugitiva, mientras los soldados maldecían con las obscenidades más gruesas del francés y el inglés.

Impulsada por lo que la aguardaba si la atrapaban, Sibyl se empujó con fuerza y superó la curva. Edith la ayudó a incorporarse. Ocultas de la calle por la viga arqueada, quedaban pegadas a la pared ciega de un edificio sin ventanas ni chimenea. Sobre sus cabezas, el tejado de pizarra del almacén tocaba el de paja de la cocina. El boquete por el que habían pasado era la única entrada y salida.

Las voces de los que las seguían crecieron y, poco a poco, se alejaron callejón abajo. Sibyl se volvió hacia Edith, ya desabrochando los lazos del vestido.

—Rápido, abre la mochila. No hay tiempo. Date prisa: conviérteme en un chico.

Godwin se encogió al caer, amortiguando el golpe con el hombro sano. Rodó hasta quedar de rodillas y se irguió de un salto, arrancándose el alfiler de la carne. La tela de la sobrevesta y de la camisa se rasgó al salir. Maldita zorra. Su mejor túnica había quedado hecha jirones. Echó a andar, pero la marea de gente que pugnaba por atravesar las puertas de la abadía lo frenó en seco.

—¡Alfred, corre y cierra la puerta principal! —tronó a los soldados que abrían paso a empellones entre la muchedumbre—. ¡Stephen, tú a la poterna!

Aunque su novia alcanzara la muralla antes de que cayeran los rastrillos, los guardias no la dejarían salir: una noble sin escolta era tan rara como un caballo con cuernos. En ese instante le perdonó el intento. Su huida había echado por tierra el plan de de Harcourt de arrebatarle Lacy. Bastaba con cerrar las puertas y desalojarla de su escondrijo. Lacy era suyo.

Robert bajó de un salto los peldaños para ponerse a su lado. Una huella de barro manchaba ahora el rico atuendo del barón.

—Maldita sea esa idiota —gruñó—. ¿Dónde cree que puede esconderse de mí en mi propia ciudad?

—¡Qué sucede! —vociferó uno de los parientes de Harcourt, desmontando para ayudar al pequeño caballero a incorporarse—. ¿Os habéis herido?

—No —rezongó el aludido. Su caballo se encabritó, nervioso por la agitación. De Harcourt aferró las riendas—. ¡Perra estúpida!

Nadie habría sabido si hablaba de la muchacha o de la yegua.

—¡Mujer vil! —clamó el abad al cielo, y bajó los escalones a toda prisa hacia de Harcourt—. Es la última vez que intervengo en nombre de la descendencia de Eva. Toma. —Le tendió el pergamino. Cayó entre ambos y quedó en el barro—. Llévaselo a otro clérigo y lárgate de mi casa. ¡Fuera! ¡Fuera todos!

Su voz revelaba lo hondo que le habían herido el orgullo.

Godwin miró hacia la entrada. Nicholas, ya vestido con elegancia, se acercaba a zancadas, mientras Leofric trotaba tras él y se envolvía en la capa contra el frío. El crío no tenía carne bastante para calentarse.

Robert se volvió hacia de Harcourt:

—Quiero que tú y los tuyos abandonéis mis tierras. Ahora mismo. Arnult, síguelos —ordenó a su castellano—. Asegúrate de que les abran la puerta.

El pequeño noble paseó la vista de un Fenwick a otro, y luego reconoció al tercero.

—Mi señor sheriff —saludó a Nicholas con una sonrisa—. Lord Beamont, creedme: me marcho con toda prisa y alegría. Esto me ha ahorrado cometer un grave error. Quedaos con la zorra —le dijo a Godwin—, y que sobreviva a su noche de bodas con poco más que ese pinchazo.

Montó y espoleó, dando media vuelta y dejando el contrato a sus pies, hundido en el fango. Sus sobrinos lo siguieron, alejándose de la abadía mucho más despacio de lo que habían llegado.

Godwin los siguió con la mirada. El hombre era demasiado engreído para aceptar la derrota o la lección. Bajó la vista al pergamino arruinado. ¿Para qué traer un contrato sin sellos? Nadie era tan necio. Entornó los ojos: de Harcourt no solo contaba con que Sibyl se escabullera; estaba seguro de que correría hacia él. Se retiraba a su punto de encuentro.

Maldición: si Godwin no la encontraba primero, Miles la sacaría de su alcance. Y, como había sugerido Robert, con un hijo en su vientre nadie discutiría quién era su marido. Se volvió hacia sus hermanos.

—De alguna forma, de Harcourt cree que ya es dueño de la zorra. Esto estaba planeado desde el principio. El contrato no era más que un señuelo. —Propinó una patada al pergamino empapado —. ¿Visteis cómo sus parientes no hicieron el menor intento por detenerla cuando huyó?

—¿No lo hicieron? Pues yo sí —replicó Geoff, mirando a uno y a otro con los ojos chispeantes de risa contenida—. Godwin, sangras por el hombro. Robert, ¿qué le ha pasado a tu túnica? Creo que me he perdido algo memorable.

—Ríete y te saco el otro ojo —gruñó Robert—. Godwin, ningún mocoso mimado y retorcido me robará lo que te he dado.
Encuéntrala. Si de Harcourt la tiene, asedia ese muladar: te sostendré en el empeño. Si la atrapas antes, llévala a Lacy y cierra las puertas hasta que tu primogénito tenga dientes. Pero ocurra lo que ocurra, no quiero verla nunca más.

Se volvió y salió hecho una furia hacia la puerta.

Tanto Leofric como Nicholas siguieron con la vista al señor de Beamont al abandonar la abadía. Cuando Geoff miró de nuevo a su hermano menor, aún quedaba un rastro de sonrisa en su rostro.

—¿Cómo logró escapar? Casi me atropella cuando entrábamos por la puerta.

—Con su pie y con esto. —Godwin mostró el alfiler en la palma. Se lo guardaría como recordatorio de lo peligrosa que podía ser—. Ven, Leofric —llamó al niño—. Te daré tu primera lección de cómo cazar esposas fugitivas.

Geoff posó la mano en el hombro del chico y lo impulsó hacia su nuevo señor.

—Perdona que no me quede, pero debo volver a Crosswell.

—No temas. Jos lo hará bien en tu lugar. —Godwin pasó un brazo por los hombros huesudos del crío.

—Me llamo Leofric —murmuró este.

Godwin sonrió, complacido por aquel amago de firmeza.

—Geoff, dile a tu preocupada madre que prometo no romper a su hijo mientras sea mi escudero.

Capítulo 4

Los soldados se convirtieron en cazadores, dispuestos a sacar de su escondite a la cierva. Empezaron por las murallas exteriores de la fortaleza de Beamont y avanzaron en línea hacia las defensas de la ciudad. Entraron en cada edificio y registraron todos los rincones antes de dar el siguiente paso hacia las puertas.

En su oculto refugio, Sibyl se agachó con los muslos ardiendo mientras Edith remataba el peinado. Escuchaba el alboroto cada vez más cerca.

—Date prisa, Edith. Nos queda poco tiempo —apremió en un inglés que no delataba ni un ápice de ascendencia normanda.

—Listo —respondió la muchacha, entregándole una daga—. Ponte la capucha. Yo iré a vigilar el callejón.

Sibyl enfundó el arma en el cinturón y se incorporó. La cabeza le parecía flotar, extraña, por encima de los hombros. Al quedar el cuello de pronto expuesto al aire frío y húmedo, se le erizó la piel. Al sacudirla, las puntas cortas del cabello danzaron contra la mandíbula. Más rizado aún, pese a la tijera. Se pasó los dedos por la nuca y miró, con un pellizco de pena, la masa espesa que alfombraba el suelo. ¿Qué había hecho? Su pelo era lo único verdaderamente femenino que conservaba.

Al instante desechó la emoción como un flaqueo y se caló la capucha parda. No era más que una capucha con un faldón largo hasta más allá de los hombros. Bastaba con bajarla sobre la frente para ocultar el rostro. Sonrió, irónica, y se la echó hacia atrás entre los omóplatos. Sin melena, ¿para qué taparse? Nadie adivinaría que era mujer.

Llevaba junto a la piel una camisa de lino gastada, suavizada por el uso. En las piernas, unas *chausses* marrones —medias y calzones a un tiempo— como las de cualquier hombre. Las cintas entrecruzadas desde la rodilla hasta el tobillo impedían que resbalaran, pero se ceñían de forma indecente a caderas y muslos. Incómodo para quien estaba habituada a la libertad bajo las faldas anchas. Encima, una túnica vieja, antaño verde intenso y ahora un

pálido recuerdo. Remangó los puños; el dobladillo quedaba donde debía, a un palmo sobre las rodillas. Por último, una coraza de cuero sin mangas, lo bastante rígida para disimular las pocas curvas que podía presumir.

En los pies, unas botas cortas y recias. Elección sensata… salvo que le quedaban justas y le apretaban los dedos. Miró con nostalgia las finas zapatillas que solía calzar bajo los vestidos. Imposible: delataban a una noble y no aguantarían el camino. Suspiró. Tocaba aguantar el dolor.

—Ven —avisó Edith desde el extremo del muro.

Sibyl se encajó por el vano entre vigas y manchó el faldón de barro. Chistó, se frotó en vano y solo ensució las manos. Se rindió y alcanzó a Edith al final del callejón.

—¿Han doblado la esquina?

—Todavía no —Edith le echó una ojeada por encima del hombro, se detuvo y miró de nuevo. Jadeó. Luego, en seco—: ¡Sibyl!

—¿Qué? —Sibyl miró atrás, temiendo una rata.

—A ti —repitió Edith, dura—. Sube la capucha y bájala bien sobre la frente.

—¿Qué…?

—Haz lo que te digo, y no discutas —la voz de Edith se volvió firme—. Si quieres salir de aquí, caminarás encorvada y no levantarás la capucha hasta que estemos a una legua. No preguntes más. Date prisa.

Sibyl frunció el ceño, pero obedeció. Ni tras una vida juntas había aprendido a descifrar del todo los cambios de humor de su hermana de leche: iban y venían como el sol tras nubes de algodón.

Siguió a Edith hasta la esquina. Arriba, en la callejuela, aguardaba un soldado. Sibyl encogió los hombros, adoptó un paso servil y caminaron. El hombre apenas las miró de reojo.

El ánimo de Sibyl se elevó. Funcionaría. Sería libre. Una vez fuera, iría a Harcourt, se casaría, lo despacharía y entonces…

Entonces Godwin se casaría con ella. O la Iglesia la reclamaría. O, peor, la corte real la pondría en tutela y esquilmaría Lacy para llenar arcas vacías. ¿Cómo permitir algo así a su gente?

Sus planes chocaron con la realidad. Creer que Lacy podía ser suyo era una fantasía infantil, inventada para alimentar su sed de venganza y matar las horas del encierro. Ningún hombre lo permitiría.

Sibyl negó con obstinación. No había sacrificado su cabello para rendirse. El plan saldría. Tenía que salir. ¿Qué clase de hija se casaba con el asesino del padre?

A su lado, Edith rió quedo.

—Ni una ceja ha alzado, el bobo —murmuró—. Ya se odiará cuando se entere de que pasamos bajo sus narices.

—Esto no es un juego —chasqueó Sibyl, más molesta con sus propias dudas que con la chica—. Mi libertad pende de un hilo y tú solo piensas en picar a un soldado.

Edith le lanzó una mirada severa.

—Más te vale ser amable conmigo. Me basta decir tu nombre para que vuelvas a tu celda.

—¡Edith!

Sibyl se quedó pasmada. No era nueva la falta de reverencia de Edith; nunca se comportó como sirvienta con su señora, culpa de Sibyl por verla como hermana. Lo que la sacudió fue aquella dureza recién nacida.

—Se me ha escapado —ironizó Edith con una media reverencia y los ojos en blanco—. Deja de mirarme así. Bien sabes que no me

atrevería. A ti apuñalar a un lord puede costarte una paliza; a mí, mucho más si nos descubren.

Se dio la vuelta y siguió hacia la puerta, las caderas ondulando bajo la lana gruesa.

Sibyl la alcanzó con el pecho apretado, herida y confusa por aquel filo nuevo. ¿Qué había cambiado? Sea como fuere, las respuestas más tarde, a salvo. El resto del camino lo anduvieron en un silencio tenso.

La salida de Beamonttown era un hueco cuadrado en la muralla, flanqueado por dos pequeñas torres con la maquinaria de la reja levadiza. La reja colgaba alzada en sus cadenas, pero las hojas de madera estaban bien cerradas.

Varios vecinos se habían reunido en el empedrado ante la puerta, murmurando con impaciencia. Sibyl y Edith se escoraron al borde de la multitud. Hubo miradas fugaces, nada más: dos plebeyas jóvenes no llamaban la atención.

El olor del cordero guisado llegó con la brisa húmeda y el estómago de Sibyl rugió. Comer era un sueño. La bolsa de cuero en su cinturón estaba tan vacía como ella. El camino a Harcourt sería frío, mojado… y hambriento.

La lana áspera de la capucha le picaba en el cuello. Alzó los hombros, ladeó la cabeza: nada. Metió la mano para rascarse.

—Deja eso. Te descubres la cara —siseó Edith, y se puso de puntillas para otear—. ¿Dónde está? —murmuró.

—¿Quién?

—El hombre que nos sacará de Beamont, tonta. Llegamos pronto. No me llevó tanto cambiarte.

Sibyl la miró incrédula, con repugnancia.

—¿Has contado lo mío a alguien? ¿A un hombre?

—Sí. Y me alegro. Será más fácil salir como dos hombres y una mujer.

—¿Cómo has podido traicionarme?

—¿Traición? —Edith se plantó con las manos en las caderas y los ojos entornados—. ¿No te has librado de una boda que detestabas y vas camino de casarte con de Harcourt? —Una ráfaga apestosa levantó un mechón cobrizo bajo su capucha—. Sí, por ahora —replicó Sibyl—. ¿Cómo sé que ese hombre no me devolverá a Beamont?

Edith se encogió de hombros, con una sonrisilla confiada.

—Porque me ama, claro. Ten fe. Alan te llevará sana y salva. —Hizo una mueca—. Oh, ¿por qué elegiste a esa víbora cuando tenías pretendientes más simples? Si crees que Miles de Harcourt se quedará quieto mientras lo haces pedazos, te engañas. Recuerda bien cómo lo maltrataste. —Chasqueó la lengua, disgustada—. Elige a otro.

Sibyl soltó una risa áspera que rebotó en la piedra.

—No. Miles encaja demasiado bien. Su codicia lo empuja hacia mí. Es su ansia por mis tierras lo que lo hace vulnerable a mi cuchillo. Si sus sobrinos me inquietan, es porque debo planear también su destino.

La seguridad creció con cada palabra. Lo lograría por pura voluntad.

—Eres una necia por recurrir a esa serpiente —soltó Edith por encima del hombro, oteando la gente—. Ah, ahí viene Alan.

Sibyl siguió su mirada y gimió. Arrastrando un jamelgo pulgoso, con escudo y casco sin emblema en la silla, venía un soldado. Melenilla oscura a los hombros, rostro audaz, barba tupida. Orgullo en la postura, pero armamento pobre: un chaleco de cuero cocido, densamente cosido con aros de hierro que tintineaban a cada paso.

Un mercenario, o un bastardo con una pequeña propiedad buscando fortuna. Si pudiera sacar monedas de ella, la vendería sin pestañear. El corazón de Sibyl se encogió.

—¿Cómo has podido? —susurró.

Edith le sujetó la capucha y acercó su rostro.

—Atiende. Cree que soy de una aldea al noroeste. Volvía a Beamont desde Harcourt cuando lo encontré. Tú eres mi tímido hermano, Hugh, nuevo aprendiz de un mercader de paños: eso le dije. Hoy volvemos a casa a ver a nuestra madre moribunda. No he revelado tu identidad a nadie.

Los ojos de Sibyl se abrieron con alivio.

—Y debería darte una patada, bribona —masculló, entre risa y enfado. Luego suspiró—. El encierro me ha vuelto suspicaz e irritable. Perdóname.

Un destello de tristeza cruzó los ojos de Edith y su sonrisa se torció.

—Sí. Seremos amigas siempre, pase lo que pase entre nosotras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sibyl, inquieta, apoyando una mano en su hombro.

Edith se soltó.

—Después. Ahora, sé tímido, hermano. Muy tímido. Y míralo solo de reojo. —Se volvió para saludar al soldado.

El instinto de supervivencia encorvó a Sibyl. Entrelazó las manos y bajó la cabeza. Miró por el borde de la capucha.

—Ah, preciosa Edith, aquí estás —su inglés tenía un acento impostado. Se volvió hacia Sibyl—. Y este es tu hermano. Me alegra verte, muchacho.

—A su servicio, señor —murmuró, inclinando la cabeza. Al aproximarse el caballo, se refugió contra su pescuezo sarnoso—. ¿Le sujeto el caballo? —ofreció con voz áspera.

—Muy amable —se sorprendió él—, pero no hace falta.

—Mi hermano desea hacerlo en agradecimiento por escoltarnos, Alan —ronroneó Edith—. Dios santo, había olvidado lo tímido que es. No le he sacado diez palabras desde ayer. No confundas su silencio con descortesía.

Sibyl se contuvo. ¿Ayer? Si no había estado en Beamont estos cuatro meses, ¿dónde demonios…? Se atrevió apenas a asomar la mirada por encima de la crin. Edith se apoyaba en el brazo del hombre y lo acariciaba. El rostro de Alan estaba nublado por el deseo. A Sibyl la preocupación se le deshizo en amarga diversión. Los hombres eran idiotas con Edith. No veían el uso que hacía de ellos hasta que ella los descartaba, aburrida.

—Seguirás viajando con nosotros, ¿verdad? —ronroneó ella.

—Sí. No tuve suerte buscando plaza aquí —gruñó Alan, cada vez más ronco—. Ansío vuestra compañía para aliviar mi viaje.

Sibyl tosió. No era la soledad lo que él deseaba aliviar.

Desde el callejón cercano llegaron ecos de francés. Sibyl alzó la vista, jadeó y, de un tirón, acercó la brida del rocín para ocultar la cara en su crin.

—Milord, no sé cómo agradecéroslo. Como sabéis, es mi deber velar por que el comercio no se detenga. La villa no podría permitirse lo contrario.

Godwin gimió para sus adentros mientras se dirigía a la puerta, con Leofric pegado a sus talones. El jefe del concejo municipal trotaba a su lado. En un día normal, aquella voz ya le ponía nervioso pero hoy, la cháchara de Courvesier era insufrible.

—Aunque los mercaderes queremos que sepáis que entendemos que lo perdido es igualmente valioso, creo que las necesidades de ambos pueden satisfacerse sin perjuicio de ninguno. Sí, si el guardián interroga a cada cual que salga, vuestra presa no escapará sin ser descubierta…

—Basta —cortó Godwin—. Preguntasteis y accedí.

—Sí, sí, así es —balbució el hombre, y calló cuando Godwin lo taladró con la mirada.

Cruzaron la pequeña explanada adoquinada hasta la puerta.

—Alfred —dijo Godwin al soldado junto al portero—, sé mi traductor. Dile que abra una sola hoja. Debe preguntar a quienes no conozca quiénes son y adónde van. Todos los carros y carretas deben ser registrados a fondo. Si duda de una respuesta, que mande a buscarme. Estaré arriba, en la torre de la puerta,

observando a todo el que salga. Cuando termines, ve a decir a nuestros rastreadores que traigan aquí, a la puerta, sus informes.

—Sí, milord —respondió el hombre, y empezó a hablar con el portero en su lengua.

Godwin se volvió hacia una de las torres, pero se detuvo al ver, al otro lado del patio, a un hombre de armas. No había comparación entre la armadura y el caballo de Godwin y los de aquella pobre alma, y sin embargo se reconoció en el mercenario: un reflejo de lo que pudo ser. Sin la generosidad de Robert, él también vagaría de casa en casa en busca de soldada.

—Por aquí, Leofric —indicó en voz baja.

Con el muchacho siguiéndole, se acercó al desventurado guerrero, atraído por aquella posibilidad de destino compartido. Junto al soldado había una mujer menuda. Era bonita, como una rosa a punto de mustiarse: aún hermosa, condenada a apagarse. Lo miró con descaro, con la misma valoración fría con que una prostituta calcula cuánto arrancar a un cliente. Así que el hombre ofrecía a su mujer para rascar alguna moneda de más; quizá por pura necesidad.

—¿Vienes a ofrecerte para servir? —preguntó Godwin por encima del crujido de la hoja al moverse.

—Sí, milord, pero la casa está cerrada —respondió el hombre.

Su pésimo francés hizo que Godwin lo mirara dos veces. No era el hijo sobrante de un noble, sino un soldado común que aspiraba a subir un peldaño. El hecho de que mantuviera un caballo hablaba en su favor, pues hasta el jamelgo más miserable costaba caro.

—Lo está, y seguirá así hasta febrero. Nuestro alguacil está de visita. Anda buscando hombres.

—Agradezco la guía, pero prometí volver a mi último puesto si no hallaba acomodo en Beamont —el hombre hizo una breve reverencia, sin zalemas ni altanería, y esbozó una sonrisa—. Con vuestro permiso, partimos, milord.

Godwin miró por encima del hombro hacia la puerta. El patio estaba ya despejado. Quienes aguardaban para salir eran vecinos bien conocidos por el portero. Con intención de desear buen viaje, volvió al soldado… y vio al chico tras el caballo.

Su estima por aquel hombre subió otro grado. Más allá de las apariencias, debía de estar algo acomodado si sostenía a una mujer, un caballo y un muchacho en labores de criado. Era bastante alto,

dócil en porte, con la espalda encorvada y la cabeza gacha, y su ropa repetía la modestia del amo. Godwin se detuvo en la túnica del mozo: verde desteñido, el color que deja una prenda después de usarse hasta volverse segunda piel. Le recordó una suya que le había dolido dejar de ponérsela cuando le quedó pequeña.

—Buen viaje —dijo con un leve gesto—. Vamos, Leofric.

Posó la mano en el hombro flaco de su escudero y marchó hacia la torre de la puerta. El chico subió delante por la escalera de caracol. Godwin se frotó el hombro dolorido; la sangre se había coagulado en la camisa y el lino se le pegaba a la piel.

Arriba, la torre desembocaba en el estrecho adarve de piedra. Un viento frío y húmedo gemía alrededor, anunciando invierno, azotándole la cara y desordenándole el pelo. Leofric se encogió bajo una almena y se ajustó la capa. Godwin se apoyó en otra.

A sus pies, el sosiego del paisaje protegido por la espada de su hermano: campos alternando rastrojo dorado y tierra oscura recién arada; viñedos y huertos reducidos a varas córneas, alguna fruta tardía brillando como joya entre madera negra.

Dejó vagar la mirada por el camino que se alejaba serpenteando de las murallas, cruzaba una loma y se adentraba en

los bosques de Robert. Los pocos viajeros de aquel día se movían deprisa para entrar en calor.

—¿Milord?

Miró al muchacho. Otra vez estaba quieto como un adulto.

—¿Sí, Leofric?

—¿Por qué me queréis?

La pregunta, amarga, le contrajo los rasgos en una mueca de curiosidad desdeñosa… y algo más. Aquel «algo» hizo que Godwin desechara la respuesta fácil —«cumplir órdenes de Geoff»— por otra más amable.

—Como caballero, debo formar a los hijos de mis pares para que ellos también lo sean.

—¿Solo soy vuestro deber? —Leofric lo miró con rencor y se apartó por el adarve.

—No es lo que he dicho. Y aunque lo fuera, el deber no es un castigo. Sin él, ¿cómo sabríamos qué se espera de nosotros? —Godwin se agachó a su lado. De pronto, aquella charla pesó tanto para el chico como para él—. Es un honor que me encarguen al hijo de otro. Cuando te armen caballero, será un logro tuyo… y mío.

—No lograréis nada conmigo, milord. No puedo ser caballero. Lord Coudray no escuchó a mi madre ni a mí, aunque ella se postró y suplicó por mi vida —alzó la vista con ojos de mártir—. Soy demasiado frágil para esto. Convertirme en vuestro escudero me matará.

—¿No te cabe duda? —preguntó Godwin en voz baja, sin dejar ver sorpresa ni diversión.

—Ninguna. Pronto enfermaré y la muerte vendrá. Ya lo veréis —casi sonó a amenaza.

—No pareces enfermo, salvo por la delgadez. Tienes buen color.

—Es quemadura del viento —declaró con gravedad. Estiró el brazo y alzó la manga para mostrar la longitud huesuda—. Solo hay piel pálida y huesos.

Godwin negó.

—Veo un brazo como cualquier otro. No me convences.

—¿Estáis ciego? —saltó Leofric, indignado.

—¡Leofric! —el bramido de Godwin hizo vibrar la piedra mientras se alzaba de golpe—. ¿Nadie te enseñó modales? Si

vuelves a hablarme así, no solo oirás mi ira, sino que la sentirás.

Los ojos del chico se redondearon y le tembló el labio.

—A mi madre no le gustaría que me pegarais —susurró.

—Vergüenza te debería dar esconderte tras las faldas de tu madre —replicó Godwin, con voz tan dura como su espada. Le sorprendió que no rompiera a llorar—. Si decides portarte mal, sé lo bastante hombre para aceptar el castigo. ¿Qué caballero se oculta detrás de una mujer? Un cobarde.

Aun asustado, el niño no se rindió.

—Yo estaba destinado a la Iglesia —murmuró—. No es justo que me forcéis.

Godwin, cada vez más convencido de que tras aquellas rarezas había un muchacho normal, se tranquilizó: su trabajo sería ir quitando capas hasta sacar al niño que otros habían moldeado.

—Tienes razón: no es justo que murieran tu padre y tu hermano. Es terrible. Pero ahora eres heredero de Freyne y debes ser caballero y señor. Mi oficio es ayudarte a convertirte en el hombre que te corresponde.

Leofric parpadeó para tragar lágrimas y el ceño se suavizó.

—Perdonad mi rudeza, lord Lacy. Espero que encontréis a vuestra esposa.

—Gracias. Pero la encontraremos juntos —aseguró Godwin, satisfecho por lo logrado en tan poco.

Volvió la atención al camino. El soldado y su pequeño grupo iban a mitad de trayecto entre la muralla y el bosque. Al parecer, el portero había quedado conforme con sus respuestas. El hombre seguía llevando del ronzal al caballo y había elegido caminar junto a su mujer. Incluso desde allí, Godwin veía cómo se sonreían al hablar.

Con la cabeza baja, el chico alto se mantenía aparte, con andar forzado, como si le dolieran los pies. Con un amo tan pobre, lo más probable era que le quedaran pequeñas las botas y faltaran monedas para cambiarlas.

Los observó sin pensar hasta que entraron en el arbolado. Cuando los perdió de vista tras la cortina de ramas desnudas, la envidia lo mordió. Aquel simple soldado tenía lo que él jamás tendría: una mujer que lo quisiera. Empujó el deseo imposible al fondo de sí mismo, donde debía estar.

—¿A quién miras?

Se volvió, sorprendido, y vio que Robert estaba detrás, ya con cota de malla, sobrevesta, espuelas y espada. Estaba tan absorto que no oyó a su hermano subir.

—A un mercenario y a su mujer —respondió al hombre que, más que hermano, había sido un padre—. Leofric, saluda a mi hermano, lord Beamont. Este es mi nuevo escudero, Leofric, heredero de Freyne.

Para sorpresa de Godwin, Leofric tendió la mano y sostuvo la mirada.

—Encantado de conoceros, lord Beamont —dijo, correcto.

—Y yo a ti, hijo —sonrió Robert—. Como parte de la casa de mi hermano, pasas a ser parte de la mía. Bienvenido. Ahora, necesito hablar un momento con tu señor.

Con un gesto, soltó la mano del muchacho y anduvo unos pasos por la muralla. Godwin lo siguió.

—Entonces, ¿sigues decidido a quedarte con esa mansión en ruinas y con una esposa que desea tu muerte?

—Robert, basta de este debate. Mi corazón ha decidido quedarse en Lacy por razones personales. No me convencerás.

—Me rindo. Pero entiende que no soporto verte torturarte por el pasado —posó una mano en su hombro y sonrió; sus ojos grises, por fin limpios de la amargura que había ensombrecido su relación —. ¿Ya has encontrado a tu esposa?

—No —respondió Godwin con una sonrisa torcida—. Pero puedes darme las gracias por mis buenas obras. He encontrado a dos ladrones y a un siervo huido de su amo. Como esta es la única puerta abierta y ninguna mujer alta ha salido, solo puedo concluir que ella sigue dentro de los muros.

—¿Milord? —la cabeza de Walter asomó por la escalera.

Ambos se volvieron.

—¿Qué traes? —preguntó Godwin.

—Esto —salió al adarve con los vestidos de Sibyl ondeando como banderolas en su mano. Grandes lamparones de barro los dejaban perdidos—. Y esto —abrió la otra mano, y un largo mechón oscuro resbaló entre sus dedos.

Godwin aspiró hondo y miró más allá del camino, hacia el bosque denso. El «muchacho» ya no se veía. Se volvió a Robert, sin saber si rugir de rabia o saltar de alegría. La había hallado y perdido en un mismo aliento.

—Maldición… lleva puesta mi túnica —explotó.

—¿Qué? —saltó Robert.

—No, ni siquiera esa mujer sería tan descarada —su cara se contrajo ante la idea de una mujer vestida de hombre—. ¿De verdad quieres casarte con esa… criatura?

—Me da igual cómo vista: sigue siendo Lady Lacy, y Lacy será mío. Maldición, se me escapó delante de las narices mientras yo la miraba, porque su túnica me recordó una que tuve con quince años… —agarró a su hermano por los brazos—. Porque es la misma. ¡Chico, conmigo! —rugió, y bajó a toda prisa la escalera, con Robert y Walter pisándole los talones. Se detuvo en el patio—. ¡Portero, abre! ¡Nuestro pájaro ha volado! —hizo seña a un hombre para que tradujera—. Walter, reúne a los nuestros y ensilla. Leofric y yo estaremos listos en cuanto nos quitemos estas galas.

—Querrás la armadura… —empezó Walter.

Godwin negó, brusco.

—No hay tiempo. Que alguien me traiga la cota de malla. Y cualquier prenda decente que la dama dejara en su recámara: la necesitará cuando la encuentre.

—¿Por qué no dejas que envíe a un hombre? —el tono de Robert quedó a medio camino entre sugerencia y orden.

—No —rió Godwin, breve y desdeñoso—. Ve, Walter.

El hombre se esfumó. Godwin se volvió hacia su hermano.

—Estoy harto de tu vida: asuntos de cortes y clérigos entrometidos. Déjame recoger a mi esposa y volver a casa. En Lacy, el sacerdote nos casará tan bien como cualquier abad.

—¿Y qué te hace pensar que aceptará allí lo que ha rechazado aquí? —alzó Robert una ceja.

—Los aldeanos me aceptan por su señor. Creo que, aun si tuviera que atarla y amordazarla para hacerla asentir cuando toque, me ayudarán a convertirme en su amo legal. Y si no, la mantendré como tú sugeriste hasta que lleve un hijo mío —se encogió de hombros, sin pizca de comodidad en lo dicho. Forzarla no le granjearía la colaboración de Lady Lacy que tanto ansiaba.

—Si sigues ofreciendo favores —prosiguió—, manda aviso a los guardabosques. Que informen a la gente del bosque para que marquen el paso de un grupo de tres: una mujer, un mozo alto con túnica verde desteñida y un hombre con *cuir bouilli* que lleva un jamelgo. Que no los detengan, o ella huirá. Al ritmo que llevan,

tardarán una hora o más en llegar a nuestras lindes… y a de Harcourt.

—Hecho.

Mientras Robert daba órdenes, Godwin miró la puerta abierta, dudando si matar o agradecer al soldado que había sacado a Sibyl de la villa. Cómplice o inocente, sin él jamás habría reparado en el «mozo» ni en la túnica. Sonrió, de pronto, impresionado por la audacia de Lady Lacy. Ninguna otra mujer habría tenido tal coraje.

—¿Eso es todo, chico? —preguntó Robert.

Aún sonriendo, Godwin le palmoteó la mejilla a su hermano mayor.

—Gracias. Ahora vete con tu dulce y apacible esposa, Robert, y déjame con la mía. Veo que me queda un largo camino si quiero conseguir de ella lo que necesito.

Robert montó y contuvo al gran caballo, que piafaba, ansioso por partir.

—Por cierto: apuesto seis marcos a que te hará algo peor que un «pinchazo» en la primera semana.

—¿Apuestas en mi contra? Yo pongo doce a que te equivocas —rió Godwin.

—Trato —replicó Robert, espoleó y salió al galope por la puerta.

—¿De verdad os matará, milord? —preguntó Leofric, más asombrado que asustado.

—Espero que no —sonrió Godwin—. Vamos: ropa de viaje. En menos de una hora, tendré esposa… y pondremos rumbo a casa.

Capítulo 5

A Sibyl le dolía el cuello de tanto llevar la cabeza gacha y los pies le ardían dentro de las botas. Ya tenía ampollas en talones y dedos. En la bota derecha, una lengüeta de cuero le mordía la carne a cada paso. Alzó la vista por el camino: el dolor la hacía rezagarse. Alan y Edith iban muy por delante, con Edith, dichosa, encaramada en la montura.

La envidia le pinchó el estómago. Tras cuatro meses sin el menor gesto de compasión, necesitaba a Edith a su lado. Llevaba dentro un torbellino de pensamientos e imágenes pugnando por salir, pero solo ante alguien que la comprendiera.

También ansiaba escuchar a su amiga. Quería saber qué había ocasionado aquella tristeza fugaz en Edith. En cambio, todos los intentos de Sibyl por hablar habían sido rechazados. Desde que

cruzaron la puerta, Edith se volcó en Alan, como si de veras lo deseara.

Sibyl miró con impaciencia la espalda de su amiga cuando la pareja dobló una curva. Aunque los árboles estaban desnudos, crecían tan apretados que desaparecieron de su vista. Resopló, herida y airada. Las amigas no deberían dejar que un hombre se interpusiera entre ellas.

Al aproximarse a la curva, oyó el bramido de cascos. Dio un salto y resbaló por el camino embarrado hasta un matorral. Las zarzas, espinosas, ofrecían poca defensa, pero se agazapó, quieta como un conejo, y rezó para pasar inadvertida.

Lord Beamont y varios hombres pasaron al galope sin mirar a los lados. Un instante después, solo quedaban las huellas hondas de los cascos en el barro. Sibyl se incorporó y sonrió. Si no registraban la calzada en su busca, era que la creían aún dentro de las murallas.

Olvidó de golpe el juego necio de Edith con Alan. Cojeando, volvió a la carretera y dio una pequeña pirueta, eufórica. ¡Por fin, la hija de John de Lacy era libre!

La necesidad de compartir su victoria con alguien fue tan intensa que se le desvaneció el dolor de los pies. Forzó el trote y la

capucha se le voló hacia atrás. Al doblar la curva, jadeaba.

Delante, la vía se extendía en una línea recta, tan desierta como los arbustos esqueléticos que la flanqueaban. Se detuvo, perpleja. ¿Dónde estaban Alan y Edith? Esperó, por si ellos también se habían escondido hasta que pasara el noble. Nadie salió de la espesura.

La inquietud le caló los huesos. Con la mano en la empuñadura de la daga, avanzó lenta. El gorjeo ocasional de los pájaros de invierno se apagó en un silencio áspero, roto solo por el traqueteo de las ramas vacías al viento. Las mejillas le escocían de frío, mientras la niebla se volvía llovizna helada.

—¡Edith! —llamó.

Alan emergió de entre los arbustos.

—Ah, aquí estás —dijo con una jovialidad que desentonaba en el bosque mudo. Se detuvo como sorprendido, la miró fijamente y soltó una carcajada—. Vaya, muchacho, acabas de alargar tu vida. Cuando creía haber capturado a una prostituta y a un mozalbete inútil, me topo con el hombre más hermoso que he visto.

—¿Hermoso? ¿De qué hablas? ¿Dónde está mi hermana? —replicó Sibyl, sin entender. Entonces una ráfaga le revolvió los rizos y

recordó que llevaba la cabeza descubierta.

—Alguien como tú no debería reclamar parentesco con esa pequeña zorra —continuó él, en su pésimo francés—. Ven, Lady Lacy. Deja que te proteja hasta que tu marido pague rescate.

Sibyl lo miró, atónita más por el descubrimiento de su disfraz que por la amenaza.

—Perdón —dijo seca, en inglés—, no hablo vuestra lengua.

—Vamos, vamos —insistió él, tercamente en francés—. Deja de fingir. Una doncella tan hermosa no debe ocultarse como un hombre. Ven en paz y nadie te hará daño.

Sibyl entornó los ojos. Otra vez un hombre dispuesto a arrebatarle la libertad por la que acababa de jugarse la vida. Nobles, clérigos, y ahora un plebeyo: todos creían poder dictarle el destino por ser mujer.

—Campesino —gruñó en francés—, te pasas de osado si crees que podrás retenerme donde Lord Beamont no pudo.

Arrancó la daga del cinto y la alzó, lista.

—Me entregarás a mi amiga y nos dejarás pasar ilesas o te abriré como a un ganso.

—Las damas no deben jugar con cuchillos —advirtió Alan, condescendiente. Intentó arrebatársela y retiró la mano ensangrentada.

—¡Maldita seas, me has cortado la palma! —bramó, más sorprendido que dolorido—. Deja esa tontería y dame ese cuchillo.

Se le echó encima a trompicones.

Sibyl rió con desdén. ¿De veras creía que se quedaría quieta? Con una pierna le barrió los pies. En la caída, le descargó en la nuca —sin protección bajo el casco— el pomo de la daga. El golpe sonó sordo. Alan se desplomó de bruces en el barro.

Con un pie en su espalda, Sibyl soltó la daga, le arrancó la espada de la vaina y la sintió viva en las manos. La confianza le subió por el brazo. Dio un paso atrás y le picó con el acero.

—Arriba, campesino. Llévame con Edith.

Él se puso de rodillas, con la barba embarrada y la mirada vidriosa.

—¡Bueno, no os quedéis mirándola, idiotas! —gritó en inglés, escupiendo barro—. Hay que reducirla, pero con cuidado. Si le rompemos un hueso, los nobles nos matarán en vez de pagarnos.

Sibyl contuvo el aliento cuando la calzada se llenó de mendigos armados a gritos. Algunos llevaban trozos de cuero endurecido, otros cotas de malla acolchadas para desviar golpes. Todos empuñaban algo: dagas, espadas oxidadas, garrotes afilados. Eran seis, sin contar a Alan, y olían a suciedad vieja. El más corpulento sujetaba a Edith por el brazo, despeinada y con moratones.

—¡Edith! —clamó Sibyl.

Su amiga ni siquiera la miró. Se volvió hacia Alan:

—Escúchame —ordenó—. Lord Harcourt te pagará no solo por ella, también por mí.

—¿Quién es ese Harcourt? —preguntó Alan, acunando la mano herida—. Creía que el hermano de Beamont iba a casarse con ella.

—Lord Harcourt ha venido esta mañana a impedir la boda —la voz de Edith dejó escapar un hilo de desesperación—. Es más accesible que Beamont, pero no llegarás a él sin mí. Solo yo sé dónde espera.

—¿Espera? —Sibyl apenas podía creerlo—. ¿Cómo iba a saber nada de nuestros planes, si los hicimos esta misma mañana?

Edith le lanzó una mirada sombría. A Sibyl se le partió el corazón. Entendió que la huida había sido obra de Miles. De no

mediar aquella interrupción, de Harcourt habría tenido la ventaja y ella estaría indefensa.

—Alan, escucha —insistió Edith, forcejeando—. Lord Harcourt pagará lo que pidas por Lady Lacy. Déjame traerlo.

Alan se burló.

—¿Y eso que hace un momento estabas ardiendo por compartir mi lecho? Ahora me parece que prefieres escapar del invierno que te he preparado. Se me ocurre algo mejor. Quédate aquí mientras voy a por tu noble. Cuando lo tenga delante, le preguntaré si quiere comprar a la novia… y a la ramera.

—¡No! —gritó Edith, y golpeó, débil, al gigantón que la sujetaba.

—Quietecita —gruñó el hombre, con palabras tan pesadas como él.

Cerró el puño y le rozó la mandíbula. Edith se tambaleó y cayó muda entre los helechos.

La ira encendió a Sibyl.

—¡No permitiré que la maltrates!

Alan hizo un gesto a sus hombres.

—Quitarle el arma.

Cuando la rodearon, Sibyl eligió su primer blanco: un viejo desdentado, piel de cuero, un chaleco hecho jirones y una estaca por arma. Reía como una gallina en cada paso tambaleante. Ella se metió debajo con el acero apuntando hacia arriba, por debajo del palo, con la mira en el desgarrón del chaleco. El hierro entró, astilló costillas y desgarró blando. El viejo hizo una mueca y se apartó con una patada, ahogándose en la muerte.

Con la espada teñida y en guardia, como aprendió junto a su padre, Sibyl retrocedió hasta tenerlos a todos en frente. Solo entonces miró sus guantes, salpicados de sangre. En lo hondo de sí se alzó una náusea feroz.

En tres respiraciones había apagado una vida. Por muchas veces que lo hubiese amenazado, jamás imaginó sentirse así. Reprimió la respuesta cobarde. ¿Qué le pasaba? Aquellos hombres venían a por su libertad, si no por su vida.

—¿Quién más quiere probar lo que cató ese? —gruñó, fingiendo furia para tapar el temblor del corazón.

Por el rabillo del ojo vio a Edith incorporarse con torpeza. El alivio la recorrió. Si la chica tomaba el garrote del viejo, entre las dos

podrían repeler a aquella chusma. Luego hablarían. Fuera lo que fuera, lo arreglarían.

—¿A qué esperáis, necios? —vociferó Alan, encendido, colocándose a sus espaldas—. ¡Cogerla! No puede mataros a todos.

—Agárrala tú —rezongó uno—. No contábamos con que fuera peligrosa.

Alan rechinó los dientes.

—¡No puedo! Me ha estropeado la mano con que esgrimo.

—Venir a gustar mi acero, estiércol apestoso —incitó Sibyl, con la confianza creciendo—. Sí, venir con vuestras hojas viejas y palos. Yo os daré muestra de buen acero.

Se lanzó sobre el más cercano. Al girar él para evitarla, Sibyl vio a Edith. La muchacha sacaba el caballo de Alan de su escondite.

Parpadeó, incrédula, mientras Edith montaba y ponía al pobre animal al trote… sin mirar atrás.

El abandono dolió más que una traición. Tambaleándose por aquel golpe, Sibyl soltó un mandoble a ciegas, rompió el hombro de un hombre flaco y le arrancó medio brazo. Rebotó en la espada y cayó camino de la tumba.

La acción de Edith abrió un vacío terrible en Sibyl. Jadeó, peleando por no desfondarse. Aquel estado la dominaba siempre que el mundo se le quebraba.

Demasiado tarde. La calma extraña la envolvió como una burbuja. Observó, casi con indiferencia, cómo Alan se volvía y descubría que Edith huía.

—¡Esa maldita zorra me ha robado el caballo! Cobardes todos —bramó Alan a sus hombres—. Solo tenéis delante a una mujer. Cogedla y luego id a buscar a nuestra ramera. Dickon, enséñales cómo trata un hombre de verdad a una mujer.

El corpulento, el mismo que había golpeado a Edith, alzó su arma oxidada y se encaminó hacia Sibyl. En ella solo quedaba la tirantez de la mueca; nada, ni siquiera el miedo, vivía dentro.

Dickon vaciló, mirándola fijo, con el hierro goteando entre los dedos.

—No me gusta esto —sollozó un muchacho enclenque—. No está bien que una mujer actúe así. Mírala… es como si no tuviera alma. Es una bruja. Déjala ir, Alan, o nos maldecirá a todos.

—No le temo —murmuró Dickon y, espoleado por el pánico ajeno, avanzó con la espada en alto.

El viento llevó su hedor hasta Sibyl. Años de adiestramiento bastaron: el cuerpo reaccionó sin pedir permiso al pensamiento. Alzó el acero, bloqueó el golpe con un chirrido bronco, liberó la hoja y giró ágil para clavarla hondo en el vientre enorme.

Él gritó y se desplomó hacia ella. Sibyl tiró de la empuñadura para recuperar el arma, pero quedó bien prendida. Temiendo quedar atrapada bajo aquel peso, soltó la espada y retrocedió tambaleando, con las manos vacías.

—¡Cogedla ahora! —exclamó Alan, triunfante.

Los tres restantes se arrojaron a la vez. Intentaron arrastrarla al suelo y apisonarla bajo sus cuerpos. En el frío vacío que la poseía, Sibyl no toleró el contacto. Pateó y golpeó. El chico frágil se apartó rodando, con la nariz ensangrentada y un llanto agudo. Los otros dos lograron inmovilizarla, echándose sobre sus brazos.

—Zorra maldita —gruñó Alan y le propinó una patada en las costillas.

Sibyl se encogió para protegerse del siguiente golpe.

—Has matado a la mitad de mis hombres, me has herido y me has hecho perder el caballo y a nuestra ramera —bufó—. Quizá te sustituya por ella.

Se inclinó con mirada lasciva. Uno de los compinches rozó con sus labios la mejilla de Sibyl.

—Yo te acompaño, Alan. Me da igual a quién siga o cómo luzca. Aún me sabrá dulce —y le pasó la lengua por el cuello.

Sibyl no sintió repulsión. Solo la urgencia de librarse de esas manos. Recogió las rodillas al pecho en el instante en que Alan le aferró el cabello. Él alzó la mano para abofetearla y recibió un talonazo en la barbilla. La cabeza se le fue hacia atrás; gritó con la boca salivosa y roja. Torpe, desenvainó la daga con la izquierda.

Cuando descendió el filo, Sibyl volvió a encoger las piernas. La hoja le rajó la espinilla, cortándole calzas y piel. Plantó ambos pies en el abdomen de Alan y lo alzó hasta casi enderezarlo. Mantuvo uno clavado y echó el otro atrás, apuntando al pecho. Al soltar la patada, él empujó contra su pierna de apoyo y la obligó a doblar la rodilla. El talón no le dio en el pecho, sino en la garganta. Los ojos de Alan se abultaron; se llevó las manos al cuello y palideció antes de caer, retorciéndose.

—¡Alan! —aulló uno de los que la sujetaban.

Sibyl forcejeó con violencia y liberó un brazo. El otro la soltó al instante y se escabulló. Ella se incorporó de un salto y, al pasar,

arrancó del cuerpo de Dickon la espada oxidada. Los dos rezagados huyeron entre la maleza como los ratones que eran.

—¡Esperadme! —sollozó el muchacho, tambaleándose tras ellos con la mano en la nariz que chorreaba.

Sibyl los observó un segundo, con la empuñadura apretada y el corazón como piedra. El cielo respiraba por ella con un viento helado y punzante. El granizo la azotaba. El frío interno se igualaba al del aire.

Respiró hondo y volvió la vista hacia Alan. Seguía retorciéndose, tratando de sorber vida por la tráquea aplastada. La daga yacía a su lado. Sibyl la recogió, sorprendida de lo firme que estaba su mano. Cortó las tiras del chaleco para abrirlo, envainó el cuchillo y se irguió.

Con el lomo de la vieja hoja apartó la cota acolchada y le posó la punta en el corazón. Bastaba empujar. Pero quedó clavada al suelo, incapaz de matar a sangre fría. El vacío se hinchó hasta dejarla sin pensamiento.

Solo cuando los espasmos cesaron y el cuerpo se aflojó en la muerte, pudo mover el peso del arma y hundirla. Se dio la vuelta sin un sonido y echó a andar por la calzada, en pos de Edith. Durante

un trecho no sintió ni pies ni pierna. Luego regresaron el ardor en la herida, el latido en las costillas, el martilleo en los talones.

Había recorrido media milla cuando halló a la chica y al caballo en el camino. Se detuvo a mirarla. Una mejilla marcada por la bofetada, un moratón en la mandíbula, la nariz hinchada. El silencio entre ambas pesó. Entonces el rostro de Edith se torció de vergüenza y tristeza.

Sibyl abrió la boca dos veces hasta que, por fin, brotaron palabras:

—Me abandonaste.

Aquel susurro, asombrado, resquebrajó el hielo por dentro y dejó un dolor nuevo.

Como una llave, la acusación liberó a Edith de la trampa de la culpa. Sus rasgos bonitos se tensaron en indiferencia. Se encogió de hombros.

—No pensaban hacerte daño. Eres noble y por ello vales dinero. Pero yo no soy más que una plebeya. No me atreví a quedarme cuando me reservaron para ser su ramera de invierno… y me mataran cuando se hartaran.

—Me dejaste para salvarte, sin pensar si yo vivía o moría.

Sibyl soltó el aire en un suspiro tembloroso. Desde el fondo volvió el calor de la ira y fue un alivio tras tanta frialdad.

—Parece que has sobrevivido bien —forzó Edith una sonrisa que dolía de lo falsa—. Toma, monta un rato. Debemos seguir.

—¿Por qué? —La pregunta dura se estrelló contra el cielo plomizo. Sibyl entornó los ojos, midiendo a su amiga—. ¿Dónde has estado estos cuatro meses? Es hora de compartir secretos.

—Lo que hago no es asunto tuyo.

—Al contrario. Tu alma está unida a Lacy, y yo soy tu señora. Me dirás dónde has pasado este tiempo.

Sibyl se sorprendió del tono, tan firme como el contenido. Era la primera vez que le hablaba así.

Edith frunció el ceño.

—No le rindo cuentas a nadie, y menos a ti.

Sibyl se irguió.

—Entonces, te pintaré la escena. Todo el condado sabe que Miles tiene mujeres. Vive en Harcourt y allí has residido como su amante. No creyó que aquel contrato me separaría de Godwin ni que yo deseara casarme con él. Necesitaba un anzuelo. Ese eras tú:

robarme de Beamont y calmarme hasta dejarme a su merced. Falta una pregunta: ¿cuánto te pagó por entregarme?

La culpa cruzó el rostro de Edith, y se escondió tras una mueca altiva.

—¿Qué importa, si vas a él de todos modos? Si es tan tonto como para pagar por lo que podría tener gratis, que pague.

—Lo hiciste —susurró Sibyl, herida—. Aceptaste dinero por mí.

Edith se encogió de hombros.

—Sí. ¿Qué esperabas? El incendio de Lacy me arrebató todo por lo que trabajé.

—¿Trabajaste? —escupió Sibyl—. Creía que los hombres te colmaban de baratijas por amor. ¿Ahora dices que abrías las piernas a cambio de pago?

Edith palideció de dolor y se oscureció de ira.

—¿Quién eres tú para reprenderme? Al menos yo acepto lo que soy. Mírate: temes tanto ser mujer que finges ser hombre.

—No —protestó Sibyl, débil, tapándose los oídos. Cada palabra era una puñalada.

Edith se plantó con las manos en las caderas.

—Como mujer imposible a la que ningún hombre podría amar, ya eres bastante. Pero como hombre, eres peor. Qué lista te creías. "Defenderé las murallas contra el hermano de Beamont", me dijiste. "Cuando lord Robert vea de lo que soy capaz, me dará Lacy". Y la balista de Godwin redujo nuestros muros a polvo mientras tú no abrías la puerta. Ahora Lacy es ruina y mi madre ha muerto. Tú mataste a los dos, a tu padre y a mi madre. Tú los mataste.

—No fue culpa mía —murmuró Sibyl, roída por el remordimiento.

Había confiado tanto en su pericia que arriesgó a su gente, ayudando a su madrastra a retener a lord Robert, aun bajo el asedio del hermano. El estruendo de piedras, el rugido del fuego, los gritos de los suyos y la visión del acero de Godwin hundiéndose en el cuerpo de su padre volvieron como una ola negra.

Edith se acercó, le agarró la capucha y forzó a la alta noble a mirarla.

—¿Cómo soportas el peso de lo que has hecho? —susurró, cruel, y le dio la espalda.

Sibyl apretó los ojos. El viento gemía con las súplicas de los muertos. Habían acudido a ella en busca de amparo y ella los

traicionó por orgullo.

—No… —se apartó, tambaleando, repitiendo la letanía que la había protegido en meses—. No fue culpa mía. Nada habría pasado si lord Robert no hubiese casado a esa bruja con mi padre. Su intromisión lo causó todo. No es culpa mía. No es culpa mía…

Edith la miró ardiendo.

—Por venganza te vendí a De Harcourt. Ahora iré a por tu novio, Sybil. Ten presente que le repugna casarse contigo y piensa encadenarte como a un perro. Mientras lo hace, recuerda que lo que me paga me asegurará una vida larga y libre.

Montó en el jamelgo.

—Edith, yo no maté a tu madre. La vi morir a manos de Fenwick, como murió mi padre. Tienes que escucharme…

—¡No! —cortó Edith—. Tu orgullo la mató. Hemos terminado. Te dejo una advertencia: si no quieres ser prisionera de Miles, toma otra dirección.

Espoleó al animal y se alejó al trote.

Sibyl la siguió con la mirada, con un dolor tan hondo que la clavó al suelo. La lluvia había cesado, pero una humedad extraña le

templaba la cara. Se tocó y descubrió, sorprendida, que lloraba.

La necesidad de sentarse venció. Se apartó de la calzada y alcanzó un roble gigante, rodeado de una cortina espesa de matorrales. Oculta de los viajeros, se dejó caer sobre la tierra húmeda, la espalda al tronco.

El temblor comenzó leve y creció hasta sacudirla. Con la frente en las rodillas, peleó por el control. ¿No bastaba con que su pueblo y su padre hubieran muerto y su hogar ardido? Ahora De Harcourt le había vuelto a su mejor amiga. Pronto vendría a por ella y, si Edith decía la verdad, la mantendría cautiva el resto de su vida. Se meció en vano. Ese era el precio por traicionar a los suyos.

Pero Edith le había revelado los planes de Miles. Ese susurro, desde lo más recóndito, la enderezó de golpe. Aspiró hondo. Algún aprecio debía quedarle a Edith; de otro modo no habría entregado así una recompensa fácil.

No podía ir con Miles. Tampoco volver a Beamont. ¿Adónde, entonces?

A Lacy.

Un escalofrío le recorrió el alma. A casa. Cerró los ojos, aliviada. Volvería.

Con el pulso ya más sereno, llevó la mano a la espinilla. La sangre ajena aún manchaba los guantes. Se le revolvió el estómago, pero dominó el impulso. No era el momento. Cuando estuviera a salvo, pensaría en lo ocurrido. Por ahora, limpió los guantes en la hierba y separó con cuidado el paño pegado a la herida.

Juzgó el tajo con ojo de sanadora: limpio, digno de puntos para cerrar bien. Imposible allí. Si quería llegar a Lacy, debía vendarlo. Con la daga cortó una tira del bajo de la túnica, la enrolló y la anudó firme. Bastaría para evitar males mayores hasta llegar a casa.

Hogar.

Hizo una mueca que nada tenía que ver con el dolor físico. Había traicionado a los suyos. ¿Qué bienvenida la aguardaba?

¿Y si Fenwick no había mentido y los campesinos lo aceptaban? —No es culpa mía —susurró, y alzó la voz—. Mi gente todavía me quiere y voy a volver. Cuando regrese, se alzarán contra Fenwick y me pondrán en mi lugar —dijo a las nubes espesas.

Las palabras sonaron huecas, pero fingió no oírlo. Se levantó con cuidado y se internó hacia el norte por el bosque. Una vez segura de haber despistado a sus perseguidores, regresaría a la calzada.

—Me voy a casa —se repitió, poniendo un pie dolorido delante del otro—. Me voy a casa.

Capítulo 6

Godwin tiró de las riendas de su enorme corcel negro y alzó la mano para que sus hombres se detuvieran. En mitad del camino yacía el mercenario que había escoltado a Sibyl desde Beamont. Por muy diestro que fuese en armas, tenía la garganta aplastada y una espada oxidada clavada en el pecho. Otros tres, todos plebeyos harapientos, estaban esparcidos cerca. No había rastro de la muchacha ni de su prometida.

—Stephen, mantén a mi escudero detrás de ese seto —gritó por encima del hombro—. Vosotros dos, peinad la derecha; y vosotros, la izquierda. Walter, ocupaos de estas pobres almas. Averiguad si alguno conserva aliento para decirnos quiénes son y qué ha sido de las mujeres.

Mientras impartía órdenes, Godwin ya intuía lo ocurrido. De Harcourt no se había retirado más allá de las lindes de Beamont:

había aguardado allí. Mató al soldado y a esos desdichados con los que se topó, y se llevó a las mujeres. Maldición, había llegado demasiado tarde.

El caballo, adiestrado para la guerra, respondió a la tensión de su amo y se encabritó con brío. Godwin se maldijo por montar a Witasse en lugar de un palafrén más sosegado. Sin la armadura no pesaba lo bastante para domar al gran animal. Entre el peso distinto y el olor a sangre, necesitaría toda su fuerza para impedir que el corcel embistiera a sus propios hombres.

Se inclinó hacia delante y susurró al oído de la bestia:

—Cesa, Witasse, o te daré una paliza.

La yegua, sensible al tono —si no a las palabras—, se dignó a relajarse, aunque apenas.

Desde ambos lados del camino llegaron reportes negativos. No habían hallado nada.

—Milord —avisó Walter junto al mercenario caído—, todos están muertos… pero por poco; aún guardan algo de calor.

—¡Jesu Christe! —maldijo Godwin—. Entonces De Harcourt no puede estar lejos. Rápido: hemos de alcanzarlo antes de que abandone nuestras tierras.

Espoleó al corcel y la gran bestia se lanzó hacia delante antes de que su mesnada hubiera montado.

A pesar del ímpetu, no había ni rastro de su prometida ni de su vecino. Por fin, al distinguir jinetes en la distancia, no cupo duda del verde de la sobrevesta de Harcourt; pero la hueste cabalgaba hacia Beamont, no en sentido contrario. El alivio se mezcló con la irritación. Si De Harcourt no tenía a Lady Lacy, ¿dónde demonios estaba ella y quién había matado a esos hombres? Godwin alzó la mano para detener a los suyos.

—Nos quedaremos aquí, con las espadas desnudas —ordenó—, pero evitaremos el choque. Lacy no puede permitirse una guerra con nuestro vecino ahora.

A una seña de Walter, los hombres formaron sus monturas a lo largo del camino.

Godwin miró atrás, buscando a Leofric sobre su robusta jaca. El chico seguía pálido por la muerte que acababa de ver.

—Leofric, coloca tu montura detrás de la de Walter y mantente cerca del bosque. Si esto degenera en batalla, guía la jaca entre los árboles y aguarda en silencio el desenlace.

—Sí, milord —atinó a responder el muchacho con voz temblorosa, y echó a andar la jaca.

Godwin casi sonrió. La instrucción del chico avanzaba más deprisa de lo previsto, y Leofric lo aceptaba mejor de lo que su señor esperaba.

—Así se hace, muchacho.

Cuando De Harcourt se detuvo, quedó a menos de una lanza de Godwin, lo que provocó un nuevo arrebato de Witasse por zafarse del bocado. Cuando Godwin recobró el control, los hombres de su vecino se amontonaban, desordenados, tras el pequeño señor.

Escudriñó a los jinetes en busca de alguna señal de Sibyl. Una muchacha montaba a la grupa de uno de los soldados. Afinó la vista y reconoció a la mujer que había visto en la puerta de la villa de Beamont. Tenía el rostro amoratado, pero era ella. Ahí estaba la que De Harcourt había usado en su intento de arrebatar a Godwin la heredera.

—Mis disculpas por entrar sin permiso —habló el caballero más bajo con calma—, pero parece que he perdido algo durante mi viaje.

De Harcourt recorrió con descaro a los hombres de Godwin, y una sonrisa se dibujó en los ángulos de sus labios estrechos.

—Veo que tú tampoco lo has encontrado. Reconforta. Significa que puedo retirarme y esperar a que venga a mí.

La intención era tan clara como el insulto.

Godwin sabía que pretendía provocarlo, y aun así la ira le ardía dentro.

—Ambos sabemos que no tienes derecho legal sobre ella —replicó con frialdad—. Es mía. Si la tocas, lo harás bajo tu propio riesgo.

Su rival alzó una ceja, burlón.

—Qué descuidados los jóvenes de hoy. A tu edad yo me lo habría pensado dos veces antes de enemistarme con un guerrero con veinte años de experiencia.

La cólera de Godwin se heló en furia fría. Apretó las riendas y Witasse se encabritó, inquieta. Esta vez la distracción le vino bien: le impidió desenvainar. Mientras dominaba al caballo, contuvo también las emociones. La calma le trajo la certeza de que dos podían jugar al juego de Harcourt.

Forzó una sonrisa.

—Igualmente absurdo es juzgar la pericia de un hombre por su edad. Quizá deba advertirte que gané mis espuelas en Tierra Santa, a filo de acero contra infieles. El propio rey me dio mi colée en reconocimiento de mis hechos. ¿Hemos terminado de zaherirnos? Si es así, regresa a Harcourt.

Miles se encogió de hombros, indiferente.

—Creo que acamparé donde el camino tuerce al norte, hacia Harcourt y Lacy, y reanudaré la marcha por la mañana. Un sitio excelente; me agrada ver pasar a los viajeros.

De nuevo, no había duda de lo que insinuaba. Si Godwin hallaba a Sibyl e intentaba llevarla a Lacy bajo su custodia, Miles estaría allí para retarlo. Bien; había más de una senda hasta Lacy.

Godwin se detuvo, sorprendido. ¿Por qué revelaba aquel hombre su plan con tanta franqueza, privándose de la ventaja? Al comprenderlo, sonrió de veras. Igual que Lady Lacy, su vecino parecía haber tomado el gran tamaño de Godwin por falta de seso.

—Como gustéis —concedió con amabilidad—. Os deseo buen viaje de regreso a Harcourt y yo me ocuparé de mis asuntos. Cuando todo esto quede resuelto, confío en que podamos dejar a un lado la animadversión y gozar de la paz entre vecinos. —Alzó la

mano como si acabara de recordarlo—. Ah, justo lo que necesitamos. ¿Aceptaríais ser padrino de mi primogénito?

La pulla dio en el blanco. De Harcourt entornó los ojos y la ira oscureció su tez cetrina. Sin añadir palabra, hizo señas a los suyos para darse la vuelta, y giró el caballo en la calzada. Al alejarse, gritó por encima del hombro:

—Muchacho, tendré a Lacy, de un modo u otro.

—Aguardaré tu intento —replicó Godwin a su espalda.

—Milord —apuntó Walter al cabo de un momento—, creo que ese hombre pretende haceros daño.

Godwin soltó una breve risa.

—No, Walter. Pretende matarme si me caso con Lady Lacy. Pero aún no la tiene, por lo que supongamos que está en estos bosques y a merced de quien mató a esos hombres.

Hizo girar a su nervioso corcel y emprendió el regreso hacia el lugar de la refriega.

Aunque Walter sugirió aguardar en el camino a los guardabosques de Robert, Godwin no soportaba la inacción. Ordenó a un mozo traerle desde Beamont un caballo más tranquilo y dejó la

gran bestia de guerra en manos del hombre. Con Leofric junto al fuego del campamento, él y los soldados rastrearon el camino en busca de indicios del paso de su prometida. Hallaron la primera señal bajo un roble enorme.

Godwin contempló la hierba aplastada y ensangrentada. La muerte de su prometida no debería significar nada para él salvo su libertad. Con su fallecimiento, las tierras volverían a Robert y el hermano de Godwin seguiría imponiéndole a Lacy.

Sin querer, le asaltó el recuerdo de la muchacha alta abrazada a él cuando estaban de pie bajo el pórtico de la iglesia. Sus finas vestiduras no impedían sentirla; era muy consciente de cómo su cuerpo tocaba el de ella y de lo bien que encajaban. Suspiró. Escarmentado por su pecado con la antigua esposa de Robert, Isotte, Godwin solo había recurrido desde entonces a rameras. Siempre le cobraban un extra por su peso inusual y jamás le permitían echarse sobre ellas. Hasta hoy, tras la conversación con Geoff, no se había atrevido ni a considerar yacer con Sibyl como un hombre yace con su esposa. Sí, habría una comunión breve para romper su virginidad y manchar las sábanas, pero no esperaba otra cosa.

Ahora, el recuerdo de sus labios —flexibles y cálidos— le cortaba la respiración y encendía la sangre. El beso había ido más hondo de lo que pretendía. Si ella no hubiera gritado, él seguiría besándola. No: estarían haciendo mucho más.

Tragó saliva y cerró los ojos, abrumado por un deseo abrasador. ¿Por qué lo había besado así si lo odiaba tanto? Por Dios, ¿a quién le importaba el porqué? Lo había hecho.

—¿Milord?

Godwin se sobresaltó y abrió los ojos. Walter estaba ante él, la preocupación dibujada en sus rasgos sencillos.

—Hemos hallado un rastro que conduce al norte —informó; dudó un instante—. ¿Os encontráis enfermo? Parecéis febril.

Fiebre, sí, pero no de enfermedad. Godwin casi se atragantó con su propia estupidez. Sibyl jamás compartiría con él juegos amorosos.

—Estoy bien —zanjó—. Vamos: busquemos a mi prometida.

Dejó a Leofric en el campamento improvisado con dos hombres que llevarían mensajes y se reunirían con los guardabosques. Mandó a otros dos a seguir la senda hasta las fronteras de Robert, mientras él y Walter tomaban el rastro, tenue, hacia el norte.

El tiempo no mostró clemencia. La lluvia viró a aguanieve y volvió a llover. Incluso al abrigo del cuello de su montura, el viento le calaba las capas y escocía la piel. Avanzaban con exasperante lentitud para no pasar por alto señal alguna. La mañana cedió al mediodía; hora tras hora sin éxito. La impaciencia dio paso a la inquietud.

Casi al término de las tierras de Robert, el crujido de alguien abriéndose paso entre la maleza llamó su atención. Guiado por el sonido, se internó con presteza, con Walter a la zaga. Se les acercaba Hobbe atte Lea, uno de los monteros de su hermano, que sujetaba por el brazo a un muchacho famélico.

—¿Qué traes ahí, Hobbe? —clamó Godwin.

El hombre, enjuto, vestido con sayo verde de guardabosques, alzó la mano en saludo.

—Milord, no sabía que estabais tan lejos. Nos ahorráis un buen trecho de vuelta al campamento, y es ventura. Creo haber hallado una pista sobre la mujer desaparecida.

Al rodear matorrales para acortar la distancia, Godwin vio que uno de los ojos del chico lucía un cerco oscuro y que la sangre le manchaba el rostro demacrado. Alzó una ceja, sorprendido.

—Hobbe, ¿era necesario golpearlo? No parece capaz de defenderse.

La sonrisa del leñador fue un gruñido de comadreja.

—No fui yo quien lo maltrató. El muchacho asegura que una hermosa bruja le hizo eso en el ojo, que lanzó una maldición sobre él y sus compañeros y dejó a cuatro muertos. Le tiene tanto pavor que salió de su escondrijo para rogarme que lo llevase a la iglesia más cercana en busca de amparo.

—¿Una bruja que mató a cuatro? —preguntó Godwin con recelo.

Sin querer, se abrió paso en su mente una explicación inesperada para los cadáveres del camino. Sibyl sabía manejar la espada. ¿Acaso no lo había atacado con el arma de su padre tras la muerte de John? No tenía su fuerza, cierto, pero era lo bastante diestra como para abatir a plebeyos mal armados.

No, no podía ser: no a cuatro hombres ella sola.

—Pídele que describa a su bruja.

Mientras Hobbe traducía la pregunta, Godwin volvió a lamentar no hablar la lengua de los campesinos. Confiaba en el alguacil y en el sacerdote de Lacy, pero su falta de entendimiento lo dejaba atado

de manos, pues bien le habría venido comprender lo que se decía a su alrededor.

Cuando el chico terminó, Hobbe se volvió hacia su señor con una mueca de decepción.

—Perdonadme, milord Godwin. Me equivoqué. La historia del muchacho es tan inverosímil que temo que solo sea fruto del hambre.

Godwin negó con la cabeza. Las ramas desnudas crujían y susurraban al viento. Ajustó la capa contra una ráfaga de lluvia helada.

—Cuéntamelo todo.

—Dice que la bruja iba vestida de hombre y llevaba el cabello como un hombre. No solo eso: en su relato febril luchaba mejor que cualquier soldado. Como os digo, es increíble —concluyó el guardabosques, encogiéndose de hombros en disculpa por hacer perder el tiempo a su señor.

Las comisuras de los labios de Godwin se alzaron con repentino respeto y llevó la mano al alfiler del hombro.

—Lo hizo ella sola —murmuró.

—¿Milord? —preguntó el guardabosques.

—Hobbe, no es un sueño. El niño ha visto a mi esposa.

Hobbe parpadeó.

—Mis condolencias, milord.

Aun cuando el juicio le gritaba cautela sobre su propio porvenir, Godwin se permitió sonreír.

—Hobbe, domeñar a esa mujer será hazaña de canto. Y mejor aún: lord Beamont perderá su apuesta. Walter, avisa a quienes han apostado en mi contra que reconsideren su postura.

—Sí, milord —respondió el soldado, aunque el gesto delataba que tomaba a su señor por loco.

Godwin se volvió hacia Hobbe:

—¿Sabe el chico dónde está ahora Lady Lacy?

El hombre interrogó al muchacho y tradujo:

—Sus dos compañeros restantes han seguido a la bruja… perdón, a Lady Lacy, con la esperanza de capturarla y pedir rescate. Aunque el chico teme volver a verla, más teme quedarse solo; por eso los ha seguido. No pueden estar a más de media milla, pues acabo de dar con él.

—¡La tengo! —exclamó Godwin, triunfante. Luego se contuvo. Con Lacy de nuevo a salvo en sus manos, tramas y ardides se agolparon en su cabeza. Sonrió—. Ahora, Hobbe, tengo una idea terriblemente malvada. Como el niño ansía la seguridad de una iglesia, llévalo a Beamon, al abad Theobald. Debe contar su historia sobre las brujas de nuestro bosque, y nada más. Que los monjes anden alborotados durante meses.

El guardabosques rió por lo bajo y asintió.

Godwin se volvió hacia Walter:

—En cuanto a ti, guía a nuestros hombres y a mi escudero, junto con un caballo para mi señora, hasta esa aldea al norte de aquí. ¿La conoces?

Ante el asentimiento, prosiguió:

—No vayáis por el camino; atravesar el coto de caza. Desde allí cabalgaremos a Lacy.

Intentó calcular la hora, pero el cielo plomizo no daba pistas. Solo el vacío del estómago le dijo que el mediodía había pasado. Eso significaba seguir en marcha bien entrada la noche. Frunció el ceño. Con oscuridad o sin ella, necesitaba tenerla tras sus muros y casada

con él antes de que este día muriese. ¿Cómo llegar sin exponerse a una emboscada de Harcourt en cada recodo?

—Hobbe, ¿podrías llevar un mensaje al castellano de Beamont por mí?

—Sí, milord —aceptó el guardabosques, cerrando los ojos para fijar las palabras, como hacen quienes no leen ni escriben.

—Si De Harcourt cree que aún no hemos hallado a la novia desaparecida, no mirará hacia Lacy cuando yo me encamine allí. Arnult debe mantener a los hombres moviéndose por el camino, como si siguiéramos buscando. Al anochecer, el más alto se pondrá mi armadura y otro, de cabello oscuro, llevará un chaleco de cuero sobre una túnica verde y calzas pardas. Esos dos montarán a mi diabólico caballo. Y cuidad con eso: armado, peso casi ciento treinta kilos. Si no quieren acabar bajo las pezuñas de Witasse, tendrán que acercarse a ese peso.

Walter lo interrumpió, perplejo:

—¿Por dónde han de montarlo, milord?

—Pasando a todo galope frente al campamento de Harcourt, por supuesto —replicó Godwin con un encogimiento de hombros y una sonrisa maliciosa—. Cuando los tenga a la vista, los perseguirá.

Podrán dispersarse y regresar a Beamont. Arnult debería enviarme a Witasse en uno o dos días. Y cuidado, Hobbe: me disgustará mucho Arnult si capturan a alguno de los hombres de Beamont. Ni los caballos ni los hombres de Harcourt alcanzan la calidad de Beamont.

El rostro de Hobbe se iluminó con una comprensión divertida. Apretó de nuevo el brazo del chico y echó a andar hacia poniente, arrastrándolo sin brusquedad.

—Buen viaje, milord, y… que sobreviva a su noche de bodas.

—Gracias, Hobbe. Tu confianza me abruma —le devolvió Godwin.

Walter ya estaba a caballo.

—Vamos, Walter. Cuanto antes lleguemos a la aldea, mayor será nuestra ventaja sobre De Harcourt y antes estaremos en casa.

—No nos llevará más de una hora, milord —aseguró el hombre, regresando hacia el punto de reunión.

Godwin montó también, pero no espoleó al palafrén. Una alfombra de hojas y hierbas ocultaba madrigueras de animales cavadores; lisiarlo ahora solo demoraría todo.

El estómago volvió a recordarle la hora. Palpó el zurrón de cuero a la espalda: empanadas de carne, frutos secos, pan y queso. Comió deprisa mientras cabalgaba, reservando pan y queso para más tarde, y sonrió. Robert lo habría reprendido por los modales. La modesta importancia de Lacy era, en verdad, una de sus delicias: no tendría que imitar el boato de Beamont con su maraña de etiqueta y diplomacia.

Mientras el caballo avanzaba con calma por la senda que Hobbe le había indicado, Godwin escudriñó el paisaje buscando señales de Sibyl o de sus perseguidores. El terreno ondulaba en lomas y cerros con algún afloramiento rocoso. El acebo crecía espeso y verde, sorprendente en un mundo atrapado en pardos. Pasaron instantes sin alma a la vista. Cuando por fin hubo un movimiento, Godwin se alzó en los estribos para ver mejor.

Se había detenido a resguardarse de la lluvia; apoyada con fuerza en una rama gruesa, la figura que cojeaba penosamente por el claro era el «chico» que no era tal. Godwin la observó un momento, esperando sentir repulsión ahora que sabía que bajo esa vieja túnica había una mujer. En cambio, solo creció su respeto por su audacia y determinación. Incluso cortarse el cabello había

requerido valor: solo se rapaba a una mujer por fiebre o como castigo por lascivia.

Peinó con la vista la penumbra en busca de sus perseguidores. Nada se movía. Volvió a asentarse en la silla, tocó con las piernas al caballo y fue hacia ella. Al rodear un bosquecillo espeso, la vio de nuevo.

Se detuvo y giró la cabeza, mirándolo por encima del hombro. Godwin quedó sorprendido ante su rostro. Aunque Sibyl de Lacy rozaba lo adusto como mujer, era hermosa como mozo.

Rizos salvajes y enmarañados le enmarcaban la cara: un halo de cabello castaño oscuro que suavizaba y acortaba sus rasgos. La mandíbula, redondeada y femenina, y —ahora sí— pómulos donde antes no se los vio. Mientras la contemplaba, ella se mordió pensativa la uña del pulgar y luego volvió a darle la espalda.

Godwin apretó los dientes para reprimir un grito. Quería mirarla sin descanso hasta reconciliar a aquella muchacha delicada con la prometida hosca que le ofrecieron. Al instante siguiente tropezó y cayó. Él se quedó rígido de preocupación. Si sus tobillos eran tan finos como sus muñecas, la caída podía haber quebrado algo. Puso de nuevo al caballo en marcha, sin apartar los ojos de ella.

La joven alzó una rodilla y apoyó en ella la frente, como rendida. Entre la maleza que los separaba, Godwin percibió un leve temblor: sus perseguidores. Dos hombres se agacharon y avanzaron sigilosos. La urgencia de mantenerla a salvo se apoderó de él. Tocó con las espuelas. Morirían antes de rozarla.

Capítulo 7

Sibyl se incorporó lentamente hasta quedar sentada y, derrotada, apoyó la cabeza sobre la rodilla. Estaba demasiado agotada incluso para gemir. Le dolía el costado, le ardía la herida de la pierna y sus pies no eran más que cintas ensangrentadas. Vacía desde la noche anterior, su estómago aprovechó el momento para protestar. Intentó frotarse el tobillo torcido para aliviar el dolor, pero fue inútil.

Lo que fuera que la había estado siguiendo ahora se acercaba. En su mente vio a los lobos del invierno pasado, enormes y grises, con ojos amarillos que brillaban de hambre. Sin levantar la cabeza, una mano buscó el bastón y la otra el cinturón, donde llevaba enfundada la daga. No les entregaría la vida fácilmente.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y maldijo su estúpida aversión a la suciedad. Como una tonta, se había detenido en un

pequeño arroyo para limpiarse la sangre de la ropa y el barro del cabello. Al quitar la suciedad, resbaló por la orilla y se dio un chapuzón inesperado. Sus guantes flotaron con la corriente y sus prendas empapadas se enfriaron en el gélido día.

Sibyl soltó un sonido entre risa y llanto. Quizá era la justicia de Dios, su castigo por intentar escapar de la vida de mujer. Sonrió con amarga ironía. Al menos podía culparse a sí misma por lo ocurrido.

—Podemos atraparla, Ott —susurró una voz, apenas un murmullo que resonó con claridad entre los árboles silenciosos.

Sibyl mantuvo la cabeza sobre las rodillas. No eran lobos, entonces: uno de los ladrones que quedaban. Maldita sea, debería haber traído la espada en lugar de dejarla en casa de Alan, pensó, e hizo un gesto involuntario de exasperación. ¿De qué le habría servido, además? No solo estaba demasiado cansada para manejar el arma pesada, sino que sus pies jamás la habrían sostenido mientras blandía la espada.

El susurro de pasos se hizo más fuerte hasta que cesó. —Espera. ¿Y si no está herida, solo descansando? —un silbido sibilante llegó con el viento helado.

Se animó un poco: esa duda le daba una ventaja, por pequeña que fuera. Sin levantar la cabeza desenvainó la daga con lentitud y apretó con fuerza el robusto palo, preparándose para el ataque.

—No se mueve. Hagámoslo juntos.

Las ramas crujieron y los árboles jóvenes cedieron cuando se abalanzaron sobre ella. Sibyl echó el cuerpo hacia atrás y levantó el bastón. Solo eran dos hombres, no tres, lo que aumentó su ventaja.

El que se atrevió a rozarle la mejilla con la lengua sonrió y le arrebató el bastón, sin ver la daga que ella sostenía en la otra mano. Sibyl se levantó de un impulso y clavó la hoja profundamente en el vientre del hombre. Él gritó, la empujó y se tambaleó hacia un lado.

Al caer, Sibyl golpeó la cabeza contra una piedra. Las estrellas estallaron ante sus ojos, enmarcadas por una oscuridad cálida y suave. Jadeó en busca de aire; los pulmones se negaban a funcionar. El otro hombre se lanzó sobre ella; apenas sintió el impacto antes de que él se pusiera en pie y huyera. Le llegó, desde lejos, un grito que quedó a mitad de camino.

El aliento volvió y, con él, sus pensamientos confusos se estabilizaron. Luchó por incorporarse, la cabeza latiéndole con fuerza, y enseguida deseó no haberlo hecho.

Un caballo se acercaba. En su silla estaba Godwin Fenwick, la espesa melena dorada rizada sobre la frente y los pómulos bien marcados. Limpió la espada con el dobladillo de su capa sin haberla mirado aún. Ella lo observó, consternada.

El hijo del hombre rico parecía la propia comodidad hecha persona. Debajo de un chaleco de cuero similar al suyo llevaba ropa de caza teñida de profundo castaño. Sus botas hasta la rodilla, sin duda bien ajustadas y cómodas, estaban sujetas con ligas cruzadas. Cuando enfundó la enorme espada a su costado, la miró; sus ojos azules brillaron y la sonrisa cobró vida. Entre espada y sonrisa, pensó Sibyl, aquella amplia sonrisa era el arma más afilada.

Apretó los dientes. Maldita sea, cuánto odiaba a Fenwick y su enfermizo ingenio. ¿Por qué no la habría encontrado De Harcourt? Miles podría haberla atado, golpeado o matado, pero estaba segura de que no se habría burlado de ella. Este asesino empezaría mofándose por vestirse como un hombre, se regodearía por su torpe intento de fuga y su momento de gloria sería burlarse de su cabello. Su orgullo no sobreviviría a esas burlas.

Ajustándose la capucha sobre la frente, Sibyl se puso en pie de un salto. El tobillo le ardía, los dedos de los pies le quemaban por las

ampollas, pero la necesidad de huir era un impulso más fuerte que el dolor. Cojeando todo lo rápido que pudo, logró alejarse.

El tintineo del hierro y el crujir del cuero indicaron que él desmontaba. Se esforzó aún más. Tras no más de quince metros oyó su presencia justo detrás. Sibyl soltó un pequeño grito, más de ira que de dolor. Maldita sea, ni siquiera corría del todo.

Sintió que la alcanzaba. Con los puños apretados se volvió, dispuesta a luchar hasta el final. Al girar, el tobillo cedió. En lugar de golpear, gritó y cayó en sus brazos sorprendidos; se deslizó por sus piernas y quedó hecha un bulto a sus pies.

La derrota fue absoluta. Estaba acabada. Sibyl fijó la vista en la rodilla por encima de la bota blanda y tragó saliva para contener un sollozo de pena.

—Ni una palabra —le advirtió a su pierna—. No toleraré ni una sola palabra tuya.

Él emitió un ruido grave que sonó peligrosamente a risa contenida. Ella se recostó para mirarlo con ira.

—Si te burlas de mí, te arrancaré el corazón —amenazó.

El hombre arqueó las cejas sobre sus ojos azules, como sopesando la seriedad de la amenaza.

—Creía que ese era mi destino, haga lo que haga y diga lo que diga. ¿Estamos negociando? Si es así, acepto no burlarme de ti si aceptas casarte conmigo sin protestar.

Desde el frío suelo su altura y corpulencia intimidaban. Sibyl reunió los pedazos destrozados de su orgullo y, con rapidez, los cosió para formar una coraza verbal.

—Asesino, nunca me casaré contigo, y jamás serás mi dueño.

Él la observó en silencio unos instantes y luego se inclinó para mirarla a los ojos.

—Demasiado tarde, muchacha; parece que ya eres mía.

—¡No! —Ella se apartó.

Al acercarse, un destello ardiente iluminó su hombro.

—¡Mi broche! —gritó Sibyl, aferrando ese recuerdo preciado de su vida anterior.

—Ya no es tuyo —advirtió Godwin, aprisionando su mano.

—Pero no puedes quedártelo —replicó ella, librando la muñeca del agarre. Un punzante arrepentimiento la invadió; debía haber previsto que, al emplearlo contra él, lo perdería para siempre. Como en todo lo demás ese día, no había meditado las consecuencias.

—¿Qué estás dispuesta a ofrecer a cambio? —preguntó en voz baja—. Por el precio adecuado, puedes recuperarlo.

Ella parpadeó para ocultar el dolor y evitar que lo usara en su contra. Se encogió de hombros.

—Nada. Quédatelo, si lo deseas. De todos modos, siempre pensé que era una pieza llamativa.

Godwin asintió lentamente, con una expresión pensativa en los labios.

—Como quieras. ¿Estás herida?

Ignorando su grito de protesta, le agarró la pierna para examinarle el tobillo torcido.

—Jesucristo, ¿qué le has hecho a tu pie?

La dureza de la pregunta hizo que Sibyl se sobresaltara.

—Las botas eran demasiado pequeñas —respondió débilmente.

—Tonta —murmuró él.

Tiró de una de las botas, pero el pie de ella se había hinchado y estaba atascado. Sacó una pequeña daga del cinturón.

—¿Qué estás haciendo? —intentó ella zafarse de su agarre.

Él le lanzó una mirada de incredulidad y fastidio.

—Cortándote el calzado, ¿qué crees que estoy haciendo? Quédate quieta.

Usando solo la punta del cuchillo, rasgó las costuras del zapato. Con una delicadeza inesperada, le quitó el cuero y luego le cortó la media. En lugar de agradecer aquel alivio de la tortura, el pie le dolía el triple. Sibyl se apoyó en los codos y cerró los ojos para evitar que se le escaparan las lágrimas. Poco a poco, el dolor se redujo a un nivel tolerable.

—Dame tu capucha para usarla como vendaje —pidió él. La voz le sonó más suave, casi compasiva.

Odiando que hubiera visto su momentánea debilidad, Sibyl se incorporó con palabras duras en los labios. Godwin no le prestó atención; se limitó a aflojar el nudo empapado de su liga cruzada. Ella lo observó, fascinada. ¿Cómo podían unas manos tan grandes moverse con tanta precisión?

Cuando la estrecha banda de tela quedó suelta, él alzó la vista con expectación.

—Vamos, dame tu capucha.

Sibyl extendió la mano hacia la prenda, pero se detuvo. La idea de su disgusto al ver su cabello le resultaba desalentadora. Apretó la mandíbula con ira. ¿Qué le importaba lo que él pensara?

Enderezándose con toda la dignidad posible mientras seguía sentada en el suelo húmedo, con el pie en su regazo, se quitó la capucha por la cabeza. Con ella aún en la mano, hizo ademán de pasar los dedos por sus cortos rizos y luego se la tendió. Lo miró con descaro, alzando las cejas como si lo retara a decir algo.

Godwin estudió su rostro durante un largo momento. Su mirada se posó en la frente y las mejillas de Sibyl, pero se suavizó al descender hasta su boca. Esa atención despertó en ella una extraña necesidad de tocarlo. Sibyl contuvo el aliento. ¿Qué clase de hechizo intentaba lanzarle? Para distraerlo, agitó la capucha delante de su rostro.

—Tómala, entonces —insistió, empujándosela—. Pero será mejor que guardes la mitad para el otro pie. Está peor que este.

Hubo un destello de dolor en los ojos de Godwin cuando tomó la prenda y la rasgó por la costura central.

—¿Tu odio es tan profundo que prefieres mutilarte antes que casarte conmigo? —preguntó en voz baja.

Sibyl se encogió de hombros y desvió la vista.

—Tú mataste a mi padre. No puedo casarme contigo.

—Yo no maté a nadie —replicó mientras usaba una de las mitades para cubrir el pie desnudo de ella, atando el vendaje con la liga cruzada.

—Yo estaba allí —contraatacó Sibyl—. Vi lo que hiciste. Tu argumento no tiene sentido.

—Es cierto —admitió él.

Guardó silencio mientras empezaba con la otra bota. Esta vez, cuando le quitó el cuero empapado, Sibyl ya se había echado hacia atrás sobre los codos, preparada para el dolor. El latido le atravesó el pie con más fuerza aún que en el anterior. Con un gemido silencioso, se dejó caer de espaldas sobre el suelo y se concentró en no darle más señales de debilidad. El dolor solo cedió cuando él envolvió el pie en tela.

—¿Qué es esto? —preguntó un momento después, tirando suavemente de la tira de tela que le rodeaba la pantorrilla.

La tela de sus calzas se había pegado a la pierna cortada. Al mover el vendaje, la costra se abrió de nuevo. La sangre goteó alrededor de su pantorrilla, cálida sobre la piel helada.

—Es una herida de cuchillo. Déjala estar —murmuró ella con cansancio.

Sibyl yacía boca arriba, mirando a través de los dedos huesudos de las ramas el cielo sombrío que tenía encima.

—Intento mantenerla plana para poder coserla. No quiero que se cure deformada.

—¿Quieres que te la cosan? —En la voz de Godwin había auténtico horror.

Ella oyó cómo se estremecía.

—¿Alguna vez te han cosido una herida?

Su reacción contribuyó en gran medida a reanimarla y a aliviar el dolor de la derrota sufrida a manos de él. Sibyl se incorporó sobre los codos para mirarlo. Había un tono decididamente verdoso en su piel clara. La idea de que un hombre tan poderoso pudiera temer a aguja e hilo la hizo sonreír. Se enderezó hasta quedar sentada, cruzando las piernas como un sastre.

—No. Pero lo he hecho muchas veces con otros.

—Eso lo explica —musitó él, aún algo débil, antes de recobrar firmeza en el tono—. ¿Te heriste en alguna otra parte en esa batalla

tuya?

La pregunta hizo que los acontecimientos de aquella mañana regresaran a su mente con repugnante claridad. A Sibyl le subió una oleada de náusea al recordar la sensación de la espada penetrando en carne viva, el chorro de sangre caliente sobre sus manos y brazos, la facilidad con que la vida abandonaba un cuerpo. Intentando controlar su reacción, tragó saliva y fijó la mirada en su regazo. Sus manos descansaban allí, con las palmas hacia arriba, todavía manchadas con la sangre de su última víctima. Su estómago se revolvió y se agitó.

—Santa Madre, los maté —gimió en voz baja, mirando con horror sus dedos.

Su cuerpo intentó vaciar un estómago ya vacío.

Sibyl se volvió para ocultar su reacción a Godwin. Qué necedad, enfermarse después de matar en defensa propia. Se reprendió por ser una mujer débil, pero eso no bastó para impedir que el estómago volviera a rebelarse. Con los puños apretados y la espalda rígida, ordenó que el malestar cesara. No le obedeció. Se inclinó hacia delante, cruzando los brazos con fuerza alrededor de la cintura.

Godwin la sujetó por los hombros. Ella trató de soltarse, pero él era más fuerte. La arrastró de vuelta a su abrazo, obligándola a apoyarse contra su pecho. Cuando habló, su voz fue baja y tranquilizadora.

—Es la primera vez que matas, ¿eh? Ya pasará. Respira.

—No puedo —jadeó Sibyl, humillada.

Él le echó la cabeza hacia atrás contra su hombro y le levantó la barbilla, sosteniéndola así.

—Respira —ordenó.

Sibyl tomó una bocanada temblorosa, luego otra. Aun así, la imagen de la muerte se aferraba a su mente. El estómago se le revolvió de nuevo; se atragantó.

—Ha sido toda una hazaña, cuatro tú sola. No, ahora son cinco, y solo estás a medio entrenar —continuó él con calma serena —. Mi hermano te debe una, creo yo. Esos ladrones podrían haberle salido muy caros si hubieran seguido vivos en su persecución.

Con aquellas palabras tranquilizadoras, sus jadeos se fueron calmando poco a poco hasta que la respiración volvió a la normalidad. Un momento después, él soltó su mandíbula. Sibyl dejó que la cabeza se inclinara hacia un lado, con la mejilla apoyada en la

plenitud de su hombro. Cuando un largo y estremecido suspiro se le escapó, Godwin empezó a mecerla suavemente en sus brazos. Sibyl se relajó. Poco después, él apoyó la mejilla contra su cuello desnudo.

—¿Ya estás tranquila? —susurró cerca de su garganta.

Ella se estremeció cuando el calor de su cuerpo la envolvió, borrando los demás pensamientos. Otro profundo suspiro de alivio le recorrió la espalda.

—Sí, estoy mejor —murmuró.

—Bien.

La palabra fue poco más que un suspiro ronco mientras él presionaba los labios en el mismo lugar que antes había tocado la boca de aquella asquerosa criatura.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Sibyl, catapultándose fuera de su abrazo.

Ahora estaba lisiada, agotada y desarmada. Donde los ladrones habían fracasado en arrebatarle el control de su cuerpo, él podía tener éxito.

Se apartó de él a toda prisa, solo para lanzar un grito de dolor cuando sus pies le recordaron que también estaba descalza.

Sentándose en el suelo, se volvió hacia él con los puños en alto, en señal de defensa. No iba a resultarle tan fácil conseguir su derrota definitiva.

—No me vas a coger —gruñó.

Aunque estaba sentado al alcance de su mano, Godwin se limitó a observarla impasible, con sus ojos azules indescifrables. El momento se prolongó.

—¿Puedo evitarlo si me tientas más allá de mi control? —preguntó al fin.

—¿Tentarte? —chilló ella.

Aquella burla era peor de lo que había esperado. Era una mujer fea, con el pelo corto y vestida como un chico. Se estaba riendo de ella. Sibyl entrecerró los ojos, dolida, y se lanzó al ataque.

—Ah, ¿así que eso es? Voy vestida como un chico. He oído que hay hombres como tú.

Su insulto solo hizo que él soltara una carcajada.

—Sí, tal vez he sido soldado demasiado tiempo. Vamos, muchacha, debemos ponernos en marcha.

—Prefiero quedarme aquí y morir antes que ir contigo —replicó ella, cruzando los brazos con firmeza.

—Es una oferta extraña, teniendo en cuenta que tu padre no tiene otros herederos —respondió Godwin con calma. No había ira ni irritación en su expresión—. Si mueres, Lacy volverá a ser de Robert. Él me la dará, incluso con tu muerte.

Sibyl lo miró, conmocionada. Si lo que decía era cierto, ¿por qué no la mataba allí mismo, en aquel lugar apartado? Nadie lo sabría. Miles habría hecho lo mismo, se dio cuenta, en las mismas circunstancias.

Él pareció adivinar sus pensamientos y respondió con una lenta sonrisa.

—Qué suerte has tenido al juzgarme mal, ¿no? Parece que no soy un asesino.

Ella maldijo el alivio que sintió al oír aquellas palabras.

—Iré contigo —murmuró.

Él asintió levemente y se puso en pie. Cuando se acercó, Sibyl pensó que solo pretendía ayudarla a levantarse. En cambio, la alzó en brazos como si fuera una niña. Ella se tensó, preparada para sentirse incómoda, pero él era tan agradablemente cálido… Sibyl se

acurrucó en su abrazo, castañeteando los dientes sin poder evitarlo. Cuando él la cambió de posición para llevarla mejor, ella le rodeó el cuello con los brazos para mantenerse firme. Godwin se sobresaltó al sentir la mano de ella en la nuca desnuda.

—Estás fría como el hielo —comentó, con un matiz de preocupación en el tono.

—Eso es lo que pasa por caminar todo el día bajo la lluvia helada sin capa —replicó ella con brusquedad, aunque sus temblores restaban dureza a las palabras.

Prefería morir antes que confesar que se había caído al arroyo.

—¿Y me llamabas tonto? —rió él brevemente mientras la llevaba en brazos.

A cada paso, el cabello de Godwin rozaba suavemente las muñecas descubiertas de Sibyl. La sensación era una distracción agradable frente a sus dolores y magulladuras. Cuando llegaron junto al caballo, él le soltó las piernas, pero no retiró el brazo de su espalda. Por un instante, volvió a quedar pegada a él, nariz con nariz. Una sonrisa fugaz se dibujó en la boca de Godwin y desapareció enseguida.

Con lentitud, con cuidado, la bajó hasta que sus pies tocaron el suelo. Sibyl contuvo un grito ahogado. Qué rápido había remitido el dolor, y qué rápido regresaba. Se giró para poner el pie en el estribo y solo entonces se dio cuenta de que el tobillo lesionado tendría que soportar todo su peso. Bueno, no había remedio. Conteniendo un grito, se impulsó y subió a la silla.

Antes de que ella comprendiera lo que él pensaba hacer, Godwin le liberó el pie del estribo y se montó detrás. Sibyl se deslizó hacia atrás, contra él. Él la rodeó con el brazo y la atrajo aún más hacia sí. Su cercanía resultaba sofocante.

—Pensé que tú conducirías el caballo —protestó Sibyl, intentando en vano apartar el brazo que él tenía alrededor de su cintura.

Él dejó escapar un sonido agudo de irritación.

—Deja eso. A diferencia de algunos tontos que conozco, no tengo intención de caminar cuando puedo montar. Ahora, deja de forcejear o sabré que has decidido que prefieres colgar de la silla.

Ella retiró las manos de su brazo.

—Bien. Puedes apoyar los pies en mis piernas para que no te den calambres en las pantorrillas.

Con un toque de talones, puso al caballo en movimiento.

El sentido común le decía a Sibyl que seguir resistiéndose era inútil y que desperdiciaba una energía que necesitaría para su próxima batalla. El orgullo se rebelaba contra aquella lógica, pero estaba demasiado cansada para atenderlo. Con un suspiro silencioso, se dejó ir contra él. Su estómago, completamente recuperado de su anterior malestar, aprovechó ese momento para rugir con esperanza.

—¿Tienes hambre? —preguntó Godwin, en respuesta al sonido —. Tengo pan y queso.

—¿De verdad?

Todas las demás preocupaciones se desvanecieron cuando su estómago cantó de expectación. Él le entregó un paquete de cuero que ella abrió con rapidez. Dentro había un buen trozo de pan oscuro, algo seco, y una cuña de queso aceitoso.

Con la boca hecha agua, Sibyl mordisqueó el pan. Era pesado, pero de sabor rico. Masticó en feliz silencio. Godwin le pasó un frasco de vino aguado. Aunque apenas había calmado el hambre cuando terminó, su estómago agradeció lo poco que había recibido.

Godwin se rió cuando ella le devolvió el paquete vacío y el frasco.

—Vaya, qué rápido. Me alegro de haber tenido algo que darte.

Avergonzada por lo que interpretó como una crítica a su falta de refinamiento, Sibyl abrió la boca para explicar que no comía desde el día anterior. Se contuvo, presa de la ira. ¿Qué importaba si había insultado al hijo del hombre rico con sus modales rústicos? A ella, desde luego, no.

Aun así, no quería que él pensara que no tenía modales. Incluso los enemigos podían ser civilizados. Independientemente de lo que sintiera por él, la amabilidad de Godwin merecía un reconocimiento. Se aclaró la garganta.

—Gracias por compartir tu comida y por ayudarme con los pies —logró decir.

Las palabras le salieron forzadas y rígidas, sin parecer realmente agradecidas.

—De nada.

Aunque no podía verle la cara, supo que lo había sorprendido el simple hecho de oírle dar las gracias.

—No malinterpretes mis palabras como un cambio en mis sentimientos hacia ti —añadió enseguida—. Solo pensé que tu ayuda merecía un reconocimiento.

—Tomaré nota —respondió él, con un sutil matiz de satisfacción en la voz.

El silencio entre ellos se prolongó, roto solo por el suave susurro del viento entre los árboles y el resoplido del caballo. Cuando Sibyl tembló de frío, Godwin los envolvió a ambos con su capa, ofreciéndoles otra barrera de protección. Ella tuvo que apoyarse contra su pecho para mantenerla cerrada.

Con los extremos de la capa metidos bajo sus piernas, se sintió envuelta en un capullo de calor. Los músculos se le relajaron hasta quedar flácidos, mientras el cansancio la invadía. Aunque juró que no lo haría, un momento después su cabeza descansaba sobre el hombro de él. No podía levantarla. Suspiró y se movió ligeramente para encontrar una postura más cómoda. El brazo de Godwin, alrededor de su cintura, se tensó, y ella lo oyó respirar más rápido.

—¿Ya estás cómoda? —preguntó con voz ronca.

Con la cabeza apoyada en su hombro, las palabras de él le rozaron la mejilla. Aquello despertó una extraña sensación en lo más

hondo de su ser, pero estaba tan cansada que no desperdició energía preguntándose por qué.

—Sí —susurró—. Te advierto que volveré a luchar contra ti cuando haya descansado.

—Lo sé —respondió con amabilidad—. Esto no es más que una suspensión de nuestras hostilidades, ¿no?

—Así es —bostezó ella—. ¿Cómo me has reconocido?

Sibyl no se dio cuenta de que había pronunciado la pregunta en voz alta hasta que él respondió:

—Llevas puesta mi túnica.

En su tono había diversión, pero no malicia.

Sibyl cerró los ojos con resignación. No era de extrañar que tuviera que doblar las mangas.

—¿Vamos a volver a Beamont? —preguntó.

—No.

Él movió la cabeza, frotando suavemente la mandíbula contra el pelo de ella. El roce resultaba curiosamente relajante.

—¿Entonces adónde? —insistió Sibyl, cansada.

—A casa —fue todo lo que dijo.

Capítulo 8

En menos de una hora llegaron a una aldea. Había veinte cabañas, todas apiñadas en una esquina de un amplio campo. El viento persistente levantaba el humo de los techos de paja, mohosos desde hacía mucho tiempo. Una pared de ramas entrelazadas rodeaba aquel pequeño lugar, una pobre defensa a la que le faltaban más de unas pocas secciones. Los niños, vestidos con nada más que ropa sin teñir tejida en casa y con las caras permanentemente manchadas de suciedad, se reían de los recién llegados a través de esas aberturas. Los adultos sabían que era mejor no interferir en lo que ocurría fuera de sus límites, así que se limitaban a observar desde la distancia.

Se detuvieron allí para esperar a los hombres de Godwin. Sibyl dormitó apoyada en el hombro de su captor hasta que aparecieron los soldados. Entre ellos venía un caballo con la silla vacía y un

muchacho hosco montado en un robusto poni. Su corazón se estremeció al ver al niño, que era la viva imagen de la miseria, con la nariz enrojecida por el frío y las mejillas quemadas.

—Milord —gritó un soldado—, nadie nos ha visto llegar.

—Buen trabajo, Walter. Rodéanos, para que mi prometida no se sienta tentada de huir antes de que monte el otro caballo —ordenó Godwin.

El poder de su voz le hizo doler los oídos. Inclinó la cabeza hacia ella para añadir en voz baja:

—Ahora debemos separarnos. No sabes cuánto me duele esto.

Su burla reavivó la ira de Sibyl.

—Eso dirías tú —espetó.

—Así es —respondió él con tono divertido.

Cuando sus hombres los rodearon, Godwin desmontó y pasó las riendas por encima de la cabeza del caballo. Sibyl lo miró con furia. No tenía intención de dejar que ella guiara su propio caballo. Estaba atrapada de verdad. Lo único que él tenía que hacer era atarla a la silla de montar, como había hecho lord Robert cuando viajaron de Upwood a Beamont. Su necesidad de ser libre alcanzó

proporciones frenéticas y se puso rígida de manera instintiva, lista para luchar.

Uno de sus hombres le entregó el manto y Godwin se lo ofreció con una mirada burlona.

—Como ya no tienes alfileres, tendrás que atártelo alrededor de los hombros.

Cuando ella no tomó de inmediato la prenda, Godwin arqueó una ceja mientras estudiaba su rostro.

—No voy a atarte —añadió en voz baja—. Solo quiero asegurarme de que viajamos en la misma dirección.

La gratitud la invadió antes de que pudiera evitarlo. Pisoteó la emoción para no dar las gracias por ser solo medio prisionera suya. Le arrebató el manto de las manos y entonces recordó que no tenía capucha.

En ese momento, Sibyl habría dado la vida por cubrirse la cabeza. ¿Por qué había sacrificado su precioso cabello? Incluso cuando Edith cortó el primer mechón, ya sabía que su intento de fuga no podía tener otro resultado que la recaptura. Llevaría la prueba de su estupidez sobre la cabeza durante años.

—Leofric —llamó Godwin por encima del hombro—, cabalga junto a milady y hazle compañía.

—No soy tu milady —advirtió ella con voz áspera.

—Lo serás. Cuando lleguemos a Lacy, nos casaremos —afirmó, tajante.

—No puedes obligarme a ir a donde no quiero —replicó ella.

Una semilla de miedo se despertó en su corazón. Había traicionado a su pueblo. No tenían motivos para apoyarla en su enfrentamiento con él.

—Ya lo veremos —concluyó Godwin.

Fue el chico quien respondió a la llamada de Godwin, acercando su poni al palafrén más alto de Sibyl. La miró fijamente, con una expresión en sus ojos marrones mucho más madura que sus rasgos juveniles.

—Es de mala educación mirar fijamente —le espetó ella.

—Perdóneme, lady Lacy, pero nunca había visto a una mujer vestida de hombre —respondió Leofric con calma meditada, nada impulsiva, como si no fuera un niño—. Walter dijo que usted mató a esos ladrones. ¿Es cierto?

—Sí —contestó Sibyl.

Una vez más, volvió a sentir náuseas. Dio gracias a Dios porque no eran tan intensas como la primera vez, cuando en realidad debería haber dado las gracias a Godwin.

Delante de ella, su captor ordenó a sus hombres que se pusieran en marcha. El pequeño corcel del niño trotaba junto al suyo, haciendo que el muchacho rebotara en la silla.

—¿Matará a lord Lacy? —preguntó Leofric.

—No es el señor de Lacy —respondió ella con una mirada airada, detrás de la cual se escondía la certeza de que matar no era tan fácil como había creído al principio—. ¿Quién eres tú, por cierto, y por qué haces esas preguntas?

—Soy Leofric de Freyne, escudero de lord Lacy —dijo, como si se tratara de una condena peor que la muerte.

—¿No quieres ser escudero?

—No importa lo que yo quiera —respondió él, encogiéndose de hombros, flacos y tensos—. Mi madre dice que soy demasiado débil y pequeño para soportar la vida de escudero. Pronto moriré.

Suspiró profundamente y frunció el ceño con expresión desesperanzada.

Sibyl volvió a examinarlo, esta vez con su mirada de sanadora. Tenía la piel pálida bajo las rozaduras de las mejillas, pero ese parecía ser su color natural. No había rastro de las ojeras que a veces indicaban una enfermedad consumidora.

—Pareces bastante sano —dijo al cabo de un momento.

—¿Qué sabes tú de eso? —replicó él, indignado—. Me han traído aquí contra mi voluntad y ahora voy a morir.

—Así que ambos somos prisioneros, ¿no? —preguntó ella, al ver que el chico le devolvía sus propias emociones—. Bien, si consigo escapar de esta trampa, puedes venir conmigo.

—¿Adónde iríamos? —preguntó él, con un atisbo de interés en los ojos marrones.

¿Adónde iría ella? No importaba en qué dirección huyera, siempre habría algún hombre esperándola al final del viaje para capturarla. Sibyl hizo una mueca.

—No era más que un deseo —admitió.

—Al menos nos tenemos el uno al otro —dijo el chico, con algo menos de malhumor en la expresión.

—Sí, al menos nos tenemos el uno al otro —asintió ella—. Eres un chico extraño, Leofric de Freyne, pero me gustas.

Su comentario pareció complacerlo, pues esbozó una pequeña sonrisa. Godwin pidió que aceleraran el paso, por lo que no hubo posibilidad de seguir conversando. Cabalgaron sin descanso, incluso después de que la noche los envolviera.

La puesta de sol puso fin a la lluvia, pero el viento se intensificó para ocupar su lugar. Su aliento helado los azotaba en su constante viaje hacia el norte, mientras barría el cielo de nubes hasta dejar una noche sin luna.

Leofric había cedido al agotamiento y ahora cabalgaba con su señor, como había hecho Sibyl anteriormente. Por su parte, ella no recordaba haber estado nunca tan cansada ni haber pasado tanto frío. Su manto apenas servía para protegerla del viento cortante. Temblaba y se sorprendió deseando también cabalgar junto a Godwin.

Ese pensamiento descabellado la hizo enderezarse en la silla de montar. ¿Qué clase de hija deseaba consuelo en los brazos del

asesino de su padre? Maldito sea, Godwin estaba utilizando la amabilidad para atraerla a la complacencia. Sí, esa era la explicación de que siguiera preguntando por su bienestar y de que se detuviera cuando ella lo pedía.

Aferrándose al pomo, miró con ira la sencilla silla de montar hasta que su odio se restableció por completo. Que él pensara que había tenido éxito. Estaban a un tiro de piedra de Lacy. Su gente la rescataría de él.

Eso esperaba.

Sibyl se apresuró a tranquilizarse. Seguramente sus aldeanos nunca permitirían que la obligaran a casarse con el asesino de su señor. A pesar de la pereza y la mala gestión de su padre, lo querían. Rechazarían a Godwin aunque solo fuera para honrar la memoria del difunto.

Al doblar la última curva que la separaba de su tierra natal, la emoción ahuyentó todas sus preocupaciones e inquietudes. Miró a su alrededor, ansiosa por captar cada matiz. La luz de las estrellas solo le mostraba destellos y sombras de sus puntos de referencia, pero aun así oía el rugido del río junto al camino y el soplo del viento a través del espeso bosque. Con cada respiración encontraba

aromas familiares: el olor de las chimeneas, la riqueza de la tierra removida y los prados en reposo.

Atravesaron el puente, cuyo peaje hacía tiempo que estaba cerrado, y entraron en el recinto del pueblo entre el coro de perros y gansos. Sibyl se quedó boquiabierta al pasar junto a una cabaña tras otra, con la suave redondez de sus techos de paja recortándose contra el cielo oscuro.

En junio, Godwin había quemado todas y cada una de aquellas viviendas antes de sitiar Lacy, y noviembre era demasiado pronto para esperar que el pueblo estuviera reconstruido. ¿Cómo había conseguido su gente restaurar sus hogares tan deprisa?

En lugar de cabalgar hacia la puerta de Lacy, Godwin los condujo hacia la derecha y se detuvo ante la iglesia que utilizaban tanto los nobles como los plebeyos. Encerrada en una esquina de la muralla defensiva de la mansión de Lacy, la torre de piedra de la iglesia era un sólido cuadrado negro contra la oscuridad aireada. La extensión, similar a un granero, se perdía contra la pared que tenía detrás.

Sibyl sonrió con aire de suficiencia. Qué necio era al pensar que podría casarse con ella esa misma noche. Los aldeanos se

resentirían por haber sido arrancados de su profundo sueño y el padre Reynard apreciaba sus tranquilas horas nocturnas.

—Todos, excepto Alfred, dejar los caballos e ir a la casa del alguacil —gritó el alto caballero—. Walter, dile a Thomas lo que pretendo hacer esta noche y luego ayúdale a despertar al pueblo. Quiero que todos los hombres estén aquí en menos de un cuarto de hora. Si es necesario, usar vuestras espadas para espolearlos.

—Sí, milord —respondió su hombre.

Las sillas de montar protestaron, el hierro traqueteó y los caballos patearon y resoplaron. Cinco hombres desmontaron y se alejaron con paso rígido hacia la casa del padre de Edith. En un instante, solo fueron sombras en la noche.

—Leofric, debes montar tu poni una vez más —dijo Godwin a su escudero mientras le bajaba los pies al suelo.

El chico se tambaleó hasta su montura. Falló dos veces al intentar meter el pie en el estribo antes de conseguir subirse a la silla.

Godwin desmontó y se volvió hacia el hombre que quedaba.

—Alfred, cabalga con Leofric hasta las murallas y despierta a los sirvientes. Toma esto.

Le entregó su capa y su espada. Sibyl miró su cinturón. También había desaparecido su daga. Hizo una mueca al darse cuenta de que era por ella. No quería darle ninguna oportunidad de arrebatarle las armas. Pero al hacerlo, también se había quedado desarmado frente a ella.

—Envía a dos mozos a buscar los caballos —continuó Godwin —. Solo ellos y los guardias de la puerta podrán permanecer dentro de los muros de la mansión. Todos los demás serán testigos, incluso el porquero. Traed leña para las hogueras y antorchas. Quiero una hoguera a cada lado de la puerta de la iglesia y antorchas alrededor. Quiero que se parezca lo más posible a la luz del día. Todos deben ver claramente lo que se hace aquí esta noche.

—Sí, milord —respondió el hombre, y él y el muchacho cabalgaron hacia la puerta, a unos cien metros de distancia.

Godwin se acercó a Sibyl y le puso las manos en la cintura. Cuando tiró ligeramente de ella, Sibyl se aferró a la silla de montar. Era hora de ponerse en pie y lo haría con todas sus fuerzas.

—Así que nuestra paz ha llegado a su fin —dijo él sin emoción —. Como desees, pero ten cuidado, milady. Ya estoy cansado y hambriento. No me enfades también.

—Si deseas descansar y comer, entra en esas murallas y no dejes que nada te lo impida —replicó ella, con la voz ronca por el frío—. ¿Por qué insistes en esto? Ya te he dicho que no me casaré contigo y no puedes obligarme a ir a donde no quiero ir.

—Libera tus pies de los estribos o pagarás un alto precio cuando te saque de la silla.

Una vez más, no había ira ni irritación en su voz. Resistirse estaba bien, pero no a costa de sus pobres pies. De pronto, los estribos colgaban vacíos a los lados del caballo. Godwin la deslizó entre sus brazos y la llevó alrededor de la iglesia hasta la cabaña que había detrás. Era una casa achaparrada y cuadrada, con techo de paja, igual que las demás cabañas. Las pocas ovejas del padre Reynard balaban somnolientas en su corral, junto a un jardín inactivo.

Godwin subió por el camino desgastado hasta la puerta de madera. Cuando cambió el peso de Sibyl a un solo brazo para golpear el panel, ella se tambaleó, inestable, en su abrazo. Sus brazos se alzaron de inmediato para agarrarse a su cuello. Bajo sus dedos, los músculos de sus hombros estaban tensos y firmes. Golpeó por segunda vez.

—Padre Reynard —gritó—, venga, abra a su señor.

El viento se arremolinaba a su alrededor, enredándose en el cabello de Sibyl antes de llegar a su cuello desnudo. Como el manto solo estaba anudado alrededor de los hombros, se abrió y dejó que el aire frío se colara entre su ropa. Ella tembló y giró la cabeza hacia el hombro de Godwin. Justo cuando él levantaba el puño para golpear de nuevo, oyó la voz aguda del sacerdote.

—¡Ya voy!

Dos simples palabras, pero el sonido de la voz del padre Reynard, tan familiar para ella como la suya propia, despertó en Sibyl una maravillosa sensación de seguridad y protección.

Contuvo un grito repentino y feliz. ¡Hogar! Estaba en casa. Allí la gente se preocupaba por ella y la quería. Nunca permitirían que abusaran de ella.

La barra se levantó y la puerta se abrió con un suave suspiro de cuero engrasado.

—Entrad —dijo el sacerdote mientras se volvía hacia la única habitación de la cabaña.

Los zuecos de madera resonaban sordamente en el suelo de tierra batida.

—Dadme un momento para traer una lámpara y luego contadme qué os trae aquí tan tarde.

Sibyl siguió el sonido de sus pasos hasta encontrar al hombre. Reynard miró por encima del hombro. Iluminado por la luz de las estrellas que entraba por la puerta abierta, su rostro emergió de la oscuridad, redondo como la luna e igual de pálido. Su memoria le proporcionó de inmediato sus rasgos: una gran nariz en forma de pico sobre una boca ancha, una densa barba con canas y, bajo unas cejas gruesas, unos ojos marrones atrapados en una red de arrugas a lo largo de las mejillas. La naturaleza le había dado la tonsura, eliminando el fino cabello oscuro en un círculo cada vez mayor en la parte superior de la cabeza.

—¡Padre! —exclamó ella, incapaz de contener por más tiempo su alegría por el regreso a casa—. Soy yo, Sibyl.

—Milady —exclamó el sacerdote, emocionado—, alabado sea Dios. Oh, malditos sean estos dedos, no puedo agarrar la tapa del fuego.

Se oyó un ruido de arrastre, seguido del tintineo de un gancho de hierro contra la cerámica. El resplandor de las brasas apareció en la oscuridad cuando se levantó la protección de barro que alejaba a

la casa de su propia fuente de calor. Tocó una juncia deshilachada contra un carbón hasta que este brilló y luego acercó el tallo ardiente a la mecha de la lámpara. Surgió una pequeña llama que creció, alimentada por la grasa rancia del cuenco.

—Milord, es muy amable por su parte traerla aquí para mostrarme que está bien y sana.

Ahora rodeado por una burbuja de luz amarilla, el padre Reynard se volvió.

El resplandor tornó su pálida piel color marfil y oscureció sus ojos. La barba plateada brillaba allí donde la sombra de la nariz no la cubría. Llevaba una túnica de granjero, sin duda puesta a toda prisa, con el cuello gastado y suelto alrededor de su delgado cuello.

—Ese no era mi propósito al venir —dijo Godwin—, aunque me alegra que le complazca verla de nuevo. Padre, debe casarnos en este mismo instante.

Sibyl miró al hombre que la sostenía. La luz de la lámpara le reveló el perfil uniforme y fuerte. Su calma la inquietaba; se descubrió deseando que se enfureciera, como lo habría hecho otro hombre, solo para saber cómo enfrentarse a él.

—¿Qué? —preguntó el clérigo, frunciendo el ceño—. Pero creía que se habían casado ayer, milord.

—Hubo complicaciones… —respondió Godwin, evasivo.

—Me negué —lo interrumpió Sibyl—, y volveré a hacerlo.

—¿Qué te ha llevado a rechazarlo? —exclamó el sacerdote, sorprendido.

A Sibyl se le encogió el corazón. De entre todos, el padre Reynard debería comprenderla.

—Hay más que un simple rechazo —explicó Godwin—, pero tu aclaración tendrá que esperar. Vamos, coge tu manto y dirígete a la iglesia para recoger lo que necesites para la ceremonia.

Sin soltar a Sibyl, se dio la vuelta, zanjando la conversación, y salió rápidamente de la cabaña. Sin otra opción que seguirlo, el sacerdote caminaba a su lado, dando dos pasos por cada uno de Godwin. Al doblar la esquina de la iglesia, Sibyl vio que no había nadie delante de la puerta. Sonrió, aliviada. Al fin y al cabo, no vendrían.

El padre Reynard abrió la puerta de la sala sagrada y entró a toda prisa, con los talones golpeando con fuerza el suelo de

baldosas. Godwin lo siguió y se detuvo justo al otro lado del umbral. Solo entonces dejó los pies de Sibyl en el suelo.

Las rodillas le temblaban ante la repentina necesidad de soportar su propio peso, y la herida de la espinilla se tensó dolorosamente. Cuando vaciló sobre sus pies doloridos, se aferró al brazo de Godwin para mantenerse en pie. Él le permitió sostenerse de él y movió el brazo para sostenerla mejor.

La llama de la lámpara del sacerdote se balanceaba y saltaba con la corriente de aire mientras cruzaba la estancia. Colocó el cuenco encendido sobre el altar, se puso una túnica sobre sus ropajes y tomó su gran cruz. Una vez más, la lámpara se acercó a ellos, titilante en la oscuridad. Reynard se detuvo justo delante. Sibyl vio cómo se le agrandaban los ojos al contemplar lo que tenía ante sí.

—Dios mío, ¿qué te han hecho?

—Lo que ve es lo que ella misma se ha hecho al intentar escapar de mí —dijo Godwin—. Baje la lámpara y mira lo que lleva puesto.

Reynard obedeció y su expresión se ensombreció. Con un dedo grueso tocó la cota de malla de Sibyl y luego atrapó uno de los rizos

cortos que descansaban, suaves, contra su mejilla.

—Jesús, Dios y todos sus santos… Esta vez se ha convertido en un niño —dijo, con un suspiro de paciencia forzada.

—¿Esta vez? —Godwin soltó una carcajada—. Dime qué más ha hecho. Estoy deseando saberlo.

Sibyl se encogió bajo su diversión y, de inmediato, la ira arrasó con su sentido común.

—¡No te rías de mí!

Le soltó un puñetazo, pero su puño rebotó en su brazo. Un instante después, colgaba de su hombro, boca abajo, con la cabeza y los pies balanceándose. Intentó incorporarse, pero el moratón del costado se reavivó y la dejó sin aliento.

—Maldito seas, suéltame —logró jadear.

—Milady, cese. No debe hacerle eso a su marido —suplicó el padre Reynard, atónito ante su agresión al noble.

—Este cerdo asqueroso no es mi marido, ni lo será jamás —gritó ella—. ¡Suéltame, grandón! —Le golpeó la espalda a Godwin.

—Ya estoy harto de tus abusos —rugió el hombre corpulento, con una voz tan potente que hizo temblar las vigas sobre sus

cabezas—. Pégame una vez más y pagarás por ello.

Impresionada y bastante asustada por la fuerza de su ira, Sibyl se quedó inmóvil de inmediato. La sangre le martilleaba en la cabeza.

—Sí, ¿y qué será eso? —preguntó, desafiante, pero atenta a su respuesta.

—Pégame y lo sabrás —replicó él, con voz tensa y dura.

La amenaza abierta era peor que cualquier castigo concreto, porque no podía adivinar lo que él tenía en mente. Su imaginación se apresuró a ofrecerle imagen tras imagen, todas poco agradables. Atrapada entre la furia y un miedo muy real, se sentía completamente indefensa. Una vez más, la posibilidad de la derrota se cernía sobre ella.

—Milord, suéltela —suplicó el sacerdote, en su nombre.

Sibyl suspiró, aliviada. No habría necesidad de ceder. Reynard convencería a Godwin de que la soltara.

El sacerdote continuó, con tono conciliador:

—Vamos, milord, tranquilícese. Es tarde y todos estamos cansados. Vaya a la cama y descanse. Todo parecerá mejor por la

mañana. Entonces podrá casarse con ella.

—Padre, no toleraré su intromisión aquí —dijo Godwin, con palabras duras como piedras—. No se trata de una niña a la que proteger, sino de una mujer adulta. Debe aprender que, si me insulta, pagará el precio. Creo que se le han permitido durante demasiado tiempo sus rabietas y su mal comportamiento.

Sibyl abrió mucho los ojos.

—¿Mal comportamiento? —exclamó, con la voz amortiguada por su indigna posición—. Me han mantenido prisionera durante meses, mi casa se la han dado al hombre que mató a mi padre y, cuando me resisto, ¿lo llamas mal comportamiento? —Parpadeó para contener las lágrimas de rabia—. ¡Te odio!

—Puedes odiarme todo lo que quieras, pero no me golpearás —espetó Godwin—. Prométeme que no volverás a golpearme y te soltaré. No lo jures a la ligera, porque te haré cumplir tu palabra. Si la rompes, será bajo tu propia responsabilidad.

—Padre Reynard, haga que me suelte —le gritó al sacerdote, negándose a ceder a Godwin el control sobre sus puños.

—No está bien que una mujer golpee a un hombre —dijo el sacerdote en voz baja.

—Odio a todos los hombres —gruñó entre dientes, con rabia—. Siento haberte golpeado —añadió en voz más alta, apretando los dientes.

No era eso lo que Godwin quería oír, así que guardó silencio.

Ahora la cabeza le latía con fuerza.

—¡Bruto! Ganarás esta batalla por tu tamaño y mis heridas. Juro ante Dios, en este lugar sagrado, que no volveré a golpearte. Ya está. Lo he jurado, y espero que te atragantes con tu victoria.

Godwin siguió sin decir nada y no hizo ademán de soltarla. Sibyl sabía perfectamente lo que él esperaba, pero resistió hasta que ya no pudo soportar el dolor de cabeza.

—Por favor, déjame bajar —susurró, casi sin voz.

Inmediatamente la bajó de su hombro. La vista se le nubló y se tambaleó contra él cuando la puso en pie. Él la sostuvo con firmeza, manteniéndola pegada a su costado.

Por Dios, cómo lo odiaba. Sibyl quería apartarlo desesperadamente, pero sabía que, si lo hacía, se caería. Tampoco quería mirarlo, segura de que estaría sonriendo ahora que le había arrancado otra derrota.

Cuando recuperó algo de equilibrio, logró soltar un bufido de furia.

—Suéltame. No soporto tu contacto.

—Qué pena —replicó él, con una sonrisa audible en la voz—. He descubierto que te encuentro enormemente atractiva, aunque un poco salvaje.

Su burla la atravesó, más afilada que el cuchillo de Alan. Ningún hombre la consideraba atractiva.

—¡Mentiroso! Ahora suéltame. Puedo mantenerme en pie por mí misma —dijo, sin mirarlo—. Suéltame.

—Creo que no puedo hacerlo hasta que estemos bien y verdaderamente casados. De Harcourt puede estar pisándome los talones. No le cederé Lacy por no haber intercambiado unos simples votos.

—¿De Harcourt? ¿Qué quieres decir? —La pregunta nerviosa del sacerdote volvió a llamar la atención de Sibyl. Los ojos del hombre se desplazaron de ella al noble más alto que tenía a su lado.

—Su señora afirma estar prometida con el vecino de Lacy… —empezó a explicar Godwin.

No pudo terminar.

—¿Qué? —exclamó Reynard.

Se irguió, mirándola con las cejas levantadas, entre incrédulo y horrorizado.

—¡Cómo te atreves a mentir sobre algo tan sagrado!

—¿Cree que lo habría hecho si hubiera tenido otra opción? —replicó Sibyl, irritada.

A través de la puerta abierta vio un desfile de luces cuando los sirvientes de Lacy llegaron con antorchas encendidas. Si no lograba ganarse el apoyo del sacerdote, su causa estaría perdida. Desesperada, le agarró la manga.

—Debe comprenderlo —suplicó—. Nunca tuve intención de seguir casada con ese pequeño hurón durante mucho tiempo. Una vez que De Harcourt estuviera en su tumba, Lacy estaría donde debe estar: en mis manos.

El padre Reynard abrió la boca y su rostro se quedó petrificado.

Godwin estaba tan cerca que Sibyl sintió y oyó su risa retumbar.

—Oh, muchacha, y yo que pensaba que preferías a ese hombre antes que a mí. Si mi corazón se estremece al saber que me deseas el mismo destino, al menos mi orgullo se ve restaurado.

—¡Asesinato! —logró exhalar por fin el sacerdote, zafándose de su agarre para retroceder—. ¿Tenías intención de cometer un asesinato? Santa Madre, ven esta noche y salva a esta pobre mujer de sí misma.

Rezaba en voz alta, pero abandonó pronto la esperanza de una intervención celestial en favor de una solución más terrenal. Agarró la mano libre de Godwin y se arrodilló ante él.

—Milord, os lo ruego, si podéis tolerar la unión, dejadme casaros en este mismo instante. En verdad, ella no está tan loca como parece. Lady Sibyl es una excelente sanadora, mantiene la casa limpia y la cocina sabrosa. Sus quesos son famosos, y eso es verdad ante Dios. Le rogué a su padre que frenara su carácter testarudo. Él no veía cómo la malcriaba. Por favor, milord, veo lo desesperadamente que necesita su mano controladora. Quizá vos podáis restaurar lo que su padre arruinó.

—¡No, padre Reynard! —El grito de Sibyl fue una mezcla de frustración e indignación.

La risa de Godwin fue cálida y profunda mientras la acercaba más a él.

—No temas, la quiero, esté loca o no. Reúne tus fuerzas para llevar a cabo esta tarea, padre. Como puedes ver, ella luchará contra nosotros hasta el final.

Sibyl intentó liberarse, pero no había forma de escapar de su poderoso abrazo. Cuando él la alzó en brazos, ella forcejeó y Godwin fingió que iba a soltarla. Con un grito ahogado, lo rodeó por el cuello y luego, enfadada, levantó el puño en señal de amenaza. Él arqueó una ceja.

—¿Tu palabra no vale nada?

—Me has arrancado mi voto injustamente —replicó, pero abrió la mano y la dejó caer a un lado.

Incapaz de golpearlo, pero necesitando desahogar su creciente ira, lo agarró por el cuello de la cota de malla.

—Nada de esto es justo.

Él la miró. Atrapado entre el resplandor de la lámpara del sacerdote y la luz creciente que entraba por la puerta de la iglesia, el cabello de Godwin brillaba como oro hilado. Las sombras jugaban con los contornos de su rostro, perfilando sus labios finamente

formados. Debía de ser efecto de la luz que su expresión pareciera amable y casi triste.

—Lo sé —admitió en voz baja—, pero gritar no soluciona nada. Nos casaremos y debes encontrar lo bueno que hay en ello.

—¿En qué clase de hija me convierte eso? —protestó ella, con el corazón encogido.

Contra su voluntad, una lágrima se deslizó por su mejilla. Él abrió la boca para protestar, pero Sibyl le tapó los labios con la mano para silenciarlo.

—No puedo soportar oírte decir otra vez que no hiciste lo que hiciste cuando yo estaba allí y lo vi todo.

Godwin cerró los ojos un instante, y luego sus labios rozaron la palma de la mano de ella. Sibyl retiró la mano, sorprendida. Cuando él habló, fue más un suspiro que un comentario.

—Has convertido mi golpe en algo que no era. Ojalá pudiera retractarme, porque ahora veo que me costará más de lo que imaginaba.

—No —dijo ella, con voz cada vez más firme mientras luchaba por ocultar su debilidad tras la ira—. No, no acepto tus disculpas y no me casaré contigo. Los aldeanos me apoyarán contra ti.

—Espero que no —respondió él.

Donde un momento antes su rostro había mostrado cierta compasión, ahora solo quedaba diversión.

—Esos quesos tuyos me tienen realmente intrigado.

Ella apartó el rostro mientras él la sacaba de la iglesia. Cuando la dejó ante la puerta, su mano seguía aferrada con fuerza a la cota de malla. Sibyl parpadeó ante el resplandor artificial y miró a la multitud que se apretaba alrededor de la entrada. Envueltos en capas, mantos o mantas, la luz vacilante se reflejaba en frentes y narices, pero dejaba sus identidades ocultas por la noche.

El viento jugaba con las llamas, haciendo que grandes lenguas de fuego saltaran hacia el cielo. Una lluvia de chispas se alzaba de la hoguera y se convertía en un torbellino de danza mortal. En una ráfaga repentina, las llamas de las antorchas se inclinaron hacia un lado, y el humo negro y acre era tan denso que se distinguía incluso en la oscuridad.

Un hombre se abrió paso entre la multitud. Su andar tambaleante, causado por sus caderas reumáticas, lo identificaba como Thomas el alguacil, padre de Edith. Solo llevaba una túnica corta bajo la capa. A la luz del fuego, Sibyl vio el espeso vello que

cubría sus piernas: ni siquiera se había tomado el tiempo de ponerse las calzas. A su edad, resultaba difícil adivinar si Thomas se había parecido alguna vez a su hermosa hija. Tenía el pelo castaño rojizo, una barba espesa y los ojos tan hundidos que desaparecían en el cuero arrugado de su rostro.

Sibyl esbozó una leve sonrisa cuando el hombre fornido la miró fijamente. Las arrugas de su cara se aflojaron con decepción al ver su atuendo y su pelo corto. Tras un momento, negó con la cabeza y se retiró entre la multitud. Thomas no la apoyaría. Su traición a Lacy le había costado su cariño. Una vez más, una lágrima se escapó de su control; se la secó con rabia.

—Amigos míos —dijo el padre Reynard a los reunidos, en su lengua materna—, nuestro nuevo señor os pide que presenciéis su boda con lady Sibyl. Nuestra señora ya se ha negado a casarse con él una vez y volverá a intentarlo. Debéis decidir si nos conviene ignorar sus gritos de matrimonio forzado y dejar que se lleve a cabo.

—No pueden hacer esto —protestó Sibyl en la misma lengua—. Si decidís apoyarlo, deshonraréis la memoria de mi padre. No permitáis que el nuevo señor de Lacy sea el mismo hombre que mató a vuestros seres queridos y destruyó vuestros hogares.

—Con todo respeto, milady, ¿quién de nosotros puede permitirse preocuparse por honrar o deshonrar una memoria? —dijo Alexander atte Lane, el carpintero del pueblo—. Además, no habría habido ninguna muerte si vuestro padre no hubiera hecho prisionero al señor Beamont. No se puede culpar a milord Godwin por venir a liberar a su pariente.

—¿Cómo puedes excusarlo? —exclamó ella, incrédula—. ¿Es así como te sientes al respecto, John over Brook?

Se volvió hacia un hombre de mediana edad, de rostro sombrío.

—Tu hija fue una de las que perecieron ese día.

La muchacha había sido una de las lecheras de Sibyl. Ella lo había elegido porque a él le encantaba alzar la voz contra las injusticias. Aquella noche, él la traicionó.

—Mi hija está muerta, independientemente de quién lo haya hecho —respondió él, con amargura serena—. Ahora lo que me preocupa es mi casa y mi granja. En los últimos meses he descubierto que lord Godwin es el primero en velar por esos asuntos. Mirad a vuestro alrededor. Lo que destruyó para rescatar a su hermano, lo ha reconstruido con su sudor. Gracias a la fuerza de

sus brazos tenemos árboles para sostener nuestras nuevas paredes. Sí, gracias a su decreto y a su ayuda tenemos tanto la casa como la cosecha que nos salvarán del frío del invierno.

—¡Ja! —El sonido fue despectivo, un intento de ocultar su desesperación creciente—. ¿No veis que lo ha hecho solo para ganarse vuestra lealtad? Una vez que la tenga, sin duda descubriréis que hay otro tipo de hombre escondido detrás de esa estratagema.

—Lo que ella dice podría ser cierto, pero después de cinco meses tratando con este señor, lo creo poco probable.

William Smith, el herrero de Lacy, cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho.

—¿Qué dice nuestro alguacil al respecto?

Thomas echó hacia atrás su cabeza peluda.

—No diré nada. Todos sabéis que la noble está estrechamente vinculada a mi familia. Mis opiniones seguirán siendo mías.

Sibyl sintió un débil alivio en el corazón. Si él no la apoyaba, al menos tampoco participaría en su caída.

—Milady, hay maridos peores que este —dijo la voz de una mujer, cargada de un tono sensual—. Un hombre grande y

corpulento como él te mantendrá caliente durante estas largas noches de invierno.

La gente estalló en carcajadas.

—También es un buen nadador, milady —añadió la voz aguda de un niño, llena de la confianza de que ese era el criterio definitivo en los maridos.

—¡Basta ya de tonterías! —tronó Ralph de Wood, y su voz grave resonó en las paredes de la iglesia.

Como propietario de la mayor parte de las tierras del pueblo, su opinión pesaba tanto como sus campos. La multitud se quedó en silencio mientras Sibyl contenía la respiración, esperando sus palabras.

—Hace frío aquí fuera y hay que trillar al amanecer. Fue ella quien cerró el puente levadizo a lord Godwin cuando vino a visitarlo para liberar a su hermano. Por lo tanto, ella es la culpable de nuestros problemas pasados. Este señor es mejor que su padre, eso es seguro. Yo digo que ignoremos sus gritos de matrimonio forzado para proteger nuestros hogares y granjas.

Sibyl se tambaleó mientras sentía cómo su corazón se hacía pedazos sobre la tierra helada. No la apoyarían, porque la culpaban

de la caída de Lacy. Era más de lo que podía soportar.

Capítulo 9

Godwin sujetó a Sibyl más cerca de él mientras ella gemía suavemente y se tambaleaba.

Hizo una señal a Walter.

—¿Qué ha dicho ese hombre?

—Milord, Ralph de Wood pide a los aldeanos que ignoren las protestas de su señora contra el matrimonio forzado y que se os unan. El resto le sigue.

Godwin cerró los ojos en una breve oración de agradecimiento. Allí estaba la prueba de lo que tanto se había esforzado por construir. Las mismas personas que habían solicitado el regreso de su señora habían ignorado ahora sus súplicas. Aquello era un buen augurio para sus planes para el futuro de Lacy.

A su lado, su novia recuperó el equilibrio y la voz. Le resultaba extraño oírla entremezclada con el lenguaje gutural de los campesinos. No necesitaba un traductor para saber que ella suplicaba a su gente que no la entregaran a él. El sacerdote negó con la cabeza y dio un paso adelante.

Una vez más, Godwin respiró profundamente, aliviado. Lacy sería suya.

Y ella también.

Por Dios, su deseo por ella se había convertido en un fuego en su vientre. El corto trayecto que habían recorrido juntos ese día casi lo había matado. Su ropa se había abierto mientras se apoyaba contra él. Cada mirada hacia abajo revelaba la dulce curva de su pecho. Entre el movimiento del caballo, su cuerpo pegado al suyo y la desnuda extensión de su cuello, que pedía a gritos ser besado, al final del camino estaba ebrio de deseo.

Pero ella no lo deseaba en absoluto. Sacudió la cabeza con dolorida diversión. ¿Era porque lo odiaba que su ansia de poseerla crecía a pasos agigantados? Había una lógica perversa en ese pensamiento.

El sacerdote se volvió hacia él.

—Milord, los aldeanos han acordado que su señora sufre una locura temporal, que la lleva a rechazaros. En su estado de desequilibrio no se puede prestar atención a sus gritos de matrimonio forzado. La gente espera que aceptéis casaros con ella a pesar de sus desvaríos.

Godwin miró a la mujer que tenía a su lado. Mientras que la esposa de Geoff había sufrido una verdadera locura, Sibyl no tenía ninguna demencia. Lo único que la atormentaba era el deseo de ser algo diferente de lo que se esperaba de ella.

—La tomaré por esposa.

—No.

Su protesta no fue más que un susurro.

Él tomó el otro brazo de la alta muchacha y la giró hasta quedar cara a cara. Cuando ella lo miró, vio lo profundamente que la había afectado la decisión de los aldeanos. Estaba claramente aturdida. Sus ojos, marrones por el momento, brillaban llenos de lágrimas contenidas. La luz del fuego resplandecía, como una joya, en aquel velo de humedad, mientras su boca se suavizaba y temblaba.

A Godwin se le cortó la respiración. María, qué hermosa era cuando no estaba enfadada. Anhelaba recorrer con los dedos la curva aterciopelada de su mejilla y la línea larga y esbelta de su cuello. Sí, y luego volvería a rozar sus labios con los suyos y sentiría cómo ella se derretía contra él. Solo para que después le limpiara el beso de la boca. Tras esta derrota, ninguna caricia sería lo bastante poderosa para destruir su odio.

Detrás de ellos, el padre Reynard carraspeó.

—Milord, no soy un gran clérigo. No puedo ofreceros un bonito discurso, solo los votos.

Godwin miró al sacerdote.

—Es lo único que importa, ¿no?

—Así es.

Con un gesto de asentimiento, el clérigo comenzó, ignorando por completo la cuestión de la voluntad:

—He escuchado la recitación de sus herencias y sé que no hay ningún obstáculo para su unión. También he escuchado el contrato de su unión. La dote de lord Godwin es adecuada, ya que es el pueblo de Eilington. Se han leído las amonestaciones. ¿Vuestro voto, milord?

Las manos de Godwin se cerraron con más fuerza en torno a las de ella, y Sibyl giró la cabeza hacia un lado, negándose a mirarlo mientras hablaba.

—Yo, Godwin Fenwick, propietario de Eilington, te tomo a ti, Sibyl, heredera de Lacy, como mi legítima esposa, para amarte y respetarte desde este día en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. A ti te prometo mi fidelidad.

El sacerdote se volvió hacia Sibyl.

—¿Milady?

Ella seguía mirando fijamente las llamas.

—No pronunciaré ningún voto. Hacerlo sería deshonrar a mi padre.

Sus palabras habrían sido duras y frías de no ser porque se quebraron en un suave sollozo.

Reynard miró a los aldeanos.

—Esta locura suya ha dejado muda a nuestra señora. ¿Quién hablará por ella?

—Yo —respondió Thomas, el alguacil.

—No —gritó Sibyl, como si la hubieran herido de muerte—. Tú no, Thomas.

—Déjame hablar por ella.

Una mujer embarazada se abrió paso entre la multitud con paso torpe, el pelo de un brillante color rojo cobrizo.

—Conozco bien el idioma de los nobles.

—¡Alice!

Antes de que Godwin se diera cuenta de su intención, Sibyl se soltó de sus manos para abrazar a la mujer. Mientras él la sujetaba por la parte trasera de la cota de malla, la alta muchacha se apartó de la aldeana para pasar las manos, con aire cómplice, sobre el enorme vientre de la mujer. Alice solo sonrió serenamente, contenta de dejar que su señora lo hiciera. Sibyl volvió a hablar en inglés, en tono bajo y urgente.

—Lady Sibyl, la decisión ya está tomada. Cumplirás con tu deber para con nosotros —dijo el alguacil en francés.

A Godwin le pareció que se parecía mucho a Robert cuando su hermano tomaba una decisión y no toleraba más discusiones.

—Si no puedes, la gente ya no te acogerá en sus hogares. Yo también lo diré.

Sibyl miró al hombre corpulento, con los ojos muy abiertos por el pánico ante aquella amenaza. Godwin negó con la cabeza, incrédulo. ¿Qué influencia tenían los plebeyos sobre ella? Actuaba como si prefiriera morir antes que ser repudiada por ellos.

Reynard levantó la mano.

—Todos hemos visto cómo ha designado a Alice para que hable en su nombre.

Se volvió hacia la fértil mujer.

—Alice, si deseas hablar, hazlo. Todos volveremos a la cama.

Una vez más, Godwin giró a la alta muchacha hacia él.

—Quiero oír tu voz diciendo estas palabras —murmuró, tomando sus manos entre las suyas.

Al igual que el resto de ella, sus dedos eran largos y delgados, y tan fríos como el hielo. Entretejió sus dedos con los de Sibyl. Ella solo negó con la cabeza y volvió a apartar la mirada.

—Yo, Sibyl, lady Lacy, te tomo a ti, lord Godwin Fenwick, ahora de Lacy, como mi legítimo esposo —entonó Alice, con una voz tan

clara como una campana, sus palabras cantarinas por su acento—. Para amarte y respetarte desde este día en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe, si así lo dispone el destino, y a ti te prometo mi fidelidad.

Reynard asintió con satisfacción.

—¿Tienes un anillo, milord?

—Sí.

Godwin soltó una de las manos de Sibyl para abrir la bolsa que llevaba al cinturón. Le ofreció al sacerdote la alianza de oro, con un diseño geométrico grabado en su superficie. Reynard la bendijo y se la devolvió.

La mano de Sibyl había desaparecido detrás de su espalda.

—No lo aceptaré —le advirtió.

—No me obligues a hacerlo —susurró Godwin—. No deseo hacerte daño.

—Haz lo que debas —respondió ella, en voz igualmente baja—. No puedo aceptar tu anillo.

Él la agarró del brazo y lo sacó de detrás de ella, sabiendo que debía de estar haciéndole daño. Cuando la miró, tenía los ojos fuertemente cerrados en un esfuerzo desesperado por resistirse a él. Su mano yacía ahora en la de Godwin, pero sus dedos estaban apretados con fuerza para impedir que él le colocara el anillo, como exigía el rito. Él le abrió la mano a la fuerza. Tan rápido como pudo, rozó con el círculo de oro la punta de cada uno de sus dedos y luego lo deslizó en aquel que conducía a su corazón.

—Con este anillo te desposo y con mi cuerpo te honro.

—¡No!

Ella arrancó el anillo de su mano y se liberó de él. Godwin se lanzó tras ella. Sus manos la atraparon por la cintura, pero su chaleco era liso y ella se le escurrió de entre los dedos. Cojeando pesadamente, esquivó al sacerdote e intentó internarse en la multitud.

No le ofrecieron ningún escape. Al contrario, alzaron la voz, la reprendieron y le gritaron mientras la rodeaban. Las pocas mujeres que había entre ellos se separaron de sus maridos y hermanos para reunirse a su alrededor. Sibyl negaba frenéticamente con la cabeza ante lo que fuera que le decían. Godwin permaneció tenso y alerta,

esperando a que ella se abriera paso entre ellos y escapara. Para su sorpresa, las matronas del pueblo condujeron a la muchacha, que ya no se resistía, hacia las puertas de Lacy.

—¡Ya está hecho! —gritó el padre Reynard para que todos lo oyeran—. Declaro que este matrimonio está consumado. Todos hemos sido testigos de ello.

Se volvió hacia su nuevo señor.

—Las mujeres van a prepararla para la noche de bodas. Deberíamos ir tras ellas, milord. Me gustaría volver a mi descanso.

La noche de bodas. Godwin alzó de nuevo la mirada hacia Sibyl, observándola hasta que su alta y esbelta figura desapareció en la oscuridad. La consumación de ese matrimonio era el último eslabón de su control sobre Lacy, pero ella no lo quería en absoluto. La violación no era la forma en que debía comenzar un matrimonio.

Atrapado en una repentina y amarga decepción, Godwin miró al sacerdote y ocultó sus emociones detrás de una sonrisa.

—Mi agradecimiento, padre Reynard. A todos ustedes también —añadió para los aldeanos—. Vayan ahora y encuentren la paz. El sacerdote y esas mujeres serán testigos de nuestra unión. Sepan

que les estoy agradecido a todos por compartir conmigo una noche tan memorable.

Cuando sus palabras fueron traducidas para aquellos que no hablaban su idioma, se oyó una carcajada. Mientras se retiraban a sus camas, le enviaron felicitaciones y deseos de fertilidad.

Godwin se volvió hacia Walter.

—Encuentra ese anillo —dijo con voz cansada—. Era de mi madre y es muy valioso para mí. Cuando lo tengas, haz que todos los sirvientes regresen al interior de las murallas y cierra las puertas. Aunque lo considero improbable, no es imposible que De Harcourt llegue esta noche en busca de mí y de mi esposa.

Con eso, Godwin y el padre Reynard se encaminaron hacia la puerta de la mansión. Donde el río bordeaba su propiedad al este y al norte, su defensa era un foso lleno de agua cuyo terraplén estaba salpicado de estacas afiladas. Siguieron el foso a lo largo de la muralla sur, recientemente restaurada, hasta la abertura en forma de arco. A esas horas tan tardías las puertas solían estar cerradas y el puente levadizo, encajado firmemente entre sus dos pequeñas torres. En ese momento, la larga lengua de madera cruzaba el foso y

las puertas de Lacy estaban abiertas de par en par, con dos hombres en guardia en la entrada.

El estrecho puente traqueteó sobre sus cadenas de soporte mientras él y el sacerdote cruzaban hacia la granja de la mansión. Al pasar, los guardias se hicieron a un lado y los felicitaron. Godwin asintió con la cabeza en señal de aceptación y luego entró rápidamente en el patio, con Reynard siguiéndole el paso.

A diferencia de Beamont, que tenía pocas tierras dentro de sus murallas, la amplia extensión de aquí abastecía su mesa con miel, aves, frutas y verduras. Incluso el pescado que comía en los días festivos procedía del estanque del molino. Cruzaron el camino muy transitado que conducía a los dos altos molinos que utilizaban sus aldeanos para moler el maíz.

Sus aldeanos. Godwin se detuvo de repente. El orgullo de ser propietario lo invadió. Por primera vez en su vida se sentía realmente en casa. Aquello contribuía en gran medida a aliviar el amargor de una boda dura.

—¿Milord? —preguntó el sacerdote ante esa pausa inesperada.

—Dame un momento, padre —respondió, mientras un grupo de sirvientes pasaba junto a ellos, deseándoles lo mejor.

Se dirigieron hacia lo que en otro tiempo había sido el granero principal de la mansión. Godwin contempló el edificio largo y estrecho, su salón durante el invierno.

Aunque aquel granero era lo bastante grande como para albergar y alimentar a todos aquellos a quienes debía comida y refugio, solo tenía paredes de madera y el mismo techo de paja que usaban sus campesinos. El suelo era de tierra batida. Para un hombre criado dentro de la seguridad de muros de piedra más gruesos que él, le parecía indefendible y casi incivilizado.

Godwin alzó la vista hacia la torre de Lacy. Diseñada para servir únicamente como último y desesperado refugio durante la guerra, la construcción cuadrada de piedra era diminuta y nunca podría utilizarse como residencia. El salón de Lacy se había alzado en su día pegado a su costado, pero cuando las llamas del asedio se extinguieron, lo único que quedó fue la torre y un enorme sótano de piedra. Era un testimonio de la fragilidad de los edificios de madera.

Sí, se había empeñado en construir un salón de piedra. Cuando llegara la primavera, se levantarían nuevas paredes, incorporando la torre a una residencia mucho más resistente. Anticipándose a ese día, Godwin se había apropiado de la habitación superior de la torre

del homenaje, convirtiendo la cámara que una vez había encarcelado a Robert en su propio refugio privado. Era en esa habitación donde Sibyl lo esperaba.

Se alejó de la torre del homenaje y se dirigió hacia su salón improvisado.

—Ven, padre, comeré algo y me lavaré antes de reunirme con mi esposa. ¿Queréis algo de beber?

Estaba ganando tiempo, y lo sabía. De alguna manera, encontraría la fuerza para hacer lo que sabía que debía hacer.



—Tío, creo que llegamos demasiado tarde.

Miles de Harcourt lanzó una mirada impaciente a William antes de volver a fijar la vista en la iglesia, brillantemente iluminada. Su sobrino menor siempre encontraba necesario decir lo obvio. Miles, William y quince de sus hombres habían detenido los caballos en lo alto del campo más meridional de las tierras de Lacy. A sus espaldas

quedaban un prado y el refugio oscuro del bosque que se extendía más allá de la pradera.

Su otro sobrino, Osbert, se había quedado en el cruce para servir de señuelo mientras Miles regresaba a Harcourt. Había sido una grata sorpresa descubrir que el arrogante hermano de Beamont no se había dejado engañar con facilidad. Aquella inesperada muestra de inteligencia añadía emoción al reto de sacar al grandullón de la cama de esa necia mujer. Dio gracias a Dios por tener sobrinos lo bastante dispuestos como para casarse con ella. ¿Quién, en su sano juicio, la querría?

—Sí, William, pero solo por los pelos —murmuró Miles mientras observaba cómo apagaban las hogueras—. Ojalá Watt no hubiera cogido su caballo.

Su sobrino soltó una breve carcajada.

—No es un error que vaya a repetir dos veces. El error de Watt le costó la vida.

—Nunca hay excusa para el fracaso, muchacho —asintió Miles —, y los muertos rara vez me fallan.

Su sonrisa se ensanchó con sarcasmo.

—El pobre Osbert se llevará una gran decepción al saber que ya no tiene novia. ¿Crees que le importaría tener una viuda en su lugar?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó William.

—Le daré al hombre un día o dos para disfrutar de su esposa y luego los bosques de Lacy se llenarán de ladrones —respondió Miles con calma—. Serán muy parecidos a los que raptaron a lady Lacy de mi mujer, aunque más crueles y muy cuidadosos de no dejar rastro de quiénes son. Ese señorito tendrá las manos ocupadas intentando descubrir a esos ladrones imaginarios mientras protege sus nuevas tierras.

William frunció el ceño, pensativo.

—No veo cómo eso convertirá a una novia en viuda.

Miles negó con la cabeza, consternado por la lentitud mental de su sobrino.

—Si no vi nada más hoy, vi el orgullo y la arrogancia del nuevo señor de Lacy. Se cree poderoso y capaz, ¿no es así? De otro modo, ¿por qué reclamaría el reconocimiento real por sus hazañas en Tierra Santa? Cuando comiencen los ataques, estoy seguro de que acudirá a mi puerta, acusándome a mí, y no a los ladrones, de los daños. Su

insulto me obligará a declararle la guerra. Y cuando muera en combate, nadie podrá culparme por ello.

—Sí, pero matarlo difícilmente hará que lord Beamont quiera entregarle Lacy a Osbert —replicó el joven caballero.

Miles soltó una carcajada.

—Fue el propio Beamont quien me ofreció a la heredera, con sus propias palabras. Tiene razón: con un bebé en brazos, nadie discutirá quién es su marido legítimo.

Volvió su montura y espoleó al caballo hacia el prado.

—Vamos, es hora de regresar antes de que se enfríe la chimenea.

—Tío —preguntó William con descaro—, tu mujer está toda magullada. ¿Puedo quedármela esta noche?

—No, todavía no —respondió Miles con frialdad—. Si su rostro sana y vuelve a ser como antes, la mantendré un tiempo más. Hace maravillas cuando le ofreces monedas, sobre todo si cree que te las está robando.

Capítulo 10

La airada negativa de Sibyl enturbió el ambiente a su alrededor. Sin chimenea ni brasero que calentara el recinto, hacía casi tanto frío dentro como fuera.

Las mujeres del pueblo formaron un círculo frente a ella, algunas con lámparas de sebo en las manos. La suave luz reveló una cama de hermosos postes que casi rozaban el techo de madera. A excepción de aquel mueble imponente, la habitación solo contenía una vela alta y un taburete. La luz también mostraba el pálido color de la madera nueva en la puerta y en el suelo bajo sus pies; la anterior, ennegrecida por los años, había sido consumida por el fuego.

—Será mejor que hagas lo que el deber te exige —gruñó Emotte, la esposa de Ralph de Wood. De carácter agrio y sin paciencia, la mujer no conocía la compasión—. Vestirte como un

hombre no te convierte en uno. Soportarás el peso de tu marido como todas nosotras.

—Cállate, Emotte. ¿No ves que la pobre chica está asustada? —intervino Margery, la compasiva hermana de Alice, de cabello cobrizo.

—No tengo miedo —replicó Sibyl—. ¿Por qué no podéis entenderlo? Ese hombre posee todo lo que una vez fue mío; no le entregaré mi cuerpo.

—¡Bah! Ya la habéis oído —bufó Emotte—. No está asustada, es una obstinada y malcriada. Siempre lo ha sido. Pues quedaos aquí y mimadla si queréis. Abrid paso —ordenó a quienes se agolpaban tras ella—. Me voy a casa a acostarme.

—Vamos, señora, quitémosle esas prendas —dijo Athelina, la catadora de cerveza del pueblo. Toda una vida vendiendo cerveza le había enseñado a usar un tono bajo y tranquilizador, acostumbrada como estaba a calmar ánimos encendidos por la bebida—. Debes estar lista para cuando llegue tu marido.

—Es obsceno lo que le has hecho a tu cabello —chilló Anne, la esposa del cobrador del peaje, ocupando el lugar de Emotte como crítica.

—Basta ya, estúpida —la interrumpió Maida, la mujer más anciana del pueblo. Sus nietos cultivaban ahora lo que una vez había sido propiedad de su difunto marido—. El cabello le volverá a crecer. En cuanto a esa ropa, cuanto antes se la quite, mejor se sentirá. —Asintió con la cabeza, moviéndola con la rapidez nerviosa de un ratón.

Sibyl las miró con furia, cruzando los brazos con fuerza sobre el pecho.

—Si ya no me queréis en vuestras casas, que así sea. Marchaos.

Margery le posó una mano en el hombro.

—No puedes hablar en serio, no con el corazón aún dolido por la muerte de tu padre. Piensa en Alice; tenía tantas esperanzas de que volvieras antes de que naciera su bebé. Mira, aquí viene Berthilde con agua caliente para lavarte.

El grupo se apartó para dejar pasar a una mujer corpulenta con un cubo y un paño. Se acercó al taburete y dejó sus cosas sobre él.

—Vamos —la animó Athelina, tomando sus dedos con mano áspera pero reconfortante—. Vamos, muchacha. Todas estamos

contentas de que hayas regresado. Solo tienes que hacer una pequeña cosa para volver a ser una de nosotras.

Vencida por la necesidad de pertenecer, Sibyl salió de su rincón. Permaneció en silencio mientras las mujeres se ponían manos a la obra. Le quitaron la cota de malla, la túnica destrozada y, finalmente, la camisa. Un coro de suaves gemidos y murmullos se alzó al descubrir el enorme hematoma que la patada de Alan le había dejado.

Cuando llegó el momento de quitarle las calzas, apartaron el cubo y le ofrecieron el taburete. Tras aplicar el paño caliente sobre la tela endurecida por la sangre, observaron la herida del cuchillo: estaba inflamada y enrojecida.

Margery tomó una manta de la cama para envolverla, mientras alguien corría a buscar vendas y ungüento para sus pies desgarrados. Ya limpia y con el cabello peinado de forma más o menos ordenada, Sibyl se sentó temblando bajo la manta. Berthilde había ido a buscar al sacerdote.

Sibyl cerró los ojos. Estaba agotada y herida, incapaz de impedir que Godwin tomara lo que ella no quería darle.

La puerta se abrió. Levantó la vista desde su posición encogida en el taburete. Godwin tuvo que agacharse para entrar en la habitación. Su cabeza casi tocaba el techo y sus anchos hombros hacían que el espacio pareciera diminuto.

Murmurando suavemente, las mujeres del pueblo lo rodearon como una bandada de palomas con vestidos de lana casera que la luz hacía parecer apagados. Lo ayudaron a despojarse de sus ropas, mientras el padre Reynard se acercaba a bendecir la cama. Sibyl mantuvo la mirada fija en el sacerdote, negándose a observar lo que ocurría a escasos pasos de ella.

La cama era una pieza costosa, con cortinas bordadas. Incluso con la poca luz, las costuras amarillas y verdes resaltaban sobre el fondo azul. El sacerdote apartó una de las cortinas para revelar un grueso colchón cubierto de mantas y pieles. Los cojines prometían una suavidad acogedora para su dolorida cabeza. En toda su vida, Sibyl nunca había dormido en una cama así. Si estuviera sola, sería un placer.

—Vamos, milady —dijo Margery con voz dulce—. Es la hora.

Dos mujeres la tomaron por los brazos para levantarla, mientras la tabernera retiraba la manta de entre sus dedos. Las que

estaban a su lado le colocaron los brazos tras la espalda para sostenerla por los pies heridos. El aire frío le erizó la piel, y Sibyl cerró los ojos avergonzada. Sabía que carecía de las curvas de una mujer hecha y derecha, y Godwin ya la consideraba demasiado delgada. Su desprecio llegaría en cualquier momento.

—No veo ningún defecto.

La profunda voz de Godwin sonó extrañamente entrecortada. No se burlaba. El alivio y la gratitud la invadieron, y se odió a sí misma por sentirlos.

—Es su turno, milady —le susurró Berthilde al oído—. Debe decir si ve algún defecto en él.

Sibyl abrió los ojos. Él la observaba. La tenue luz se reflejaba en sus ojos azules, ocultando cualquier emoción que ella pudiera reconocer. Madre de Dios, era hermoso. La luz dorada proyectaba sombras sobre la curva de sus cejas, el contorno de sus pómulos y la firme línea de su cuello. Se había lavado; su cabello, del color de la miel oscura, aún goteaba.

Sus hombros eran el doble de anchos que los de ella, y uno mostraba un moratón redondo. Sibyl frunció el ceño al reconocer el lugar donde lo había pinchado con su alfiler. Por pura costumbre,

examinó la herida con mirada de curandera. No era grave; ya había cicatrizado.

Aferrándose a esa objetividad, continuó su observación. El agua que goteaba de su cabello resbalaba por el cuello y el pecho, marcando el camino de una gota brillante sobre los músculos de su abdomen. Allí, la gota cruzó una vieja cicatriz que le atravesaba desde la cintura hasta la cadera. No era de extrañar que detestara las agujas; habrían necesitado muchos puntos para cerrarla. Era un milagro que hubiera sobrevivido… y que hubiera recuperado tanta fuerza.

Su mirada descendió. Jesús misericordioso, si era corpulento, no tenía exceso de carne. Sus piernas eran largas, cada muslo más grueso que su propia cintura. Incluso sus pies eran grandes.

Sibyl bajó la vista hacia los suyos: delgados, heridos, desgarrados. Aunque era la mujer más alta que conocía, nunca se había sentido tan pequeña ni tan indefensa. Perdería, aunque luchara con todas sus fuerzas.

—No veo ningún defecto —susurró, mirando sus propios pies.

—Ya ves, no ha sido tan difícil —murmuró Berthilde. Ella y Athelina ayudaron a Sibyl a meterse en la cama—. Ponte bajo las

mantas para no pasar frío. Recuerda: por la mañana debe haber sangre en las sábanas.

Las mujeres la taparon con esmero antes de alejarse.

—Haz lo que te dicen, y mañana serás una mujer. Ya lo verás, todo irá bien —añadió Margery mientras se dirigían hacia la puerta.

Sibyl se deslizó hasta el borde del colchón, donde la cama tocaba la pared. Solo cuando las mujeres se marcharon, llevándose al padre Reynard y la luz, gritó tras ellas:

—¿Cuándo he hecho yo lo que me dicen?

La vela junto a la cabecera parpadeaba, y su luz apenas rompía la oscuridad. Vio a Godwin moverse para cerrar la puerta; su figura era una sombra en la penumbra. Cuando el pesado cerrojo se encajó en su sitio, el corazón de Sibyl se desbocó. La nueva puerta tenía la misma cerradura que el antiguo panel. Una vez más, aquella habitación era una prisión. Solo que ahora encerraba a la señora de Lacy, no a su señor.

Oh, dulce María… él la estaba encerrando para asegurar su victoria.

La rabia rugió tras el pánico. Maldito fuera, no permitiría que le arrebatara lo poco que le quedaba. Si esos traidores de la aldea

querían darle la espalda, que lo hicieran. Era mejor perderlos a ellos que perderse a sí misma.

El colchón se hundió cuando él se sentó en el borde, y las cuerdas se tensaron bajo su peso. Sibyl se echó hacia atrás hasta sentir la fría pared contra los hombros. Sacando fuerzas de las piedras de su hogar, se preparó para la batalla que se avecinaba.



Godwin se sentó en el borde de la cama. No tenía experiencia con mujeres reacias. Acostarse con Isotte había sido un hecho espontáneo, impulsado tanto por su lujuria juvenil como por el deseo de demostrar que la lesión no había dañado su virilidad. Desde entonces solo había recurrido a prostitutas, a las que pagaba para que fingieran deseo.

Miró a su esposa al otro lado del colchón. Estaba acurrucada en la esquina más alejada de la cama, oculta en la penumbra. No necesitaba ver su rostro.

Unos momentos antes, cuando ella lo había mirado con la atención requerida, esperaba encontrar odio, dolor o incluso

repugnancia en su expresión al enfrentarse a lo que para ella era la derrota definitiva. En cambio, solo había habido una inquietante vacuidad. Godwin conocía a muchos hombres que buscaban precisamente ese estado de indiferencia antes de la batalla. Si ella luchaba contra él, ¿cómo, por el amor de Dios, iba a hacer lo que tenía que hacer sin causarle daño?

Se dio la vuelta para apoyar la espalda en la cabecera y metió las piernas bajo las sábanas frías. Cerró las cortinas de la cama. La oscuridad se apoderó de todo al instante, protegiéndolo de aquello que no podía soportar afrontar. Godwin cerró los ojos con un suspiro.

La imagen de Sibyl se alzó en su mente, despojada de su atuendo masculino. Incluso con el pelo corto, no había nada de varonil en ella. Era elegante como un gato y frágil como una caña, con la piel suave y blanca, salvo por las manchas azul verdosas de su costado. Él abrió los ojos, aferrándose a ese tema neutral.

—Tienes un moratón horrible. ¿Cómo te lo has hecho? —preguntó con voz tranquila y sosegada.

—Me dieron una patada mientras me defendía de unos violadores —respondió ella, dejando claro que lo incluía entre ellos.

Godwin cerró los ojos con una decepción tan terrible que quiso gritar.

—No hagas esto —le suplicó en voz baja.

—¿Qué otra opción tengo? —replicó ella—. He jurado que no te convertiré en el señor de Lacy. Y como pareces dar tanto valor a mis votos, no querrás que rompa este, ¿verdad?

Era un desafío, puro y simple.

Godwin se frotó la frente con la mano, luchando contra la oleada de ira. Se tumbó en el colchón e intentó estirar las piernas, pero las rodillas seguían dobladas en un ángulo incómodo. Por Dios, estaba helado y cansado hasta los huesos. Lacy podía ser atacada en cualquier momento, su esposa se le enfrentaba, y él no conseguía relajarse porque la maldita cama era demasiado corta.

Se volvió hacia ella, tratando de razonar antes de perder del todo el control.

—Me has apuñalado, has huido de mí, has convertido a mi vecino en mi enemigo y has intentado utilizar a los aldeanos en mi contra. Puedo comprenderlo y perdonarte por lo que dices que hice a tu padre. Ahora la batalla ha terminado. Has luchado con honor y con valentía en defensa de su memoria, pero has sido derrotada.

Acepta tu derrota con dignidad. Ya no eres solo su hija, sino mi esposa. Debes ceder ante mí en esto.

—No lo haré.

—¿Quieres que te obligue?

—Inténtalo, si te atreves.

Sonó como el siseo de una víbora.

Su arrogancia encendió en él una ira rugiente, y toda esperanza de control se desvaneció ante la amenaza.

—Te estás pasando, señora —rugió—. Te guste o no, estás casada conmigo y no me dirás que no en nuestra noche de bodas.

Se lanzó hacia las sombras para atraparla. La pequeña insensata se defendió y Godwin le sujetó el brazo de inmediato. Ella forcejeó inútilmente contra su mano mientras él la arrastraba, lenta pero firmemente, hacia el centro de la cama.

Sibyl apoyó un pie en su muslo para impulsarse hacia la pared. Aunque no llegó muy lejos, logró que él no pudiera moverla. La tensión de su cuerpo le indicó que había enlazado la mano libre alrededor del poste más alejado de la cama. A menos que él decidiera dislocarle el hombro, era inmune a sus tirones.

—Ven conmigo —ordenó.

Todas las irritaciones y contratiempos de aquel día alimentaban su ira. Aun así, sin soltarle la muñeca, metió la mano en la oscuridad de la esquina y le agarró el otro hombro. Ella intentó clavarle los dientes en el antebrazo.

—¡Maldita seas!

El grito le arrancó el brazo de su alcance.

Sus pies arañaron el colchón, empujando las sábanas hacia el extremo más alejado. Se retorció y se debatió, luchando por liberar su brazo atrapado.

Godwin tiró de ella con fuerza una vez y luego la soltó. Sibyl cayó de espaldas en la esquina con un grito, demasiado sorprendida para defenderse cuando él se abalanzó sobre su cuerpo y le sujetó la cintura. Sus manos rodeaban aquel talle esbelto, pero bajo la seda de su piel sentía la fuerza de sus músculos. Tiró de ella, aunque ahora la mujer aferraba el poste con ambas manos.

—No —gritó Sibyl cuando él la rodeó con un brazo.

Jadeaba, buscando aire. En el interior de Godwin comenzó a encenderse el brillo del triunfo. Si ya estaba sin aliento, no podría resistir mucho más.

Su pie volvió a estrellarse contra su muslo con un impacto contundente. Godwin gruñó de dolor y le sujetó la pierna para evitar otra patada. El grito de ella lo detuvo. Acababa de comprender que le había atrapado la herida del cuchillo. La soltó de inmediato, pero no antes de sentir el calor de la sangre empapando la venda.

La idea de su dolor lo atormentó. Habría sido mejor para ella si la hubiera arrancado de la esquina de un tirón, en lugar de intentar hacerlo con cuidado.

—Ya estoy harto —la advirtió, con la ira transformándose en férrea determinación—. No permitiré que ninguno de los dos salga herido por esta locura tuya.

Incorporándose sobre las rodillas, se inclinó hacia la esquina. Sus manos se cerraron en torno a los delicados huesos de sus muñecas y ella jadeó ante la fuerza de su agarre. Con los pulgares la obligó a abrir los dedos, liberándolos del poste. Con ambas muñecas atrapadas en una sola mano, rodeó su cintura con el brazo libre.

Ella se retorció y pateó, pero él la arrastró hasta el centro del colchón y le inmovilizó las piernas con uno de sus muslos. Se tumbó sobre ella hasta dejarla atrapada bajo su peso. Respiró hondo por el esfuerzo que le suponía mantenerla sujeta sin aplastarla.

—Si te liberaras de mí, ¿adónde irías? —preguntó con dureza —. La puerta está cerrada con llave.

Sibyl soltó un grito, un sonido desesperado de frustración y algo más. Contra su pecho, Godwin notó el violento latido de su corazón. La respiración de ella era entrecortada y temblorosa. Luego volvió a retorcerse bajo él, intentando desalojarlo. Era una horrible parodia del acto al que estaban destinados.

Godwin sintió un nudo en el estómago y supo que no podía obligarla, ni siquiera por el bien de Lacy. Quiso gritar y sacudirla hasta que comprendiera el daño que se estaban haciendo.

—Ríndete —exigió con voz ronca—. Debes rendirte.

Cuando ella volvió a debatirse, no pudo soportarlo más. Mejor aplastarla que enfermar. Se relajó sobre su cuerpo, dejándole soportar todo su peso, seguro de que ni siquiera ella podría moverlo. El aire le salía de los pulmones en un susurro que casi sonaba a sollozo.

—No me obligues —gritó ella, como si se le rompiera el corazón—. Por favor, por favor, no me obligues.

Ya no había rastro de odio ni de ira en su voz.

Godwin apoyó la mejilla sobre la suya y sintió el calor de las lágrimas ajenas en su propia piel.

—Deberías haberme dicho que tenías miedo —murmuró, aliviado—. No quiero hacerte daño. Lo que ocurra entre nosotros no puede ser peor que volver a abrir tu herida.

—No tengo miedo —insistió, para después estremecerse en un sollozo desgarrador.

Él sentía cómo el llanto la sacudía. Bajó lentamente los brazos, pero sin soltarle las muñecas. Se apartó un poco y luego la atrajo contra su pecho. El cabello de ella resultaba suave contra su garganta, su piel cálida contra la suya.

—Si no es miedo, ¿entonces qué?

Otro sollozo la atravesó antes de permitirle continuar:

—¿No te basta con que ahora seas dueño de mi hogar y de mi gente? Tómame, pero recuerda que al hacerlo me destruyes, dejándome sin nada que pueda llamar mío, ni siquiera mi cuerpo.

Godwin alzó las cejas, sorprendido por la verdadera naturaleza de su resistencia.

—¿Por qué no me dijiste esto cuando me acosté contigo por primera vez? Eso sí puedo entenderlo.

—¿Por qué tú, precisamente tú, ibas a escucharme cuando nadie más lo hace? —sus palabras se rompieron al compás del llanto —. Ni lord Robert, ni el abad, ni siquiera mi gente.

Animado por aquella inesperada sinceridad, se tomó un momento para sopesar sus opciones. Ya sabía que no podía forzarla y ella le estaba diciendo que, por ahora, le era imposible entregarse de buen grado. Tanto si el matrimonio se consumaba esa noche como si no, sus destinos permanecerían entrelazados para siempre. La importancia de esa larga cadena de mañanas superaba con creces la necesidad de unas sábanas manchadas de sangre.

Sonrió, despacio. Ella misma le había dado la herramienta que necesitaba para obtener lo que más ansiaba.

—¿Quieres negociar conmigo ahora? —preguntó en voz baja.

—¿Negociar? ¿Por qué querrías hacerlo, si yago derrotada a tu lado? Puedes tomar lo que quieras.

Sus sollozos se convirtieron en pequeños hipos.

—¿Cómo sabes que eso es lo que quiero? —replicó él con suavidad—. Lo que necesito es que prepares esta casa para el

invierno. Me han dicho que puedes hacerlo, pero necesito saber que lo harás con honestidad, sin intentar dañarme engañando a Lacy y a su gente. Dame eso y estaré satisfecho.

—¿Me necesitas? —preguntó ella, con un matiz de incrédula satisfacción.

—Sí —admitió Godwin, sorprendido por su sorpresa—. Hay muchas cosas aquí que desconozco y más trabajo del que podría abarcar solo. ¿No te dijo Robert que adelantó la fecha de nuestra boda por petición mía? Yo quería esperar a que el salón estuviera reconstruido.

—Me necesitas —susurró, apenas audible.

Godwin exhaló un suspiro de confusión.

—Por supuesto que sí. ¿No eres la señora de Lacy, de quien dependemos para nuestro pan de cada día? ¿Cuál es tu respuesta? Si te dejo dueña de ti misma, ¿me darás lo que necesito?

—Tengo que pensarlo un momento.

Ella se quedó quieta y blanda contra él. Godwin inclinó la cabeza hasta apoyar la frente en su hombro. Su piel olía limpia y fresca. Las rodillas de él encajaban en el hueco de las suyas y su espalda estaba cálida contra su pecho. Señor, la curva de sus nalgas

contra su ingle era una tentación. Le soltó las muñecas para posar la mano sobre su cadera. Necesitaba poner un poco de distancia entre ella y la parte de sí mismo que no estaba dispuesta a cambiar deseo por cooperación.

—No puedo entender cómo te atreves a ofrecerme esto —dijo Sibyl al cabo de un momento, como si aquel ligero movimiento la hubiera impulsado a hablar—. Sin nuestra unión no eres verdaderamente el señor de Lacy.

—¿Quién puede decir que no hubo unión, aparte de tú y yo? Yo diré que eras virgen cuando te tomé, pero que no dejaste sangre. Si me llamas esposo y compartes mi lecho cada noche, ¿por qué iba nadie a cuestionar nuestro matrimonio?

Ella lo miró por encima del hombro. Incluso en la penumbra él distinguió su ceja alzada, cargado de recelo.

—No es suficiente y lo sabes. Debes tomarme y tiene que haber sangre en las sábanas para probarlo.

Godwin se encogió de hombros.

—Puesto que no voy a forzarte y tú no puedes entregarte a mí, ¿qué otra opción nos queda? Mi pequeña mentira tendrá que bastar.

Un ligero movimiento de su cabeza hizo que un mechón grueso cayera sobre su frente. Por Dios, quería pasar los dedos por su pelo, solo para comprobar si era tan suave como parecía. La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa amarga. Si lo intentaba, ella solo gritaría y saltaría lejos, como cuando le había besado la mejilla en el bosque. No lo deseaba en absoluto.

—¿Qué has decidido?

—Que estás loco —murmuró ella, aún cautelosa.

—Es posible —admitió él con una risa sin humor. Era una locura pensar que podría yacer a su lado noche tras noche sin tocarla.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Sibyl.

—¿Quién soy yo para discutir con un loco? Acepto hacer lo que siempre he hecho aquí, en Lacy, y preparar mi hogar para el invierno.

—Bien —asintió Godwin, adoptando un tono práctico—. Ahora debemos hablar de cómo nos presentaremos ante la gente de Lacy. Yo mantendría nuestras diferencias en privado. Si quieres discutir algo conmigo, llévame aparte. No quiero que nuestra gente nos vea pelear por cada gesto o palabra entre nosotros.

Mirándolo por encima del hombro, su nueva esposa respiró hondo para calmarse y asintió con rapidez.

—Como lo que dices es sensato y es por el bien de Lacy, estoy de acuerdo. Pero debes prometerme que escucharás lo que te diga cuando estemos a solas.

—¿No te acabo de demostrar que esa es mi intención?

—Sí, así es.

Se giró sobre la espalda para tumbarse a su lado. A pesar de la penumbra, él vio que su expresión se había serenado y que su boca se suavizaba. Sin sábanas que ocultaran su cuerpo, la mirada de Godwin se deslizó hacia la delicada curva de sus pechos. Contuvo el aliento y se incorporó sobre un codo para evitar rozarla.

Ella bostezó.

—Estoy agotada —murmuró—. Si voy a hacer lo que deseas, debo dormir. Cubre la cama, ¿quieres?

—Creo que tus pies te mantendrán a un paso lento durante un día o dos —comentó mientras hacía lo que ella pedía—. Tardarán en curarse.

—Si quieres que tenga éxito, más te vale que no sea así. Ya estamos en la primera semana de noviembre y solo Dios sabe lo que queda por hacer. Ahora, cállate y déjame dormir.

El tono autoritario de su voz hizo sonreír a Godwin. Demostraba que se alegraba de estar de nuevo en casa y, más aún, de sentirse necesaria. Sí, cumpliría lo prometido, al menos por un tiempo. Sería un necio si pensara que su resistencia había terminado.

Se tumbó en el colchón junto a ella, preguntándose qué vías de escape le quedaban. Todavía podía huir a Harcourt pero, después de haber evitado al hombre en los bosques de Beamont, dudaba que se atreviera. Su gente se había aliado con él, cerrando la puerta a cualquier apoyo en la rebelión.

Por más que buscó, no encontró nada que le quedara a Sibyl salvo su propia muerte. En ese sentido, quizá fuera bueno haber instalado la cerradura del granero principal en la puerta de la armería. Sus hombres habían registrado toda la granja, reuniendo todas las armas y herramientas afiladas para encerrarlas en aquel cobertizo. El cocinero se comprometió a contar sus cuchillos y a no

entregar ninguno a su señora, salvo para la tarea que tuviera entre manos.

Godwin sonrió. Habían encontrado armas esparcidas por todo Lacy: cobertizos, graneros, incluso la pequeña cámara construida junto a la lechería, aparentemente destinada a guardar hierbas y remedios. Solo esperaba que las hubieran encontrado todas.

Cuando estuvo seguro de que ella dormía, se permitió hacer lo que no podía hacer mientras Sibyl estuviera despierta. Le pasó los dedos por el cabello. Era pesado y suave, y se enroscaba alrededor de sus dedos como una red maravillosamente sedosa. Qué lástima que a ella le gustara tan poco.

Se recostó sobre los cojines y dejó que el sueño, por fin, lo venciera.

Capítulo 11

Sibyl se sobresaltó al sentir un contacto húmedo en la mejilla y abrió los ojos. Las cortinas de la cama estaban abiertas de par en par y la pequeña habitación estaba bañada por una luz difusa que entraba por la única y estrecha saetera del muro oriental. En el límite de su campo de visión distinguía unas piernas enfundadas en calzas oscuras sobre unas botas que le resultaban familiares.

El gran hocico cuadrado de un enorme perro manchado empujaba su cara. Mientras la bestia la olfateaba, su aliento se condensaba, cálido y húmedo, en el aire frío a su alrededor. Los ojos del perro se entrecerraron y el labio se levantó en un gruñido tembloroso y silencioso.

—Jesús… —susurró, dándose la vuelta lentamente. El perro soltó un gruñido profundo y amenazador.

—No, Roia —ordenó Godwin en voz baja. El ruido cesó al instante.

Completamente vestido, con el alfiler sujetando el manto alrededor de los hombros, su marido la observaba.

—No puedo retenerlos más, mi amor.

Como para demostrar sus palabras, se oyó un golpe seco y repentino en la puerta. El perro se volvió y se abalanzó contra el grueso panel, ladrando con ferocidad mientras se le erizaba el pelo de la nuca.

—Dios mío… —jadeó Sibyl, incorporándose de golpe y refugiándose en el interior de la cama, con las sábanas subidas hasta el cuello, como si la ropa de cama pudiera ser una defensa contra aquellos afilados dientes.

—Ya basta —dijo Godwin en voz baja.

El perro lo miró, lanzó un último ladrido ronco hacia la puerta y regresó a la cabecera. Saltó al espacio que Sibyl había ocupado un momento antes con una facilidad que delataba que lo consideraba suyo.

—Bájate, idiota —le ordenó Godwin a la criatura riendo.

Roia obedeció y él se sentó junto a Sibyl en el borde del colchón.

—¿Milord? —se oyó el grito temeroso de una mujer desde el otro lado de la puerta.

La enorme criatura volvió a gruñir.

—Danos unos minutos más —respondió Godwin.

—¿Es tu perra? —preguntó Sibyl en un susurro enfadado.

—Sí. Es Roia, llamada así porque desciende de los alaunts de nuestro propio rey.

Al oír su nombre, Roia apoyó la cabeza en el muslo de su amo, con los ojos de repente suaves y suplicantes. Él le rascó la oreja y ella abrió sus enormes fauces en algo parecido a una sonrisa.

—Eres una gran cazadora de jabalíes, ¿verdad, cariño? —murmuró Godwin, orgulloso—. También ha decidido que esta habitación es solo suya y mía. Debemos convencerla de que tú y Leofric no sois intrusos, sino familia. Hasta que se acostumbre a ti, es mejor que no hagas movimientos bruscos hacia mí, pues es una perra celosa.

Alzó las cejas y una sonrisa le curvó la comisura de los labios.

—Ahora sé que estás realmente loco. Nadie en su sano juicio tendría un animal así en su cámara —replicó Sibyl. Debería haber sonado más dura, pero se obligó a mantener un tono amable, sin querer enemistarse con el perro.

—No, te equivocas —rió Godwin—. Soy yo quien le pertenece a ella.

Se inclinó un poco hacia Sibyl.

—¿Estás lista para enfrentarte a ellas?

—No. —Sibyl miró la puerta con consternación.

Más allá de aquella gruesa barrera la esperaban las mujeres que habían venido a presenciar su expulsión de un lecho matrimonial aún inmaculado.

—Tu explicación no va a funcionar —añadió.

Él levantó una ceja, finamente arqueada, y profundas arrugas le marcaron las mejillas al sonreír.

—Ah, esposa mía, ¿qué necesidad tenemos de explicaciones cuando hay sangre en las sábanas?

Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¡¿Qué?!

Roia se abalanzó sobre Sibyl, gruñendo y mostrando los dientes. Godwin la sujetó por el collar tachonado.

—Abajo.

Con mucho más cuidado, Sibyl retiró las sábanas. Efectivamente, en el centro de la cama había una pequeña mancha roja.

¡Maldito sea!

—Me mentiste —acusó, tan bajo como pudo. Volvió a cubrirse con las sábanas para protegerse del frío y de él—. Me poseíste mientras yacía inconsciente por el agotamiento.

Los ojos de Godwin se abrieron de par en par por la sorpresa.

—Te juro ahora, por mi honor y por todo lo que considero sagrado, que cuando nos acostemos en este colchón para hacer el amor no te quedarás dormida —replicó, herido, aunque la risa tiñera sus palabras.

Sibyl comprendió que su acusación lo había alcanzado de verdad.

Así que el pavo real se creía un gran amante. Supuso que eso iba de la mano con su cara bonita. Aun así, fue agradable haberlo

molestado, por más que lo hubiera hecho a ciegas.

—¿Te he ofendido? —preguntó con fingida inocencia.

Godwin esbozó una sonrisa torcida.

—Profundamente. Mira tú pierna. Quizá debería contarte cómo encontré esa herida.

Había recuperado el buen humor.

—No quiero saberlo —respondió ella con voz altiva.

Era tan malo como un niño pequeño, pinchando y provocando, con sus bromas interminables y sus pullas tan afiladas como los dientes de Roia. Sin embargo, sacó la pierna herida de debajo de las mantas. La sangre había empapado el vendaje, dejándolo grueso y rojo. Sí, ahí estaba el origen de la marca. Una vez más, miró la ropa manchada.

La comprensión y el triunfo se adueñaron de ella. Con aquella pequeña mancha de sangre había logrado todo lo que deseaba: su hogar, su gente y el control sobre su propio cuerpo.

—Toma —dijo su marido, cogiendo el paño de la noche anterior, todavía colgado del borde del cubo. Estaba rígido por el frío. Lo sumergió en el agua helada y se lo tendió—. Lávate la pierna

para ocultar el origen antes de que deje entrar a nuestros testigos. Una vez que el ritual termine, debes levantarte y seguir con tu día. No quiero que digan que mi esposa es una holgazana.

—No tengo nada que ponerme —se quejó, de repente impaciente por recuperar su lugar como dama de Lacy. Más que nada, deseaba recorrer cada rincón de su hogar para volver a familiarizarse con lo que era suyo—. Mis vestidos se quedaron en Beamont.

—Tus vestidos de novia eran míos —señaló él, con una risa contenida en la voz que la advertía de que se avecinaba alguna pulla —. Ya no los querrás.

—Eso es cierto —admitió ella con cautela mientras restregaba la sangre. No se atrevió a mirarlo, por miedo a alimentar su juego—. Hablo del otro conjunto de vestidos, los que uso a diario.

—Bueno, si de verdad los hubieras querido, te habrías quedado en la abadía y te habrías casado conmigo, en lugar de huir. Ah, ahora ya no hay nada que hacer. Pero tengo una idea. Como estás acostumbrada a la ropa masculina y sabemos que puedes llevar mi ropa, te prestaré una de mis túnicas.

Aquello la hizo alzar la cabeza de golpe. Sibyl lo miró llena de ira. Aunque no había sonrisa en los labios de Godwin, sus ojos centelleaban de malicia. Ahí estaba su pulla. Tal y como había sospechado, sus burlas sobre los acontecimientos del día anterior serían interminables.

—No lo creo —acertó a decir, bajando la vista hacia su pierna limpia. No pensaba darle más motivos para su enfermizo ingenio.

—Es una lástima —murmuró él, poniéndose en pie—. Me gustaba bastante ver tus piernas al descubierto bajo el dobladillo de la túnica. Vamos, Roia.

Sibyl observó de reojo cómo él y el perro se dirigían hacia la puerta. Cuando tuvo bien sujeto el collar de la bestia, Godwin abrió el panel. El alaunt gruñó e intentó abalanzarse sobre quienes aguardaban fuera, pero el agarre de su dueño era tan firme como lo había sido sobre Sibyl la noche anterior.

—Es seguro. Entrad —anunció.

Margery, con un orinal bajo el brazo, y Emotte, con un cubo humeante, entraron en la habitación rodeando al perro con cautela. Daban la espalda a su señora mientras miraban con recelo al enorme animal.

Solo entonces Sibyl se dio cuenta de que aún sostenía el paño ensangrentado. No convenía que las mujeres lo vieran y sacaran conclusiones equivocadas. Lanzó una rápida mirada a Godwin y alzó el paño para mostrárselo. Él levantó la mano, indicándole que se lo arrojara. La bola húmeda voló por encima de las cabezas de las aldeanas y desapareció en su palma. La boca de Godwin se curvó y le guiñó un ojo para felicitarla por su puntería.

—Te esperaré en el patio de abajo —anunció.

Luego él y el perro bajaron las escaleras.

—Gracias a Dios —suspiró Emotte, con un resoplido tan grande como ella misma cuando se hubieron ido. Dejó el cubo de agua caliente en el suelo—. Esa criatura parece medio lobo, si me preguntas.

—Me han dicho que no es más que un perro de caza, un alaunt con linaje real, nada menos —respondió Sibyl, esforzándose por entablar conversación para calmar sus nervios—. Solo espero que no quiera tenerlo aquí; está claro que me tiene aversión.

Apartó con valentía las sábanas para mostrar la marca roja.

—Milady… —exclamó Margery, radiante, dejando el orinal.

Incluso Emotte permitió que una sonrisa se asomara a sus labios.

Sibyl se deslizó fuera de la cama, sintiendo un astuto orgullo.

—Margery, no tengo nada que ponerme, ni siquiera zapatos. ¿Puedes ayudarme a encontrar algo adecuado?

—Su ropa está aquí, milady. —La campesina desenrolló los vestidos de Sibyl que llevaba en el brazo—. Su señor los trajo consigo.

Los ojos de Sibyl se abrieron de par en par al ver sus zapatos traquetear al caer desde debajo del brazo de Emotte. Él le había ofrecido ropa de hombre sabiendo perfectamente dónde estaban sus vestidos.

—Oh, ese descarado insufrible… —murmuró entre dientes.

Mientras las mujeres retiraban con cuidado las sábanas manchadas para conservarlas como prueba, Sibyl se lavó con el agua que Emotte había traído. El frío que calaba hasta los huesos la obligó a darse prisa. Se puso la fina camisa de lino y luego tomó su vestido interior. La prenda, de cuello alto, estaba confeccionada en una lana ligera teñida de verde pálido. Cuando Margery le ató las

estrechas mangas desde el antebrazo hasta la muñeca, le quedaron como una segunda piel.

El vestido exterior era de un verde más intenso y estaba hecho con una lana más cálida. Las mangas amplias, en forma de campana, estaban adornadas con un ribete de seda. El dobladillo se alzaba ligeramente por delante, mientras por detrás se prolongaba en una pequeña cola que se arrastraba tras ella.

Cuando llegó al pie de las escaleras, los pies le dolían. Godwin le ofreció el brazo, pero cuando ella lo tomó, Roia se interpuso entre ambos. El perro solo necesitó un breve gruñido para que Sibyl se apartara de su marido.

—Roia, basta. —Como con el resto de sus órdenes, Godwin no elevó la voz.

La enorme bestia encogió los hombros en una especie de protesta.

—Aquí —indicó, señalando su otro lado.

Cuando Roia se colocó obediente, Godwin volvió a ofrecerle el brazo a Sibyl. Ella lo aceptó con cautela.

—¿De verdad me haría daño? —preguntó en voz baja.

—Hasta que te conozca mejor, yo que tú no me cruzaría en su camino —respondió él con una sonrisa—. Anímate. Como ha decidido pasar su tiempo conmigo, es muy probable que yo esté presente para detenerla si decide atacarte.

—Muchísimas gracias —replicó ella con una mirada irónica—. ¿Hay algo en esos sótanos? —añadió, refiriéndose a los almacenes que antaño se encontraban bajo el salón.

—Sí. Barriles de alquitrán, ruedas de carro y cosas por el estilo —contestó Godwin—. Cualquier provisión que no interese a las ratas.

Sibyl asintió. Era una respuesta sensata. Echó un vistazo a su huerto de perales y manzanos, ahora completamente vacío.

—¿Cuál fue la cosecha del huerto?

Él la miró de reojo y se encogió de hombros.

—No lo sé.

Al pasar junto a los bancales que abastecían la cocina con guisantes, judías, cebollas, ajos y hierbas medicinales y aromáticas, ella volvió a preguntar:

—¿Se han limpiado las letrinas y se ha esparcido el estiércol por el huerto?

—Creo que sí —respondió él—. He notado que ya no huelen tan mal.

Entre el huerto y el jardín se alzaban las colmenas, tejidas con mimbre de sauce y con forma de pequeños montículos. Los dos hornos, de aspecto similar pero mucho mayores, estaban cerca. Las mujeres del pueblo solían reunirse en la panadería para cuidar de sus panes.

—¿Se ha recolectado la miel y alimentado a la nueva colmena? ¿Y se ha reparado la chimenea del horno más alejado?

—¿Se supone que debo saberlo? —preguntó él, con un tono ya impaciente.

—Solo si te gustan los pasteles dulces —replicó ella—. Ay, no tiene sentido hacerte preguntas. Tendré que ocuparme de todo yo misma.

Sus palabras carecían de filo, porque Sibyl había recuperado la confianza. Su marido no mostraba ningún interés en el funcionamiento diario de Lacy; en eso, no era distinto de su padre. Mientras pudiera cazar, practicar la cetrería y sentarse en el consejo cuando lo llamaran, Godwin la dejaría dirigir la hacienda a su antojo.

La sola idea de decidir cuánto podía él disponer del tesoro de Lacy la hizo sonreír.

Cruzaban ahora la amplia extensión del patio, una tierra endurecida por años de uso.

—¿Dónde has puesto la sala temporal? —preguntó ella.

—Aquí —dijo él, señalando el granero principal.

La larga estructura de madera, con techo de paja y naves a ambos extremos, se alzaba robusta. La gran puerta, antaño cerrada con llave para proteger el grano, estaba ahora entreabierta.

Sibyl se quedó mirando, sorprendida.

—El humo se eleva desde allí… No puedes usar este granero. —Su voz sonó tensa—. ¿Dónde voy a guardar nuestra cebada y nuestro trigo?

Él se encogió de hombros.

—Tendrás que usar los otros graneros.

—No, necesito este —protestó ella. ¿Cómo iba a preparar Lacy para el invierno si él la dejaba sin su principal almacén? Oh, Señor… si esto era indicio de lo que había ocurrido durante su ausencia, temía imaginar qué otros daños habría causado.

—Vamos, sabes que este es el único lugar dentro de las murallas lo bastante grande para servir de salón. Confío en que encontrarás sitio para todos nuestros suministros.

—No sé cómo podré —suspiró ella con desdén—. Deberías haber construido un salón en lugar de ganarte el favor de los aldeanos construyéndoles casas.

—Ah, pero mira cómo me compré una esposa con ese favor —bromeó él, llevándola al improvisado salón de Lacy.

Una hoguera ardía con fuerza en un extremo, pero su luz apenas disipaba la penumbra del recinto sin ventanas. El humo se arracimaba bajo el techo de paja, a pesar del agujero sobre la piedra del hogar. Cerca del fuego había tres mesas de tablones sobre soportes, con bancos toscos a modo de asientos. Dos estaban colocadas longitudinalmente y la tercera, transversal, justo sobre el hogar, donde el calor era más intenso.

Roia hundió la nariz en la capa de juncos que cubría el suelo de tierra apisonada, olfateando hasta llegar a la mesa más próxima. Allí, dos lecheras charlaban mientras desplumaban gansos cebados para la comida del día siguiente. Sibyl miró hacia la otra mesa: Thomas

estaba allí, observándola. Ella apartó la vista, ya que no deseaba hablar con él.

—Leofric, ¿dónde estás? —La voz de Godwin resonó entre las vigas descubiertas.

El muchacho apareció desde las sombras del extremo opuesto.

—¿Has comido? —preguntó su señor.

El renuente escudero se encogió de hombros.

—No tengo hambre.

Godwin frunció el ceño.

—¿Cómo esperas trabajar con el estómago vacío? Coge un pan de nuestra mesa y ven conmigo.

Con los hombros caídos, el chico tomó un panecillo de la cesta al final de la mesa y cruzó la estancia con paso torpe.

—Creo que está acostumbrado a comer como un clérigo —murmuró Godwin a Sibyl—. Ayuna por la mañana y la noche, y toma una sola comida moderada al mediodía. Su madre lo preparaba para una vida religiosa.

—¿Quién permitiría eso a un niño? —preguntó Sibyl, indignada —. No es sano para un cuerpo en crecimiento.

—Me alegra oírte decirlo —rió él suavemente—. Su madre le metió ideas extrañas en la cabeza. Depende de nosotros sacárselas.

Sibyl no pudo evitar reírse.

—¿Sacárselas de la cabeza?

Él arqueó una ceja, los ojos brillando con humor.

—Sí, y si tengo que sujetarlo por los talones para lograrlo, lo haré.

Cuando Leofric se unió a ellos, Godwin le posó una mano en el hombro.

—Vamos muchacho. Tenemos un buen paseo por delante.

—¿Vais a cazar hoy? —preguntó Sibyl, con el tono más amable que pudo.

—¿Cazar? No, no habrá tiempo para eso esta estación. Tenemos hasta el mediodía para recorrer el *asart*. Después, buscaremos al pastor.

—¿Con qué propósito? —preguntó ella, sorprendida.

Godwin sonrió.

—Pues, mi señora, ese pastor tiene ideas para mejorar la fuerza de nuestro rebaño, y ahora es el momento. Mi medio

hermano tiene parientes en el comercio de la lana; dicen que su valor crece cada día. Es en el mejor interés de Lacy que lo escuchemos. Ven, Roia.

La perra apareció de debajo de una mesa y trotó hacia ellos.

—¡Aaiye! —gritó Leofric, retrocediendo con pavor. Su rostro se puso lívido y sus ojos se abrieron de par en par.

Interesada en aquella pequeña figura, la perra lo siguió, moviendo la cola.

—¡Odio a los perros! —chilló el muchacho.

—Es una pena, porque parece que le gustas —respondió Godwin con calma, sujetándolo del hombro para impedirle huir.

Leofric se quedó inmóvil cuando la perra lo olfateó, moviendo la cola como una bandera.

Sibyl se contuvo la risa.

—Vamos, Leofric, no te desanimes. Te mueve la cola; a mí solo me gruñe. Ten piedad de él, mi señor. Tu mascota es una criatura… impresionante.

—¿Qué? ¿Esta pequeña bestia? No es más que un perro faldero. Roia, ven aquí.

La perra obedeció al instante. Godwin salió del salón con el niño a un lado y la perra al otro.

—Tranquilízate, Leofric. Le gustan los niños.

—Eso es lo que más temo —atinó a decir el chico, aún tembloroso. Luego desaparecieron.

Sibyl negó con la cabeza al verlos marchar y se dirigió hacia la mesa donde la aguardaba la comida. Cada paso era lento; el dolor del día anterior comenzaba a despertar.

—Tómame del brazo.

Sibyl se volvió con severidad hacia Thomas, que de pronto estaba junto a ella.

—Puedo hacerlo sola. Además, no te hablo.

—Cógete de mi brazo, Sybil —repitió él con dureza.

—No aceptaré la ayuda de un hombre que amenaza con apartarme de su vida y de la de mis seres queridos.

—Pues cáete, entonces —replicó él, cruzando los brazos sobre el pecho y mirándola con ira bajo unas cejas fruncidas.

Ella intentó dar otro paso, pero el dolor fue insoportable.

—Oh, dame tu brazo —gruñó al fin.

Thomas la acompañó hasta la mesa y se sentó frente a ella. Entrecerró los ojos, forzando su débil vista a enfocarla. Tras un largo momento, extendió la mano y le acarició un mechón de su pelo corto. Las arrugas de su rostro se llenaron de tristeza.

—Ah, Sybil… ¿cómo has podido hacerte esto? —preguntó en voz baja.

—Ojalá pudiera adivinarlo —respondió ella, fingiendo examinar la cesta de panecillos y las ruedas de queso en el extremo de la mesa. Tomó un trozo pequeño—. Hice lo que debía para honrar la memoria de mi padre. Tú, más que nadie, deberías entender por qué me negué a casarme con ese hombre. Agnes murió por su espada, igual que mi padre.

Thomas frunció las cejas, los ojos brillando de pena.

—Sí, lord Godwin blandió la espada que mató a mi esposa. Pero tú tienes parte de culpa. No me digas que tu madrastra fue la única. Si realmente hubieras querido honrar a tu padre, habrías abierto la puerta cuando Godwin llamó. Lord John seguiría vivo, nuestras casas no se habrían quemado, y tu salón no habría desaparecido.

—No… —Sibyl bajó la cabeza, deseando escapar de aquella carga.

—El padre Reynard dijo que involucraste también a lord Harcourt. ¿Es cierto? —preguntó con severidad.

—Quería protegerte de Miles… —empezó ella, pero él la interrumpió.

—Sybil, siempre fuiste testaruda, pero nunca tan necia. Dime, ¿qué te pasará si te deshaces de tu nuevo marido?

Hubo un silencio pesado antes de que ella respondiera:

—Me convertiré en la cautiva de otro. —Suspiró—. Lo sé, Thomas. Lo sabía incluso antes de huir ayer. Pero Lacy es mío por derecho de nacimiento. No es justo que otro me lo arrebate solo porque soy mujer.

Thomas soltó un silbido entre los dientes.

—Pequeña tonta. Sigues creyendo que puedes llamar "tuyo" a Lacy. Le advertí a tu padre que te consentía demasiado. Ese noble idiota estaba tan encantado con tu imitación de soldado que no vio el daño que te hacía.

La ira de Sibyl igualó la suya.

—¿Y tú qué derecho tienes a hablarme de padres e hijas, cuando Edith se ha convertido en la amante de Harcourt?

Él echó la cabeza atrás como si la hubiera golpeado. Su rostro se contrajo de dolor, aunque pronto lo cubrió con una expresión de hielo.

—No asumiré la culpa por esa muchacha. Cada vez que intenté corregirla, tú dijiste que yo no tenía derecho. Al final, ella creyó que era libre de toda responsabilidad.

—Yo no le enseñé a ser una ramera —protestó Sibyl, dolida.

Thomas se pasó la mano por el cabello canoso y luego levantó la mano en señal de paz.

—Perdóname. No debí decir eso. Es solo que tú y Edith juntas sois como chispas sobre yesca seca. Sybil, no he venido a reñirte, sino a suplicarte. Ya nos has costado bastante y temo tus intenciones. ¿Entiendes que sin un marido conviertes a Lacy y a su gente en un bocado para cualquier hombre con ambición?

Ella estuvo a punto de replicar que podía protegerlos tan bien como cualquier hombre, pero se contuvo. Eso no era más que un sueño de niña.

—Sí, lo entiendo —dijo al fin.

Él le tomó la mano.

—Sybil, no nos causes más daño. Agnes te amaba como a su propia sangre. Haz que Aggie se sienta orgullosa. Deja que lord Godwin sea el señor de Lacy, como debe ser. Si no puedes hacerlo por ti, hazlo por nosotros.

—¿Quieres que le dé rienda suelta aquí? —preguntó, indignada —. ¿Qué sabe ese hombre de Lacy? No me quedaré al margen mientras arruina mi hogar como De Harcourt arruinó el suyo. Si entendiera lo que significa ser señor de Lacy, habría levantado un granero, no cabañas.

Thomas sonrió, una sonrisa sorprendentemente parecida a la de Edith.

—Oh, entiende perfectamente. Ese hombre tiene la cabeza llena de planes. Tu padre habría dejado pasar los años, uno tras otro, porque así siempre fue. Lord Godwin mira al futuro, y necesita nuestra cooperación. Nos dio hogares para ganarse a su gente. Fue su modo de expiación.

—¿Expiación? —repitió ella, sorprendida.

El reeve emitió un sonido entre risa y bufido.

—¿Crees que ese hombre habría empuñado un hacha para despejar un terreno si no quisiera reparar lo que destruyó?

Eso la hizo sonreír, aunque con cierto orgullo.

—Thomas, sabes que mi padre jamás habría tocado un hacha. Esperarías que lo hiciera por ti la próxima vez. Creo que te has aprovechado bastante del desconocimiento de ese pobre recién llegado. Estoy al tanto de tu juego: tus intentos de engañar a la mansión con tasas y prestaciones. Te lo advierto: estoy en casa y no volveré a marcharme. No tendrás más oportunidades de burlarte de él.

Thomas soltó su risa profunda y agradable.

—Muchacha, me gusta este juego nuestro. Quizá se lo enseñe al joven Thom, para entrenarlo para el año que viene.

—¿Y qué pasará entonces? —preguntó ella.

—Estas viejas caderas me fallan. Para el año próximo seré un inválido, una carga para mi familia. Los candidatos a reeve serán mi hijo y Ralph de Wood. Como Ralph es un necio, Thom será elegido. Ahora, rompe tu ayuno. Tengo mejores cosas que hacer que charlar contigo.

Se levantó y se alejó con paso tambaleante, presagio de su futura dolencia.

Sibyl lo siguió con la mirada mientras mordisqueaba la dura corteza del panecillo. Sabía que no debía tomar al pie de la letra todo lo que Thomas decía; su deber era proteger los intereses del pueblo, incluso cuando chocaban con los de Lacy.

Así que su marido tenía la cabeza llena de planes, ¿eh? Las palabras de Godwin sobre el comercio de la lana acudieron a su mente. La gente de Lacy siempre había sido ante todo granjera, y criaban ovejas más por su leche y su carne que por su lana.

Sibyl se detuvo. El extremo occidental de las tierras de Lacy era una amplia extensión de pastizales, perfecta para el ganado lanar. ¿Por qué no había pensado en eso antes?

Emitió un suave sonido de disgusto consigo misma. No solo su padre había dejado pasar los años sin cambiar nada… ella también.

La irritación creció, alimentada por la fuerza del hábito. ¿Debía simplemente apartarse y ceder el control de Lacy a Godwin? ¡Jamás! Ese era su hogar, no el de él.

Pero la petulancia de su pensamiento la detuvo. ¿El bien de quién estaba en juego: el suyo o el de Lacy? Incluso a sus propios

oídos sonaba más como egoísmo que como deber.

Y a Sibyl no le gustaba en absoluto cómo sonaba eso.

Capítulo 12

Al final del día, Sibyl sabía dos cosas: no recuperaría su capacidad de trabajar hasta que sus pies sanaran… y su cuarto de reposo estaba vacío de armas. Como no podía hacer nada respecto a esto último, estiró los pies un poco más cerca de la piedra de la chimenea, esperando que el calor acelerara la curación. No poder caminar era peor que ser prisionera. Estaba atrapada en su salón cuando toda la casa esperaba su inspección.

La noche se había colado por debajo de la puerta y por el agujero del humo, envolviendo la gran sala en una penumbra tranquila. El crepitar del fuego era ahora el sonido más fuerte. A través de las llamas danzantes, sirvientes y soldados de Lacy no eran más que bultos suaves, envueltos en mantas mientras se acomodaban en sus catres.

Inmovilizada por sus pies, Sibyl había pasado el tiempo cosiendo. Clavó la aguja en la costura lateral de lo que pronto sería su vestido interior. En la cesta, a sus pies, reposaban las piezas que se convertirían en el vestido exterior. Ambos estaban cortados en una resistente tela marrón, de la usada para las túnicas de los soldados. No serían elegantes, pero sí prácticos. Solo le faltaba un trozo de lino adecuado para hacerse una cofia.

Si terminaba aquello y sus pies seguían siendo un problema, tenía lino en remojo y lana limpia guardados en el sótano, esperando su rueca y su telar. Esas tareas solían dejarse para lo más crudo del invierno, cuando el frío obligaba a todos los hombres a permanecer bajo techo. Aun así, mejor hilar y tejer que aburrirse.

La puerta se abrió y ella levantó la vista, sabiendo ya que se trataba de Godwin y Leofric. El muchacho bostezó, con ojeras de cansancio bajo los ojos. Haber trotado todo el día tras su nuevo señor le había pasado factura.

—¿Habéis visto un búho? —preguntó Sibyl cuando se unieron a ella junto al fuego. Clavó la aguja en la tela, dobló la labor y la guardó en la cesta.

—No, mi… no, señora —respondió Leofric, con algo que casi parecía decepción. Cuando Godwin había sugerido buscar aves nocturnas, el chico se había burlado, diciendo que no le interesaban esas cosas—. Lord Godwin cree que podríamos haber oído uno.

Sibyl asintió y se calzó de nuevo los zapatos. El calor había ayudado; las ampollas empezaban a secarse. Apagó el fuego, colocó la tapa encima y se puso en pie. Le entregó a Leofric la lámpara que estaba en el borde de la mesa.

—Lleva esto por mí. Yo puedo encargarme del cubo.

El agua para el lavado de la mañana siguiente estaba en el extremo opuesto de la mesa.

—No, yo llevaré el agua —intervino Godwin, tomando el asa del cubo—. Ya te cuesta bastante mantenerte en pie y caminar, como para cargar con nada.

—¿Qué te parezco, una mujer débil? —replicó Sibyl. No necesitaba ayuda, y menos aún de él—. Has estado fuera todo el día y me las he apañado bastante bien sin ti. Ahora también puedo hacerlo.

Él sonrió.

—De eso no tengo ninguna duda. Sin embargo, como el cubo lo tengo yo y tendrías que pelear conmigo para recuperarlo, hazme el favor. Vamos, el pobre Leofric lucha por mantener los ojos abiertos. —Se dirigió hacia la puerta.

Sibyl miró al chico, esperando su reacción al nuevo apodo. Leofric solo puso los ojos en blanco, derrotado, y siguió a Godwin. Aún sacudiendo la cabeza, divertida, Sibyl cerró la marcha, con pasos mucho menos dolorosos que por la mañana.

La esperaban en la puerta.

—Leofric —dijo ella—, te he preparado un jergón en la cámara de la torre, pero esa habitación está demasiado abarrotada con solo la cama. Tu señor tendrá que vigilar dónde pisa.

—Nunca pisaría a Leofric —protestó Godwin con fingida indignación.

De repente apoyó el pie sobre los dedos del niño. Leofric se apartó a un lado con un respingo que casi fue una risa. Cuando Godwin lo intentó de nuevo, el muchacho se deslizó por la puerta del vestíbulo antes que ellos. Con la mano ahuecada alrededor de la lámpara para proteger la llama del viento, su paso por el patio tuvo algo de fantasmal.

Apretándose el manto contra el viento gélido, que la salpicaba con humedad helada, Sibyl miró al chico.

—Godwin, debería dormir en el salón, donde hay fuego y calor. Nosotros también.

Se volvió hacia su marido. Estaba tan oscuro entre ambos que él apenas era una sombra. Como siempre, sentía el calor que irradiaba.

—No —respondió Godwin—, esa es mi habitación y él debe dormir conmigo. Cuando llegue la primavera ampliaremos el salón. He pensado construir una antecámara donde Leofric pueda guardar su jergón. Hasta entonces, tendremos que sobrevivir en esos espacios reducidos. —Le deslizó la mano bajo el codo y la condujo al patio—. Vamos, los tres juntos en esa pequeña habitación estaremos lo bastante calientes.

El cielo estaba pesado y el viento silbaba a su alrededor mientras cruzaban la zona abierta. Las hojas crujían bajo sus pies y los bueyes mugían desde el establo. Algo se movió detrás de ellos. Roia los seguía.

—No dormirá con nosotros también, ¿verdad? —había un toque de pánico en la voz de Sibyl.

Él rió en voz baja.

—¿Qué puedo hacer? No tiene otro sitio. Anoche la encadené en el establo y los mozos dicen que aulló toda la noche.

—Pero Leofric odia a los perros —protestó ella mientras subía los escalones. No estaba tan interesada en defender al niño como en protegerse a sí misma.

Godwin le apoyó la mano en la espalda, por si hubiera hielo.

—Después de hoy, no tanto. Él y Roia han llegado a un acuerdo. No te preocupes, te mantendré a salvo de ella.

—Aunque no me coma viva, nos llenará a todos de pulgas —gruñó Sibyl, reconociendo que era una causa perdida.

Leofric había dejado la puerta entreabierta para ellos y había ido a encender la gruesa vela nocturna con la lámpara. El pequeño cuenco de barro, ahora oscuro y solemne, descansaba bajo el pesado candelabro de hierro. Con una sola llama iluminando la estancia, las brillantes cortinas de la cama parecían sudarios grises y el interior del lecho, una cueva oscura.

El muchacho ya se había quitado la túnica, pero conservaba los calzones y la camisa para protegerse del frío. Cuando Sibyl se arrodilló junto al grueso jergón de paja que habían colocado contra

la pared para apartar mantas y pieles, el chico se deslizó bajo ellas. Se acomodó, con la espalda contra la piedra, y ella lo arropó con esmero antes de dedicarle una sonrisa que lo invitaba a dormir.

—Buenas noches, muchacho —dijo Godwin desde la cabecera —. Duerme profundamente, mañana tenemos mucho que hacer.

—Sí, milord —murmuró Leofric, ya con los ojos cerrados.

Mientras Sibyl se levantaba, Roia pasó a su lado sin comentar su conocida aversión por la señora de Lacy. Atraída por el calor del lecho, la gran perra dio varias vueltas sobre la mitad que Leofric había dejado libre y, con un gruñido satisfecho, se tumbó.

Sibyl se volvió con la intención de pedirle ayuda a Godwin con los cordones del vestido. Él le daba la espalda, con túnica y camisa ya fuera. La luz dorada de la vela acariciaba sus hombros y su espalda desnuda. Ella contuvo el aliento, una vez más impresionada por su tamaño. Si lo tocaba, ¿sería duro como una pared de piedra o tendría la suavidad normal de la piel? El deseo de saberlo creció hasta que levantó una mano.

Sorprendida por aquel impulso ridículo, bajó los dedos y se aclaró la garganta. Él la miró por encima del hombro, la luz

acentuando la belleza de sus rasgos. Ese era el hombre que compartiría su lecho el resto de su vida.

—¿Te importaría aflojarme los vestidos? —preguntó con timidez.

—En absoluto —respondió con una rápida risa, volviéndose hacia ella. Su cabello brilló como oro al moverse.

Sibyl le ofreció primero las muñecas.

—Para mañana por la tarde, los vestidos que estoy cosiendo deberían estar terminados… o eso espero.

Las palabras se le escaparon en un torrente apresurado mientras lo observaba trabajar el fino cordón. Le seguía sorprendiendo que unos dedos tan grandes fueran capaces de tanta destreza.

—Ese color marrón no te favorece —comentó Godwin, mirándola.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué importa el color? Serán vestidos prácticos —mantuvo la voz baja para no molestar a Leofric—. Es evidente que no puedo matar animales con estos, eso está claro. Los otros puedo

mancharlos sin preocuparme. Además, supongo que no te gusta tener que hacer esta tarea, como si fueras la doncella de una dama.

Él sonrió.

—Te equivocas. Soy un hombre que nunca pensó casarse, así que una tarea tan doméstica como esta me produce un gran placer.

Había algo más que simple diversión en su tono, y el pulso de Sibyl se aceleró.

Se alegró de poder darle la espalda y dejar que él se ocupara del cordón del vestido.

—¿Por qué pensabas que nunca te casarías? —preguntó, mientras desataba el nudo de su cinturón y lo colgaba de un gancho en el poste de la cama. Luego lo miró por encima del hombro. El pecho masculino brillaba en la penumbra, perfilado por la sombra—. Tu hermano es un poderoso señor con muchas tierras. Podría darte tu propio feudo.

Sus manos se detuvieron de pronto contra su columna.

—¿Quién puede decirlo? Mi padre no me dejó nada más que su nombre, y eso era todo lo que esperaba.

El dolor en su voz la sorprendió. Más aún, le reveló que nunca había esperado otra cosa porque no creía merecerla. Algo grave debía de haber ocurrido entre los hermanos. Una vez más, ella miró por encima del hombro. Su boca se había tensado en una línea amarga.

—¿Por qué? —susurró.

—Ya está, este está listo —dijo él, eludiendo la pregunta.

Ella dejó caer el vestido exterior de los hombros y salió de la prenda. El vestido interior tenía un solo lazo a media espalda; él se encargó de desatarlo. En el silencio de la habitación, el roce de la tela sonó demasiado alto.

—¿No me lo dirás? —insistió ella en voz baja.

Mientras soltaba el lazo, Godwin respondió:

—Quizá en otra ocasión.

Su voz sonó tensa y apagada. Se apartó deprisa para terminar de desvestirse.

Sibyl se quitó el vestido interior, quedándose solo con la camisa. No lo hacía por modestia; hombres y mujeres dormían desnudos. Aquello era una capa más contra el frío. Recogió sus

ropas y las de él y las colgó del poste de la cama, luego se escabulló bajo las mantas. Godwin yacía ya cerca de la pared, oculto en la penumbra.

Solo cuando se tendió bajo las sábanas se dio cuenta de que su marido le daba la espalda. Sin embargo, estaba deliciosamente caliente. Cerró las cortinas, sumiéndolos en una oscuridad total. Al acomodarse, quedó lo bastante cerca de él como para aprovechar su calor. Se durmió preguntándose qué habría hecho Godwin para que su buen humor se desvaneciera de aquel modo.

El humo se enroscaba y subía por encima de su hombro. Sibyl se volvió para mirar detrás de ella y vio pequeñas lenguas de fuego trepando por la pared, una sobre otra. Hombres y mujeres a los que había conocido toda su vida corrían en silencio a su lado, con la boca abierta de horror. Siguió con la mirada la dirección de su huida y vio el agujero excavado en la pared. Allí estaría a salvo.

Intentó seguirlos, pero algo la retenía. Cuando miró atrás, vio que el fuego le prendía en la falda. Las llamas devoraron la tela con rapidez, buscándola. Se revolvió y pataleó, desesperada por liberarse de aquella prisión ardiente. Un perro enorme corrió hacia ella,

gruñendo y ladrando. Gritó, incapaz de escapar tanto del fuego como de la bestia…

—Roia, no. Eh.

Sobresaltada por una voz inesperada y un toque en el brazo, Sibyl gritó y trató de incorporarse. Estaba atrapada en la oscuridad más absoluta. El pánico explotó dentro de ella. ¿Qué prisión era aquella?

Hubo un movimiento tras su espalda, un susurro de ropa, un crujido, y unos brazos la rodearon. Por la fuerza y la corpulencia reconoció a Godwin.

—¿Estás despierta?

—Sí —murmuró, esperando sentirse atrapada por su abrazo. En lugar de eso, solo encontró consuelo. Al día siguiente le advertiría que no se mostrara tan íntimo. Habían acordado que su cuerpo le pertenecía a ella. Pero en ese momento estaba demasiado cansada para hablar de ello.

Sibyl se relajó contra él y él apoyó la mejilla en su cuello desnudo. Su piel estaba áspera por la barba de un día. Una chispa de diversión la recorrió. ¿Sería tan vanidoso como para dejarse la barba a propósito? Bostezó, cayendo de nuevo en el sueño.

—¿Qué has soñado? —Su voz era baja y tan profunda que parecía llenarlo todo dentro de la cama. La recostó sobre los cojines, moviendo su enorme mano para aliviar la tensión de su espalda.

Ella murmuró algo y se inclinó hacia delante, ofreciéndole más de su dolorida columna. Él trabajó los nudos de sus músculos.

—Siempre es lo mismo —susurró—. Intento escapar del fuego, pero por mucho que corra, las llamas me alcanzan.

—Vaya, debe de dar mucho miedo.

—¿Qué? —alcanzó a decir ella, más dormida que despierta.

—El fuego. Con mi armadura y el gambesón, pensé que me desmayaría por el calor, pero no podía permitirme caer. Cuando ninguno de vosotros respondió a mis llamadas desde dentro de Lacy, estuve seguro de que Robert había muerto. Me juré vengarlo, aunque me costara la vida. Se lo debía.

—¿Por qué? —preguntó ella, más por oír su voz que por necesidad de saber, olvidando que ya le había hecho esa pregunta antes.

—Unos días antes de que yo llegara a Lacy y me capturaran, él y yo discutimos. Le dije cosas… —hizo una pausa— cosas de las que no me enorgullezco.

Retiró la mano y se recostó bajo las mantas.

Ella sonrió levemente, con la cara hundida en los cojines.

—Veo que todavía no te ha perdonado tus duras palabras —murmuró.

—¿Cómo dices? —preguntó él, sorprendido.

—Te entregó a mí, ¿no es así?

A Godwin le vendría bien probar un poco de su propio humor.

—Estás bromeando —susurró, incrédulo.

—¿Creías que no podía hacerlo? —replicó ella, con una irritación somnolienta—. Ahora déjame descansar. Es medianoche.

Mientras se dejaba arrastrar de nuevo por el sueño, creyó oír su risa, baja y suave, en la oscuridad.

Capítulo 13

Sibyl avanzó con cuidado por el barro del patio, con el manto sobre la cabeza para protegerse de la lluvia constante. Sus pasos eran cautelosos por seguridad, no por dolor. Era su tercera mañana en casa, pero la primera sin sentir los pies como brasas. También era la primera vez que se ponía sus nuevos vestidos.

Qué alegría poder vestirse sola. Las prendas marrones le quedaban cómodas, solo necesitaba un cinturón para ceñirlas. El vestido interior tenía mangas largas lo bastante holgadas como para remangarlas hasta los codos cuando fuera necesario, mientras que el vestido exterior carecía de mangas.

Entró en el salón esperando ver a Godwin y a Leofric. Habían salido del dormitorio hacía más de una hora, justo antes del amanecer. Se detuvo, sorprendida, a solo unos pasos del umbral. No

solo habían desaparecido su marido y su escudero, sino también la mayoría de los soldados de Lacy. Las lecheras parecían perdidas, sentadas solas a una mesa. Thomas, que tenía derecho a comer a costa del señor de Lacy, tampoco estaba.

La curiosidad, teñida de una ligera preocupación, se despertó en ella. Debería haberse levantado para preguntar a Godwin por qué y adónde iban. Ahora se maldecía por no haber estado más atenta. Como señora de la casa, quería conocer todas las idas y venidas de Lacy. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Sibyl se quitó el manto, lo sacudió en el aire y las gotas salieron disparadas. Roia surgió de la nada, se alzó en un salto y cerró las fauces con un chasquido seco en el espacio donde antes había agua. Sibyl soltó un grito, sorprendida y algo asustada. Con Godwin fuera, ¿quién sabía lo que el perro podría hacerle?

En lugar de atacar, la gran perra se sentó sobre los cuartos traseros y observó a la señora de Lacy. Había una súplica en sus ojos y la cola golpeaba sordamente el suelo de tierra. No era el odio lo que la movía aquella mañana. Sibyl dudó un instante y volvió a sacudir el manto. Roia saltó detrás de las gotas invisibles.

—Vaya, estás jugando… —murmuró Sibyl, sorprendida.

El alaunt pareció sonreírle, pidiéndole otra oportunidad para perseguir el agua.

—Ya se ha secado —se excusó Sibyl, encogiéndose de hombros —. No he estado fuera el tiempo suficiente.

Pasó con cuidado junto a la perra y se acercó a la chimenea para ver qué contenía el caldero que colgaba sobre el fuego. Habas y cebada hervían en un caldo espeso. Justo cuando se sentaba a la mesa, oyó llegar la comitiva a la puerta del salón.

Un silbido agudo llamó a los mozos de cuadra. Crujió el cuero, repicaron los arneses y las voces de los hombres se mezclaron con el relincho de los caballos. Godwin cruzó el umbral con paso firme, seguido de su fiel sombra, Leofric.

Aunque el nuevo señor de Lacy no llevaba la cota de malla, sí vestía una cota de acero cosida sobre la túnica y la espada en su sitio. Se había echado atrás la capucha antes de entrar y la humedad hacía relucir aún más sus mechones rubios.

Como su señor, Leofric llevaba un chaleco de cuero sobre la túnica, pero daba lástima verlo. Tenía las manos metidas bajo los brazos para calentarlas; el pelo escapado de la capucha se le pegaba

a la frente, y la punta de la nariz estaba roja de frío. Roia se acercó a ellos moviendo la cola en señal de saludo.

—¿Adónde habéis ido tan temprano esta mañana? —preguntó Sibyl, mientras se detenían junto al fuego para quitarse las prendas empapadas.

Los soldados de Lacy empezaron a entrar también, todos tan calados como su señor. El murmullo de sus voces resultaba reconfortante tras el inquietante silencio de antes.

—Perseguimos a unos ladrones —contestó Leofric, temblando junto a Godwin, con los dedos tan rígidos que no lograba aflojar el lazo de la capucha.

—¿Qué ladrones? —preguntó Sibyl, acercándose para ayudarle con los cordones.

—El pastor encontró a un desconocido con la garganta cortada y sin nada de valor —intervino Godwin, con un semblante sombrío poco habitual en él—. Llevaba varios días muerto. Además, faltaban dos ovejas.

Se volvió hacia el muchacho:

—Leofric, extiende tu capa mojada ante el fuego y luego ve a la mesa. Ya es hora de romper el ayuno; después tendremos que

ponernos en marcha.

Cuando Sibyl se acercó más a Godwin, él dijo:

—Te mueves muy bien esta mañana.

Alzó las cejas fugazmente mientras se quitaba la capa y se dirigía al gran arcón de armaduras junto a la pared.

—Alabado sea Dios por eso —respondió ella con rigidez, mientras lo veía guardar la espada en el cofre y colocar la capa encima para que se secara.

Se las arreglaba para mantener todas las armas fuera de su alcance. No es que ella las quisiera ya. Por el bien de Lacy, lo toleraría.

—Hemos tenido problemas con ladrones otras veces —dijo Sibyl—. El bosque de Lacy es denso y ofrece muchos escondites. ¿Les has preguntado a los aldeanos si conocían al hombre?

Él regresó a su lado.

—Sí. Ni el reeve ni nadie del centenar lo reconoció, y no falta ningún vecino en la aldea.

Sibyl lo observó un momento más.

—¿Por qué te preocupa tanto, si nadie lo conocía?

—¿Qué te hace pensar eso? —replicó él, con un matiz de sorpresa.

—Porque no estás sonriendo. Tú siempre sonríes.

Él sonrió entonces, con un suspiro.

—Dios me ayude, has descubierto mi secreto. Tienes razón: me molesta pensar que esto sea obra de simples ladrones. El cuerpo había sido arrastrado fuera del bosque y dejado a la vista. La mayoría de esa calaña prefiere ocultar, no exhibir. Tendré que darle algunas vueltas.

Guardó silencio un instante, mirándola, antes de añadir:

—Sabía que ese color no te sentaría bien.

La decepción se le escapó en el tono.

Sibyl le lanzó una mirada afilada y se volvió hacia la mesa.

—No me importa si el color me sienta bien o no.

—A mí sí —respondió él en voz baja.

La suavidad de sus palabras la puso nerviosa. Se deslizó en el banco. Un momento después, Godwin se sentó a su lado. Su muslo se apoyó contra el de ella y aquella cercanía fue abrumadora. Madre de Dios, cómo odiaba la manera en que él conseguía hacerla sentir

pequeña e indefensa solo con estar cerca. Sin duda lo sabía y lo usaba como otra forma de intimidación.

Como no se atrevía a empujarlo del banco, se deslizó discretamente hacia el asiento siguiente.

—Cobarde —murmuró él, riendo por lo bajo.

Sibyl alzó la barbilla.

—Eres demasiado grande para compartir asiento —replicó en el mismo tono, sin querer que Leofric oyera—. No podría ni mover el brazo para comer.

La cocinera depositó delante de Sibyl una gruesa rebanada de pan del día anterior, vaciada en el centro para formar una especie de cuenco. En él sirvió una porción de potaje. Sibyl tomó la cuchara y empezó a llenar el estómago.

—¿Puedo tomar un poco yo también? —preguntó Leofric, con un tono casi avergonzado.

—Leofric —exclamó Godwin, fingiendo asombro—, estás pidiendo comida. Estoy orgulloso de ti, muchacho.

—No es que tenga hambre —se defendió él, cruzando los brazos, la mandíbula tensa—. Es solo que tengo mucho frío y parece

caliente.

Sibyl lo miró, sorprendida. Una vez más vio en aquel niño un reflejo de sí misma, negándose obstinadamente al cambio porque otros lo reclamaban. Leofric no estaba dispuesto a admitir que se había cansado de sus ayunos y de su idea de vida en la Iglesia. Más importante aún, el gesto de su cabeza y la línea obstinada de la mandíbula mostraban que no quería ser objeto de burla por esa decisión.

La boca de Godwin ya se curvaba, dispuesta a lanzar otra pulla. Sibyl posó la mano sobre la de él y la apretó suavemente. Él le dirigió una mirada sorprendida, pero logró tragarse el comentario.

—Come solo esta vez, entonces —dijo ella—. Mañana, si no tienes tanto frío, no habrá necesidad de hacerlo. Wyna, tráele a Leofric un cuenco y sírvele potaje para calentarle el estómago.

—Sí, milady —respondió la mujer.

Leofric dedicó a su señora una mirada agradecida y se aplicó al guiso con apetito.

—Bien hecho —susurró Godwin—. ¿Cómo lo has sabido?

—Hay gente que no soporta bien tu humor —respondió Sibyl en el mismo tono—. Estamos cansados de ser tus almohadillas de

alfileres.

Él soltó una carcajada breve y se puso a comer. El nuevo señor de Lacy tomó seis huevos cocidos, tres panecillos y un cuarto de rueda de queso tierno. Para acompañar, se sirvió una taza de agua de cebada endulzada. Cuando Sibyl terminó, él ya había vuelto a empezar con más huevos y más pan.

La cocinera pasó por detrás de ella con una olla vacía.

—Lo juro, milady, es como si tuviera un gran vacío dentro y no pudiera llenarlo —murmuró en voz baja.

—Es la pura verdad —dijo Sibyl en inglés, antes de cambiar a su propia lengua—. Godwin, he decidido que el resto de nosotros pasaremos hambre este invierno mientras intentamos mantenerte alimentado.

Godwin sonrió.

—Tenga más fe en sí misma, milady esposa. ¿Qué va a hacer ahora que vuelve a tener los pies sobre la tierra?

La pregunta la hizo sonreír. Se mordió la uña del pulgar mientras ordenaba sus pensamientos. Más que en cualquier otra época, la temporada de cosecha ponía en evidencia que la única

diferencia entre Sibyl y las mujeres del pueblo era el título que precedía a su nombre. Las tareas eran las mismas.

Los animales, seleccionados de rebaños y manadas para ahorrar forraje durante el invierno, serían sacrificados. La carne se salaría, se curaría o se convertiría en embutidos. Las uvas se harían vino, la cebada cerveza y las manzanas sidra y vinagre, todo en cantidad suficiente para mantener a la familia de servidores de Lacy durante los meses fríos.

—Creo que empezaré por un rincón de la granja y revisaré establos y graneros según avance —dijo al fin—. Cuando sepa lo que tenemos, sabré mejor qué nos falta. Si me sobra tiempo, iré al pueblo.

Sí, iría a ver a Alice.

—Ven a buscarme antes de hacerlo —pidió Godwin, apartando las migas de la mesa y recogiendo las más grandes para dárselas a Roia—. Si no puedo ir yo mismo, me aseguraré de que tengas escolta.

—¿Escolta? —repitió ella, con una risa incrédula—. ¿Para caminar por los caminos de Lacy?

Entonces lo comprendió. Él quería mantenerla vigilada.

—Milord, ¿puedo hablar contigo en privado? —preguntó, con frialdad.

—Por supuesto, milady —respondió, con un deje de confusión —. ¿Dónde sugieres que lo hagamos?

—Allí, en la esquina más alejada —señaló el fondo de la sala—. Será suficiente.

Sibyl se internó en la penumbra, con los brazos cruzados sobre el pecho. Godwin la siguió más despacio.

—Después de tanta charla sobre negociaciones y acuerdos, sigues traicionándome —susurró ella en voz baja, sin mirarlo—. Pretendes mantenerme prisionera en mi propia casa.

El dolor era tan profundo que le dio la espalda para ocultar cuánto la hería.

Él apoyó una mano en su hombro, pero ella se la apartó de un empujón.

—No me toques —susurró.

—Si no quieres que te toque, date la vuelta y mírame —pidió Godwin con calma.

Ella respiró entrecortadamente y estuvo a punto de negarse, pero enseguida decidió que no tenía sentido. Cuando se volvió, lo miró con furia. Él la observó con los ojos llenos de decepción.

—Piensa, Sibyl. ¿Por qué no puedo permitir que salgas sin escolta?

—Porque crees que intentaré huir de Lacy —escupió ella.

—¿Huir? ¿Adónde? —Él le posó una mano suave en el brazo. Esta vez, ella no se molestó en apartarla—. Veo cómo te consume tu amor por este lugar. Creo que, si tuvieras elección, nunca volverías a marcharte. Inténtalo otra vez. Yo no fui quien invitó a De Harcourt a llevarte.

Sibyl jadeó y se recriminó en silencio su propia estupidez. La codicia de Miles por Lacy había sido lo que la empujó hacia él en primer lugar. Sacudió la cabeza, intentando apartar la preocupación.

—No —dijo al fin—. ¿Qué esperanza le queda ahora a Miles? Para todo el mundo, estamos bien y verdaderamente casados.

Godwin frunció sus finas cejas con un deje de impaciencia y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No le importan nuestros votos —replicó—, sino que no tengamos un heredero…

Se interrumpió tan rápido que casi se atragantó con la última palabra. De pronto, su rostro se iluminó.

—Ahora comprendo mejor a esos "ladrones". Así es como nuestro vecino pretende alejar el aburrimiento del invierno: trabajando para convertirte en una joven viuda. Y yo sería un necio si le ofreciera la oportunidad de robártelo todo. Si te llevara, solo tendría que retenerte, seguro de que yo iría a buscarte. Dos pájaros de un tiro.

—¿Qué he hecho? —susurró Sibyl.

Cruel y capaz, Miles no se detendría. Ella lo conocía bien. Su obstinación por mantener Lacy como suyo había abierto la puerta y dejado entrar al lobo en el redil. Al avivar la codicia de Harcourt, se convertiría de nuevo en la causa del daño a su hogar.

—No llores por mí todavía, esposa —la reprendió Godwin con una risa—. No tengo intención de morir. Solo procuro minimizar el daño que has causado.

—He sido tan tonta… —murmuró, furiosa consigo misma.

Su disgusto era tan profundo que olvidó que él aún podía escucharla.

—Sí, pero eres mi tonta, y antes de dejarte ir, que me condenen —se burló él, y su risa le cortó como un latigazo.

—Deja de reírte de mí —gruñó, agarrándole la parte delantera de la cota y tirando de ella—. ¿No basta con que yo misma me odie por mi estupidez y mi falta de visión? ¿Tienes que empeorar las cosas?

Se volvió con la intención de huir de él y de su humor cruel, pero sus pies no fueron tan ágiles como su propósito. Sus zapatos blandos resbalaron en los juncos y tropezó. De no ser por Godwin, habría caído de bruces.

Él la levantó con facilidad y la estrechó contra su pecho antes de que ella recuperara el aliento. Sibyl se tensó, intentando apartarse, pero, como antes, fue inútil. Una vez más, su cabeza quedó apoyada en la curva del cuello de él.

—Oye, no me estaba riendo de ti —dijo Godwin en voz baja y tranquilizadora—. Nunca fue mi intención.

—Suéltame —gimió ella, forcejeando—. Suéltame. No soporto que me zarandees cada vez que te apetece.

No era Godwin quien la enfurecía, sino ella misma. Estaba harta de su ciega obstinación.

Como él seguía sin soltarla, acabó cediendo. Se dejó caer contra él, derrotada, con la frente apoyada en su hombro.

—Por favor… —susurró—. Suéltame. Acabo de ver con toda claridad lo que he hecho y no me gusta nada. Si no encuentro algo con lo que ocupar mis manos ahora mismo, temo que lloraré hasta quedarme sin ojos. Te prometo que iré a buscarte antes de salir de las murallas.

—Eres demasiado dura contigo misma —respondió él en voz baja.

Rozó sus labios con la frente de ella y luego la dejó marchar. Sibyl salió del salón tan rápido como se atrevió.

Al final del día, estaba demasiado cansada para preocuparse por nada. Como las últimas noches, la encontró cosiendo. Dejó caer el trozo de lino que tenía en el regazo y se recostó, estirando el cuello mientras se frotaba los músculos rígidos.

Aquel día no había tenido oportunidad de salir de las murallas, así que la cuestión de si necesitaba escolta para ir al pueblo se había vuelto irrelevante. La lechería necesitaba una limpieza urgente y las colmenas estaban desbordadas. Solo esas dos tareas le habían

ocupado hasta bien pasada la hora del almuerzo, y después dio un largo paseo por la granja.

No es que Thomas intentara engañar de verdad a la propiedad; era ese pequeño juego de memoria que los plebeyos jugaban contra sus señores. Como el nuevo señor de Lacy carecía de un conocimiento preciso del trabajo que se debía a la casa solariega, se habían descuidado las tareas menores. La cosecha de las uvas que crecían a lo largo del muro más lejano era un buen ejemplo. Solo unos pocos racimos habían sobrevivido a los pájaros y a la podredumbre. Eso significaba que ella y Godwin beberían cerveza con sus sirvientes todo el invierno.

Solo su huerto había salido bien parado, quizá porque el cocinero dependía de él para alimentar a Godwin. La tierra se veía enriquecida y trabajada hasta una suavidad saludable. Cuando llegara el día de san Edmund, plantaría sus judías y sus ajos.

Otras cosas, que eran responsabilidad exclusiva suya, se habían quedado sin hacer. No había repuesto sus reservas de hierbas. Con el otoño casi agotado, no habría manera de reemplazar las que solo crecían en campos y bosques hasta el verano siguiente.

Las pocas que quedaban en la despensa estaban demasiado viejas para servir de algo.

Sibyl volvió a tomar el paño de lino y pasó la aguja con otra puntada. Si lograba acabar el borde, tendría un paño para la cabeza listo para el día siguiente.

Godwin se colocó detrás de ella y le posó la mano en el hombro. Sibyl alzó la mano con la intención de apartar sus dedos, pero él comenzó a mover el pulgar por su nuca, trabajando la tensión de los músculos. Sibyl dejó escapar un murmullo, aceptando a regañadientes mientras la terrible rigidez cedía bajo sus caricias.

—¿Cómo va? —preguntó él.

—Ya casi he terminado.

Ella inclinó la cabeza hacia delante para facilitarle el masaje. Era una sensación maravillosa. Cuando por fin retiró la mano, Sibyl se recostó contra él, apoyando la cabeza en su vientre para poder mirarlo.

Si los labios no sonreían, sus ojos sí.

—Leofric se ha quedado dormido mientras me ayudaba a terminar mis pasteles de carne —comentó. Era la sexta y última comida del día para Godwin—. Es hora de acostarse.

—Todavía no —dijo ella en voz baja—. No voy a pasar otro día con la cabeza descubierta para que las mujeres del pueblo me señalen y se rían de mí.

Todas las mujeres casadas del mundo se cubrían el cabello. Fuera o no válido su matrimonio, Sibyl no tenía intención de ser el hazmerreír de nadie.

—Es una lástima —murmuró él, tocándole un rizo.

La caricia de sus dedos deslizándose por su pelo le provocó un escalofrío.

—Tu cabello es precioso.

Ella estaba demasiado cansada para preguntarse por qué veía belleza en lo que ella consideraba una desgracia. Godwin interpretó su silencio como una invitación a seguir jugando con su pelo y se lo peinó con los dedos. La ternura del gesto le provocó una presión instantánea e incómoda bajo el corazón.

Sibyl le sujetó la muñeca.

—Ya basta —dijo en voz baja—. Tienes razón, es hora de acostarse.

Cuando se levantó, Roia salió de debajo de la mesa para unirse a ellos. Sibyl tomó la lámpara, apagó el fuego del vestíbulo y agarró el cubo de agua limpia. Godwin levantó en brazos a su escudero dormido. Ella lo siguió paso a paso mientras cruzaban el patio hasta la torre del homenaje.

En la habitación, Godwin acostó a Leofric en su jergón y dejó que Sibyl lo arropase. Roia esperó pacientemente y luego ocupó su lugar junto al muchacho. Sibyl se atrevió a pasar la mano, con cuidado, por el hombro de la perra. Roia la miró con los ojos entornados y movió la cola una sola vez. En lo profundo de su sueño, Leofric se acercó al animal y lo rodeó con el brazo.

—¿No te dije que había decidido que le gustaban los perros? —rió Godwin mientras se quitaba la camisa y la túnica.

—Sí, lo dijiste —respondió Sibyl, arrodillándose ante él para aflojar las ligas cruzadas que sujetaban botas y calzas a la parte inferior de sus piernas.

Cuando terminó, se apartó un poco, esperando a que él se despojara de las prendas para colgarlas y dejar las botas junto a la puerta.

—Este escudero tuyo es muy extraño.

—Cada día está mejor —dijo Godwin, deslizándose bajo las mantas—. ¿Sigues pensando matar los cerdos mañana?

—Sí, a primera hora. ¿Por qué?

Ella se quitó los vestidos con rapidez y los colgó sobre las ropas de Godwin, luego se metió en la cama. Antes de subirse las mantas hasta la barbilla, ya estaba temblando.

—Guárdale una vejiga, ¿quieres?

—Qué buena idea —respondió ella, echando de un tirón las cortinas de la cama.

Una vejiga de cerdo inflada era algo imprescindible para cualquier chico, sobre todo en esa época del año.

—Le gustará —añadió.

Se giró sobre un costado y se quedó dormida en cuestión de instantes.

Capítulo 14

Llegó tarde a la comida del mediodía del día siguiente porque le había llevado más tiempo del que pensaba preparar el regalo para Leofric. Cuando entró en el salón, Godwin y el chico casi habían terminado de comer. Aquel día tocaba guiso de pescado, pues era jornada de ayuno.

—Me estaba consumiendo hasta convertirme en una mera sombra de mí mismo —comentó Godwin cuando ella y Wyna entraron—. Perdóname, pero hemos empezado sin ti.

Se sirvió otra ración de guiso.

—¿Cómo puedo quejarme de ti cuando soy yo la que llega tarde? —replicó Sibyl.

Se detuvo en la puerta para sacudir el barro de los zapatos y deshacer el nudo del manto. Roia apareció de repente y se sentó

alerta en el espacio abierto frente a la señora de Lacy, con las fauces abiertas y la lengua colgando.

—Sujeta esto, Wyna —dijo Sibyl en voz baja, entregándole la vejiga inflada mientras cogía el manto por las esquinas.

La lluvia de aquel día era más suave que la de la jornada anterior, pero ella había estado mucho más tiempo fuera. Sacudió el manto una y otra vez en el aire hasta desprender las gotas que quedaban prendidas, y Roia jadeaba por el esfuerzo de atraparlas.

—Bestia tonta —murmuró al gran perro, atándose de nuevo el manto sobre los hombros.

La perra ensanchó la especie de sonrisa que adoptaba cuando estaba complacida, como si estuviera de acuerdo. Sibyl recuperó la vejiga de manos de Wyna, la escondió a la espalda y cruzó la sala hacia la mesa del fondo.

Thomas estaba sentado como siempre a la cabecera de la mesa de la derecha, por encima de los soldados que custodiaban las murallas de Lacy. En lugar de saludarlo como solía, la culpa le mantuvo la vista fija al frente. ¿Creería Thomas también que Miles estaba detrás del asesinato? Si era así, estaba segura de que el alguacil jamás la perdonaría, no después de lo que ya había costado

su intromisión anterior. Rodeó la mesa y se sentó en el banco junto al de Godwin, que se había convertido en su sitio habitual.

—¿Te molesta la presencia del alguacil? —susurró su marido—. Puedo decirle que no coma más con nosotros.

Sibyl lo miró, sorprendida.

—No, no puedes —respondió con brusquedad—. La tradición dice que el alguacil de Lacy toma su comida de la mañana y del mediodía a tu costa. No puedes prohibirle la entrada a nuestro salón.

Para escapar de la conversación, se volvió hacia el muchacho que se sentaba frente a ella.

—Leofric, tengo algo para ti.

Sacó la vejiga de cerdo inflada y la agitó para que el chico viera cómo las habas cascabeleaban en su interior.

—¿Qué es? —preguntó él, mirando el juguete, pero sin atreverse a tomarlo.

Sibyl lo contempló, sorprendida, y dejó la pelota en mitad de la mesa.

—Leofric, es una vejiga para lanzar o patear —explicó Godwin, con tono incrédulo—. Vamos, muchacho, no me digas que nunca has tenido una pelota. Todos los muchachos deberían jugar con una de estas en otoño.

Leofric miró a su señor con una expresión de desdén propia de un adulto.

—Lanzar y patear pelotas es cosa de plebeyos —dijo con rigidez—. Mi señora madre no aprueba esas cosas.

Sibyl soltó una risa al tiempo que Godwin se echaba hacia atrás en el banco. De veras estaba mortificado por las palabras de Leofric.

—Entonces llámame plebeyo —exclamó—. ¿Qué clase de madre priva a su hijo de los placeres de la infancia?

—Yo encuentro mi placer en la pluma y el pergamino, milord —respondió el niño.

—¿Sabes escribir y leer? —preguntó Sibyl, asombrada.

Aparte de los clérigos, las únicas personas que conocía que supieran leer y escribir eran lord Robert y su esposa. El resto, al menos en su rincón del mundo, dejaba esas tareas a escribanos o monjes contratados.

—Sí. Es lo único para lo que sirvo —explicó Leofric.

Lo que pretendía sonar como una queja estaba teñido de un orgullo nada disimulado.

—No es cierto —replicó Godwin en seguida—. Toma —añadió, cogiendo la vejiga de la mesa y haciéndola rebotar en su mano—, tómala.

—¿Para qué? —suspiró el muchacho—. No sé lanzarla ni atraparla.

Sibyl lo miró con escepticismo.

—Acabas de decir que nunca te han dejado tener una. ¿Cómo sabes que no sabes lanzarla ni atraparla?

—Lo sé —contestó, con absoluta seguridad.

Levantó otra cucharada de guiso de la corteza de pan que le servía de plato y se la llevó a la boca con aire sombrío.

—Lo que otros niños pueden hacer, yo no puedo.

Sibyl lo observó, preguntándose qué disfrutaba más: la idea de su propia impotencia o el placer de irritar a su noble amo.

—Inténtalo —dijo Godwin, con la voz completamente desprovista de humor—. Vamos, muchacho, levanta la mano.

—No puedo —insistió Leofric, con un movimiento triste de la cabeza.

—Levanta la mano —repitió su señor, igual de tranquilo.

Sibyl miró a su marido, sorprendida. Godwin estaba enfadado. No fruncía el ceño ni había sombra oscura alguna en sus ojos, pero el tono era duro.

—Leofric, deberías intentarlo —dijo ella en voz baja, y luego se preguntó por qué se molestaba en intervenir.

—No pretendo faltar al respeto, milady, pero no quiero esa cosa —respondió el chico.

Una vez más, Sibyl se vio reflejada en él. Se aferraba a su negativa con la misma terquedad con que ella se había aferrado a la idea de no casarse con Godwin.

La vejiga describió un arco y golpeó la cabeza del niño antes de rebotar hacia Sibyl. Mientras Leofric parpadeaba, desconcertado, ella atrapó la pelota en el aire. Godwin no dijo nada, solo hizo un gesto con los dedos para que se la devolviera.

En cuanto lo hizo, la pelota volvió a volar por encima de la mesa y dio de nuevo en la cabeza del chico. Godwin la recuperó de un tirón.

—¿Qué estáis haciendo? —protestó Leofric, irritado, y solo entonces recordó añadir—: Milord.

—Levanta las manos, muchacho —repitió Godwin, sereno.

Leofric miró a su señor con la mandíbula apretada en un gesto de rechazo. La pelota volvió a golpearle en la cabeza y a rebotar sobre la mesa. El niño dejó escapar un pequeño gruñido de enfado, como un cachorro recién destetado. Cuando Godwin la lanzó una vez más contra su cabeza, Leofric la atrapó al vuelo sin la menor dificultad.

—¿Veis, milady? —preguntó Godwin con una sonrisa—. Nuestro Leofric acaba de atrapar una pelota. ¿Qué te parece, Leofric? Has hecho justo aquello que decías que no podías.

Leofric apretó la pelota contra el pecho, boquiabierto.

—La he atrapado —susurró, como para sí—. La he atrapado.

—Así es —aseguró Sibyl, sonriendo ampliamente—. Tíramela y veamos si puedes hacerlo de nuevo.

Leofric, todavía inseguro, se limitó a hacer rodar la vejiga por la mesa en lugar de lanzarla. Sibyl se la devolvió procurando que la pelota cayera en sus brazos, la atrapara o no. No hizo falta. Leofric la sujetó en el aire con facilidad.

Si el muchacho no mentía al decir que era la primera vez que jugaba con una pelota, la forma en que sus ojos y sus manos trabajaban juntos decía mucho de su coordinación. Un hombre con aquella habilidad tenía manos de arquero, o eso siempre había dicho el padre de Sibyl. Y, si además veía mejor de lejos que de cerca, podría ser muy bueno con el arco.

Godwin dejó a un lado el estofado.

—Mi turno —anunció, tomando la vejiga de manos de Leofric y haciéndola rebotar en la palma.

La lanzó sobre la mesa. Leofric frunció el ceño mientras seguía la trayectoria, pero la atrapó de nuevo sin dificultad.

—Lo he conseguido —susurró, completamente asombrado—. Puedo hacerlo.

Su señor se inclinó para darle una palmada en la mejilla.

—Leofric, tómate un momento para pensar en esto. Si puedes hacer lo que hacen los demás chicos y atrapar la pelota, ¿no podría ser que tu madre se equivocara sobre tus capacidades como escudero?

El chico se abrazó a la pelota con gesto descontento.

—Es posible —admitió a regañadientes.

Como si se hubiera sorprendido a sí mismo con aquella confesión, se apresuró a añadir:

—Solo es una cosa. ¿Y si no puedo hacer lo demás?

—Leofric, podrás si te permites intentarlo —respondió Godwin —. Lo único que te pido es que no te esfuerces tanto en demostrar que eres incapaz.

Rió y se puso en pie.

—Coge tu capa, chico, y vamos a ver si eres capaz de lanzarla tan bien como de atraparla.

Un relincho agudo y asustado resonó en el patio. De inmediato, los gritos de los hombres rompieron el silencio gris del día lluvioso. Se oyó el estrépito seco de madera astillándose.

—¡Milord! —gritó alguien, frenético, desde fuera de la puerta—. ¡Ese caballo diabólico suyo ha llegado y ha herido a Alfred!

Sibyl se puso de pie a toda prisa, aunque no tan rápido como Godwin. Él corrió hacia la salida, lanzando órdenes por encima del hombro:

—¡Roia, quieta! Y los demás, también.

Sibyl no le hizo caso y corrió tras él. Si había un hombre herido, ella era necesaria. Se detuvo justo fuera de la puerta.

En medio del patio se alzaba un enorme caballo negro, una auténtica bestia monstruosa. Los hombres lo contemplaban desde detrás de un cobertizo cercano. Dos soldados se habían quedado atrapados tras el carro roto y volcado de Lacy. Alfred yacía inmóvil en el barro. Las pezuñas brillaban sobre él; por fortuna, el caballo aún no le golpeaba.

—Quedaos quietos, todos —gritó Godwin—. Tengo que traerlo hasta aquí.

Se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido agudo que resonó contra las murallas. El caballo respondió con otro relincho estridente y luego se asentó sobre las cuatro patas, gruñendo y bufando. Grandes nubes de vapor se formaron ante su hocico mientras resoplaba, con la piel temblando.

Sibyl lo miró fijamente, dividida entre el miedo y la admiración. La lluvia hacía brillar el pelaje de ébano de la bestia. Era hermoso, a su salvaje manera. Por muy enorme y feroz que fuese aquel caballo de guerra, no podía imaginar a Godwin montando otro, pues se complementaban en su fuerza y en su belleza.

Godwin dio dos pasos hacia su montura. La criatura giró la cabeza hacia su amo. Él volvió a lanzar un silbido agudo, un sonido que se clavó en el aire gris y bajo del cielo nublado.

Cuando el caballo empezó a acercarse a su dueño, Alfred emitió un leve sonido y se movió un poco. ¡Estaba vivo! Sibyl dio gracias a Dios y deseó con todas sus fuerzas que el hombre pudiera arrastrarse fuera del alcance de aquellas pezuñas herradas.

Alfred flexionó las rodillas como si se dispusiera a intentarlo. El caballo se echó atrás, sobresaltado por el movimiento, y volvió a tensarse para alzar las patas. Alfred se aflojó al instante, quedando flácido en el barro.

—Witasse, mi pequeño —canturreó Godwin con voz baja y melodiosa—. Ven a mí. Vamos, ven ahora.

El gran caballo se estremeció y tembló, casi como si sacudiera la cabeza en un gesto de rechazo. Se volvió hacia su amo, dando la espalda a su víctima, pero sin alejarse lo suficiente como para no alcanzarla de una coz.

—Witasse, muchacho, ven ahora, ven a mí.

Godwin dio un paso más hacia su caballo de guerra y repitió la llamada, una y otra vez, hasta que casi parecía arrullarlo como a un

niño, avanzando a pequeños pasos. Witasse se mantenía firme, respirando hondo, como si olfateara el aire en busca del rastro de un enemigo.

Sibyl recorrió con la mirada el círculo de hombres. Si se acercaba a Alfred por detrás del cobertizo, el caballo no la vería. Quizá pudiera arrastrar al soldado fuera de su alcance.

Decidida a salvar la vida de Alfred, se escabulló hasta la esquina del cobertizo. Se pegó a la madera y asomó la cabeza. Godwin estaba algo más cerca del corcel, pero este aún no se movía. Deseando que Alfred siguiera quieto y en silencio, se agachó y salió despacio desde detrás de la esquina, avanzando con movimientos lentos y fluidos para no asustar al animal.

—Sibyl —la llamó Godwin con el mismo tono tranquilizador con el que hablaba al caballo—, le molesta el olor de la sangre. Debes alejarte de él.

Ella negó apenas con la cabeza. Sus palabras no hicieron sino avivar la urgente necesidad de sacar a Alfred de allí. Se arrodilló junto al hombro del hombre, obligándose a ignorar las enormes pezuñas y sus afiladas herraduras de hierro. La cabeza de Alfred,

vuelta hacia ella, estaba cubierta de sangre. Tenía los ojos cerrados, pero la tensión de su cuerpo le dijo que no estaba inconsciente.

Lenta y cuidadosamente, Sibyl extendió una mano y la apoyó sobre su hombro.

—Solo puedo arrastrarte —susurró en inglés, apenas audible.

El caballo de guerra relinchó, sorprendido, y movió las orejas al oír aquella voz desconocida. Pero el tono suave de Godwin tenía más peso. La atención de Witasse seguía fija en el hombre corpulento que le hablaba.

Sibyl aferró un puñado de la túnica de Alfred y tiró de él, centímetro a centímetro, alejándolo de las pezuñas. La cabeza del hombre chocó contra una piedra y él gimió por puro reflejo. Sibyl se echó hacia atrás, tirando aún más fuerte, convencida de que el caballo se lanzaría a por ellos.

Las pezuñas pasaron a un palmo de su cara, a escasos treinta centímetros de su nariz. Sibyl se mordió la lengua; un grito de miedo solo empeoraría las cosas. Luchó con Alfred hasta el borde del carro, pensando únicamente en sacarlo de la vista del animal. Los dos hombres que se ocultaban tras el vehículo la ayudaron a meter al herido bajo su protección.

Cuando por fin lo tuvo a salvo, echó una ojeada al carro destrozado mientras Godwin se hacía con la brida de su caballo.

—En cuanto lleven a la bestia al establo, te llevaremos al salón, Alfred —jadeó, dejándose caer en el barro—. María, creo que mi estómago se ha quedado ahí fuera.

—El mío también, milady —consiguió gruñir Alfred, ronco de dolor—. Os estaré eternamente agradecido.

Sibyl le apretó el hombro mientras, al otro lado del carro volcado, Godwin llamaba a los mozos de cuadra.

—Venir a arreglar las riendas. Yo lo llevaré hasta su prado. No, no, muchacho —añadió cuando el caballo volvió a resoplar—. Ya estás en casa. En casa.

—Estúpido —murmuró Sibyl por lo bajo—. Solo tú podrías convertir a una bestia así en una mascota.

Examinó los ojos de Alfred, buscando signos de daño. Sonrió al no encontrar ninguno. La sangre manaba de un feo corte en la línea del cabello.

—Tengo el brazo roto —dijo él—. Lo levanté para protegerme de la coz.

Sibyl le devolvió la sonrisa.

—Puedo arreglarlo —lo tranquilizó.

Las voces de Godwin y de los mozos, ocupados con el caballo, se fueron apagando poco a poco.

—Bien, entonces —dijo a los dos hombres que la habían ayudado—, llevemos a Alfred al salón.

Cuando el herido estuvo tendido sobre una mesa, con la cabeza apoyada en el manto de Sibyl, ella envió a una lechera a por vendas a la despensa, mientras Wyna corría a buscar dos trozos de madera con el tamaño y la forma adecuados. Ahora que estaba a cubierto, Alfred pudo por fin soltar el control que mantenía sobre su conciencia y dejarse arrastrar a un lugar más allá del dolor.

Ella le levantó con cuidado el brazo. Estaba torcido, pero el hueso no había roto la piel. Una bendición. Palpó despacio, buscando el punto exacto donde colocar las manos para encajar bien las dos partes. Un empujón firme, un chasquido sordo… y el hueso volvió a su sitio. Solo quedaba vendarlo para inmovilizarlo y dejar que el tiempo hiciera el resto. Le colocó el brazo a un lado del cuerpo, con cuidado.

—Tenemos que hablar —escuchó entonces, con la voz de Godwin fría y tensa, mientras él le sujetaba el brazo y tiraba de ella con brusquedad, casi haciéndola tropezar.

—¿Qué haces? —protestó Sibyl cuando él la arrastró hacia la chimenea. Tiró de su brazo para liberarse mientras sus pies resbalaban sobre los juncos—. Para, te lo digo. Tengo trabajo que hacer. Suéltame ahora mismo.

Al llegar al otro extremo de la sala, Godwin la giró hacia él, la empujó contra la pared y la inmovilizó sujetándola por los hombros. Sus ojos ardían de ira y sus labios se habían tensado en una línea dura.

—Ordené a todos que se quedaran en el salón —escupió, con las palabras saliendo a duras penas entre los dientes apretados—. Me desobedeciste. Te dije que dejaras al hombre. Me desobedeciste otra vez. Fuiste detrás de Witasse, insensata.

—No podía dejar que matara a Alfred —replicó ella, forcejeando—. Sabía que era lo bastante rápida como para apartarme de su patada. Ahora déjame volver con ese pobre hombre.

—¡No comprendo cómo sigues viva! —rugió en un susurro feroz—. Debería matarte por esto.

Sibyl se dejó caer contra la pared y lo miró con una mezcla de desprecio y desconcierto. Su reacción no tenía sentido.

—¿Me matarías por no morir?

Godwin inhaló hondo, el pecho subiendo y bajando de forma temblorosa, y luego apoyó la frente en la de ella.

—Por Dios y todos sus santos… —susurró—. Nunca en mi vida he pasado tanto miedo como cuando vi a Witasse lanzarte esa patada. Estaba seguro de que estabas muerta. No vuelvas a hacerme eso nunca más.

Con esas palabras, la soltó y se alejó a grandes zancadas.

Sibyl lo siguió con la mirada, atónita. ¿Qué le ocurría ahora?

—Leofric —llamó Godwin a su escudero, que se mantenía a prudente distancia del herido, como si quisiera verlo mejor pero no se atreviera a acercarse.

—¿Sí, milord? —El chico aún llevaba la pelota bajo el brazo.

—Ven. Busquemos un sitio seco y veamos hasta dónde puedes lanzar esa vejiga.

En su voz no quedaba rastro de la emoción de unos instantes antes. Sibyl negó con la cabeza, desconcertada por el extraño humor de su marido, y volvió junto al pobre Alfred para terminar de ocuparse de él.

Capítulo 15

—Tú eres quien quiere dormir en esta habitación sin fuego, así que digo que debes ser tú quien rompa el hielo del agua. Yo no lo haré más —murmuró Sibyl, somnolienta. Era el final de su segunda semana en casa y, en tan poco tiempo, ya estaba harta de aquella horrible estancia.

—Vivir en Beamont te ha vuelto blanda —repuso Godwin a modo de saludo matutino.

—Si estar encerrada en un almacén durante meses puede volver blando a cualquiera, entonces sí, soy blanda —replicó ella.

Las tareas del día la reclamaban, pero se sentía demasiado bien allí tendida, rodeada de calor y comodidad. Se estiró para correr las cortinas. El resplandor rosado del amanecer empezaba a llenar la habitación.

—Hoy veremos el sol —comentó, dejando que la cortina cayera de nuevo y escondiendo el brazo bajo las mantas.

—Gracias a Dios. Estoy cansado de cabalgar bajo la lluvia. Más en concreto, estoy cansado de ir y venir entre aquí y Eilington —gruñó él, dándole la espalda y echándose las mantas por encima de los hombros.

Sibyl se quedó mirando lo que alcanzaba a ver de él por encima de las mantas. Estaba tumbado de lado, de espaldas a ella, con el pelo revuelto por el sueño. Los mechones rubios, más largos que los de la mayoría de los hombres, caían en finos rizos a lo largo de su fuerte cuello.

—He oído que fuiste ayer —dijo ella.

No lo había visto desde la mañana anterior, cuando habían desayunado juntos. Desde entonces su día se había consumido procesando manzanas. Algunas se habían cortado en rodajas para secarlas, otras se convertirían en sidra y vinagre y se guardarían en barriles. Habían terminado el trabajo a la luz de las antorchas, mucho después de que Godwin y Leofric se retiraran. Sibyl miró sus manos: la fruta había dejado una mancha oscura en su piel, señal de un trabajo bien hecho.

—¿Qué te llevó allí?

—Una de las casas más alejadas tenía una pared rota. Se llevaron todo lo que tenía algún valor y destrozaron el resto.

Habló hacia la pared, con la frustración claramente marcada en la voz. Era el tercer incidente desde el asesinato del desconocido. A principios de semana habían pisoteado un campo y había desaparecido otra oveja.

—Oh… —fue todo lo que alcanzó a decir, comprendiendo su angustia. Sabía bien lo difícil que era quedarse de brazos cruzados mientras otros sufrían. Debía de ser aún peor para alguien con el tamaño y la fuerza de Godwin—. Ladrones, otra vez.

Las sábanas crujieron cuando él se giró para tumbarse a su lado.

—De Harcourt —dijo.

Ella se quedó contemplando la perfección de su perfil.

—Te equivocas. Como te he dicho, ya hemos tenido este tipo de problemas antes. Lo que ocurre ahora no es diferente.

Tenía que estar equivocada. Si no, ella no podría soportarlo.

—Bueno, sea como sea, estoy cansado de ir y venir entre aquí y Eilington. Creo que pondré a nuestros hombres a patrullar.

Sibyl fijó la vista en el techo de tela que tenían encima.

—Mi padre lo intentó en el pasado. Los ladrones esperaban hasta aprender cuándo venían los soldados y atacaban entre una visita y otra.

—Eso es fácil de resolver. Nuestra patrulla no debe ser regular. Lo decidiremos echando una moneda al aire. Si sale nuestro querido monarca, iremos a Eilington; si vemos la cruz, nos quedaremos en casa.

Intentó estirarse, pero la cama era demasiado corta para él. Sus manos golpearon la pared detrás de la cabeza y las rodillas siguieron dobladas.

—Voy a levantarme. Ve tú primero, así no tendré que pasar por encima.

—Pasa por encima de mí —rezongó—. Todavía no estoy lista para levantarme.

—Romperé el hielo —se ofreció él, sonriendo.

—Gracias —refunfuñó Sibyl, arqueando la espalda para aliviar las molestias y sentándose después, sujetando las sábanas para protegerse del aire helado.

Corrió las cortinas y tanteó la ropa colgada del poste. La arrastró sobre su regazo, encontró su camisón y se lo puso antes de separar lo que era suyo de lo que pertenecía a Godwin. Se volvió, dejó las piernas al borde de la cama y tiró del vestido cálido hasta que le cubrió los tobillos.

Él se deslizó por el colchón para sentarse a su lado. Ambos miraron al niño y al perro dormidos.

—¿Qué haría él sin ella para mantenerse caliente, o ella sin él? —reflexionó Godwin en voz alta.

Leofric había metido a Roia bajo las mantas con él, y ambos compartían un mismo cojín. La perra advirtió que su amo se incorporaba, abrió los ojos y movió las orejas, para volver a dormirse enseguida.

—Mucho menos rascarse. Tiene pulgas —observó Sibyl, lanzándole las calzas a Godwin—. Los perros deberían quedarse en una perrera. Son criaturas sucias.

—No es una criatura sucia. Roia se porta muy bien; nunca usa el pasillo como letrina.

Ninguno de los dos sonaba molesto. Aquella discusión se había convertido en parte de su rutina matutina. Mientras ella le abrochaba las ligas cruzadas, siguieron peleando en broma por Roia. Godwin se levantó de la cama para ponerse los calzones. La luz del amanecer lo bañó, dibujando con claridad la cicatriz de su abdomen.

—¿Qué te causó esa cicatriz? Parece que debió de ser horrible —comentó Sibyl, desenredando su sobrevestido de la camisa de él.

—Lo fue —admitió.

Mientras aguardaba a que se explicara, se puso el vestido exterior y se ató el manto sobre los hombros. Con el frío de nuevo contenido, Sibyl recogió sus medias y sus zapatos, y volvió a mirarlo. Godwin había atado ya el cordón de sus calzas y se estaba calzando las botas, dejando la camisa y la túnica para lo último, como hacía siempre. El frío nunca parecía afectarle.

—¿Y bien? —insistió al cabo de un momento.

—¿Y bien, qué? —replicó, con expresión neutra.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? No finjas que no me entiendes, porque sé muy bien que no es así.

Si en estas dos semanas había aprendido algo sobre el hombre con el que se había casado, era que no tenía nada de necio. Solo su aire plácido podía sugerir otra cosa. Sibyl bajó la vista hacia sus pies mientras se ponía las medias. Solo quedaba una pequeña zona sensible en uno; el resto de las heridas se había curado.

—Vamos, cuéntamelo —apremió, calzándose los zapatos.

Él tenía una bota puesta y la otra en la mano.

—Es vergonzoso —confesó.

De hecho, se ruborizó. Sibyl sonrió ante su incomodidad.

—¿Qué? ¿Te da vergüenza? Vaya, eso sí que cuesta imaginarlo. Ponte la otra bota y yo te ataré las ligas cruzadas. Puedes contarme la historia mientras lo hago.

Godwin metió el pie en la bota y Sibyl se arrodilló ante él, con las tiras de cuero en la mano.

—¿Por qué te interesa tanto? —preguntó él.

—No es curiosidad —se burló—. Estoy asombrada. Parece una herida mortal. Quiero saber qué la causó.

—Si debe ser, que sea —cedió al fin, a regañadientes—. Tenía solo diez años y medio y aún vivía con mi padre adoptivo. Éramos

cinco escuderos a su servicio y formábamos un grupo temerario, siempre intentando superarnos en lo que considerábamos gestas valerosas. Un día salimos a cazar jabalíes y… —se encogió ligeramente de hombros— dije que podía montarlo antes de matarlo.

Sibyl se dejó caer sentada en el suelo para mirarlo, sorprendida e incrédula.

—No lo hiciste —susurró.

—Sí. Lo monté, quiero decir. No por mucho tiempo, claro. Casi me saca las tripas como venganza.

Godwin esbozó una sonrisa tímida.

—Te lo dije. Fue vergonzoso, una estupidez de niño. Ya basta.

Le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. Ella la aceptó y se levantó.

—No puedo creer que fueras tan tonto —murmuró—. ¿Montar un jabalí? Y yo que pensaba que eras más listo que eso.

—No hagas que me arrepienta de habértelo contado —la advirtió. Cuando Sibyl volvió a negar con la cabeza, aún sin creérselo, añadió—: Si te burlas de mí, me vengaré.

—¿Crees que te tengo miedo, grandullón? ¡Ja! Creo que guardaré este dato como un tesoro para siempre, oh, gran cazador de jabalíes.

Sonrió con satisfacción.

—Ahora has ido demasiado lejos —gruñó él.

La atrajo de un tirón. Antes de que pudiera resistirse, la hizo caer sobre la cama y se dejó caer encima.

—Te aplastaré como a un insecto.

—¡No! —chilló ella, atrapada bajo su peso—. Para, o me harás daño. Quítate de encima, grandullón, o te tiraré de las orejas.

Riéndose, apoyó las manos en su pecho para empujarlo y apartarlo. Su piel estaba cálida y suave, y su corazón latía con fuerza bajo sus dedos. El calor de él se le filtró por las palmas. De pronto, sus manos parecieron cobrar vida. Como si tuvieran voluntad propia, se deslizaron sobre su pecho hasta llegar a sus hombros y su cuello. Su cabello resultó sorprendentemente suave al tacto. Una calidez nueva e increíble despertó en lo más hondo de ella, tan intensa que la hizo suspirar.

Las caderas de Godwin se presionaban contra las suyas. Incluso a través de las capas de ropa, Sibyl percibió sin duda su

deseo. Por ella. Él la deseaba.

Imposible. Ningún hombre la deseaba.

Algo se estremeció y tembló en lo más profundo de Sibyl. Jadeó, tratando de reprimirlo, y alzó la mirada hacia su rostro. Godwin mantenía los ojos cerrados. Inclinó la cabeza y presionó los labios en el punto donde su cuello se unía al hombro, luego fue ascendiendo por la columna de su cuello hasta la oreja. Allí donde su boca rozaba la piel, el cuerpo de Sibyl se estremecía, enviando sensaciones desconocidas que le recorrieron la espalda.

—No… —susurró, incluso mientras giraba la cabeza para ofrecerle más piel que besar.

Él estaba tejiendo de nuevo aquel hechizo. Y, sin embargo, lo que le hacía le resultaba maravilloso. Todo su interior cobraba vida de una forma que nunca había conocido.

Su mano se deslizó desde la cintura de ella, los dedos extendiéndose alrededor de la pequeña curva de su pecho.

—¿Qué estás haciendo? —susurró en una protesta ronca, cuando su cuerpo reaccionó a la caricia.

Debería estar luchando contra él, no tumbada allí como la presa de una araña, atrapada en una red de sensaciones.

—Me estoy volviendo loco de desearte —murmuró él junto a su oído.

Después se echó de espaldas, mirando el techo de tela que los cubría. Cerró los ojos y respiró hondo, de forma entrecortada.

—Me has dicho que no. Date prisa, Sibyl, o volveré a tocarte. No puedo prometerte que escucharé tus negativas si sigues aquí.

Con un chillido de consternación, Sibyl se lanzó fuera de la cama. ¿Qué le ocurría? Roia se incorporó de un salto con un ladrido grave y Leofric gritó, sobresaltado por el despertar brusco. Sibyl recogió a toda prisa las prendas de su atuendo y abrió la puerta de un tirón para bajar corriendo las escaleras casi a ciegas.

Se detuvo solo cuando se encontró frente a la pared de piedra del sótano, aún temblando por la reacción de su propio cuerpo. Dios mío, ¿qué había sido de su necesidad de conservarse dueña de sí misma?

Cerró los ojos. Ahora incluso su carne la traicionaba. Sí, una parte de ella seguía deseando saber más, rogándole en silencio que la dejara volver a sentir aquello.

Apoyó la frente en la fría piedra y luchó por despertar su ira. ¿Qué clase de hija suspiraba por el hombre que había acabado con

la vida de su padre? El severo reproche no surtió efecto. Su cuerpo seguía palpitando y vibrando de forma inquietante.

Nunca antes ningún hombre la había mirado como los hombres miraban a Edith. Los que habían venido a pedir su mano solo querían Lacy. Pero Godwin ya tenía Lacy. No solo eso: era un hombre que podía tener a cualquier mujer que deseara. Y, aun así, decía que se volvía loco por ella. Por ella.

El orgullo la reprendió por ese pensamiento absurdo. Aquello no podía ser más que otro de sus terribles juegos. Ningún hombre querría a la fea giganta de Lacy.

La ira que buscaba regresó. Mientras la alimentaba para destruir aquella ridícula debilidad que empezaba a sentir por él, apretó el cinturón alrededor de su cintura. Lo que había pasado esa mañana debía servirle de lección para no volver a intentar responder a sus burlas con las suyas propias. Sibyl buscó su peine en el bolso antes de anudarse el pañuelo a la cabeza. Tendría que vivir en guardia constante si quería evitar volverse vulnerable frente a él.

Cruzó el patio con paso rápido, dejando que el frío cortante de la mañana disipara los últimos restos del calor que él había despertado en su interior. En la puerta del salón, alzó la voz:

—Wyna, tráeme un poco de pan y queso y ven conmigo. Tenemos que hacer salchichas. Trae también un paño. Tengo que lavar ropa en el cobertizo de la cocina.

No esperó respuesta. Se retiró directamente a la cocina y empezó a reconstruir sus defensas.

Capítulo 16

—Alice —advirtió Sibyl—, tu hora se acerca demasiado. El bebé ya está justo encima de la salida. ¿Ves lo bajo que lo llevas?

Tocó la parte superior del gran bulto de Alice, que se había desplazado considerablemente hacia abajo en los últimos días.

—Si el bebé no ha nacido antes de mañana al mediodía, deberías quedarte en casa.

La propiedad de Lacy y su señor ofrecían cerveza y una cena para los aldeanos tres veces al año. En primavera era para celebrar la siembra, y había otra para marcar el solsticio de verano, pero con la maraña de acontecimientos de aquel año, la fiesta de verano se había olvidado. La última cerveza solía celebrarse en San Martín, en honor a los labradores. Esa también se había descartado porque Lacy no podía proporcionar la comida en ese momento, pero Sibyl

no quería perderse la celebración por completo. Por lo tanto, había cambiado la fecha al primer día de diciembre.

—Milady, mañana todos los habitantes del pueblo estarán en su salón —protestó el plebeyo, barriendo al suelo, para las gallinas, los restos del pan y el estofado que habían compartido—. ¿Y si mi pequeña decide venir después de que haya comenzado la comida? Tendría que ir sola al salón, gritando para que vinieras.

Alice se rió suavemente ante aquella imagen y le entregó a su señora las tazas enjuagadas.

Sibyl rodeó el fuego y las colocó en la repisa de la pared de la chimenea. A pesar de su altura, tuvo que agacharse para pasar por debajo de los jamones y las lonchas de tocino que colgaban de la viga transversal.

—La música y el baile pueden sentarte mal —observó.

—No voy a bailar —respondió Alice con otra risita. Luego se detuvo y aferró a su señora por el brazo—. ¿Por qué te preocupas tanto por mí? No es el parto lo que me ha dado dificultades, solo mantener a los bebés hasta ese momento. Cuando nació Anselm, solo tardé unas horas en dar a luz. Recuerdo que Agnes comentó lo fácil que fue su llegada.

En su primer embarazo, el que le aseguró el matrimonio, Alice había dado a luz a un niño. El pequeño había muerto de enfermedad al año siguiente de su nacimiento.

Sibyl se encogió de hombros. Aún se aferraba al parto de Alice como al acontecimiento que la liberaría de la carga de la destrucción de Lacy.

—Es solo una pequeña tontería por mi parte —admitió—. Cuando dejé Lacy, mi hogar no era más que una ruina. Regresé y lo encontré medio reconstruido y a ti, por fin, con un hijo que había superado los primeros meses.

—Sí, Margery dijo que lo llamaste un presagio —recordó la mujer, con una sonrisa—. Es una gran responsabilidad para alguien tan simple como yo. Aun así, haré todo lo posible por darte tu señal.

Alice se sentó en el taburete frente a su propia chimenea, con las rodillas bien separadas para acomodar su pesado vientre. Cogió una cesta parcialmente tejida y la colocó sobre la rodilla; sus dedos hinchados encontraron de inmediato el ritmo familiar del trenzado.

—El bebé y yo estaremos bien. Hasta mañana, milady.

—Hasta mañana, entonces —repuso Sibyl con una sonrisa.

Sin embargo, su preocupación no disminuyó. Dar a luz podía ser peligroso y ella, más que Alice, necesitaba que el parto de ese niño saliera bien.

Como Godwin había sido llamado de nuevo a Eilington —la hija del carpintero había desaparecido—, fue Walter quien la protegió ese día. Sibyl le indicó al soldado que estaban listos para partir. El hombre, con el rostro inexpresivo y marcado por el aburrimiento, salió primero de la cabaña por motivos de seguridad. Ella lo siguió y cerró la puerta tras de sí.

Ese día, el mundo parecía atrapado bajo un manto de nubes densas y silenciosas. El aire le picaba la nariz, presagiando aguanieve o quizá una nevada temprana. Sibyl había cambiado su tosca cofia por una bufanda de lana gruesa para protegerse del frío intenso.

—Así que hoy te ha tocado la pajita más corta, ¿eh, Walter? —bromeó, ocultando la risa ante la expresión de sorpresa de él.

Le divertía mucho saber que era la pesadilla de aquellos soldados. Se quejaban a Godwin de que ella les hacía trabajar demasiado y los obligaba a participar en tareas domésticas.

—Perdón, milady. No deberías saber nada de eso —balbuceó Walter, avergonzado.

—Puedes aliviar el dolor hablándome de esos ladrones mientras caminamos hacia la casa del alguacil —propuso Sibyl—. Dime por qué mi marido está tan convencido de que es nuestro vecino quien comete esos actos.

Cruzó los brazos con fuerza bajo su manto y comenzó a avanzar por el camino, hacia las afueras del pueblo y su última parada del día.

—Creo que es por el cuidado con el que se llevan a cabo estos actos —respondió Walter tras un momento—. Los ladrones cuentan con su velocidad y su habilidad para eludir a sus perseguidores, sin tomarse el tiempo de borrar sus huellas, como hacen estos.

Sibyl frunció el ceño, aceptando la lógica de sus palabras a pesar de su deseo de pensar lo contrario.

—Aun así, podrían ser ladrones, solo que de otro tipo —objetó.

—Sí, podría ser —convino Walter—. Ese es precisamente el problema. Nunca queda ninguna señal que indique si es o no es lord Harcourt quien hace estas cosas.

Se detuvieron ante la puerta de madera de la casa comunal. El mugido de los bueyes provenía del ala del edificio situada en el extremo más alejado, y el calor que proporcionaban aquellos animales era casi tan valioso como ellos mismos.

A Sibyl le había costado todas sus fuerzas reunir el valor para tomar aquella decisión. No había sido capaz de enfrentarse al alguacil desde aquel primer ataque, pero la ausencia de Thomas de la mesa ese día, junto con el frío que hacía, le indicaban que debía de tener las caderas tan doloridas que no podía caminar. Metió la mano en su mochila para coger el frasco de ungüento y se descubrió rezando para que el remedio pudiera hacer algo más que aliviar el dolor físico. Si Thomas la culpaba de los últimos problemas del pueblo, tal vez el bálsamo lograra calmar también su ira.

Alzó el brazo, dudó un instante y luego llamó con fuerza a la puerta.

En lugar de la criada, fue la nuera de Thomas quien abrió.

—Milady, qué sorpresa.

Johanna era una muchacha de rostro fresco y ojos brillantes, apenas un año mayor que Sibyl. Le había ido bien en su matrimonio con el joven Thom: había pasado de ser la hija de un granjero

mediocre a convertirse en la esposa más importante del pueblo. También se había beneficiado de la muerte de Agnes, ocupando el lugar de señora de la casa años antes de lo que habría logrado de otro modo. Su hijo, nacido justo antes de la boda hacía dos años, se aferraba a las faldas de su madre.

—¿Está el viejo Thomas? —preguntó Sibyl, tímida.

—Sí, está postrado por este resfriado. Entre, milady, entre.

Sibyl sacudió todo el barro que pudo de sus zapatos antes de entrar. Varias gallinas se escabulleron en la casa al mismo tiempo que ella.

—Gracias, Johanna. ¿Puede mi hombre sentarse junto al fuego mientras yo visito a tu marido?

—Por supuesto, milady.

Johanna se volvió hacia Walter.

—Siéntate junto al fuego. ¿Te apetece una taza de cerveza y un bocado de pan?

—Sí, gracias, buena mujer —respondió el soldado con una sonrisa, dedicándole a la muchacha una mirada apreciativa.

Cerró la puerta suavemente tras de sí y la estancia quedó sumida en profundas sombras, salvo allí donde llegaba la luz del fuego. El aire del interior estaba cargado con el olor de los animales y el humo, aderezado con el aroma de las carnes en salazón y de las alubias que se cocían en la gran olla de hierro colgada sobre las llamas.

Johanna sentó a su hijo en un taburete y luego tomó una lámpara de una estantería situada en la pared del fondo. Con una ramita encendida del fuego, prendió la mecha. Cogió un taburete de una esquina y se dirigió hacia el fondo de la habitación. Sibyl la siguió, mirando a su alrededor con interés.

Thomas había reconstruido su casa sin cambiar mucho el diseño original. Al igual que en todas las demás cabañas, la pared de la chimenea estaba llena de estantes. Algunos contenían tazas y cucharas; otros, pequeñas ollas y cuchillos. Preciosas herramientas con hojas de hierro colgaban de clavijas, con mangos de madera que brillaban por haber sido recientemente engrasados. Sacos de cereales, frutos secos y fruta deshidratada se apilaban junto a barriles de sidra y cerveza. Johanna había dejado su huso y su rueca apoyados contra una de esas pilas cuando respondió a la llamada de Sibyl: la ama de casa estaba convirtiendo ortiga de cáñamo en hilo.

Ahora había un nuevo altillo que se extendía desde la pared trasera, sostenido por gruesos postes, al que solo se podía acceder por una escalera. Como el viejo Thomas nunca habría podido subir los peldaños, Sibyl supuso que el piso superior era donde Johanna dormía con su Thomas.

—Padre —gritó la joven—, nuestra señora ha venido a visitarte.

Johanna dejó el taburete justo debajo del borde del altillo y colocó la lámpara sobre el único cofre de la habitación. La escasa luz iluminaba un grueso jergón cubierto de mantas.

Thomas soltó un gruñido de sorpresa, como si despertara. La paja de su jergón crujió cuando se movió.

—¿Ha venido? —preguntó, todavía aturdido.

Con un gemido y muchos esfuerzos, el hombre corpulento se incorporó hasta quedar sentado. La luz de la lámpara reveló poco más que la curva de sus mejillas y el enrojecimiento de su barba, antes de proyectar sombras titilantes sobre su pecho desnudo y musculoso. Johanna le entregó la túnica que colgaba de un gancho en uno de los postes. Mientras Thomas se la ponía, Sibyl se sentó en el taburete y Johanna se retiró junto al fuego. El silencio entre la noble y el alguacil se prolongó hasta volverse incómodo.

—Milady, es muy amable por su parte venir a visitar a un anciano —dijo al fin Thomas.

Era una frase formal y educada, nada parecida a su forma habitual de dirigirse a ella.

—¿Milady, ahora sí, Thomas? —lo reprendió Sibyl en voz baja —. ¿Qué ha pasado con Sybil?

Una lenta sonrisa se extendió por la boca del hombre, cuyos dientes restantes brillaron un instante en la penumbra.

—Entonces me has perdonado por entrometerme en tu vida, ¿verdad? No tenía derecho a regañarte aquel día. Pensaba que me evitabas por odio.

—Oh, Thomas… —su grito fue bajo, pero lleno de dolor—. Te he estado evitando por mi vergüenza, no por tus palabras. Milord cree que es De Harcourt quien está detrás de estos incidentes de robo que hemos sufrido. Si eso es cierto, te habré traicionado a ti y a Lacy dos veces. Ya es bastante malo que haya causado la muerte de Agnes, y ahora esto. ¿Cómo vas a perdonarme?

—Ah, muchacha, ¿te has estado atormentando, entonces? —El hombre se frotó el rostro con una mano cansada—. Empecemos por el principio, con la muerte de mi Aggie. Si hubiera escuchado a mi

sabia esposa aquella mañana de junio, nos habríamos quedado en casa y habríamos cenado junto al fuego. Ella me advirtió que querías cerrar las puertas para probar tu destreza, pero no le hice caso. No, yo estaba obstinadamente decidido a preservar mi propio estatus, y un alguacil siempre come en el salón de su señor. Ahora dime, ¿quién tiene la muerte de su esposa en sus manos?

Intentó adoptar un tono ligero, pero había tristeza en su voz.

Sibyl levantó la vista, sorprendida.

—¿Te culpas a ti mismo?

—¿Culparme? No, pero me hago responsable ante Dios por mi estúpido orgullo. Hago penitencia y rezo por el perdón. ¿De qué sirve culpar a alguien, cuando Agnes sigue muerta independientemente de quién haya sido el responsable? En cuanto a lord Harcourt, ¿cuánto tiempo lleva ese noble persiguiendo a Lacy, Sybil?

Sibyl se enderezó en el taburete.

—Desde la muerte de mi hermano, cuando me convertí en heredera. Incluso con doce años, ya era más alta que la vecina de Lacy.

—Si lleva años empeñado en poseer Lacy, ¿cómo es posible que ahora sea culpa tuya? —replicó Thomas—. Si es él quien hace estas cosas, creo que lo más probable es que intente descubrir qué tipo de hombre se esconde bajo la apariencia juvenil de nuestro nuevo señor. Si lord Lacy fuera fácil de intimidar, lord Harcourt ya nos habría devorado.

—Ojalá fuera cierto —musitó Sibyl, escuchando pero sin estar segura de creerlo.

—¿Quién puede saberlo? No me interesa mucho perder el tiempo tratando de comprender los procesos mentales de los nobles. En general, me parecen incomprensibles —añadió el alguacil. Sus ojos brillaron desde sus profundas cuencas mientras sonreía, y luego volvieron a apagarse—. Solo puedo esperar que mi pequeña ramera no esté ayudando a lord Ocsalde a hacernos daño.

Extendió la mano y posó su áspera palma sobre la mejilla de Sibyl.

—Tú solo puedes hacerme daño, Sybil, pero la traición de mi Edith podría matarme.

—No —respondió Sibyl al instante—. Ella nunca traicionaría su hogar.

Se detuvo. ¿Por qué no? Edith había intentado traicionarla ante Miles.

—Aquí es donde está su corazón —añadió, con más confianza de la que sentía—. Cuando Edith se haya cansado de los Harcourt, volverá a casa.

Curiosamente, descubrió que deseaba que Edith no regresara jamás. ¿Cómo podrían reparar lo que había quedado roto entre ellas?

—Ojalá no lo haga —musitó Thomas.

Aunque sus palabras eran duras, el tono se le quebró.

—¿Le darías la espalda a tu propia hija? Thomas, no puedes hacerlo —exclamó Sibyl.

Su protesta era tanto una súplica para sí misma como para Edith.

—Sybil, no puedo mirar a mi hija sin soltar palabras duras y llenas de odio —confesó el alguacil—. Ella es mi vergüenza. Aunque tiene una dote abundante, no hay ningún muchacho decente en el pueblo que la quiera. Los que ha herido no la desean, y los que aún no ha tocado no irán donde otros han estado.

Soltó una risa despectiva.

—Excepto el hijo de Muriel. El chico es un granjero bastante bueno, incluso con solo dieciséis años, pero me irritaría pagar el *merchet* para casar a mi hija sin dote.

—A Edith tampoco le gustaría vivir con la loca de Muriel en esa choza —murmuró Sibyl.

La mujer era la más pobre del pueblo; su hijo apenas lograba sobrevivir con lo que daban el huerto y unas pocas parcelas de tierra, junto con lo que ganaba cuando lo contrataban como jornalero.

—Quizá esta sea la penitencia de Edith por haber utilizado a tantos hombres —añadió en voz baja.

—Quizá —admitió Thomas.

La amplia boca del hombre esbozó una sonrisa amarga.

—Tú también cumples tu penitencia, ¿no?

—Sí, oración tras oración tediosa —respondió Sibyl con una pequeña sonrisa—. Justo cuando creo que he llegado al final, el padre Reynard me encuentra otro pecado por el que inclinarme.

—No, me refería a tu matrimonio —aclaró Thomas—. Debe de ser muy doloroso para ti estar casada con el hombre que derribó tus murallas y saqueó tu salón.

—¿Sabes que he estado tan ocupada haciendo el trabajo de toda una temporada en un mes que ni siquiera he tenido tiempo de pensar en eso? —Sibyl se recostó en el taburete, con las manos entrelazadas sobre las rodillas—. Sí, con días que empiezan al amanecer y se alargan hasta bien pasada la medianoche, estoy demasiado agotada para preocuparme por quién comparte mi cama por la noche.

Salvo que Godwin era maravillosamente cálido y nunca dejaba de usar sus manos para aliviarle la espalda rígida y dolorida.

—¿Es así?

La tenue luz iluminó los ojos hundidos de Thomas y los hizo brillar de forma extraña. Su tono desconcertante puso nerviosa a Sibyl. Abrió la mochila para buscar el frasco.

—Thomas, no solo he venido a hablar contigo, sino a traerte un ungüento. Cuando no te vi en el salón hoy, supuse que el frío había empeorado tu dolor.

—Ah, eres una santa, Sybil —respondió el hombre con una amplia sonrisa—. Estas caderas están tan mal que hoy no he podido unirme a la gente que recogía mimbre y juncos para ti.

—¡Ay! —exclamó Sibyl, presionándose las palmas contra la frente—. Más cosas que ordenar, y yo sin sitio donde ponerlas ni tiempo para cambiarlas de sitio. Tuve que guardar las bolsas de nueces peladas en el tejado del cobertizo, cubiertas con un paño engrasado para protegerlas de la humedad, por falta de otro lugar. ¡Necesito ese granero!

—Pobrecita —canturreó Thomas—. Entonces será mejor que te vayas corriendo a casa. Los fardos estarán en tu patio al anochecer.

—Gracias por tu compasión —replicó Sibyl con fingido sarcasmo. Luego se inclinó hacia delante y besó la mejilla curtida del hombre—. Ponte bien para venir a la cerveza, Thomas. Quiero verte bailar y reír. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Sybil —dijo él, con cariño.

Con el corazón más tranquilo de lo que había estado en todo el mes, Sibyl salió de la casa del alguacil con paso ligero. Ella y Walter regresaron por el camino lleno de baches que conducía a la puerta de Lacy.

Detrás de ellos se oyó el ruido de cascos.

—¡Abran paso! —La voz de Leofric resonó contra la casa y el cielo.

Sibyl y Walter se apartaron del camino. El robusto poni del muchacho pasó a toda velocidad junto a ellos, con la boca abierta y las pezuñas volando como si el demonio lo persiguiera. Sibyl miró hacia atrás, a lo largo del sendero, hacia la carretera.

Porque así era.

El pelaje oscuro de Witasse se distinguía sobre el marrón descolorido de las colinas por las que discurría la calzada. El señor de Lacy desvió su montura de la carretera y entró en el camino. Sibyl y Walter se hicieron a un lado para mirar.

Era una vista impresionante: la enorme bestia negra galopaba hacia ellos con la cabeza inclinada hacia delante y la crin al viento. Godwin cabalgaba en la silla, completamente armado, con una sobrevesta granate sobre la cota de malla y la capa ondeando tras él, sin mostrar preocupación por el frío. Incluso con la luz gris del día, las anillas de hierro brillaban como plata.

Cuando su marido la vio, levantó un brazo en señal de saludo y luego apretó las rodillas contra los flancos de Witasse. El paso del

caballo cambió y se hizo más lento.

—Walter, voy a por ella. No dejes que se escape —gritó Godwin.

Su voz resonó bajo las nubes.

El soldado miró a su señora con una sonrisa.

—Él te levantará. Quédate quieta o podrías hacerte daño sin querer.

Clavó la vista en el camino, como si estuviera calculando la distancia, y luego colocó a Sibyl en el lugar adecuado. Su mano sobre el hombro de ella la mantuvo inmóvil.

—¿Qué? —protestó Sibyl, incrédula ante el temerario juego de su marido.

No se le ocurría peor muerte que ser pisoteada por los cascos herrados de Witasse. Aunque el miedo le recorría el cuerpo, el orgullo no le permitía huir. Ni loca dejaría que Godwin o su hombre vieran su miedo.

Godwin extendió un brazo. Sibyl entrecerró los ojos, decidida a sobrevivir a aquel alarde. Él se inclinó un poco hacia un lado y la aferró por la cintura. Cuando sus pies se separaron del suelo, ella

hundió los dedos en los eslabones de la armadura y se agarró a su brazo, porque su vida dependía de ello. Incluso bajo la cota de malla y el acolchado, sentía cómo se le tensaban los músculos al soportar todo su peso. Un instante después, se vio sentada de lado sobre la silla de montar. Rodeó la cintura de su marido con los brazos.

—¿Estás loco? —siseó—. Esa bestia tuya podría haberme matado.

Lo único que podía ver de su rostro, bajo el yelmo y la capucha de malla, era la boca. Como siempre, sus labios esbozaban una sonrisa.

—Mientras no te movieras, no corrías ningún peligro —repuso con un breve movimiento de cabeza—. Para Witasse, esto no era más que otro ejercicio de justas. Además, he decidido que tienes una vida encantada. Deberías haber muerto en el incendio, a mi espada, en la batalla contra esos ladrones, en el bosque y bajo las pezuñas de Witasse. Como nada de eso ocurrió, estoy convencido de que eres indestructible.

Ella resopló, incrédula.

—Bueno, no lo vuelvas a hacer. No me ha gustado nada la experiencia. ¿Cómo está Eilington? ¿Encontraste a la chica?

La sonrisa de Godwin se apagó y redujo el avance de Witasse a paso de paseo. El gran corcel protestó con un breve baile lateral, pero luego se sometió.

—La encontramos —respondió en voz baja—. Fueron brutales, la torturaron por el puro placer de hacerle daño.

—¿Estaba muerta?

Apretó la mandíbula.

—Ahora lo está.

—Maldita sea —murmuró Sibyl. Luego ocultó su reacción tras una sonrisa—. ¿Qué tal ha ido tu día, milord? Espero que haya sido más agradable que el mío.

Sibyl lo observó y comprendió que el dolor de Godwin por la muerte de la muchacha era demasiado profundo como para hablar de ello en ese momento. En un esfuerzo por protegerlo de su propio pesar, se lanzó a quejarse.

—Aún no he terminado —dijo—. Thomas me está enviando montones de varas de sauce, juncos y cañas, todo lo cual necesitamos y para lo que no tengo sitio. Godwin, necesito ese granero. Deberías haber construido un salón, en lugar de cabañas.

Él ladeó la cabeza para mirarla desde debajo del arco de metal que le cubría los ojos.

—No hubo tiempo para terminar el salón antes de que hiciera demasiado frío para colocar el mortero. Cuando llegue la primavera, comenzaremos a construirlo.

El peso del caballero y su corcel hizo crujir el puente levadizo que cruzaba el foso de Lacy cuando entraron en el patio de armas.

—¿Mortero? —repitió ella, sorprendida—. ¿Quieres un salón de piedra?

—Sí. Piénsalo, mi amor. Con pizarra en el techo y piedra a nuestro alrededor, nunca más tendremos que preocuparnos de que el fuego devore lo que es nuestro. Tampoco tendremos que temer que un enemigo intente matarnos de hambre en esa estrecha torre del homenaje. Nos sentaremos, seguros y protegidos, en nuestra propia casa, sobre nuestra propia bodega.

Mientras él frenaba a Witasse cerca del salón, Sibyl lo miró, atónita por sus palabras. Como había dicho Thomas, allí había un hombre con planes de futuro. Construir una casa de piedra consumiría años de ingresos, incluso con lo que ahora obtenían de Eilington. Pero era más que eso.

Nuestra casa, había dicho. *Nuestra* bodega.

Con qué facilidad Godwin la había incluido en su propio camino, y de pronto el suyo se había convertido en el de ambos.

—¡He ganado! —gritó Leofric desde lo alto de su palafrén, en el centro del patio.

Levantó los brazos en señal de triunfo. Bajo una cota de malla de cuero cosida con acero, enviada recientemente por lord Coudray, el chico llevaba una gruesa túnica de lana y unas calzas igualmente abrigadas. En algún momento del último mes, se había olvidado de estar enfermo, y la capucha de su capa se le había caído durante la carrera. Si sus orejas y su nariz estaban rojas por el frío, sus ojos oscuros brillaban de alegría.

—No te lo tomes a pecho, muchacho —rió Godwin—. Te di casi media milla de ventaja.

Los mozos de cuadra salieron corriendo del establo, armados con pesadas correas y todo su valor. Witasse solo permitía a sus favoritos acercarse a su cabeza para sujetar las tiras de cuero, y su afecto podía ser voluble, salvo por el amor que sentía por su amo.

Con el brazo de Godwin para sostenerla, Sibyl se deslizó hasta el suelo y salió disparada fuera del alcance de las pezuñas de la

bestia. Mientras su marido desmontaba, el enorme corcel volvió la cabeza hacia el alto caballero con un relincho suplicante. Godwin se quitó los guantes de acero trenzado y acarició las orejas del caballo, susurrándole y hablándole a la enorme bestia como si fuera un bebé.

—Lo mimas más que a Roia —le señaló Sibyl mientras los mozos llevaban al animal a su prado.

Godwin se quitó el yelmo, echó hacia atrás la cofia de malla y se retiró luego la gorra de cuero que llevaba debajo.

—Sí —admitió, pasándose la mano por el pelo—, mi corazón está ocupado. Lamento que no hayas sido tú quien lo haya conquistado. Por desgracia, un caballo te ha usurpado mi afecto.

Sus ojos azules brillaron mientras sacudía la cabeza con fingida tristeza.

Sibyl habría querido gemir. ¿Por qué intentaba siempre medirse con él? Lo único que conseguía era alimentar su incesante necesidad de jugar. Le dedicó una mueca y entró en el salón.

En el patio, Godwin dijo:

—Vamos, Leofric. Ya que estamos vestidos para ello, vayamos al patio de prácticas.

Incluso desde el interior del salón, Sibyl oyó el gemido del chico.

—Milord, ya sabe lo malo que soy con la espada… —empezó Leofric, pero se contuvo—. Lo intentaré, milord.

Había una determinación sombría, aunque desesperada, en su voz. Sibyl negó con la cabeza ante aquel cambio constante. Leofric nunca había tenido la menor oportunidad frente a la persistencia de Godwin. Cada día se comportaba más como un chico respetable.

Capítulo 17

Sibyl se detuvo un instante para apartarse un mechón de pelo de la cara con el dorso de la mano y luego se enderezó. Una vez retirados los sacos de la esquina del sótano, había espacio suficiente para apilar los fardos de ramas de mimbre. Las cañas tendrían que secarse antes de poder almacenarlas.

Dio un paso atrás para ver lo que había conseguido. Detrás de los sacos sobresalía un estrecho trozo de madera oscura, cuyo color contrastaba con la pared encalada. Sibyl se abrió paso hasta la esquina recién vaciada para mirar mejor y soltó un grito de agradable sorpresa.

Atrapada entre los barriles y la pared estaba la ballesta de su padre, que antes guardaba en su despensa. Empujó los sacos lo justo para separarlos de la pared y empezar a sacar el arma, y algo más cayó al suelo con estrépito. Era su espada de entrenamiento, la

que su padre le había regalado cuando solo tenía ocho años. Él le había prometido que crecería lo suficiente para poder usarla, y así había sido.

Sibyl la contempló asombrada. ¿Cómo demonios habían acabado allí? Luego, al recordar el caos que reinaba en Lacy antes de su regreso, se preguntó por qué le sorprendía encontrarlas en aquel lugar. Nada estaba donde ella esperaba.

Cogió la espada. La empuñadura se ajustaba bien a su mano y el equilibrio de la hoja le resultaba familiar. Ella y su padre habían practicado esgrima de vez en cuando, y él se sentía orgulloso de la habilidad de su hija con el arma. Con el tiempo, él se había vuelto demasiado pesado y lento para suponerle un reto. Sonrió apenas al evocar aquellos recuerdos y dejó la espada junto a la escalera del sótano, luego regresó para sacar la ballesta.

Cuando por fin la liberó, pasó las manos por su longitud lustrosa, comprobando que las ataduras no estuvieran podridas. Se necesitaba un artesano experto para reparar un arco como aquel. Solo la cuerda estaba floja. Era un arco de dos pies, lo que significaba que un hombre debía apoyar ambos pies en el arco para

tensar la cuerda hasta el gatillo. Aunque su alcance era limitado, su precisión merecía respeto.

Sibyl solo había jugado con él el tiempo suficiente para aprender a disparar y dar en el blanco, y después lo había dejado a un lado. Con todas sus otras obligaciones, el tiempo que podía dedicar a las armas era reducido, y la espada siempre había sido su favorita. Con la espada en una mano y la ballesta en la otra, subió por la escalera con la intención de devolver ambas piezas a su despensa, donde debían estar.

El día se había vuelto inusualmente frío, y cada respiración le escocía en los pulmones. Mientras cruzaba el dominio, acercándose al patio de prácticas, oyó los quejidos de Leofric.

—Por favor, milord, ya ve que esto es inútil. Nunca seré capaz de golpear con una espada, y hace un frío terrible aquí fuera.

—Muchacho, no te quejes. Si te esfuerzas lo suficiente, entrarás en calor. Inténtalo de nuevo —replicó Godwin, con voz paciente y tranquila.

—Es inútil —murmuró Leofric otra vez.

—Acabas de empezar a aprender. No puedes esperar la perfección cuando apenas has comenzado. No más excusas. Vamos,

Leofric, levanta esa espada.

Sibyl se desvió hacia el patio para observar un momento. Los dos se hallaban en el centro de un cuadrado de tierra batida. Leofric llevaba ahora la capucha bien ajustada sobre las orejas. La capa, abrochada al cinturón, le envolvía las piernas, y tenía la nariz roja como un tomate. Sujetaba una espada corta de entrenamiento en una mano enguantada y un escudo redondo de cuero en la otra.

Armado con un arma y un escudo idénticos, Godwin iba descubierto de cabeza. Se había quitado la capa junto con su propia espada y su vaina. Con el grosor del gambesón acolchado y las pesadas calzas de lana que llevaba para proteger su piel de la cota metálica y de las medias, no era de extrañar que no sintiera el frío.

Su marido extendió la espada ante sí. Leofric entrecerró los ojos, concentrado, alzó la suya para dar un golpe lateral y la blandió. Godwin giró la muñeca para darle al chico un golpe adicional cuando las armas se encontraron. Hubo un pequeño choque de metal y Leofric cayó hacia atrás con un grito de consternación.

—Milord, tiembla en mi mano cuando golpeo su espada —se quejó Leofric—. ¿Cómo voy a sujetarla si salta y rebota en mi mano? Me duele.

—No, no puede hacerte daño si llevas guantes, idiota —repuso Godwin—. Además, esto es lo que quieres aprender. Debes encontrar el agarre que permita que la espada vibre a su antojo sin que pierdas el control. Vamos, chico. Inténtalo de nuevo.

Leofric se preparó una vez más para golpear. Cuando blandió la espada, Godwin levantó la suya lo justo para que el chico fallara.

—Se supone que debes golpear mi espada, no dar vueltas —lo reprendió con una risa—. Mantén los ojos abiertos.

—Los tenía abiertos. Movió la espada antes de que golpeara —jadeó Leofric, mientras su aliento se condensaba ante él—. Ahora manténgala quieta.

Golpeó. Una vez más, Godwin movió su espada solo un poco, de modo que el acero de Leofric chocó con un impacto que le hizo rechinar los dientes. El muchacho volvió a caer hacia atrás, sorprendido.

Sibyl sonrió.

—Qué vergüenza, milord —comentó—. Estás haciendo trampa.

Su marido se volvió hacia ella al instante, y los rasgos marcados de su rostro revelaron un sutil placer. Allí donde su mirada rozaba su piel, Sibyl sentía que se le encendía la cara. Gracias a

Dios, sus días estaban llenos de motivos para mantener la distancia con él.

—No sabía que nos estabas observando —rió Godwin—. ¿Qué llevas ahí?

Dejó sus armas y se acercó a ella con paso firme, la vista fija en la ballesta. Sibyl se maldijo en silencio. Era demasiado tarde para ocultarla, pero aún consiguió esconder rápidamente la espada de entrenamiento a la espalda. ¿Por qué se había detenido a mirar?

—Encontré este viejo arco en el sótano mientras hacía espacio para las ramas de sauce. Iba a guardarlo con el resto de las armas —mintió.

—Vaya, es muy bonito.

Godwin tomó la ballesta y probó el gatillo.

—Pertenecía a mi padre. Se la regaló el viejo rey. Me alegra que no se quemara en el incendio. Es bueno tener algo que lo recuerde —añadió Sibyl, dispuesta a sacrificar la ballesta con tal de quedarse con la espada.

—Sí, lo es —asintió él.

Se quitó un guante para pasar la mano por la madera del arco, luego alzó la culata a la altura de los ojos para comprobar la línea de puntería. Con la vista aún fija en la distancia, preguntó:

—¿Y qué historia se esconde detrás de la espada?

La pregunta la pilló desprevenida, pues no se había dado cuenta de que él la había visto.

—Ninguna que yo sepa —respondió con cautela.

—¿De verdad, señora? —arqueó una ceja—. Dado que la armería está en dirección opuesta a donde apuntan tus pies, tu respuesta me deja intrigado.

Sibyl se encogió de hombros, vencida, y luego se detuvo, sorprendida por su propia reacción. La idea de que Godwin se llevara su arma no le despertó ira.

—Es mía. Me la dio mi padre.

—Entonces ya no le das uso, ¿verdad? —replicó él, con un escepticismo burlón en la voz.

Solo cuando acabó de hablar bajó la ballesta y la miró. En su expresión no había nada que ella pudiera leer, salvo diversión.

—No es más que una vieja espada de entrenamiento. ¿Para qué le sirve algo así a una ama de casa dócil y apacible? —ironizó Sibyl.

—¿Dócil y apacible? —se burló Godwin—. ¿Cómo te atreves a llamarte así, cuando he visto los frutos de tu habilidad?

—Milord, tengo mucho frío —intervino Leofric, castañeteando los dientes—. ¿Ya hemos terminado?

Agradecida por la interrupción del muchacho, Sibyl trató de devolverle el favor.

—Deberías dejarlo entrar, milord. No tiene capacidad para generar calor y hoy hace un día helado.

—¿Por qué habríamos de dejarlo, cuando nos estamos divirtiendo tanto? —replicó Godwin.

Le pasó el brazo por los hombros al chico y Leofric tropezó bajo su peso.

—¿Divirtiéndonos? Solo tú podrías pensar que estar de pie bajo un viento helado, blandiendo una espada, es divertido —se mofó Sibyl—. El pobre Leofric está miserable. Déjalo ir a la cocina a tomar una taza de caldo caliente.

La perspectiva de comida siempre parecía conmover a Godwin.

Leofric miró a su señor con esperanza, alzando las finas cejas en muda súplica. El señor de Lacy lo miró a él y luego a Sibyl. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro y se encendió en sus ojos.

—Ya que intercedes por él, lo dejaré ir, pero solo si traes tu espada y vienes a entrenar conmigo.

—¿Qué? —exclamó Sibyl, incrédula—. Debes de estar loco para sugerir algo así. Tú eres un caballero y vas completamente armado, mientras que yo solo tengo lana para protegerme de tus golpes. Ni siquiera llevo guantes.

—¿Qué es esto? ¿Excusas? Eso se lo consiento a Leofric, pero no lo espero de ti. Como no llevas guantes, yo tampoco los llevaré. ¿Qué son unas cuantas ampollas entre amigos, eh?

Godwin se quitó el otro guante y tiró ambos a un lado, luego tomó su espada y el escudo de entrenamiento.

El viento agitó las faldas de Sibyl y le levantó el pañuelo de la cabeza. Aunque en su interior crecía el deseo de enfrentarse a Godwin espada contra espada, se dio cuenta de lo insensato que era. Lo único que podría ganar sería su disgusto y su desprecio.

—¿Por qué? —le preguntó.

Godwin se encogió de hombros.

—Me gustaría saber cómo acabaste con esos hombres —comentó.

No había nada en su tono que revelara otro motivo.

—Bueno, si eso es todo, es fácil de contar —replicó ella—. No fue más que buena suerte unida a mi fuerte deseo de vivir. Además, ellos no eran más que ladrones hambrientos, mientras que tú eres un caballero, completamente entrenado. No hay comparación posible.

—Puesto que me temes tanto, te prometo que solo me defenderé de ti, no te atacaré —añadió él, con diversión en la voz.

—¿Miedo de ti, grandullón? —sus palabras rezumaban desprecio—. No lo creo.

El recuerdo de lo fácil que le había resultado desarmarla tras la muerte de su padre resurgió con fuerza. Entonces estaba cegada por el humo y el dolor; de otro modo, no lo habría conseguido tan deprisa. Ahora, sin embargo, su espada parecía vibrar en su mano como si tuviera vida propia. La necesidad de medirse con él y demostrarle que no era tan torpe como pensaba le abrasaba los sentidos.

—Vamos, Sibyl —la incitó él, con voz grave y cargada de burlona provocación—. Demuéstrame lo que sabes. A menos que quieras que piense que eres incapaz. Ambos sabemos que eso no es cierto, ¿no?

Sibyl puso los ojos en blanco ante aquella ridícula provocación. Le vendría bien probar su destreza. Sí, podría cobrarse una pequeña venganza por todas sus burlas. Miró a Godwin: sus ojos estaban llenos de interés mientras hacía girar la espada ante él, en lo que ella supuso una invitación clara.

—Mi señora, por favor —suplicó Leofric—, haga lo que él pide. Estoy casi congelado por completo. ¿Por favor?

El chico se abrazó a sí mismo y tembló, con demasiada teatralidad para resultar creíble.

—Por ti, entonces, Leofric —accedió ella, tratando de ocultar la oleada de emoción que le producía la idea del combate tras un tono despreocupado.

Godwin sonrió ampliamente.

—Leofric, entrega tu escudo a lady Sibyl y ve a la cocina. Vuelve pronto, esto no es más que una pausa en tu lección.

Sibyl arqueó las cejas, casi ofendida. ¿De verdad creía que la derrotaría tan fácilmente? El deseo de demostrarle lo contrario creció hasta volverse casi irresistible.

Leofric dejó caer la espada sin pensarlo dos veces y le puso el escudo en la mano.

—Gracias, mi señora —dijo con fervor, y echó a correr hacia la cocina.

Sibyl esperó hasta que el muchacho desapareció de su vista. Entonces se aflojó la capa y la dejó a un lado. Se sujetó los dobladillos de la falda por ambos lados y se los metió por el cinturón.

—¡Tramposa! La visión de tus piernas desnudas me distraerá —se rió su marido.

—¿Eso significa que cambiarás de opinión sobre este combate? —replicó ella—. Tiene que ser así, porque no puedo luchar contigo si mis faldas se enredan alrededor de mis tobillos.

—Soportaré la distracción —aseguró él, llevándose una mano al corazón de forma exagerada—. Vamos.

Sibyl avanzó con paso firme hasta situarse frente a él. Cuando se detuvo, Godwin levantó la espada.

—¿Lista? —preguntó.

Como única respuesta, ella alzó la espada rápidamente desde las caderas. Si él hubiera tardado un solo segundo en reaccionar, el filo romo habría chocado contra sus costillas. Godwin abrió mucho los ojos, admirado, y luego sonrió mientras giraba la espada con aparente indiferencia. Aquel mínimo movimiento bastó para desequilibrarla, pero incluso antes de recuperar la estabilidad ya estaba lanzando otro ataque.

Sus espadas se cruzaron una y otra vez en un rápido *staccato*. Tal como había prometido, él se mantenía a la defensiva, limitándose a desviar sus golpes. El hecho de que anticipara con tanta facilidad sus movimientos hablaba tanto de su propia pericia como de la falta de práctica de ella. Al cabo de unos instantes, los músculos de Sibyl comenzaron a calentarse y sus movimientos se hicieron más fluidos. De pronto, su cuerpo recordó lo que le habían enseñado durante años.

Ahora era Godwin quien se veía obligado a esforzarse para bloquear sus ataques. Cargado con la pesada armadura, había perdido en velocidad y agilidad, mientras que ella se movía ligera. Sibyl lo acorraló con cuatro golpes ascendentes, empleando toda su

fuerza y obligándolo a retroceder paso a paso. A través de la concentración, alcanzó a observar a su marido: su sonrisa no desaparecía, aunque el sudor perlaba su frente. Cuando él captó su mirada, levantó las cejas para animarla; ella le devolvió una sonrisa amplia, lanzó un ataque por encima de la cabeza y luego aprovechó su respuesta previsible para girar. Se volvió sobre sí misma, bajando la espada, y a continuación se abalanzó sobre él en un amplio arco.

Godwin tropezó hacia atrás; había esquivado el golpe por un margen mínimo.

—Jesús —exclamó, sorprendido—. Acabo de ver pasar mi vida ante mis ojos.

Ella abrió la boca para replicar, pero él ya había abandonado la defensa y se lanzaba hacia ella con la espada alzada para descargar un golpe descendente. Armado con toda la fuerza de sus hombros, aquel era el único ataque contra el que ella no tenía defensa. Sibyl se agachó, rodó hacia un lado y saltó fuera de su alcance justo cuando la espada de su marido hendía el aire.

—Los hombres grandes son tan lentos —resopló, molesta, con las manos en las caderas.

Godwin soltó una carcajada y tiró las armas a un lado.

—¿Soy lento? —gritó, echando a correr hacia ella.

—No, estamos luchando —protestó Sibyl, retrocediendo con rapidez ante su avance constante—. ¿Quién está haciendo trampa ahora? No puedo golpear a un hombre desarmado. ¡Atrás!

Él la atrapó y la estrechó contra su pecho. La espada y el escudo se le escaparon de las manos y cayeron al suelo con estrépito cuando Godwin la alzó del suelo y dio una vuelta salvaje con ella en brazos.

—Eres una mujer increíble —clamó, exultante—. Y yo que pensaba que solo estabas medio entrenada. Nada más lejos de la realidad. ¡Te tendré a ti, y solo a ti, como compañera de entrenamiento durante el resto de mis días!

—Estás loco, completamente loco —protestó Sibyl entre risas —. Déjame en el suelo antes de que tu cota de malla me corte en pedazos.

—No hasta que me digas por qué sostienes tu espada tan baja.

—Necio —lo insultó con un desprecio divertido, entrelazando las manos detrás de su cuello para mantenerse firme—. Mírate a ti mismo y luego mírame a mí. Tú tienes toda la fuerza en los hombros

y la espalda; yo solo tengo mis caderas. Es mi única fuente de poder, y fue lo primero que aprendí de mi padre.

—Te estoy mirando —dijo él, de pronto serio.

Sus ojos azules se volvieron intensos y la risa desapareció de su rostro.

—Me sorprende lo que veo. ¿Cómo es posible que tenga la suerte de estar casado contigo?

Sibyl respiró con rapidez, porque aquella magia que empezaba a reconocer regresó con más fuerza que unas semanas antes. Buscó desesperadamente alguna defensa.

—¿Afortunado por estar atado a la giganta de Lacy, con su pelo corto? ¿La misma amazona fea que se viste como un hombre y empuña una espada? —escupió.

Su pulso se estabilizó un poco al pronunciar aquellas palabras.

Godwin alzó las cejas, incrédulo.

—Para mí no eres una gigante —respondió en voz baja—, ni tampoco una amazona. Seguramente se lo oíste decir a algún hombre envidioso que carece de la fuerza que tú tienes. En cuanto a lo de fea, desde luego que no lo eres. Tus ojos son más hermosos

que los de cualquier mujer que haya visto jamás, y tu cabello rebosa de una vida maravillosa. Me siento tan tentado por tu figura que me ahogo en mi deseo por ti.

Con esas palabras la devolvió al suelo, pero no soltó el brazo con el que la rodeaba por la espalda. Sibyl se encontró fuertemente apretada contra él. Soltó su cuello y dejó que las manos descansaran sobre su pecho. La sobrevesta se sentía suave bajo sus dedos. Aunque sabía que no debía hacerlo, alzó la mirada hacia su rostro. No había rastro de risa en sus ojos azules, solo deseo.

Por ella.

Lo vio en la suavidad de su boca y en la línea tensa de la mandíbula. Sibyl negó con la cabeza, incapaz de creerlo. Ningún hombre la deseaba.

—Ahora sé que estás loco, realmente loco —susurró.

Había querido que sonara como una réplica dura, pero salió de sus labios como un aliento entrecortado.

—Debes dejarme ir.

La brisa helada la envolvió, colándose bajo sus faldas y enfriando la piel desnuda de sus piernas. Como ya había ocurrido en los escalones de la iglesia, el abrazo de Godwin se hizo más fuerte y

la obligó a ponerse de puntillas. Aun así, lo miró a los ojos. Él la deseaba, solo a ella. Su expresión lo proclamaba. La encontraba hermosa.

Sibyl jadeó ante la maravillosa presión que le llenó el corazón. Cerró los ojos cuando él inclinó la cabeza y buscó su boca.

Su unión fue cálida y suave, no más intensa que el beso sin pasión que se intercambia en las ceremonias formales. Sin embargo, en lo más profundo de su ser algo empezó a latir. Su boca se aferró a la de él y sus manos se deslizaron por la sobrevesta para enlazarse detrás de su cuello. Cuando los labios de Godwin se movieron apenas sobre los suyos, se le cortó la respiración. Suspira, se dijo, y dejó escapar el aire atrapado en un suspiro tembloroso.

Sintió un pequeño tirón cuando él le quitó el pañuelo de la cabeza y luego la soltó. Sus manos se posaron a ambos lados de su rostro; sus dedos se enredaron en su cabello y sus palmas callosas le rozaron las mejillas. Sibyl se echó hacia atrás sobre los talones, permitiéndole abrazarla mientras él tomaba su boca en besos ligeros, provocándola y burlándose de ella hasta que su sangre estuvo a punto de arder.

En su interior creció una necesidad terrible y acuciante de apoderarse de su boca y no soltarla. Sus brazos se tensaron alrededor de su cuello y se apretó con fuerza contra él, ignorando el mordisco de la cota de malla. Cuando su boca encontró la de Godwin, lo hizo con la exigencia de que dejara de jugar y la besara de verdad.

Él jadeó contra sus labios. Una mano se deslizó hasta la nuca de ella, mientras el otro brazo la inmovilizaba en un abrazo inquebrantable. Su boca recorrió la de Sibyl, transmitiéndole una necesidad tan profunda que la mareó. Su propia respuesta le rugió en las venas, abrasadora de calor y deseo. Apartó los labios de los de él para besarle la línea de la mandíbula y luego mordisquearle el lóbulo de la oreja. El estremecimiento de Godwin fue seguido de un gemido grave que sonó casi como un grito de dolor.

Ahora fue Sibyl quien jadeó. Estaba sorprendida por lo que hacía, pero era incapaz de detenerse. Las sensaciones que despertaban entre ambos la incitaban tanto que no podía resistirse. Sus labios descendieron hasta su garganta; sus dedos se enredaron en el cabello de él, obligándolo a inclinar la cabeza para poder saborearle la boca de nuevo. El caballero gimió suavemente y deslizó una mano entre los dos para acariciar su pecho. Cuando una oleada

de sensaciones explosivas la recorrió, Sibyl se arqueó de placer y sorpresa.

De pronto, la mano desapareció y los brazos de Godwin se cerraron de nuevo en torno a ella. La estrechó con fuerza, apoyando la frente contra la suya.

—Dios mío, esto es una dulce tortura —susurró—. Si no tienes intención de acostarte conmigo, debes detenerte.

Sibyl frunció el ceño, decepcionada. No quería detenerse, no cuando cada caricia avivaba lo que ahora ardía dentro de ella.

—Pero yo… —empezó, sin encontrar más palabras.

Godwin la soltó y le tomó las manos entre las suyas. Cuando dio un paso atrás, Sibyl dejó escapar un pequeño sonido de desolación. Con todo su corazón, deseaba volver a sentir sus brazos rodeándola. Él cerró los ojos y besó la palma de su mano.

Las rodillas de Sibyl temblaron en respuesta. Inspiró hondo para intentar calmarse. ¿Qué clase de magia le había hecho? De nuevo, la necesidad afloró en su interior, pero Godwin siguió retirándose hasta colocarse justo fuera de su alcance. Sus brazos cayeron a los costados, aunque sus manos parecían seguir suplicando su tacto.

—¿Te acostarás conmigo? —preguntó él al fin, con voz ronca y profunda.

Sibyl se estremeció cuando el viento frío se llevó el calor que habían creado sus cuerpos. El hielo en sus dedos disipó las sensaciones embriagadoras de su mente y la devolvió a la cordura. Se sentía helada y sola, pero otra vez dueña de sí misma.

Lo miró fijamente, dejando que su mirada recorriera el contorno de los pómulos finos, la forma en que el viento agitaba el cabello dorado contra ellos, la línea firme de la mandíbula y la suave curva de la boca. Sus ojos, de un azul oscuro, reflejaban el deseo que sentía por ella.

Oh, pero era un hombre hermoso. No solo eso: se consideraba afortunado por tenerla. A Godwin no le desagradaba lo que ella sabía hacer. No, la quería como compañera de entrenamiento.

Desde lo más hondo de su memoria regresó la imagen de él de pie ante su padre. Volvió a ver el arco de la gran espada al girar y clavarse en el cuello de aquel hombre. El corazón de Sibyl se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No es justo —susurró, rota—. ¿Por qué el único hombre que me valora por lo que soy es también el hombre que acabó con la

vida de mi padre?

Godwin giró la cabeza a un lado.

—Maldita sea —murmuró—. Ya estaba casi muerto. ¿Por qué tuve que golpearlo? Pensé que solo era para darle una muerte más rápida que la hoguera.

Sibyl ahogó un gemido. Sin pensar en lo que hacía, se acercó a él y presionó su boca con los dedos temblorosos.

—No puedo permitir que te culpes a ti mismo.

Retiró la mano, horrorizada por sus propias palabras.

—¿Qué me está pasando? —exclamó, destrozada por la confusión.

Y, dicho eso, se dio la vuelta y echó a correr, sin preocuparse de adónde la llevaban los pies.

Capítulo 18

Godwin se despertó a la mañana siguiente con dolor de cabeza.

No había visto a Sibyl desde que ella había huido de él el día anterior. Sabía que había ido a ver al sacerdote, acompañada por Walter. También sabía que había trabajado en la cocina durante un tiempo. Estaba dentro de los muros de Lacy cuando se cerraron las puertas al anochecer.

Durante el último mes, cada vez que él había logrado romper mínimamente sus defensas, ella se retiraba. Se escondía de él en sus horas de trabajo, en sus visitas a los aldeanos, en el cuidado que prodigaba a los sirvientes y a los hombres de Lacy. Se había preguntado hasta dónde podría llegar aquella resistencia. Ahora lo sabía. No había acudido a dormir con él la noche anterior.

Cerró los ojos y recordó la profunda confusión en sus extraordinarios ojos. Ella no esperaba perdonarlo por la muerte de su padre. Aquello había surgido directamente de su corazón, antes incluso de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Él había derribado su última defensa y dejado sus muros en ruinas.

Se acercó al borde de la cama, apartó las cortinas y se incorporó. La estancia, más allá de la tela, estaba llena de una luz lúgubre, y el ambiente era tan gélido como el del día anterior. Leofric se había escondido por completo bajo las muchas capas de mantas. Roia yacía acurrucada junto a él. La perra aguzó las orejas al notar los movimientos de su amo, pero no se movió de su sitio.

—Debería sentirme ofendido por tu afecto voluble —murmuró Godwin—. Creo que te gusta más ese chico que yo.

Su voz bastó para que la perra se levantara, estirándose y gimiendo, y luego apoyara la cabeza en su regazo con ojos suplicantes. Él le rascó las orejas y le dio unos buenos golpecitos en los costados. Cuando retiró las manos, Roia volvió a acurrucarse junto a Leofric.

Godwin esbozó una sonrisa irónica.

Supongo que no puedo quejarme, ya que yo también he entregado mi corazón a otra persona, pensó.

Cogió su ropa. Quizá era bueno que Sibyl no hubiera acudido a él la noche anterior. María, cómo se devoraba a sí mismo de puro deseo. El roce de su boca en su cuello, la forma ardiente en que lo besaba… todo eso había llevado su ansia casi más allá de su control.

Después de ponerse las calzas y la camisa, se calzó las botas. De pie junto a la cama, con las ligas en la mano, miró sus propias piernas. Sibyl había asumido la tarea de atarle las ligas cruzadas. ¿Y si decidía no compartir más su habitación?

Godwin negó con la cabeza. Si ella pensaba abandonar su cama, la arrastraría, pataleando y gritando, de vuelta a esa estancia. No permitiría que se le escapara ahora.

Ese pensamiento lo hizo sentarse de nuevo. En un mes no había avanzado gran cosa. Al contrario, habían regresado al punto de partida. Una vez más, se encontraba contemplando la posibilidad de obligarla a ir adonde ella no quería ir. Esta vez no tenía la paciencia para empezar el proceso de nuevo. Quería a su esposa.

¿Y si la forzaba y eso la alejaba de él para siempre? Godwin gimió y se dejó caer sobre el colchón, mirando la tela que se

extendía sobre su cabeza y formaba el techo de la cama. Lo que sentía por Sibyl era más que deseo. Le gustaba. Ella lo hacía reír. Si llegaba a odiarlo, su vida sería insoportablemente solitaria.

Se obligó a incorporarse, con la espalda aún encorvada por el dolor.

—Leofric —llamó en voz alta, con cansancio—. Es hora de empezar el día.

El chico gimió y se estiró bajo las mantas.

—Hoy toca cerveza —soltó entre bostezos—. No puedo esperar. Lady Sibyl dijo que preparó mi plato favorito, una compota de frutas con peras guisadas.

Godwin sonrió. Durante el último mes, Leofric había descubierto por fin el apetito propio de un niño, aunque aún no tenía la audacia de un muchacho.

—Sí. Y como a partir del mediodía estaremos ocupados con el festín, no tiene sentido intentar hacer nada más. ¿Por qué no vamos a cazar un poco? A Roia le gustaría correr.

No era el perro el que necesitaba correr, sino él mismo. No soportaba la idea de encontrarse con Sibyl en algún lugar dentro de esos muros y descubrir en sus ojos el rechazo que tanto temía.

Leofric se incorporó, sorprendido.

—¿Me llevaría a cazar?

—¿Hay alguna razón por la que no deba hacerlo? —replicó Godwin, inclinándose para atarse una liga alrededor de la pierna.

—Mi padre decía que era un inútil para la caza —respondió el chico con voz tranquila y humilde.

Eso hizo que Godwin se enderezara de golpe. Así que no era solo la madre quien había influido en él; tanto el padre como la madre habían contribuido a destruir el espíritu de su hijo.

—Bueno, muchacho, yo aún no te he encontrado inútil —repuso—. Quizá sin entrenamiento, pero difícilmente inútil. No creo que vayas a decepcionarme a estas alturas.

Se esforzó por mantener un tono natural.

—No, milord, no lo haré —contestó Leofric, firme.

Godwin se inclinó de nuevo, no solo para atarse la otra bota, sino también para ocultar la sonrisa que le asomaba a los labios. Aunque él y Leofric regresaran con las manos vacías, el simple hecho de haber salido de caza ayudaría al chico a recuperar un poco de lo que le habían arrebatado.

El día, pensó, no sería una pérdida total.



Al mediodía, Godwin ocupó su lugar en la mesa alta justo cuando los últimos aldeanos llenaban apresuradamente el salón. Pronto, él y Sibyl estarían atrapados allí, uno junto al otro, hasta bien entrada la noche. De algún modo, encontraría la manera de arreglar las cosas entre ellos.

Echó un vistazo a su gente. Todos vestían sus mejores galas: túnicas y vestidos teñidos en vivos tonos de verde, azul y rojo. Los aldeanos no solo habían traído sus propias copas y panes, sino que muchos llevaban consigo sus taburetes o bancos. Había necesitado casi toda la madera de Lacy para fabricar mesas para todos, lo que había dejado el salón sin asientos suficientes.

Godwin frunció el ceño. Aún no había señales de su esposa. Según sus hombres, ella y Walter habían partido temprano aquella mañana, pero nadie sabía adónde habían ido.

El señor de Lacy se inclinó hacia un lado para dejar espacio a Leofric, que colocó un cuenco de agua sobre la mesa, y luego

extendió las manos sobre él. Godwin intentó no mirarlo, pero ya era demasiado tarde. El muchacho había conseguido salpicar agua sobre la parte delantera de su túnica azul pálido. Mientras inclinaba la jarra, la punta de su lengua asomaba por la comisura de la boca, y una arruga de concentración se formaba entre sus cejas. Lentamente, con todo el cuidado del mundo, dejó caer el agua sobre los dedos de su señor y en el cuenco, antes de ofrecerle una toalla.

Godwin bajó la vista al suelo, conteniendo una sonrisa. Era cada vez peor. Vestido con calzas rojas, el chico parecía un espantapájaros pintado de vivos colores. Se aclaró la garganta y recuperó la compostura.

—Bien hecho, Leofric —dijo a su escudero.

—Es mi deber servir —respondió el niño con formalidad, aunque la sonrisa que se le escapó enseguida delató su alivio. Godwin sabía que su alegría nacía del simple hecho de no haberle derramado el agua encima, como temía.

Leofric podía sentirse satisfecho por ahora, pero Godwin intuía que aquella comida sería larga. Miró con cierto pesar su única túnica formal: un traje escarlata adornado con rombos azules. Desde su

cinturón, la gema del mango de su mejor daga brillaba débilmente. Sí, tenía el porte de un señor… pero ¿por cuánto tiempo?

Cuando volvió la vista a la sala, el cocinero se hallaba ante él, intentando nerviosamente captar su atención.

—¿Sí? —preguntó Godwin, para animarlo a hablar.

El hombre frunció el ceño, esforzándose por expresarse.

—Lady Sibyl… —balbuceó, y luego emitió un sonido frustrado antes de tirar del brazo del alguacil, que se abría paso entre los aldeanos hasta el extremo de la mesa.

Thomas lucía más elegante de lo habitual, con el cabello castaño rojizo cuidadosamente peinado y una túnica azul brillante sobre calzas marrones. Tras un breve intercambio en inglés, el alguacil se volvió hacia su señor.

—Seger está aquí, mi lord —informó—, y dice que la comida está lista para servir. Pero su esposa ha ido al pueblo a atender a Alice atte Green, que está dando a luz. Lady Sibyl envía sus disculpas y pide que comencéis sin ella. Regresará tan pronto como nazca el niño.

Godwin asintió, ocultando su reacción. No solo su esposa lo había dejado solo, sino que con su partida lo había dejado

indefenso. Aquella celebración era una tradición de los Lacy, y además había sido idea suya. Él no tenía la menor idea del protocolo que debía seguir en una ocasión semejante.

Thomas sacó un banco y se sentó a su derecha, dejando vacío el lugar reservado para Sibyl. En la mesa principal se sentaban también Ralph de Wood —ese pomposo terrateniente dueño de casi tantas tierras como Lacy— y su esposa, una mujer de carácter ardiente, ubicados a la izquierda de Godwin, entre él y el padre Reynard, que ocupaba el extremo opuesto.

Cuando Godwin tomó su copa, una de las muchachas del pueblo se apresuró a llenarla de cerveza. Era una joven bonita, de mejillas sonrosadas y ojos vivaces. Él le sonrió; ella soltó una risita y le lanzó una mirada coqueta por encima del hombro, con un toque de invitación. Godwin arqueó las cejas y recibió a cambio una sonrisa traviesa. Cuando la chica se alejó, sus caderas se balancearon con una cadencia claramente intencionada bajo el vestido.

Bueno —pensó—, si su esposa no lo quería, había otras mujeres que sí.

Pero no las quería. Quería a Sibyl.

—Hay otras manos capaces de atender un parto, —murmuró contra el borde de su copa antes de beber—. Sibyl no debería haberme abandonado.

—Ah, pero tu señora es testaruda y solo confía en sí misma para hacer lo que debe hacerse —intervino Thomas con un suspiro —. Es uno de sus defectos.

Godwin lo miró con fijeza. Con el estruendo de la sala, apenas se oían entre sí, y no estaba seguro de querer compartir sus tribulaciones matrimoniales con un plebeyo.

El alguacil ladeó la cabeza y suspiró con resignación.

—Su esposa aprendió eso de mi Agnes. Mi Aggie no solo amamantó a Lady Sibyl, sino que fue a los pies de mi mujer donde la suya aprendió sus habilidades curativas. Sí, mi lord, sé muy bien cómo se siente. No sabría decirle cuántas veces mi Aggie me dio la espalda y desobedeció mis órdenes por ayudar a otros. Las mujeres —añadió encogiéndose de hombros, con un brillo divertido en los ojos—, ¿qué se le va a hacer?

—Ojalá lo supiera —murmuró Godwin. Aun así, le consolaba saber que Sibyl habría acudido a la mujer del pueblo tanto si huía de él como si no.

—Thomas —dijo tras un instante—, no tengo experiencia en este tipo de reuniones. ¿Qué se espera de mí?

El alguacil inclinó la cabeza con gesto pensativo.

—Somos gente sencilla, mi lord. Primero, pedid al padre que bendiga la comida; luego, decid unas palabras de bienvenida y hablad de la cosecha pasada. Yo traduciré. Después, comeremos. Y cuando terminemos, comenzará la bebida en serio. El objetivo de la noche —añadió con media sonrisa— es ver quién puede beber más cerveza sin enfermarse ni quedarse dormido.

Luego se inclinó un poco más y susurró:

—El muchacho debería sentarse a comer, en lugar de serviros, mi lord. No hay necesidad de que os manchéis con la comida, como ya lo hizo él con el agua.

Godwin lo observó un momento, sin saber si sentirse insultado o agradecido por tanta franqueza. Optó por lo segundo, pues aquello le hacía la vida mucho más cómoda.

—Cada vez me gusta más este lugar, Thomas —respondió con una sonrisa—. Y pensar que creí que tendría que comportarme como un ejemplo de solemnidad.

Girándose hacia la izquierda, se inclinó para hablar con el sacerdote.

—Padre, parece que todos están sentados. Cuando desee dar la bendición, puede hacerlo. Estoy listo para comer.

Y comieron.

Por disposición de Sibyl, sirvieron carne asada de res y cordero, los últimos gansos cebados con rastrojos y palomas del palomar, guisadas con cebollas. Había tencas y anguilas del estanque del molino, además de dos tipos de compota: una mezcla variada y otra de peras guisadas, pensada para Leofric.

Tal como había advertido Thomas, la bebida se convirtió pronto en una competición. Tras cuatro horas de banquete, Godwin estaba dispuesto a ceder la victoria a Ralph de Wood. El hombre debía de tener una pierna hueca: mientras el alguacil luchaba por mantenerse despierto, la única señal del exceso en Ralph era su creciente jovialidad.

Godwin miró más allá de Ralph, compadeciendo al sacerdote que soportaba las burdas carcajadas del granjero. Pero donde antes estaba el padre Reynard, ahora solo quedaba un banco vacío. Alzó las cejas, sorprendido; no lo había visto marcharse.

Con los restos de la comida apartados para su distribución entre los más pobres, las demás mesas fueron retiradas y colocadas contra las paredes. Los aldeanos que poseían instrumentos los habían traído: tambores que retumbaban, gaitas que gemían, arcos que chirriaban sobre las cuerdas. Los bailarines giraban en círculos, con faldas que volaban y pies ágiles; los que aún estaban sentados marcaban el compás golpeando el suelo.

El aire, denso y cálido, se llenó de risas, música y cerveza. En el corazón de Lacy, la noche del festín apenas comenzaba.

Godwin buscó a Leofric con la mirada. Con Roia encerrada en los establos durante la noche, el chico estaba sin compañía. Se había acercado a un grupo de muchachos del pueblo y observaba tímidamente por encima de sus hombros mientras ellos lanzaban los dados y apostaban por esos extraños tesoros que tanto valor tenían a esa edad.

Al apartar la vista, Godwin captó un movimiento en el rincón más alejado del salón: una pareja hacía exactamente lo que él deseaba poder hacer con su esposa. Lleno de celos, volvió la atención al centro de la sala justo cuando la puerta se abrió y se cerró. Era Walter.

Godwin frunció el ceño. Si él estaba allí, ¿dónde estaba Sibyl? Empezó a levantar la mano para llamarlo, pero el soldado ya se abría paso a empujones entre la multitud hacia la mesa alta. Los movimientos frenéticos del hombre hicieron que Godwin se pusiera en pie. Se tambaleó y se dio cuenta de que estaba algo más mareado por la bebida de lo que creía.

—¿Qué pasa? —gritó.

Walter negaba con la cabeza, con el rostro surcado por líneas de preocupación.

—He venido corriendo para avisaros. Ha salido mal, y algo le pasa a nuestra señora, algo terrible. Se ha rasgado la ropa y luego se ha quedado en blanco. Venid, mi señor, venid conmigo.

Antes de que Godwin pudiera moverse, se oyó un grito agudo junto a la puerta del granero. Los que estaban cerca se apartaron de la abertura a toda prisa. Era como ver una ola avanzando: la gente rodaba y se separaba, tropezando y gritando, apretándose contra las paredes. Un taburete se hizo añicos contra el suelo de tierra batida. La música se interrumpió con un chirrido y los bailarines retrocedieron, dejando a su señora un amplio espacio por el que pasar.

Sibyl apareció en el claro abierto en el centro del salón y se quedó mirando fijamente el fuego. No llevaba manto ni pañuelo en la cabeza; sus faldas estaban manchadas de sangre y cubiertas de paja. El vestido se le había rasgado desde el escote hasta casi la cintura. Pero lo que más inquietó a Godwin fue la palidez y rigidez de su rostro. Estaba ausente, escondida en lo más hondo de sí misma.

Cuando él se volvió para acercarse, el alguacil le sujetó el brazo.

—Te atacará si la tocas —le advirtió Thomas, esforzándose por vocalizar con claridad mientras se balanceaba en su banco—. Es mortal, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —replicó Godwin, apartando la mano del hombre.

Comenzó a abrirse camino entre la gente que se agolpaba tras la mesa alta, sin apartar los ojos de Sibyl. Ella giró lentamente, observando a su alrededor con una mirada vacía, y se dirigió hacia la mesa aún cargada de comida. Godwin supo sin lugar a dudas que iba a volcarla.

—Apartaos —ordenó, pero la multitud de aldeanos le cortaba el paso.

Se liberó a codazos y se apresuró hacia ella justo cuando Sibyl aferraba el borde de la mesa.

—Detente ahora mismo, Sybil —bramó Godwin desde detrás de ella, poniendo las manos con suavidad en sus brazos, preparado para sujetarla si no obedecía.

La mesa volvió a caer sobre sus soportes. Los guisos chapotearon en las fuentes y las bandejas traquetearon. Sibyl se volvió tan deprisa que Godwin dio un paso atrás por puro reflejo, perdiendo el control de sus brazos. Un jadeo recorrió la sala al unísono.

Ella le lanzó un puñetazo, pero él atrapó su mano. Alzó la otra, y también se la sujetó. Godwin fue bajando sus brazos hasta pegarlos a los costados. Con las manos inmovilizadas, la vacuidad de sus ojos se quebró lo justo para dejarle ver el dolor que se ocultaba detrás.

—Ah, Sybil… ¿te duele tanto?

Ella inspiró hondo, con un temblor. Su rostro seguía pálido, pero su Sibyl había regresado. Godwin le soltó las manos. Su esposa mantuvo la mirada fija en él; ahora sus ojos eran de un verde intenso. Él apartó un mechón de su cabello con los dedos y luego le

acarició las sienes con los pulgares. Sibyl apoyó la cabeza en una de sus palmas.

—Derrama tu dolor sobre mí, mi amor —le pidió en voz baja—. Yo llevaré lo que tú no puedas soportar.

Ella parpadeó. Sus labios temblaron cuando habló:

—Godwin…

Fue un susurro apenas audible. Dio un paso hacia él y apoyó la frente en su cuello, rodeándole la cintura con los brazos.

Godwin la estrechó contra su pecho.

—Necesitas dormir. Déjame llevarte a la cama.

Cuando ella asintió, él se inclinó, la tomó por debajo de las rodillas y la alzó en brazos. Avanzó hacia la puerta, y la gente, en silencio, se abrió para dejarle paso.

En el umbral, se volvió y gritó hacia el interior del salón:

—Por favor, continuad con la celebración sin mí.

—Así lo haremos, mi señor —respondió la voz del alguacil, resonando en las vigas, seguida de un fuerte hipo, un eructo y un golpe sordo. Ralph de Wood prorrumpió en un grito triunfal.

Con Sibyl inmóvil y blanda entre sus brazos, Godwin sonrió de lado y cruzó el patio. El mismo viento helado que susurraba y suspiraba a su alrededor había logrado, por fin, alejar las nubes. Con el solsticio de invierno tan cerca, el sol ya se hundía en el suave seno de las colinas onduladas de Lacy, tiñendo el cielo de grises y púrpuras. La brisa gélida se enredó en los rizos de Sibyl, haciéndolos danzar alrededor de sus mejillas.

Godwin la giró un poco entre sus brazos, tratando de resguardarla del frío, y luego se preguntó por qué se molestaba. Su habitación estaría igual de helada. Además de ser demasiado pequeña, carecía de tiro para un brasero; no tendrían chimenea hasta que se construyera el nuevo salón. Si aquellos últimos días eran indicio del temperamento del invierno que se avecinaba, pronto se verían obligados a retirarse al salón y encender el hogar.

Subió las escaleras y forcejeó con el pestillo hasta que consiguió abrir la puerta. El movimiento pareció arrancar a Sibyl del lugar donde se refugió. Emitió un pequeño sonido, como si despertara de un sueño pesado.

La bajó hasta sentarla en el colchón a los pies de la cama y retiró las sábanas. Se sentó a su lado y la atrajo hacia sí en busca de

calor. Ahora debía convencerla de que soltase aquello que la corroía por dentro. Cuando lo hiciera, la acostaría.

Permaneció en silencio un momento, contemplando la pequeña habitación mientras esperaba que ella hablara. El crepúsculo acababa de comenzar, pero el interior ya estaba gris y oscuro. Las sombras acentuaban las piedras irregulares de las paredes y apagaban los vivos colores de las cortinas de la cama, que adquirían un tono apagado, casi de peltre. Aunque las ventanas estaban cerradas, una ligera corriente de aire se colaba por las rendijas, lo bastante fuerte para mover, apenas, las cortinas sobre el suelo de madera. Aun así, Sibyl no decía nada.

Godwin le levantó la barbilla con un dedo y le inclinó la cabeza para poder verla mejor. Seguía resultándole difícil reconciliar a aquella muchacha hermosa con la furia desatada que lo había atacado en la abadía. Ella lo miraba fijamente.

La expresión vacía de su rostro delataba la lucha por dominar lo que fuera que le hacía tanto daño. Él le rozó la curva suave de la mejilla con el pulgar.

—¿Me dirás qué ha pasado?

Sibyl negó con la cabeza, pero rodeó su cintura con los brazos y apoyó la frente en su hombro. Él comenzó a mecerla despacio. Cuando ella se movió, fue para rozarle el cuello con los labios.

Él se sobresaltó.

Ella deslizó la boca desde la base de su cuello hasta justo debajo de la oreja.

Godwin se estremeció.

—No, Sybil. Lo que necesitas son lágrimas, no esto —murmuró.

Su mano subió por la espalda de ella hasta la nuca, y sus dedos jugaron distraídamente con su cabello.

—No puedo —susurró Sibyl, en un grito ahogado—. Hazme sentir lo que solo tú puedes hacerme sentir.

Godwin contuvo el aliento y apretó la mandíbula contra su propio deseo.

La soltó y se apartó un poco. La mano de ella se posó en su muslo. Incluso a través de la tela, su piel ardió donde la tocaba.

—No. No sabes lo que me estás pidiendo.

Ella solo deslizó los dedos por el grueso y suave tejido de su túnica hasta apoyar la mano sobre la parte de él que más la

deseaba. Godwin gimió y le agarró la mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—No —repitió, sacudiendo la cabeza.

Dios mío, cuánto deseaba hundir los dedos en su cabello y llevar su boca a la suya.

Su mano libre se elevó hasta su rostro. Sibyl siguió la línea de su ceja, dejando tras de sí un rastro de calor, y descendió por su mejilla. Él dejó escapar un suspiro. No tenía fuerzas para detenerla.

—Basta —susurró contra la mano de ella cuando el dedo delineó sus labios.

Sibyl volvió a negar con la cabeza, rechazando la orden, y se inclinó hacia él para posar la boca sobre la suya. Lo besó tal como él la había besado el día anterior: provocándolo, rozándole los labios con pequeñas caricias de piel contra piel. Godwin la sujetó por la cintura e intentó apartarla. En vez de eso, mientras ella luchaba por subir las rodillas a la cama, él la ayudó. En lo más hondo de su cuerpo, el deseo comenzó a despertar. Le temblaban las manos.

Ella se arrodilló sobre el colchón, apoyando las manos en su pecho. Le bastó un suave empujón para obligarlo a recostarse contra los cojines. Con las manos aún aferradas a su cintura, él la atrajo

hacia sí. Ella quedó medio tumbada encima, con una pierna entre las de él. Su cuerpo reaccionó al imaginar cómo sería si no hubiera tantas capas de tela separándolos.

Aun así, su boca continuaba jugando con la de él. La necesidad que sentía por ella le dolía tanto que apenas podía respirar. Godwin se obligó a mantener las manos en su cintura, justo cuando una de ellas se deslizaba hacia la curva de su cadera y sus dedos se hundían en la calidez de su piel.

Ella le mordisqueó suavemente el labio inferior.

—Jesús —susurró él contra su boca—. Te arrepentirás de esto, Sybil.

—Te necesito —murmuró ella, besándole la oreja. Cada palabra era un tormento, y su columna pareció licuarse.

Cuando Sibyl tocó con la lengua el hueco de su oreja, Godwin se rindió. Sus manos bajaron hasta su cinturón, los dedos temblorosos mientras intentaba desabrochar la hebilla. Entre la bebida y el deseo se sentía torpe, casi inútil. Cuando gimió de frustración, las manos de su esposa se posaron sobre las suyas, seguras y firmes.

Él dejó caer los brazos a los lados mientras ella desabrochaba el cinturón. Jadeaba como un pez fuera del agua, incapaz de llenar los pulmones. Lo único que pudo hacer fue levantar las caderas cuando Sibyl le retiró el cinturón por debajo. Este cayó al suelo con un tintineo metálico.

Ella se levantó de la cama y se quedó de pie junto a él. Su cinturón siguió al de Godwin un instante después, y su ropa interior al momento siguiente. La luz menguante rozó su piel pálida, dibujando la curva suave de sus caderas y la pequeña redondez de sus pechos, con los pezones endurecidos por el deseo, igual que él.

Verla acabó con lo poco de cordura que le quedaba. Godwin gimió y se incorporó para arrancarse la túnica y la camisa de una sola vez, arrancando las costuras. Las arrojó sin cuidado a un lado. Las manos de Sibyl ya estaban en los lazos de sus calzas. Él gruñó y la apartó con un empujón suave, rodando sobre la cama para quitarse medias y zapatos. Apenas tocaron el suelo cuando él volvió a tirar de ella hacia sí y cayó de espaldas con ella a su lado.

Godwin tiró de las sábanas para cubrirlos a ambos y rodó de nuevo, poniéndola encima. Su boca atrapó la de ella, y Sibyl respondió a su deseo con el suyo. Podía sentir los latidos del corazón

de ella contra su pecho. Había fuego allí donde sus pechos lo tocaban, pero un auténtico infierno donde su cadera se apoyaba contra su dureza.

Deslizó las manos por la línea de su cintura, luego la sujetó por las caderas y la movió hasta sentir los rizos suaves entre sus piernas contra su propio cuerpo. Ella se estremeció ante esa nueva sensación, su boca rozando la suya mientras hundía los dedos en su cabello. Dejó una mano sujetando aquellas caderas contra las suyas y llevó la otra entre ambos para cubrirle el pecho. Sibyl se incorporó apenas para dejar que la tocara. Él rozó con el pulgar la punta del pezón hasta que ella apartó la boca de la suya, jadeando por lo que él le hacía sentir. Era la señal que esperaba. Soltó el pecho y dejó que la mano siguiera su camino hacia abajo, hasta encontrarla húmeda y abierta.

Ella gritó, arqueándose y alzándose sobre él para permitirle introducir un dedo. Godwin se estremeció ante aquella calidez y humedad. Cuando Sibyl se movió contra su mano, él respondió con un gemido.

De pronto, ella se apartó, aferrándole los hombros, rogándole que se pusiera encima. En lo más profundo de sí, él sabía que no

debía hacerlo, pero ahora ella era su dueña. Obedeció y se colocó sobre su cuerpo, con los muslos encajados entre los de ella y su miembro en la entrada de su vientre.

Ella buscó su boca y lo besó con el mismo anhelo que él sentía por ella. Se introdujo en su interior, solo un poco, y sintió la leve resistencia de su virginidad. Sus manos la sujetaron por la cintura mientras él luchaba por moverse con cuidado, en lugar de ceder a la embestida brutal que su cuerpo reclamaba.

Sibyl le rodeó el cuello con los brazos, enredando los dedos en su cabello. Cuando dibujó una línea suave por su nuca, un escalofrío lo recorrió entero. Godwin apartó la boca de la de ella para besarle la mejilla, la frente, la oreja. Ella volvió a acariciarle la nuca, esta vez con las uñas.

Godwin ahogó un grito cuando una descarga de placer lo atravesó, exigiéndole penetrarla por completo en ese mismo instante.

—Basta, Sybil… —jadeó.

Otra vez, sus uñas arañaron la piel sensible de su nuca.

—Oh, Jesús… no puedo… Jesús…

Ya era demasiado tarde para detenerse. Rompió la barrera que quedaba hasta llenarla por entero. El cuerpo de ella se cerró con tal fuerza a su alrededor que él gimió, incapaz de mantener la delicadeza que pretendía. Embistió, y Sibyl levantó las caderas en respuesta, incitándolo a moverse de nuevo. Como si pudiera parar.

Godwin se dejó arrastrar por las sensaciones increíbles que ella despertaba en él. Sus manos abandonaron la nuca para aferrarse a su espalda; sus piernas se entrelazaron con las suyas. Él se echó un poco hacia atrás para levantar una de sus piernas hasta colocarle la pantorrilla sobre sus caderas. Ella llevó la otra para unirse a la primera, clavándole los talones en la espalda y obligándolo a hundirse más en su interior. Cuando lo hizo, Sibyl gritó, arqueándose bajo su cuerpo.

Tal vez se oyó gemir a sí mismo, pero el placer lo dejó sordo y ciego. En algún rincón de su mente temió estar haciéndole daño, aunque ella seguía haciéndolo sentir tan bien que le resultaba imposible detenerse. De nuevo, se arqueó bajo él. Godwin la agarró por las caderas para mantenerla quieta y empujó una y otra vez, llenándola con la pasión contenida de toda una vida.

La liberación fue tan intensa que durante unos instantes dejó de sentir nada. Cuando al fin remiti ó, se quedó temblando sobre ella, con los músculos agotados. Junto con la satisfacción, regresó la cordura. Godwin se estremeció al pensar en el daño, tanto físico como del espíritu, que podía haberle causado.

Se apoyó en los codos para mirarla y calibrar su estado de ánimo. Sibyl lo empujó con furia.

Él rodó sobre la espalda y ella saltó de la cama con un grito de rabia pura.

Con el corazón hecho pedazos, Godwin se quedó mirando el dosel de la cama. Que el diablo se llevara su alma: acababa de destruir toda esperanza para su futuro.

Capítulo 19

Con un grito de rabia contra sí misma, Sibyl se tiró de la cama. El aire gélido de la habitación le robó de golpe todo el calor. Se volvió para mirar a Godwin. Su marido yacía inmóvil en el centro del colchón, con la vista fija en el techo de tela.

¿Qué había hecho?

Lo había usado para aliviar el horror que sentía por la muerte de Alice y por la desaparición de su esperanza de ver liberada, por fin, la destrucción de Lacy. Eso era lo que había hecho.

No. Eso era solo la excusa que se había inventado para poder acostarse con él.

¡Cristo! ¡Maldito fuera su cuerpo traidor!

Contempló la fina línea de su perfil, esforzándose desesperadamente por levantar alguna defensa contra la ternura

que él despertaba en su interior. Pero, en lugar de eso, se descubrió apreciando la forma en que la comisura de sus labios se curvaba siempre hacia arriba, como si estuviera a punto de sonreír. Su mirada descendió hacia las poderosas líneas de su pecho.

Dios mío, qué maravilloso había sido tenerlo encima de ella. Bajó la vista aún más. Había sido mejor todavía tenerlo dentro. Cada movimiento suyo en su interior la había llenado de placer. El simple recuerdo bastó para que las brasas de su lujuria resurgieran con una fuerza repentina y poderosa. Lo deseaba de nuevo.

—No —susurró, dándole la espalda.

No iba a desear al hombre que había matado a su padre. Cerró los ojos con fuerza, tratando de hallar fuerzas en ese recuerdo. La imagen volvió con más nitidez que nunca. Oía otra vez el rugido del fuego, sentía el hedor de la paja y la madera quemadas llenándole los pulmones. La exigencia de Godwin para que su padre alzara el arma volvió a resonar en ella.

Como si volviera a estar tirada en el suelo, mirando hacia arriba, Sibyl vio el esfuerzo de su padre al levantar la pesada espada. Esta vez advirtió cómo él mismo se esforzaba por exponer el cuello al golpe de Godwin, suplicando en silencio que fuera su acero

el que pusiera fin a su vida. Con un solo tajo, su marido le había ahorrado una muerte mucho peor.

—No —se dijo, apartando ese camino de pensamiento.

Godwin era el hombre que había destruido y luego robado su hogar. Sí, solo para devolvérselo después, prometiendo reconstruirlo y convertirlo en un lugar mucho mejor que antes. Era el hombre que la había obligado a casarse con él, y que luego había respetado sus límites. Peor aún, Godwin la encontraba hermosa. La deseaba por lo que sabía hacer y por quién era, no por lo que poseía. Y, a pesar del deseo que sentía por ella, le había suplicado que no se acostara con él por miedo a hacerle daño.

Sibyl inclinó la cabeza. Quería ser la esposa de Godwin, pero ¿cuánto tiempo pasaría antes de que ese deseo la convirtiera en una idiota sonriente, como lo había sido su padre? La idea de las necedades que él había cometido con su segunda esposa le revolvió el estómago.

—No lo permitiré —susurró con dureza.

Pero ¿cómo impedirlo si ya lo deseaba?

Su mirada cayó sobre el cinturón que yacía a sus pies. El tonto había dejado la daga enfundada. Rápida como un gato, se agachó y

la tomó, cerrando la mano en torno a la empuñadura poco cómoda. Dos pasos la llevaron hasta el borde de la cama. Lo miró con ira.

Godwin desvió la vista de su rostro a la hoja que ella sostenía, y luego volvió a mirarla. En sus ojos no había otra cosa que tristeza. El corazón de Sibyl se encogió de compasión, pero ella reprimió el impulso. Levantó la daga, dispuesta a asestar el golpe que acabaría con él.

Godwin vio cómo el acero se alzaba sobre su pecho. Hundió los puños en las sábanas, dejándose el torso expuesto. Los brazos de Sibyl no pudieron subir más. Una punzada de preocupación le cortó la fuerza. Él no iba a luchar por su vida.

—Quiero matarte —dijo con voz ronca.

—Lo sé —respondió él en voz baja.

La derrota que se filtró en ese tono la desgarró.

—¡Debes luchar contra mí! —gritó ella.

—¿Para qué? Tú me odias. No deseo vivir con tu odio.

La monotonía de su voz la atravesó como ella pretendía que lo hiciera la daga en su corazón.

—Debes luchar contra mí para que deje de odiarte.

Sibyl se quedó sin aliento, sorprendida por sus propias palabras. Aquello era demasiado confuso para soportarlo. Bajó los brazos.

—¿Puedo hacerlo? —preguntó él.

La esperanza que encendió sus ojos alivió el dolor del corazón de Sibyl, pero enseguida la invadió el pánico. Quería consolarlo, sentir sus brazos rodeándola una vez más. Una vida sin él sería aburrida y vacía.

—No, no puedes. ¡Te odio! —escupió.

Arrojó la daga lejos y huyó hacia un rincón. Apoyó la mejilla contra la piedra dura y fría mientras las lágrimas le llenaban los ojos. Él era dueño de su cuerpo y de su alma, y ella lo amaba por ello.

Las cuerdas que sostenían el colchón crujieron y gimieron cuando Godwin se levantó de la cama. Un instante después, sus brazos la envolvieron y la atrajeron contra su pecho. Rozó su hombro con la boca. El calor de su cuerpo la invadió, mezclándose con el calor que encendía ese beso.

—Yo también te amo, mi dulce —murmuró.

—No te amo —mintió Sibyl, con los labios temblorosos—. Te digo que no lo haré. Ya es bastante malo que seas un terrible

grandullón, siempre provocándome. Ahora quieres atarme como a una de tus mascotas.

La risa de él fue suave y profunda.

—Ojalá fuera cierto. Quizá entonces podría entrenarte para que te sientes y te quedes quieta, como hace Roia —bromeó.

Apoyó la mejilla contra su cabeza. El silencio se alargó entre ambos.

—Te equivocas, ¿sabes? —añadió—. Eres tú quien lleva las riendas.

Había tanta tristeza en su voz que Sibyl se giró entre sus brazos para mirarlo. El dolor seguía presente en sus ojos. Deseosa de consolarlo, le apoyó una mano en la mejilla. Godwin dejó escapar una breve risita y volvió el rostro para besarle la palma. El contacto hizo que un escalofrío la recorriera, y retiró la mano.

—Me tienes de rodillas, Sybil. No puedo soportar tu odio. Necesito que me quieras como quieres este lugar y a esta gente —dijo, señalando hacia el salón.

Los sonidos apagados del festejo flotaban en la estancia arrastrados por la brisa helada. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro:

—Si no puedes decirme que me quieres hoy, prométeme que lo harás algún día.

Sibyl lo miró fijamente y luego entornó los ojos con fingido disgusto.

—¿Cómo te atreves a dejar la decisión en mis manos? No me dejas otra opción que declarar mi amor por ti.

Los ojos de Godwin se iluminaron mientras sonreía.

—¿Es verdad, señora? Entonces lo grabaré en mi memoria.

Ella le hizo una mueca.

—Solo puedo rezar para que este amor mío no me convierta en una mujer débil y tonta, toda sonrisas y risitas.

La sonrisa de Godwin se ensanchó.

—No me gustaría nada eso. Prométeme que nunca cambiarás, Sybil.

Un instante después, Sibyl se encontró otra vez sobre el colchón, atrapada bajo su peso.

—Suéltame, gran zoquete, antes de que me hagas daño.

Él se apartó al instante, incorporándose sobre un codo para mirarla. Su expresión era de profundo arrepentimiento.

—Creo que ya he hecho bastante por hoy —dijo en voz baja.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sibyl.

—De ti —contestó Godwin, encogiéndose de hombros con vergüenza—. Quería ser delicado al unirme a ti, pero no dejabas de moverte hasta que ya no pude pensar.

—¿Qué es esto? ¿Una excusa? —replicó ella, esforzándose por contener la risa—. Lo esperaría de Leofric, pero no de ti, grandullón.

Él la miró sorprendido.

Ella sonrió, victoriosa.

—¿Qué te parece? Te he puesto en tu sitio dos veces en menos de un cuarto de hora. Quiero que sepas que me siento profundamente ofendida. ¿Qué te imaginas? ¿Que soy una mujer débil que llora por un pellizco?

—¿Un pellizco? —repitió él, y luego la apartó suavemente—. Apártate. Quiero ver si has dejado marca en las sábanas.

Curiosa, ella obedeció. Las sábanas no mostraban ningún rastro de la pérdida de su virginidad. Sibyl lo miró conmocionada, luego preocupada. Ahora él pensaría que no había llegado pura a su cama.

Agarró las sábanas y las tiró hacia los pies de la cama. Nada. Cuando lo miró de nuevo, lo hizo con auténtico pánico.

—Te lo juro, te di lo que no le daría a ningún otro hombre.

Godwin la miró con fingido desprecio.

—¿Esperas que me lo crea? —dijo con voz áspera, y luego alzó las cejas, divertido—. Sé que lo hiciste. Ten cuidado, pequeña. Si quieres jugar a provocarme, más te vale estar dispuesta a soportar la respuesta.

—¡Tú! —gritó Sibyl, abalanzándose sobre él.

Godwin la atrapó en sus brazos y su boca reclamó la de ella. Cayeron juntos sobre el colchón.

Cuando ella se estremeció, no fue por el frío, sino por la forma en que su piel se deslizaba sobre la de él. Donde sus pechos se apoyaban en el pecho de Godwin sentía un cosquilleo nuevo y delicioso. Podía notar los latidos de su corazón casi al compás del suyo. Sus manos recorrieron sus hombros y descendieron. Los contornos del pecho de Godwin eran firmes y lisos bajo sus palmas, que parecían cobrar vida al tocarlo. Él gimió y arqueó el cuerpo para ofrecerle más. Algo se aceleró en lo más hondo de su vientre.

—Madre de Dios —susurró ella—. No sabía que tocar a un hombre se sintiera así.

Godwin la miró, con los ojos claros llenos de súplica.

—No cualquier hombre, solo yo —dijo—. Juro que te mataré si tocas a otro.

La amenaza careció de fuerza, rota por un jadeo cuando las manos de Sibyl bajaron más allá de su cintura.

—Sí, solo tú. Solo tú —prometió ella—. Solo tú me deseas. Solo tú me miras y me calientas.

Se inclinó hacia delante y recorrió con la boca su clavícula, luego le besó el cuello. Él se estremeció, volvió la cabeza para ofrecerle más piel y gimió cuando ella respondió.

Sibyl sonrió contra su garganta. Ver a un hombre tan poderoso estremecerse ante un simple toque era embriagador. Su sabor la mareaba. Alzó la boca desde debajo de su oreja y buscó sus labios.

Su marido la atrajo hacia sí con un beso ardiente que reflejaba su deseo. Como antes, la respuesta de ella a esa pasión fue tan intensa que no dejó espacio para nada más. Movió ligeramente la pierna y notó, contra su muslo, la prueba de su disposición.

Sibyl sonrió de pronto. Edith siempre había dicho que, si sujetabas a un hombre por la polla, era tuyo.

Ella bajó la mano y rodeó con los dedos el miembro de Godwin. Él apartó la boca de la de ella para gemir. Sibyl lo acarició, sintiendo una suavidad casi sedosa bajo su mano.

Él se movió debajo de ella, levantando el muslo entre sus piernas. El contacto de su pierna contra la piel de su mujer le arrancó un escalofrío. Su mano le rodeó el pecho, jugando con el pezón con el pulgar mientras su boca buscaba otra vez la de ella.

La aceleración en el vientre de Sibyl se convirtió en un leve latido. Junto a él, apareció una presión abrumadora que la obligó a moverse para aliviarla.

Cuando se dejó deslizar sobre su muslo, un placer agudo como una daga la atravesó por dentro. Gimió suavemente, sorprendida, y repitió el movimiento, sin dejar de acariciarlo. Esta vez fue aún mejor. Godwin se hizo eco de su gemido, con la voz grave cargada de la misma maravilla que ella sentía.

Saber que le complacía lo hacía aún mejor. Movió la mano lentamente hasta la base de su miembro y luego volvió a subir. Él se arqueó bajo ella y enredó la mano libre en su cabello, atrayéndola

hacia sí. Cuando Sibyl besó el lugar justo detrás de su oreja, el vientre se le ablandó. La sensación fue tan intensa que soltó su miembro y se sentó sobre sus rodillas, con la pierna de Godwin aún atrapada entre las suyas.

Godwin liberó su pecho para incorporarse también. Las manos de Sibyl se apoyaron en sus hombros. El calor que desprendía él la atrajo hacia delante hasta que sus pezones rozaron su pecho, y una oleada de sensaciones la recorrió.

Sentada así, era ligeramente más alta que él. Sibyl lo miró desde arriba. Incluso con la escasa luz, su cabello brillaba como oro. Sus ojos estaban oscurecidos por el deseo, sus labios llenos y suaves. Ella era suya, se veía en su expresión. Y él era de ella. Sibyl suspiró, y le gustaron las dos certezas.

Captó el destello de su repentina sonrisa antes de que él le rozara la clavícula con los labios y luego posara la boca sobre uno de sus pechos. Sibyl tuvo que luchar por respirar cuando sus labios se cerraron alrededor del pezón y sus dientes lo mordisquearon suavemente. Los labios inferiores se le hincharon y se colorearon por lo que él le hacía sentir.

—Me estás derritiendo —susurró, con la voz temblorosa por la pasión que él despertaba en ella.

Sibyl no sabía si deseaba apartarlo o acercarlo todavía más. La risa de Godwin retumbó en su interior.

—Bien —murmuró contra su piel sensible—. Yo ya soy un charco a tus pies.

De nuevo, su boca se cerró sobre el pecho, esta vez para succionar como un bebé.

Sibyl jadeó de puro placer. Le hundió los dedos en el cabello, obligándolo a mantener la boca allí cuando intentó apartarse. Cuando volvió a chupar, ella se inclinó para besarle el lugar donde el hombro se unía al cuello. Como la vez anterior, le acarició la nuca con las uñas, de arriba abajo, con suavidad.

Él se estremeció bajo ella, y su miembro se movió contra su pierna. Cuando apartó la boca del pecho de Sibyl, fue para apoyar la frente en su clavícula. Temblaba. Ella sintió su respiración entrecortada sobre su piel. Una vez más, dejó que las uñas recorrieran su nuca y sonrió cuando él dejó escapar un grito ahogado.

—Jesús —alcanzó a decir—, para. Me estás destruyendo.

Cuando lo hizo otra vez, la mano de Godwin se deslizó entre sus piernas, sus dedos buscando el lugar que muy pronto llenaría. Aunque ya sabía cómo se sentiría, Sibyl no pudo contener el gemido. Se recostó sobre sus brazos, ofreciéndole ese lugar tan íntimo. Las sensaciones estallaron dentro de ella. Eso era lo que quería, y lo quería a él. Ahora era su cuerpo el que temblaba.

—Sybil —suplicó él en voz baja.

Lo que él necesitaba, ella también lo necesitaba. Se enderezó y apoyó las manos en sus hombros para poder montarlo a horcajadas sobre los muslos. Godwin la sujetó por la cintura, sosteniéndola justo por encima de la parte de él que su vientre ansiaba.

—Estoy ardiendo por ti —susurró, mirándola.

Y era verdad. Ella lo veía en el color de sus mejillas.

—Pero no debes dejar que te haga daño.

Sibyl lo miró con desdén y luego se rió, casi ofendida.

—¿Qué soy, alguna clase de debilucha? No puedes hacerme daño.

Se dejó caer, hundiéndose sobre su miembro, disfrutando de nuevo de la plenitud de tenerlo dentro.

—Oh, Jesús, qué bien se siente —suspiró él, dejándose caer sobre el colchón.

Sibyl se tendió sobre él y Godwin tiró de las sábanas para cubrirlos. Ella giró la cabeza y le besó el cuello.

Él le acarició la espalda con la mano en un gesto tranquilo, muy distinto de lo que ella deseaba. Sibyl sonrió, sabiendo ahora cómo conseguir lo que quería. Levantó la mano para acariciarle la nuca, luego le besó la oreja y exhaló suavemente. Al mismo tiempo, empezó a moverse sobre él.

Godwin dejó escapar un sonido profundo desde la garganta y sus manos fueron a posarse en sus caderas.

—Eres imposible —dijo, con la voz llena de risa y deseo.

—¿No te gusta lo que sientes? —le susurró al oído, disfrutando con el estremecimiento que le recorrió.

—Mucho —consiguió responder con voz ronca—.

—Si es así, ¿por qué sigues deteniéndome?

Él se rió y la soltó. Cuando Sibyl se movió de nuevo, jadeó ante el placer que la inundó. Capturó la boca de Godwin con la suya y se

probó encima de él. Cada movimiento era una delicia, pero el deseo de más crecía con rapidez.

De pronto, fue él quien ahogó un jadeo. Sus brazos se cerraron en torno a ella y, en un instante, Sibyl se encontró tendida debajo de su cuerpo. Entonces Godwin comenzó a moverse dentro de ella, despacio y con ritmo constante.

Ella se arqueó, clavándole los dedos en la espalda. Su boca volvió a la de Sibyl en un beso ardiente y urgente.

El deseo creció aún más. Ella gritó contra ese beso y sus manos se aferraron a sus caderas, instándolo a aliviar lo que le dolía por dentro. Él apartó la boca de la suya, respirando con dificultad, sometido a su propia necesidad, y aceleró el movimiento. Con cada embestida, el placer la inundaba en olas maravillosas. Su cuerpo la obligaba a moverse. Respondió a la siguiente embestida con la suya. Desde una lejanía extraña, oyó cómo él le suplicaba que siguiera su ritmo.

Sibyl se alzó bajo él, encontrando cada uno de sus movimientos. Aun así, Godwin no dejó de hablarle, con voz profunda y suave, diciéndole cuánto lo complacía. Saberlo solo aumentaba su propio disfrute. Había más, con cada embestida, siempre más.

Cuando creyó que ya no podría soportarlo, él gimió y la penetró con toda la pasión que sentía por ella. Sibyl habría jurado que notó su semilla entrando en su cuerpo. Sus manos dejaron sus caderas para abrazarlo con fuerza una vez más. La presión en su interior disminuyó cuando él la colmó y su cuerpo suspiró.

Desde lo profundo de sí misma surgió una certeza: aquello podía mejorarse con práctica.

Él se desplomó sobre ella, jadeando y resollando. Todos los músculos de Sibyl se relajaron en respuesta, mientras su cuerpo aceptaba su peso. Besó la línea de su mandíbula y buscó de nuevo su boca.

Sus labios se movieron en una caricia tierna. Godwin intentó rodar hacia un lado para liberarla de su peso, pero, al ver que ella no lo permitía, se volvió llevándosela consigo. Sibyl dejó escapar un pequeño suspiro de decepción.

—Pero me gusta que estés encima de mí —se quejó al oído.

Godwin se estremeció y gimió, profundizando el beso. Había en su caricia una desesperación que la sorprendió, porque no tenía nada que ver con el calor ni con el placer. Le tomó el rostro entre las manos y se apartó lo justo para mirarla. En sus ojos se mezclaban

miedo, anhelo y alegría. Ninguna sonrisa asomaba esta vez a sus labios.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Sibyl en voz baja.

Él negó con la cabeza, con los ojos repentinamente llenos de lágrimas.

—Sybil, me duele el corazón —susurró—. Solo puedo pensar que he concebido un hijo en ti… y que vas a morir.

Toda la alegría que acababa de sentir se desvaneció. Sibyl inclinó la cabeza, mientras el recuerdo de la muerte de Alice volvía a su mente.

—Te refieres a lo que le ocurrió a Alice —dijo, con voz apagada —. Al menos ella dejó un hijo sano y fuerte en los brazos de su marido antes de morir. Eso la hizo muy feliz. Fue la placenta lo que lo causó, desgarrándole el útero al salir. Se desangró.

Al pronunciarlo en voz alta, su dolor por Alice se separó del símbolo que había ligado al hijo de la aldeana.

—Oh, Godwin, todo fue culpa mía —exclamó de pronto, y luego quedó en silencio, sorprendida por sus propias palabras. No había tenido intención de contarle cómo había traicionado a Lacy.

—No puede ser culpa tuya que se le desgarrara el útero —replicó él con tono tranquilizador, aunque sonaba desconcertado.

La necesidad de vaciar su corazón ante él se hizo irresistible.

—No, no es eso —dijo Sibyl, fijando la vista en su pecho para evitar su mirada—. Es la caída de Lacy lo que me atormenta. Desde junio he estado intentando huir de lo que hice, incluso convirtiendo el nacimiento del bebé de Alice en una tonta esperanza de no tener que aceptar mi responsabilidad. Fue culpa mía. Sí, mi madrastra tomó prisionero a tu hermano, pero fui yo quien cerró las puertas contra ti, Godwin. Pensé que, si conseguía demostrarle a lord Robert lo competente que era, me permitiría quedarme con Lacy como mía. Por mi culpa, el salón ardió y el pueblo quedó destruido.

—Te atribuyes un papel más grande del que te corresponde —respondió Godwin en voz baja—. Yo, mi hermano, tu padre y su esposa también contribuimos a lo que pasó aquí.

Sibyl siguió mirando su pecho.

—Es muy amable por tu parte perdonarme, pero ni siquiera tus palabras pueden cambiar lo que hice. Mis actos trajeron la muerte a mi querido pueblo y daño a quienes debía haber protegido. Lo

intento, pero no encuentro la forma de soportar el peso de lo que he hecho.

Los ojos se le llenaron de lágrimas por el dolor que sentía en el corazón.

Godwin se apartó lo suficiente para tomar su rostro entre las manos. Levantó su barbilla hasta poder mirarla.

—Ah, pero lo harás —dijo con suavidad—. Si el peso de tu traición nunca te abandona, tu vergüenza se vuelve soportable.

Quedaba luz suficiente en la habitación para que Sibyl viera que sus ojos estaban llenos de tristeza y comprensión.

—¿Cómo sabes lo que siento? —susurró, asombrada.

Él apretó los labios.

—Yo también he traicionado a alguien cuyo amor atesoraba. Oh, Jesús… —Godwin cerró los ojos—. Ahora he hablado demasiado y mi estómago no me deja contar la historia.

La soltó y se tumbó sobre la espalda, aún con los ojos bien cerrados. El dolor irradiaba de él.

Atónita, Sibyl solo pudo contemplarlo, incapaz de creer que aquel hombre que siempre reía y bromeaba pudiera llevar dentro

una herida tan honda. De repente, comprendió. Igual que su carácter plácido había hecho que otros creyeran que ella carecía de inteligencia, la sonrisa constante de Godwin ocultaba lo que lo consumía.

Al ver que no decía nada, él abrió los ojos, aunque no la miró.

—Me temo que tu nuevo amor por mí morirá si escuchas mi historia —dijo.

Sibyl negó con la cabeza.

—No hay nada que pudieras haber hecho que cambiara lo que siento por ti. Eres el único hombre en todo el mundo que me entiende y me acepta. Eso te hace más valioso que cualquier otra cosa que poseo.

Godwin volvió la cabeza hacia ella, con una expresión suplicante, luchando por creerla.

—¿Ni siquiera el adulterio y el incesto con la esposa de mi hermano? —susurró—. Ella murió al dar a luz a mi hijo.

Sibyl tragó saliva, una vez más atónita. Lo que él había hecho era terrible, sin duda. En ese instante comprendió que tenía su vida entre las manos. Le bastaba mostrar repugnancia u horror para destruirlo.

—No, ni siquiera eso —dijo, y guardó silencio.

Presionarlo para que diera detalles o se excusara sería como exigirle justificación, y eso no lo necesitaba. Su amor no pedía más de lo que ya sabía.

Él exhaló lentamente, y su expresión se relajó cuando el alivio lo alcanzó. De alguna forma, ese alivio también fue el suyo. En su interior, el peso de su propia traición se desplazó, hasta que dejó de aplastarla.

—Paso a paso, mi amor —dijo él en voz baja—. Avancemos juntos en esta vida, compartiendo nuestros pecados. Yo te ayudaré a reconstruir lo que destruíste y tú me amarás a pesar de lo que hice.

—Con el mayor de los gustos —respondió Sibyl, dejando que una sonrisa lenta se dibujara en sus labios.

Él le devolvió la sonrisa.

—Más te vale tener cuidado. Ahora que me has entregado tu corazón, también querré hijos. Te mataré si mueres en el intento.

Godwin se giró para tumbarse de lado, de modo que volvieron a quedar frente a frente.

—¿Yo, morir? —dijo Sibyl con un suspiro desdeñoso—. A estas alturas ya deberías saber que no es la suerte lo que me mantiene viva, sino mi mal genio. Tanto Dios como el diablo me temen.

Deslizó la mano por la sólida curva de su hombro y su brazo. Su piel se sentía maravillosa bajo la palma.

—Anoche te eché de menos —confesó—. He decidido que prefiero pasar frío contigo que estar sola y calentita en el salón.

—Demos gracias al Señor por los pequeños favores —replicó él mientras jugueteaba con un mechón de su cabello.

Ese pequeño juego le provocó un escalofrío.

—Hablando de favores —prosiguió—, ¿me harías uno?

—¿Cuál?

El calor en su interior se reavivó. Sibyl decidió que le gustaba mucho eso del matrimonio.

—¿Me enseñarías a hablar inglés? Estoy cansado de no saber nunca lo que se dice a mi alrededor.

Ella lo miró con expresión escéptica.

—No sé si podré.

—¿Es un idioma difícil?

—No —respondió—, al menos no para mí. Es solo que lo último que deseo hacer contigo es hablar. Especialmente ahora.

Acercó la boca a su pecho, recorriendo su piel con los labios y probándola con la punta de la lengua.

—Jesús, Sybil —susurró él—, debo volver al salón.

—¿Para qué? —murmuró ella contra su piel—. La gente de Lacy sabe beber sin que tú les guíes. Quédate conmigo. Creo que por fin empiezo a entender cómo funciona esto de la unión. Con un poco más de práctica, quizá lo consiga.

Él le sujetó el cabello con los dedos y le levantó la cabeza para mirarla.

—No puedo hacer mucho —la advirtió, riendo.

—¿Queremos ver cuánto? —preguntó ella con una sonrisa—. Ya sé, convertiré esto en tu primera lección. Presta mucha atención mientras te describo todas las partes del cuerpo.

Godwin gimió.

—Soy hombre muerto.

Capítulo 20

—Solo una más, Leofric —instó Sibyl en voz baja y le dio la espalda al blanco. No quería mirar, por miedo a que su atención afectara de alguna manera a la puntería del chico.

Era un día típico de Epifanía, con un frío intenso, un viento cortante y nubes bajas. Había una capa de hielo sobre la superficie del estanque del molino y una nieve irregular cubría el suelo. Temblando, esperó a que Leofric disparara, cerrándose el manto sobre sus nuevos vestidos. Eran un regalo de Godwin: combinaban el corte funcional que exigía su estilo de vida con una fina tela teñida del color de las esmeraldas.

—Puedo hacerlo —se susurró el chico a sí mismo. Respiró hondo.

Sibyl lo observó mientras él estabilizaba el arco corto de caza, que había sido su primer regalo para él durante las vacaciones de Navidad. Se oyó un sonido agudo cuando la flecha salió del arma. Sibyl apretó los ojos hasta que escuchó a Leofric soltar el aire con un silbido de satisfacción.

Se giró.

—¿Lo has conseguido?

—¡Sí! —exclamó el chico, bailando de emoción—. Son seis en el centro. ¡Esto sí que puedo hacerlo!

El Leofric de hacía dos meses había desaparecido. En su lugar se encontraba un muchacho robusto, que empezaba a parecer de su edad y que había crecido casi dos dedos en altura solo en el último mes.

—¿No te dije que tenías los ojos y las manos de un arquero? —celebró ella, tan contenta como él por su victoria—. Sin duda es un talento poco común. Piénsalo: si puedes hacerlo con solo unos días de práctica, pronto serás un maestro.

Se dirigió hacia el blanco para recoger las flechas del chico.

—Por favor, milady, déjelas. Quiero que Lord Godwin las vea cuando regrese. Quizás entonces no se apresure tanto a dejarme

aquí cuando patrulle. Confiará en mí a su lado, como lo haría con cualquier otro escudero.

Mientras los plebeyos de Lacy disfrutaban de su último día de ocio en las vacaciones de Navidad, Godwin y los soldados de Lacy seguían patrullando sus fronteras. En los últimos doce días, tres ovejas preñadas habían desaparecido, se habían destruido vallas y alguien había disparado a un buey.

—Leofric, él te deja aquí no por falta de confianza, sino porque no has progresado lo suficiente con la espada.

—Estoy trabajando en ello —protestó el muchacho.

—Sí, pero recuerda que empezaste tarde con tus lecciones. Mientras otros muchachos llevan espadas desde su más tierna infancia, tú solo llevas dos meses con la tuya. Es una habilidad que se gana con esfuerzo, forjada con mucha práctica. Date tiempo.

—Trabajaré más duro —aseguró Leofric, apretando la mandíbula—. Si llega la batalla, quiero estar a las espaldas de milord.

Sibyl le dedicó una mueca irónica.

—No tengas tanta prisa por matar hombres. Es algo terrible. Te pone enfermo, de verdad. Ahora, como estoy helada de pies a

cabeza, digo que has terminado por hoy.

La ausencia de Godwin durante las cortas horas de luz había convertido a Sibyl en la tutora de Leofric.

—¿No puedo esperarlo aquí fuera? —preguntó el chico con expresión esperanzada.

Miró más allá de Sibyl y su rostro se iluminó con una sonrisa. Levantó el arco y saludó con entusiasmo mientras gritaba:

—¡Señor Godwin, venga a ver lo que he hecho!

Sibyl se volvió.

Vestido con su cota de malla, su marido se acercaba a ellos a zancadas por el patio, con la capa revoloteando alrededor de sus rodillas. Como siempre, Godwin iba con la cabeza descubierta y las manos desnudas, la capucha de la cota de malla colgando por la espalda junto con la capucha de la capa, y los guantes metidos en el cinturón, sobre la sobrevesta. Incluso desde la distancia, el cuerpo de Sibyl reconoció su presencia con una repentina calidez. Cuando él se detuvo a su lado, ella se acercó y le rodeó la cintura con un brazo posesivo, enganchando los dedos en los anillos de la cota de malla.

—¿Y qué has hecho? —preguntó Godwin con una sonrisa expectante.

Aunque mantuvo la vista en Leofric, rodeó a Sibyl con el brazo para acercarla aún más.

—El blanco, milord —insistió Leofric con impaciencia—. Mire el blanco.

—¿Qué blanco? Eso no es un blanco, es un erizo.

Entonces, Godwin jadeó con tanta emoción como un niño mimado.

—¡Dios mío, es un blanco y lo has matado!

—Sí, seis veces en el centro —respondió el chico, radiante—. Ahora debéis cumplir vuestra promesa y dejarme probar esa ballesta.

—¿Le prometiste el arco de mi padre? —se sorprendió Sibyl.

Godwin le lanzó una rápida mirada.

—Perdona, se me olvidó preguntarte. Nuestro Leofric está empeñado en probar ese arco. No te importa, ¿verdad?

Sus palabras la dejaron desconcertada.

—¿Por qué iba a importarme?

—Es tu arco por derecho, ya que te lo dejó tu padre.

—Es nuestro arco, y puedes prestarlo a quien quieras —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Es solo que él apenas tiene fuerza para tensar el arco que tiene, y mucho menos para tensar ese monstruo.

—Puedo hacerlo —insistió Leofric—. Sé que puedo.

—Hoy no —le advirtió Godwin—. Pronto oscurecerá y tengo hambre. Recoge tus flechas y nos retiraremos junto al fuego.

El chico obedeció y Sibyl se volvió para besar a Godwin. Él dejó escapar un suave sonido de deseo y le quitó el pañuelo de la cabeza para hundir los dedos en su cabello. La pasión que sentían el uno por el otro volvió a estallar entre ellos. En un mes, su deseo solo había aumentado.

—Creía que íbamos a entrar en casa. Si vas a quedarte ahí parado haciendo eso, voy a disparar otra vez —gruñó Leofric, con la voz cargada de disgusto.

Godwin sonrió contra la boca de su esposa.

—Creo que está cansado de nosotros, mi amor.

—¿Qué más puedo hacer? —susurró ella, apoyándose en él—. Puse su catre en el vestíbulo para ahorrarle tus maullidos.

—¿Yo? —se apartó un poco, con los ojos riéndose de ella incluso mientras levantaba la cabeza con fingido aire ofendido—. No soy yo quien hace temblar las vigas con mis gritos.

Sibyl lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tú me obligas a hacerlo.

—Lo sé —admitió él con una sonrisa de satisfacción, metiéndole el pañuelo de la cabeza en el cinturón para recordarle que prefería que fuera descubierta—. Ven, llévame dentro y ponme algo en el estómago.

Leofric tuvo que acelerar el paso para seguir el ritmo de sus padres adoptivos.

—Esta es la duodécima noche —recordó, en tono de provocación descarada.

Godwin sonrió.

—Así es. Tengo tu regalo, pero ¿qué tienes tú para mí? No tendrás el tuyo hasta que vea el mío.

—¿Se lo enseñamos? —Sibyl miró a Leofric, sabiendo que el chico estaba ansioso por revelar lo que habían preparado para Godwin.

—¿Podemos? —suplicó el muchacho, sin aliento.

Ante el asentimiento de Sibyl, agarró la mano de su señor e intentó girar al gran caballero.

—Hemos dejado lo mejor para el final, milord. Venga ahora.

—Pero tengo tanta hambre que me voy a desmayar —se quejó Godwin, fingiendo tambalearse—. Atrápame antes de que caiga.

—Te dejaré caer y te dejaré donde estés —replicó Sibyl—. Puedes esperar un momento para tu baño y tu comida.

—No me dan ninguna compasión —murmuró él, dejando que Leofric lo llevara hacia un cobertizo lejano.

Se oían suaves ladridos desde el interior de las paredes de juncos trenzados. Godwin arqueó las cejas.

—¿Qué es esto?

Leofric abrió la puerta de par en par para revelar los cachorros, algunos recién destetados, otros casi adultos.

—Son todos perros de caza, milord —informó al caballero—. Ahora podemos cazar zorros.

Para demostrar su punto, uno de los sabuesos más pequeños, de orejas caídas, levantó su diminuta boca y ladró valientemente con

su voz infantil.

El chico no pudo resistirse a su llamada. Se sentó en cuclillas en medio de los cachorros, dejando que se agolparan a su alrededor, riendo mientras lo lamían y le empujaban las manos con el hocico. Godwin se agachó para recoger a una perra de medio año. La perra gritó, sorprendida, pero luego suspiró de placer cuando él le rascó la oreja.

—Son doce, cuando yo esperaba uno o dos —observó, ofreciendo a Sibyl una sonrisa de satisfacción—. Y yo que pensaba que no habías captado mis insinuaciones.

Sibyl se rió.

—No eres muy sutil. Seis vienen de Coudray y seis de las perreras de Beamont.

Godwin la miró con incredulidad.

—¿Robert te envió perros? La última vez que lo vi no estaba muy contento contigo.

—Fue muy extraño —respondió ella, esforzándose por parecer desconcertada—. No solo envió perros, sino que devolvió las monedas que Leofric y yo le enviamos para pagarlos, diciendo que los habías comprado con tus ganancias.

Su marido tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Lo había olvidado. Perdóname, Sybil. No debería haber apostado por ti.

Ella le acarició la mejilla.

—No te preocupes. Utilicé las monedas que no gasté en perros para comprarme un cuchillo nuevo, precioso.

Él se llevó una mano a la boca, fingiendo estar asustado.

—Me tienes acobardado, pero, por favor, ¿podrías esperar a destriparme hasta que Leofric y yo hayamos enseñado a los perros.

—Supongo que puedo —suspiró ella, como si hacerlo fuera una terrible carga—. Ahora, déjala en el suelo y te daré de comer.

Esperó a que obedeciera, pero Godwin solo cogió otro cachorro.

—Godwin, creía que te desmayabas por falta de comida.

—También estos cachorritos —replicó él, con una mirada tierna en los ojos—. Debemos llevarlos al salón para que puedan comer y mantenerse calientes.

—Solo por ahora —le advirtió ella—. Después de la carrera de arados, Thomas enviará a los hombres a levantar vallas para hacer

una perrera. Godwin, ¿me estás escuchando? Una perrera, donde se quedarán.

Incluso antes de que él la mirara, Sibyl supo que era una causa perdida. Él tendría a los perros en el salón durante todo el invierno. Él y Leofric ya estaban sacando a los cachorros más grandes por la puerta. Godwin le dio tres de los más pequeños para que los llevara.

—Eres un caso perdido —murmuró ella, y luego enterró la nariz en uno de ellos y aspiró su dulce aroma.

Quizás no sería tan malo, si conseguían enseñarles a hacer sus necesidades en otro lugar, como hacía Roia.

Al igual que todas las cabañas de su aldea y la iglesia del padre Reynard, su salón improvisado estaba adornado con acebo e hiedra. Las largas trenzas colgaban como recordatorio de que, aunque la tierra yacía muerta y estéril, la primavera llegaría para restaurarlo todo. La primera noche la habían pasado festejando con los aldeanos y la segunda entregando regalos a los sirvientes, pero ahora las fiestas llegaban a su fin. La misa de Epifanía ya se había celebrado, así que solo quedaba una tranquila velada en casa, un último día de descanso antes de que comenzara el trabajo del nuevo año.

Los sirvientes y soldados que formaban su pequeña familia se reunieron en el salón. Mientras los hombres se agrupaban en un rincón para jugar a los dados, las mujeres se apiñaban en otro, riendo y charlando, con los dedos ocupados en labores manuales. Los hijos de la cocinera dejaron un sencillo juego de pilla-pilla para admirar a los cachorros.

—¿Qué hay de Roia? —preguntó Sibyl—. ¿No se comerá a estos pequeños?

Godwin negó con la cabeza.

—No. Ha sido madre varias veces. No solo eso, está acostumbrada a convivir con más de un perro.

Se volvió hacia Leofric y le dio una palmada en el hombro.

—No puedes compartir tu jergón con los cachorros y Roia. Ella no lo tolerará.

—Sí, milord.

Leofric se quedó vigilando a los perros mientras Godwin y Sibyl se dirigían al otro extremo del salón. Allí, junto al cofre de la armadura de Godwin, Sibyl había colocado la gran tina reservada para el baño. Ya estaba llena de agua fría; solo faltaba lo que ahora

hervía a fuego lento en el caldero de hierro, colgado sobre las piedras de la chimenea, para que fuera soportable.

Después de que Sibyl ayudara a Godwin a despojarse de la cota de malla, Leofric se acercó para llevársela. Jadeando bajo su peso, la cargó hasta su rincón. Su tarea consistía en revisar los anillos de hierro, buscando eslabones rotos o debilitados. Luego fue a por las grebas de malla, mientras ella ayudaba a su marido a quitarse el gambesón acolchado y las calzas. Ambas prendas quedaron extendidas sobre el cofre de la armadura de Godwin para que se airearan.

Una vez que se añadió el agua caliente al agua fría, Sibyl empujó a su marido hacia la bañera.

—Date prisa, tonto, que pronto se enfriará.

Él se hundió en el agua, y el líquido rebosó por el borde de la tina.

—Ay, ¿por qué nunca consigo hacerlo bien? —se lamentó Sibyl —. Ahora el suelo volverá a estar embarrado. ¿Cuánto pesas, por cierto?

—Demasiado, a juzgar por cómo rebosa el agua —murmuró Godwin, mientras se sumergía para mojarse el pelo y luego se

incorporaba, satisfecho, con los ojos cerrados—. ¿Sabes que me he acostumbrado a tu rutina de baño? Hasta que me casé, nunca me di cuenta de lo agradable que podía ser. Me gusta sentir tus manos sobre mí.

Abrió un ojo para evaluar su reacción.

—Simplemente te gusto —respondió ella con una sonrisa, ofreciéndole una bandeja llena de quesos, panes y pescado ahumado.

—Así es —asintió él, comiendo mientras ella le lavaba el pelo y la espalda.

La bandeja ya estaba vacía antes de que Sibyl terminara de enjuagarle el cabello. Cuando hubo acabado, le tendió la toalla para que él mismo se lavara el resto del cuerpo; Godwin insistía en que era una tortura cuando lo hacía ella.

Sibyl se sentó junto a la bañera en un taburete, con un cuchillo en la mano, preparada para afeitarlo.

—Godwin, ¿por qué no te dejas crecer la barba? —preguntó—. Sería mucho menos peligroso besarte si lo hicieras.

Eso lo hizo sonreír y le devolvió la toalla.

—Tienes razón.

—¿En qué? —inclinó la cabeza hacia un lado, pero esperó su respuesta antes de empezar.

—No puedo dejarme crecer la barba de un hombre. Es escasa y nada atractiva —confesó, divertido—. Creo que es por el pelo rubio, porque mi hermano Nicholas tiene el mismo problema. Tendrás que esperar bastante tiempo antes de verme con barba, ya que él es siete años mayor que yo y todavía le cuesta.

Sibyl sonrió ampliamente.

—¿En serio? ¿No puedes? ¡Ja! Te he tomado el pelo y ni siquiera lo sabías, guapo.

—Sí, sí, no te regodees tanto y termina con esto. El agua se está enfriando.

Cuando el baño terminó, Godwin se vistió con su túnica y sus calzas, y los dos se retiraron junto al fuego. Sibyl había planeado pasar la tarde cosiendo, ya que uno de sus regalos había sido un trozo de lino fino con el que pensaba hacerse una cofia adecuada.

Cuando se sentaron, de espaldas a la mesa y con los pies estirados hacia el fuego, Leofric se plantó delante de ellos, con un cachorro en cada mano.

—¿Y bien? —preguntó, expectante—. Os he dado vuestros regalos. Ahora debéis darme los míos.

—Qué descarado es este chico —rió Godwin—. Bueno, supongo que debo hacerlo. ¿Walter?

Su voz se oyó con claridad a través de la larga sala.

Walter se levantó del grupo que jugaba a los dados y fue a buscar algo a un rincón oscuro. Cuando se acercó a ellos, Sibyl vio que llevaba un recipiente de cuero lleno de flechas, largos astiles de madera terminados en puntas de hierro y emplumados en el otro extremo, junto con la ballesta de su padre.

—¿Es esto lo que buscas, muchacho? —preguntó el soldado, esperando a que el chico dejara a los perros y tomara lo que traía.

Leofric recogió el arco y las flechas, mirando a Godwin con asombro.

—Sabías que podía hacerlo, incluso antes de que yo lo supiera.

—Muchacho, cuando mi esposa me dice que tienes los ojos y las manos de un arquero, ¿quién soy yo para no creerla? —replicó Godwin—. Sin embargo, esta mañana me tenías muy preocupado. Era el amanecer del duodécimo y último día, y aún no habías

logrado tu objetivo. Menos mal que lo has conseguido, porque, de otro modo, no habrías tenido ningún regalo para esta noche.

—Gracias, milord —susurró Leofric con reverencia, tan impresionado por la confianza que su señor había depositado en él como por el regalo.

Godwin puso una mano sobre el hombro del muchacho.

—Ten cuidado. Son flechas nuevas, con puntas de hierro, no simples palos afilados. Por el amor de Dios y por el mío, nunca apuntes con el arco a nada que no desees alcanzar. He visto a buenos arqueros lanzar flechas a través de la abertura de la cota de malla de su enemigo y atravesarlo con efectos mortales.

—Lo trataré como el arma que es, lo prometo. Gracias, milord.

Con los ojos brillantes, Leofric se aferró a la ballesta mientras se dirigía a la esquina donde estaba su jergón.

—Parece que te olvidaste de hacer algo más que simplemente preguntarme si Leofric podía usarla —comentó Sibyl en voz baja. Por muy feliz que estuviera por el éxito del chico, Godwin debería al menos haber hablado con ella antes de regalar aquel arco.

—No es tu arco —aclaró, todavía mirando a Leofric con una sonrisa en los labios—. Tu arma fue hecha para un hombre adulto,

uno con gran fuerza en los brazos. Leofric nunca podría tensar esa cuerda. Este es solo un arco de un pie, adaptado al tamaño de nuestro Leofric y hecho para parecerse al otro.

Godwin se volvió hacia ella, sin perder la sonrisa.

—He guardado el arco de tu padre lejos de su vista. No le hará ningún daño creer que empuña un arma de hombre.

Sibyl lo contempló en silencio durante un largo momento, con el corazón lleno de amor por él.

—Es maravilloso lo que estás haciendo con Leofric —murmuró —. Lord Coudray hizo bien en enviarlo contigo.

—Sí —Godwin asintió despacio, intentando torcer la boca en una mueca triste—, sin Leofric me aburriría muchísimo. Tú no lanzas bolas de nieve ni intentas patinar y, aunque tienes un brazo maravilloso, ni siquiera juegas a los aros conmigo. Lo único que haces es trabajar. Sí, y cuando no trabajas, solo deseas estar en la cama. Las chicas son aburridas. Pregúntale a Leofric, él te lo dirá.

—Bueno, ya que pareces preferir la compañía de Leofric, devolveré a Leofric a nuestra habitación, mientras yo me quedo con su jergón —replicó ella—. Es mucho más agradable dormir aquí que en esa horrible cámara.

Le dio la espalda y levantó un hombro en gesto de fingido rechazo.

—Pero si no vienes esta noche, no recibirás tu último regalo —le susurró él al oído.

—Eso no es un regalo. Puedo tenerlo cualquier noche.

—No, eso no —corrigió Godwin, inclinándose más hacia ella—, aunque albergo esperanzas.

Le murmuró al oído unas palabras que la hicieron enrojecer.

—He dejado tus últimos regalos en nuestra habitación por miedo a que te avergonzaran si te los daba en el vestíbulo.

Sibyl se volvió para mirarlo. No cabía duda de que estaba muy satisfecho consigo mismo; sus ojos brillaban de emoción. Su interés se despertó, vaciló un instante y luego dejó a un lado su labor.

—Como desees, milord. Veamos qué crees que podría avergonzarme.

Se pusieron las capas, Sibyl tomó una lámpara y salieron del vestíbulo. Los hombres que estaban en la esquina estallaron en carcajadas.

—Milord —lo llamó Walter al pasar junto a los jugadores—, Seger quiere que sepa que el primer año de matrimonio no es más que un proceso de anillos. Mientras usted le da su anillo a su esposa, ella le pone uno en la nariz. Una vez que la mujer se asegura de que su anillo está en su sitio, sus noches se convierten en puro sueño y nada de diversión. Seger dice que debe disfrutar ahora, porque no durará.

Godwin sonrió con malicia.

—Lo estoy haciendo, Walter. Lo estoy haciendo.

Sibyl levantó la cabeza y, en inglés, anunció:

—La única razón que puedo imaginar para que nuestras noches sean solo para dormir es que a milord le falta resistencia.

Eso hizo que los hombres se revolcaran por el suelo de la risa. Protegiendo la llama de la lámpara contra el viento, Sibyl precedió a su marido hacia la puerta.

—¿Qué les he dicho? —preguntó, divertida.

—Hablaste demasiado rápido para que pudiera entenderlo todo, pero reconocí las palabras "razón", "noche", "sueño" y "resistencia".

—Bien hecho —lo felicitó ella, ahogando una carcajada.

—Lo pagarás más tarde, créeme —la advirtió Godwin—. Me lo contarán por la mañana y tú lo pagarás.

Subió las escaleras de la torre del homenaje y empujó la puerta para abrirla. Sibyl entró. Aunque el sol no había aparecido en todo el día, la penumbra creciente de la estancia indicaba que ya se estaba poniendo. Miró a su alrededor, pero no vio nada fuera de lo habitual dentro de aquellas paredes: la vela nocturna y la cama, con las cortinas bien cerradas.

Fue a encender la vela con su lámpara y luego se volvió hacia él.

—Bueno, ¿dónde está mi regalo? —preguntó.

—En la cama —respondió Godwin, volviendo a sonreír.

—¡Godwin! —protestó ella, frustrada por su juego.

Abrió las cortinas de un tirón y se quedó mirando.

Godwin se colocó detrás de ella y miró por encima de su hombro.

—Esto es para que podamos entrenar en serio, mi amor. Estoy cansado de usar esos juguetes insignificantes.

Sobre las sábanas de la cama había un par de guantes armados y una cota de malla cosida de acero. Junto a ellos, doblada, descansaba una túnica acolchada para llevar entre la cota y la piel. A un lado yacía el casco cónico que llevaban los soldados rasos, con el gorro que se ponía debajo. En el otro, un cinturón, una vaina de cuero, un escudo sencillo… y una espada.

Sibyl ahogó un jadeo y extendió la mano hacia el arma.

—La espada de mi padre —susurró—. ¡Oh, Godwin!

Alzó la hoja entre sus manos, comprobando su familiar equilibrio. La empuñadura había sido envuelta con cuero nuevo, deseoso de amoldarse a la mano de su dueña.

—Sobrevivió al incendio —explicó él—. La guardé pensando que algún día tendríamos un hijo que desearía llevar la espada de su abuelo.

La rodeó con el brazo y la atrajo contra su pecho.

—Si es demasiado pesada o demasiado larga, mandaré hacer otra para ti.

Las lágrimas le llenaron los ojos mientras dejaba el arma sobre la cama para volverse en sus brazos.

—Hasta el mes pasado gritaba lo mucho que te odiaba —confesó—. ¿Cómo has podido planear tener hijos conmigo a pesar de mi odio?

Godwin se encogió ligeramente de hombros y sonrió.

—Quizás sea porque soy un hijo de sobra, el menor de cuatro hermanos, que nunca soñó con el matrimonio, un hogar o una familia. Cuando acepté casarme contigo, me permití esperar que, tras haber logrado algo imposible, algún día me aceptarías y pudiéramos formar una familia. Guardar la espada para un futuro hijo era como una promesa de que eso sucedería.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Sibyl.

—No puedo creer la suerte que tengo de estar casada contigo —logró decir—. Gracias por honrar así a mi padre. Al hacerlo, me honras a mí en todos los sentidos.

Acercó la boca a la de él y le dio un beso suave, lleno de amor.

Godwin dejó que sus labios se aferraran a los de ella durante un momento y la abrazó con fuerza. Luego dio un paso atrás.

—Ah, pero no has contado tus regalos.

Sibyl se secó las lágrimas y se volvió hacia la cama. Había diez objetos dispuestos sobre las sábanas.

—¿Estás diciendo que hay dos más? —preguntó, con la respiración entrecortada.

—Sí —confirmó él.

Se inclinó sobre su hombro y le abrochó un broche en la capa. La superficie, incrustada de granates, brilló a la luz de las velas.

—Llevas tanto tiempo insistiendo con lo del broche que he decidido que es hora de ceder y devolvértelo.

Sibyl cerró los ojos. Sentía que se moría, abrumada por la fuerza del amor que sentía por aquel hombre. Las lágrimas volvieron a brotar. Cuando él la giró entre sus brazos, apoyó la cabeza en su hombro, incapaz de hablar. Godwin la sostuvo largo rato, acariciándole la espalda con la mano para calmarla.

—El último te lo debo rogar que lo aceptes, ya que lo has rechazado una vez —dijo al fin.

Le tomó la mano y le colocó una banda de oro en el dedo que conducía al corazón.

—Este era el anillo de mi madre, el que mi padre le regaló el día de su boda. Aunque nunca conocí a mi madre y apenas recuerdo a mi padre, Robert me dice que el suyo fue un amor grande y duradero. Sería un honor para mí que lo llevaras.

Sibyl le echó los brazos al cuello.

—Por toda mi vida —susurró, sollozando como una niña.

Capítulo 21

La misa del Domingo de Pascua acababa de terminar. Sibyl y Godwin estaban de pie ante la iglesia del padre Reynard mientras toda su gente se dispersaba, con Godwin sumido en una expresión de preocupación y reflexión. La brisa primaveral le levantaba el pelo. Incluso en un día nublado, sus densos mechones brillaban como el oro.

Esa alegre brisa se arremolinaba alrededor de Sibyl, enredándose en sus amplias mangas. Traía consigo el dulce canto de los pájaros en celo y la fragancia viva de la tierra fecunda. La prueba de aquella fertilidad se manifestaba en las hojas verdes que aparecían en las ramas áridas y se esparcían con alegre abandono a lo largo de la zanja de Lacy. Los narcisos la saludaban con la cabeza, sus flores amarillas vibrando sobre la hierba nueva.

Se había convertido en su costumbre vestirse bien para los servicios dominicales. Godwin llevaba su nueva túnica azul, la que ella había confeccionado para sustituir la que había estropeado, mientras que ella lucía su elegante conjunto verde, con los dobladillos arrastrando. Su cabeza estaba cubierta con un simple paño, y sus mechones, aún cortos, se escapaban de su confinamiento para rizarse alrededor del rostro. Lo hacía para complacer a Godwin, a quien no le gustaba que se cubriera el pelo. Solo había accedido a llevar aquel escaso pañuelo en la iglesia cuando comprendió cuánto molestaba a Ralph y a Emotte de Wood la informalidad de los mechones al descubierto.

Leofric llegó corriendo, también con su mejor túnica y calzas rojas en las piernas.

—Milord, a los muchachos les gustaría venir a verme disparar al blanco. Es domingo y no tienen nada más que hacer. ¿Pueden entrar a ver?

La repentina sonrisa de Leofric estaba llena de picardía.

—He apostado con ellos que puedo dar en el centro de la diana a doscientos metros.

Godwin se sacudió sus pesados pensamientos para responder.

—¿Lo has hecho? Creo que ese es el límite de tu arco. ¿Qué vas a ganar?

—Alexander sabe dónde anida un halcón y me lo enseñará. Dickon tiene cuatro piedras que brillan en rojo. John tiene un palo tallado. El resto solo vendrá a mirar.

—Ah. Tesoros, sin duda —comentó Godwin con una sonrisa—. ¿Y qué perderás si no consigues hacerlo?

Leofric se limitó a reír.

—No perderé nada. Lo he hecho una docena de veces.

—Muchacho, ¿qué prometiste? —insistió Godwin, con tono exigente.

—Solo dejarles acariciar a los cachorros —vaciló Leofric—, y quizá les dé una de mis flechas, de las que me dio Lady Sibyl. Milady, no perderé. Lo juro.

Godwin soltó una breve carcajada.

—No hay resultados garantizados para nada, Leofric. Nunca debes apostar lo que no estés dispuesto a perder. Ahora vete, pero primero ponte tu túnica de todos los días.

—Lo haré, milord —gritó el chico, echando a correr hacia Lacy.

Los tres muchachos a los que pensaba engañar se unieron a él en cuanto levantó el brazo, y los demás los siguieron con entusiasmo. Aunque el inglés de Leofric era tan titubeante como el de Godwin, no parecía tener dificultad alguna para hacerse entender por los muchachos del pueblo.

—Ha vuelto a crecer —dijo Sibyl, viéndolo alejarse—. Esa túnica ya le queda corta.

—Sí —admitió Godwin. Con la partida de Leofric, el tono de preocupación volvió a su voz—. Dale otro medio año y tendrá el tamaño que debe tener. También se le hará la voz más grave. Pronto, las chicas ya no le resultarán tan aburridas. Será tu trabajo explicarle por qué debe seguir manteniendo las distancias con ellas.

—¿Por qué el mío? ¿No es esto competencia de los hombres? —Sibyl entrelazó sus dedos con los de él y le tomó el otro brazo por el codo, apoyándolo contra el suyo.

—Es tuyo porque yo no mentiría sobre el placer —respondió su marido con una rápida sonrisa.

Habría seguido andando, pero Sibyl lo detuvo donde estaba.

—Godwin, háblame. Dos semanas sin incidentes violentos me dicen que el daño no fue causado por nada más siniestro que los

ladrones de nuestro bosque. Ahora tenemos paz porque se han trasladado a otra zona.

La Semana Santa había sido la primera semana que transcurría sin incidentes desde noviembre. También la semana después de Pascua había pasado sin agresiones contra personas o propiedades.

Él le lanzó una mirada cargada de frustración.

—Es más probable que nuestro vecino haya dejado de burlarse de nosotros para celebrar la Pascua como el hombre justo que es. Que Dios maldiga su persistencia. Rezaba para que ya hubiera admitido su derrota. Los canteros y albañiles llegan a principios de mayo; no puedo perseguir a De Harcourt y proteger nuestra cantera al mismo tiempo.

—¿Cómo estás tan seguro de que es De Harcourt? Convénceme.

Godwin se encogió de hombros, como si le sorprendiera que hubiera que explicarlo.

—Porque está haciendo exactamente lo que yo haría si quisiera destruir a un hombre y quedarme con su mujer y su casa.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Si estás tan seguro, ¿por qué no vas a Harcourt y lo enfrentas? Ya hemos estado indefensos durante demasiado tiempo.

Él le puso un dedo en la sien.

—Mi querida esposa, estás pensando de forma lineal. Déjame explicártelo. Digamos que yo fuera De Harcourt y que tu padre aún viviera. Digamos también que tu padre y yo nos encontráramos un día en el camino y tuviéramos una acalorada discusión. Entonces le advertiría que tengo la intención de robarle Lacy.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Varios días después, desaparecen algunas ovejas. Más tarde, se llevan más ovejas, se pisan los campos, se destrozan las casas y todo lo demás. Ahora bien, no te dejé ninguna pista de que fuera yo quien había hecho todo eso, pero tú recordarías mis palabras y creerías que solo estaba cumpliéndolas. Dime ahora, dado que De Harcourt supone que soy como tu padre, ¿cuál habría sido la reacción de John?

La pregunta tenía una respuesta sencilla.

—Papá se armaría y cabalgaría hacia Harcourt, gritándote que salieras a su encuentro como los hombres honestos deben hacerlo —dijo Sibyl, y luego exhaló un suave—. Oh.

—Sí, ahora lo entiendes. Mira, si voy a ver a Harcourt, nuestro vecino puede atacarme abiertamente, incitado por lo que él llamará mi insulto. Como dices, no hay pruebas de que tenga nada que ver con lo que está pasando aquí. Con el mayor número de hombres de Harcourt, no es imposible que caiga bajo su espada. En ese caso, solo parecería un joven impulsivo que se extralimitó.

Godwin desvió la vista hacia el horizonte.

—En Beamont, nuestro vecino insinuó a mi hermano que ya no te quiero a ti ni a Lacy. Como puede echarme la culpa del enfrentamiento, De Harcourt cree que puede evitar la animadversión de Robert. Así, se quedará contigo y con tus tierras después de mi muerte.

—Si es así, ¿por qué han cesado ahora sus ataques? Sigo siendo tu esposa.

Y lo sería durante toda su vida, con la ayuda de Dios.

—Creo que la temporada de cultivo lo tiene bloqueado —respondió Godwin—. Prefiere no dañar los campos que ya considera suyos. No, se ha retirado para encontrar una nueva estrategia que me lleve a la muerte sin manchar su reputación.

Miró a lo lejos, pero su atención estaba vuelta hacia dentro, luchando con sus propios pensamientos.

Sibyl lo observó, con el corazón palpitando. La más mínima idea de una vida sin Godwin le causaba dolor. Su mano se apretó de forma posesiva sobre el brazo de él.

—Debería sentirme ofendido por que te preocupes por mí como si fuera un niño —dijo él al fin, sin mirarla, con un toque de risa en la voz—. Eso es pensar como una mujer, mi amor.

Ella puso mala cara, ya sin sorprenderse de que él la conociera tan bien.

—No puedo evitarlo. De Harcourt tiene más hombres que nosotros y un arsenal mejor surtido.

—Ah —se rió Godwin—, pero Lacy me tiene a mí.

Sus ojos brillaron al mirarla.

—Y después de mí, estás tú.

Su diversión se desvaneció, reemplazada por la frustración.

—Ojalá tuviera la paciencia necesaria para dejarle continuar con sus juegos hasta que decida que su causa está perdida, pero la construcción comienza en tres semanas.

Se quedó en silencio, como si lo que acababa de decir fuera perfectamente claro. Sibyl esperó y, al final, preguntó:

—Sí, ¿y entonces?

—Cuando De Harcourt se entere del proyecto, atacará a los trabajadores de la cantera, a ambos pueblos y a los campos, sabiendo que no puedo protegerlos a todos. Debo enfrentarme a él para detenerlo. Si no lo hago, pasaremos hambre el próximo invierno.

—Entonces debemos retrasar la construcción hasta otro momento —murmuró Sibyl, apoyándose contra él.

—Sibyl, necesitamos un salón. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Podríamos construir otro edificio de madera como el anterior —propuso, con una nota esperanzada.

Él solo negó con la cabeza.

—Mi vecino me pisa los talones. He reservado las monedas para pagar a los obreros. Si despido a los albañiles y De Harcourt continúa con su acoso, lo que he reservado para nuestro salón de piedra se gastará en reemplazar nuestras pérdidas. No puedo permitir que este hombre destruya lo que he planeado.

—Supongo que esto también significa que no podemos pedir prestados soldados a tus hermanos para proteger a los obreros y evitar un enfrentamiento —aventuró Sibyl.

—Sí, podríamos pedirlos prestados, pero ¿qué comerían? —preguntó, impotente—. Entre el incendio del pasado junio y el invierno anterior, nuestra despensa apenas tiene suficiente para alimentar a los obreros y mantenernos hasta la cosecha.

—¿No podemos comprar comida? —sus palabras sonaron como una súplica, sin mucha esperanza de respuesta.

—Si lo hacemos, no podremos permitirnos construir el salón. Y no preguntes si podemos pedir prestado para alimentarlos. Hacerlo significaría que De Harcourt nos empujaría a una penuria tan profunda que me temo que no nos recuperaríamos. Con lo que aún debemos por el rescate de nuestro rey, el nuevo impuesto sobre la propiedad, los gastos de nuestra boda y los costes de la reconstrucción, ya hemos superado nuestros ingresos para los próximos años. Nada de esto es insuperable, excepto porque nuestro vecino destruye continuamente lo que tanto nos cuesta levantar. Debo encontrar una manera de liberarnos.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Perdóname, Godwin. Ojalá nunca me hubiera ofrecido a Miles.

Él abrió la boca para responder, pero ella alzó una mano, interrumpiéndolo.

—Lo sé. Asumo más responsabilidad de la que me corresponde. No obstante, participé y lamento profundamente haberlo hecho.

Godwin le dedicó una sonrisa leve.

—Así es. Ahora, en lugar de culparte a ti misma, ayúdame a responder la pregunta que me atormenta. Si no pudieras obtener ninguna reacción de tu enemigo, ¿cuál sería tu próximo paso?

—Renunciaría y me iría a casa para pasar todo mi tiempo con mi marido —contestó en voz baja.

Él solo sonrió y se dio la vuelta mientras se dirigían hacia su propia puerta. Incluso a ese ritmo pausado, avanzaban a la par, paso a paso. Sibyl miró fijamente sus propios pies, viendo cómo los largos dobladillos de sus faldas rozaban la hierba delante de ella. De pronto, su marido se detuvo.

—Aquí hay alguien a quien he visto antes, y no me gustó la compañía que tenía. Creo que tú conoces a esta chica. Dime por qué

De Harcourt la ha enviado aquí.

Sibyl siguió su mirada hacia la pequeña llanura que marcaba la distancia entre el borde del bosque y las murallas de Lacy.

—Edith —susurró, asombrada.

La hija del alguacil avanzaba por la hierba verde, con la capa ondeando tras ella a cada paso y la capucha echada hacia atrás, dejando al descubierto su abundante cabello castaño rojizo. Bajo la prenda exterior llevaba un rico vestido azul grisáceo. Aunque la distancia impedía leer con claridad la expresión de sus bonitos rasgos, no había duda alguna sobre la sensualidad de sus movimientos.

La rabia se apoderó de Sibyl. Edith había abandonado a De Harcourt y ahora venía a buscar otro señor con quien jugar. Se volvió hacia Godwin.

—Esta es Edith, la hija de Thomas y mi hermana de leche, y la mataré si te toca.

Su marido se rió.

—No creo que le dé la oportunidad, mi amor. Tendría que ser un idiota sin cerebro para poner en peligro lo que compartimos.

Además, tú me has arruinado. Si ahora me acostara con una mujer más pequeña, la rompería sin duda.

Sus ojos seguían riendo. A pesar de aquellas garantías, Sibyl sentía cómo su ira crecía. Él no entendía lo vulnerables que eran los hombres ante Edith.

—A Thomas no le hará ninguna gracia tenerla en casa. Dice que es su vergüenza.

Godwin ya no la escuchaba. Entrecerró los ojos, pensativo, y de pronto su rostro se iluminó.

—¡Ja! —dejó escapar un suave sonido de triunfo—. Enviaría a alguien capaz de penetrar las defensas de mi enemigo para buscar la posibilidad de una traición desde dentro. De Harcourt ha cometido un error al pensar que las cosas no han cambiado aquí.

Le sujetó los brazos con ambas manos.

—¿Ves cómo él mismo nos libera del purgatorio?

—¿Qué, enviando a Edith? No, no te dejaría reclutarla para que nos ayudara. Nunca podríamos confiar en ella.

Intentó apartarse de él, pero Godwin no la soltó.

—Godwin, la última vez que confié en ella fue para descubrir que le habían prometido dinero a cambio de entregarme a De Harcourt.

—Cada vez mejor —murmuró él, con una sonrisa misteriosa que se ensanchaba—. Debes correr a recibirla. Viene a verte a ti.

—No —se negó Sibyl con firmeza—. ¿Por qué debería recibirla en mi casa cuando lo único que quiere es venderme a De Harcourt, una vez más? Además, no sabría qué decirle.

—Entonces déjame decírtelo yo —repuso Godwin, levantando con viveza las cejas—. Primero, debes llevarla a la casa de su padre y encontrar la manera de convencer a Thomas para que la mantenga. Si se resiste, envíamelo. Una vez que tengas a tu amiga a solas, dile que solo has escapado de mi prisión por unos momentos y que debes volver pronto a casa. Llora por cómo te he golpeado y maltratado, y suplícale que te ayude a escapar de mí, como ya ha hecho antes. Cuéntale cualquier historia que la lleve a pensar mal de mí.

La ira de Sibyl se apagó en su desconcierto. Esta vez, cuando se resistió a su abrazo, él la dejó libre. Ella lo miró, confundida.

—No difamaría nuestro amor con mentiras. ¿Por qué me pides esto?

—Porque ella le contará a De Harcourt lo poco que me importas. Eso garantiza que, si ocurre lo peor y me matan, él no intentará hacerte daño para fastidiarme.

Le puso una mano en la mejilla y le acarició la frente con el pulgar. Sibyl lo observó en silencio durante un largo momento y, poco a poco, una sonrisa le curvó los labios.

—Esto no puede funcionar. Tú no eres sutil en tus sentimientos hacia mí, ni yo hacia ti. Ella sabrá que miento si habla con alguien sobre nosotros. Oh, Señor, pero si le pregunta a Emotte, se enterará de nuestras descaradas muestras de afecto.

La diversión de Godwin igualaba a la de ella, pero aun así se encogió de hombros.

—Ah, pero esta no es una mujer cualquiera. La miras y ves a alguien que cree que ningún hombre es capaz de resistirse a ella. Su arrogancia le hará creer que puede alejarme de ti. ¿Tengo razón?

De la memoria de Sibyl surgieron las palabras de Edith, diciéndole que era una mujer desesperada a la que ningún hombre podría amar.

—Sí, así es.

—Después de convencerla de mi odio hacia ti, debes suplicarle que te entregue a De Harcourt. Al ofrecerle a De Harcourt lo que más desea, el control sobre ti, lo atraemos a la luz. Intentará tenderme una trampa que acabe conmigo.

Sibyl negó con la cabeza.

—Godwin, Miles no es tonto. ¿No dijiste que quería evitar la animadversión de tu hermano? Si intentar robarme no conmueve a lord Robert, tu muerte sin duda lo hará. ¿Crees que tu hermano dejará que Miles se quede conmigo o con Lacy cuando le cuente lo que ha hecho?

—¿Por qué dirías eso? —Godwin volvió a encogerse de hombros—. Le estás diciendo a su mujer que me odias y que deseas escapar. ¿No hiciste lo mismo el pasado noviembre cuando le pediste ayuda para evitar casarte conmigo? A menos que le digas lo contrario a nuestro vecino, no tiene motivos para creer que has cambiado en estos últimos meses. De hecho, esperaría que fuera amable y gentil contigo mientras trabaja para atarte a él en mi contra. Al menos, eso es lo que yo haría en su lugar.

Esbozó una ligera sonrisa.

—¡Estás loco! —exclamó Sibyl, retrocediendo y mirándolo conmocionada.

—Es posible —admitió él, con el rostro demacrado por la preocupación—, pero lo que veo aquí es una manera inmediata de liberarnos de nuestro dilema. Nos proporciona una casa y paz. Si Miles ha enviado a la hija del alguacil, ella te ofrecerá la oportunidad de reunirte con él. De Harcourt vendrá, pensando en asegurarse tu apoyo contra mí. No hay razón para cruzar espadas. Solo tengo que observar la reunión desde mi escondite. Una vez que lo haya visto, mis manos ya no estarán atadas y podré pedir prestados soldados y atacarlo como el hombre que intentó secuestrar a mi esposa.

Sibyl cerró los ojos, derrotada. Tenía razón. Esa mentira, sumada a su comportamiento pasado, haría que Miles acudiera en cuanto supiera que ella lo llamaba, convencido de que por fin podría acabar con Godwin. Se apoyó contra él, presa de un miedo terrible.

—¿Y si cruzáis espadas y él te mata?

Él apoyó la mejilla en su cabeza.

—Tú enviarás a mis hermanos. Vendrán los tres y arrasarán Harcourt en venganza.

De repente, la rodeó con los brazos en un abrazo que casi le aplastó los huesos.

—Jesús, deténme. Dime que no lo harás. Estoy arriesgando lo que no puedo permitirme perder.

—¿Cómo puedo hacerlo? —susurró ella—. Te quiero a ti y a Lacy, sanos y salvos. Lo que planeas puede darnos a ambos lo que deseamos, pero si él te hace el más mínimo daño, no esperaré a tus hermanos. Lo cortaré en pedazos tan pequeños que ni los cuervos podrán comérselos.

Era un gruñido feroz. Godwin se rió, apartándose un poco de ella.

—Cuento con ello. Ahora, me retiraré a la iglesia hasta que te vea llevar a la hija del alguacil al pueblo contigo. Corre hacia ella. Planta tus semillas en su cerebro. Dile que De Harcourt debería venir dentro de cinco días, ya que se espera que yo me haya ido de Lacy ese día. Cuando hayas terminado, vuelve rápidamente a casa. No respiraré tranquilo hasta que estés a salvo en mis brazos una vez más.

Capítulo 22

Sibyl le dio la espalda a Godwin y se dirigió hacia la puerta de Lacy, decidida a hacer lo que debía. Solo miró una vez por encima del hombro, pero su marido ya no estaba a la vista. Delante de ella, Edith se encontraba ahora de pie sobre el puente levadizo mientras los guardias le pedían que se identificara. La pequeña plebeya ladeó la cabeza, con una hermosa sonrisa.

—Solo soy yo, Edith, hija de Thomas el alguacil, que viene a visitar a Lady Lacy —respondió—. He estado fuera de Lacy durante un tiempo y ahora he regresado.

—Ve a verla tú misma —dijo el hombre, señalando a la señora de Lacy.

Edith se volvió, y su expresión alegre se ensombreció. Aunque Sibyl se detuvo a un palmo de la chica, la distancia entre ambas

parecía un abismo.

—Sybil —susurró la plebeya en inglés—. Oh, pero mírate. Casi no te reconozco.

Había tristeza y un toque de consternación en su voz.

—Has cambiado tanto que me temo que tendré que volver a conocerte de nuevo.

Sibyl se quedó observando a la mujer que tenía delante. Su rostro era ovalado, con las cejas suavemente arqueadas sobre unos luminosos ojos marrones. Sus labios carnosos y sensuales, que solían adoptar un tentador puchero, ahora temblaban. Sin la habitual máscara de seducción de Edith, cada uno de los hermosos rasgos de la chica le resultaba dolorosamente familiar. ¿Por qué tenía que ser precisamente esta mujer la que la traicionara una vez más?

A pesar del dolor de Sibyl, los recuerdos la inundaron, algunos felices, otros tristes. Uno destacó sobre los demás y no pudo ignorarlo.

—Oh, Edith, de repente recuerdo cómo te escondí en el sótano de Lacy para evitar que tu madre te pegara. Te había pillado con alguien… no recuerdo con quién. Mentí por ti, diciendo que te habías

escapado de casa para no volver jamás. Después de tres días en la oscuridad, alimentándote a escondidas, saliste.

El rostro de Edith se transformó en la expresión despreocupada de la niña que había sido. Su risa sonó sencilla, limpia de todo salvo del cariño que habían compartido.

—¡Oh, no puedo creer que pensaras en eso! ¿Recuerdas lo feliz que se puso mamá cuando supo que no había muerto? Se olvidó por completo de pegarme. Nunca te di las gracias por eso, Sybil.

Su boca se torció en una sonrisa irónica y sus ojos brillaron de placer.

—Gracias por salvarme entonces y por todas las otras veces que me libraste de lo que, sin duda, era un castigo merecido.

—Era lo que quería hacer por ti —respondió suavemente la señora de Lacy.

Así había sido siempre entre ellas, pues Sibyl había adquirido hacía tiempo la costumbre de proteger a Edith de sí misma. El silencio cayó entre las dos, y ella tragó las lágrimas que le llenaban la garganta.

—Oh, Edith, ¿cómo hemos llegado a este punto?

—Pasaron cosas —susurró Edith con tristeza—. Sé que no podemos volver atrás para reparar lo que destruimos entre nosotras, pero quizá podamos empezar de nuevo.

Su expresión se transformó en una de arrepentimiento.

—Sybil, he venido a rogarte que me perdones por lo que he hecho. Estos últimos meses no han sido más que un horrible error.

Sibyl dudó en responder. ¿Y si Godwin se había equivocado y Edith había abandonado de verdad a De Harcourt? Quizá había vuelto a casa para curarse, no para hacer daño. Una pequeña chispa de esperanza se encendió en ella.

—Solo puedo seguir recordándome que, aunque intentaste atraerme hacia Miles, también me advertiste sobre él.

—¿Sabes que él todavía cree que esos ladrones realmente te alejaron de mí? —Edith se esforzó por sonreír al pensar en cómo había logrado engañar al noble—. Oh, Sybil, todo este lío es culpa tuya. ¿Por qué me enviaste con él, sabiendo cómo era él y quién era yo? —Alzó la vista al cielo y parpadeó para contener las lágrimas—. Deberías haber elegido a un hombre más sencillo para utilizarlo.

Sibyl observó a Edith en silencio, atónita por la facilidad con la que la plebeya le echaba la culpa. Mientras otros intentaban aliviar el

sentimiento de culpa de Sibyl, su antigua amiga lo cargaba todavía más sobre sus hombros. Al ver que no decía nada, Edith continuó:

—Me cortejó, Sybil, diciéndome palabras de amor y prometiéndome una vida que nunca podría tener en Lacy. Era mentira; lo único que quería era a ti. ¿Te imaginas lo dolida que me sentí cuando me pidió que le ayudara a casarse contigo? Oh, juró que nunca significarías nada para él, pero yo no podía soportar compartirlo, ni siquiera contigo. Me aseguré de que no fueras con él.

Era una confesión susurrada.

—¿Ya no lo quieres? —Sibyl aguardó la respuesta, esperando que las palabras de Edith la convencieran.

—Oh, Sybil —suspiró—, él ya no me quiere.

Se abalanzó sobre la chica más alta y rompió a llorar.

—No puedo creer lo mucho que me duele esto. Es el justo castigo por mi cruel rechazo hacia los demás y una terrible lección.

Sibyl abrazó a Edith, sintiendo el dolor de su amiga. A ella también la destrozaría que Godwin dejara de quererla.

—Oh, pobre chica, has vuelto a casa para curarte. Johanna está embarazada y muy enferma. Estará encantada de contar con tu

ayuda en casa.

—No, no puedo ir allí. Papá solo gritará y me llamará puta. ¿Puedo quedarme contigo?

Edith se apartó, secándose las lágrimas. La rapidez con la que cesaron sus sollozos resultaba sorprendente.

Sibyl buscó la expresión de la chica y encontró el mismo tipo de desesperación que había visto cuando Edith había negociado con Alan. Sí, De Harcourt había terminado con Edith, pero la hija del alguacil aún no había terminado con él. Fuera lo que fuera lo que aún necesitaba del vecino de Lacy, Edith tenía la intención de utilizar a su noble compañera para conseguirlo.

La tristeza invadió a Sibyl. Su rumbo había quedado fijado aquel día de noviembre, y ahora era demasiado tarde para cambiarlo. Ambas desempeñarían sus papeles hasta el final de aquella danza. Dulce María, por mucho que no quisiera, todo terminaría como tenía que terminar: con Edith traicionándola una vez más.

—No puedes quedarte conmigo. Mi señor marido nunca lo permitiría —las palabras salieron rígidas de los labios de Sibyl, en una declaración seca.

La expresión de Edith se desmoronó.

—Por favor, Sybil, no puedo soportar el odio de papá hacia mí. Debes necesitar una criada; tu señor no te lo negaría. Te necesito, Sybil, a ti y a ninguna otra.

El dolor y la súplica de la voz de la chica inundaron a Sibyl como una ola, arrastrándola de vuelta a su vieja costumbre de consolar a la hija del alguacil. Luchó contra ese impulso con todas sus fuerzas. Puede que a su corazón no le importara que Edith quisiera hacerle daño, pero sí le importaba que las intenciones de la muchacha pudieran dañar a su marido y a su gente.

Armada con esa certeza, Sibyl asumió rápidamente el papel que Godwin necesitaba que representara.

—Dios mío, ¿en qué he estado pensando? Hemos estado aquí de pie, a la vista de todos. Ven, debemos irnos, rezando para que nadie le diga a mi señor que he estado hablando contigo.

Tomó del brazo a la chica más pequeña y comenzó a alejarla a paso rápido de la puerta de Lacy.

Edith se apresuró para seguirla.

—Sybil, no entiendo esto. ¿Qué es lo que temes?

—A mi señor esposo. Si supiera que tengo una aliada en ti, no tardaría en deshacerse de ti. No es muy diferente de su hermano, lord Beamont. Un auténtico bruto. Jesús, solo puedo esperar que encontremos alguna forma de convencer a tu padre para que te deje quedarte. Edith, no importa lo que te pida Thomas, acéptalo. Si no puedes quedarte con él, tendrás que irte de Lacy. Ahora, no digas nada más. No puedo contarte esta historia a menos que estemos a solas.

En silencio, se apresuraron a cruzar el prado y bajar por los estrechos callejones. Cuando llegaron a las afueras del pueblo y a la casa de Thomas, Edith se quedó sin aliento.

—Mira, todo está reconstruido tal y como era antes. Nunca pensé que volvería a verlo así.

Se apartó para contemplar la cabaña de su padre. La puerta estaba entornada a causa del suave frío del día. Las contraventanas de las dos pequeñas ventanas que daban al camino permanecían abiertas de par en par. Durante los meses de invierno, el techo de paja se había oscurecido hasta volverse casi marrón, mientras que la cal del exterior había perdido su brillo. El jardín delantero estaba repleto de puerros, cebollas y coles, todos mucho más adelantados

en su crecimiento que las tiernas hierbas que Johanna acababa de plantar. Las gallinas deambulaban ante la puerta, mientras una cerda amamantaba a sus lechones recién nacidos en el pequeño corral junto a la cabaña.

—Mírate, vieja amiga —murmuró Edith.

Se acercó para rascar la oreja de la cerda. El animal gruñó en reconocimiento a una antigua miembro de la familia.

—Otro año más, otra camada para alimentarnos.

Johanna asomó la cabeza por la puerta con sorpresa, el rostro pálido por la enfermedad que padecía.

—¡Edith! —exclamó, incrédula.

No fue un saludo alegre.

—Johanna —respondió la chica con frialdad—. Tienes muy mal aspecto.

Thomas empujó suavemente a su nuera y se abrió paso, con un caminar aún más doloroso que de costumbre a pesar del calor primaveral. Se detuvo ante la puerta, con los brazos apoyados en las caderas y los pies bien separados. Fruncía las cejas sobre los ojos y

la boca se le había convertido en una línea dura. No cabía duda de su intención de no volver a dejar entrar a Edith en su casa.

—Johanna, entra y cierra la puerta.

Esperó hasta oír cómo se cerraba. Luego escupió las palabras:

—Así que por fin te has arrastrado hasta casa, ¿no? Alégrate de que el joven Thom no esté aquí ahora mismo para recibirte; te mataría sin duda. Y tú… —el veneno se dirigió hacia Sibyl—, ¿en qué pensabas al traerla aquí? Te he dicho que no quiero a ninguna ramera en mi casa.

En respuesta, Sibyl inclinó la cabeza dócilmente.

—Thomas, ya le he dicho a Edith que mi señor nunca la aceptaría como mi doncella. Como no puede quedarse conmigo, tú debes…

Dejó la frase en el aire y alzó la cabeza para mirarlo, dejando que el mensaje se reflejara en sus ojos.

…mantenerla aquí.

Sibyl esperaba que, entre su actitud temerosa y sus palabras, Thomas entendiera lo que quería decir. Ojalá pudiera convencerlo de

que le siguiera el juego hasta que tuviera ocasión de explicárselo más tarde.

Thomas le prestó toda su atención. Tras un largo momento, dijo:

—Sí, lo entiendo. Eso significa que será mejor que vaya a verle, creo. No le gustará mucho cuando se entere de que mi hija acaba de llegar, después de que le dijera que había muerto.

Sibyl sacudió la cabeza, abandonando su postura sumisa. ¡Ese viejo tramposo! Pero su mensaje era claro: le estaba recordando su juego sobre los honorarios y las tareas que los aldeanos debían realizar en la mansión Lacy. Era el mismo día en que habían hablado de Godwin y sus planes. Luchó por contener una sonrisa.

—¿Le dijiste a mi señor que Edith había muerto? Oh, Thomas, mi lord esposo pensará que mentiste para evitar pagar la cuota que le debías por dejarla vivir fuera del pueblo. Temo por ti y por tu familia ante la posible reacción de mi señor.

Más le valía temer la reacción de ella, como guardiana de las cuentas.

Aún luchando por seguir el hilo de lo que intentaba transmitirle, Thomas se quedó mirándola un momento más y luego

se volvió hacia Edith.

—Mira cuánto me sigues costando. ¿Cuántas multas por adulterio y lascivia he pagado ya, y ahora esto? Entra y quédate en mi hogar. No quiero que los vecinos vean a la ramera que es mi hija.

—Sí, papá —dijo Edith, mirando fijamente sus propios pies—. Haré lo que dices.

Thomas volvió la vista hacia su señora.

—Iré a ver cómo puedo calmar esta situación. ¿Sabes dónde está tu señor ahora mismo?

—No, me fui sin pedirle permiso —respondió con humildad.

—Y sin su escolta —señaló el alguacil—. ¿Qué pensará cuando se entere de esto? Será mejor que vuelvas conmigo.

No conocía la razón por la que siempre la escoltaban, solo que Godwin deseaba mantenerla protegida.

—Oh, Thomas, me gustaría quedarme con Edith unos momentos. Te lo ruego, por favor, no le digas que me has visto —su voz temblaba de ansiedad.

Sibyl podía ver que Thomas estaba muy preocupado por su comportamiento. Al final, se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras, pero creo que tu señor no se alegraría de saber que te relacionas con prostitutas. No te quedes mucho tiempo. Si tienes que visitarla, hazlo dentro de la casa para que nadie te vea.

Cuando Thomas se marchó, Sibyl y Edith entraron en la casa. Con las contraventanas abiertas para que entrara la luz, el fuego ardía con un brillo tenue. Desprendía el calor justo para que el guiso de verduras se cocinara a fuego lento en su caldero de hierro. La mayoría de las bolsas y barriles que ocupaban la pared del fondo habían desaparecido, dejando un vacío que solo el próximo otoño y la próxima cosecha podrían llenar. Eso hacía que el gran cofre de Thomas, donde se guardaban los palos de conteo del pueblo, pareciera aún más grande.

También estaba vacía la viga transversal que había sobre ellos, pues toda la carne se había consumido durante el invierno; la sopa de Johanna no era más que una insípida mezcla de habas, col y puerros, saciante, pero sin el sabor de las hierbas ni la fuerza de la carne.

—Todo parece igual que antes —repitió Edith con asombro. Luego se inclinó hacia Sibyl y, en un susurro, añadió—: Mira con qué facilidad echo a Johanna de la casa.

Alzó la voz:

—Sí, todo es igual, salvo ese altillo —señaló Edith—. Me hace pensar que a mi hermano ya no le importa actuar con su esposa delante de toda la sala.

Le lanzó a Johanna una mirada burlona.

Johanna dio un paso atrás, con el rostro tenso por el disgusto.

—Creo que iré a cuidar mi jardín y a ver si las gallinas me han dejado algún huevo —dijo.

Con un resoplido, salió de la habitación, llevándose a su hijo de la mano.

Edith le sacó una mueca a sus espaldas.

—Se ha creído muy importante al ocupar el lugar de mi madre, ¿no? —Pateó un taburete y se dejó caer sobre él—. ¿Quiénes se creen que son para juzgarme? No son más que campesinos, que vivirán y morirán en este lugar sin saber, ni importarles, que existe algo mejor.

Era un comentario murmurando, sin intención de obtener respuesta.

Cuando la señora de Lacy se sentó a su lado en otro taburete, Edith se volvió hacia ella.

—Sybil, será mejor que me lo cuentes todo ahora. ¿Qué le ha pasado a mi chica fogosa? Me da esperanza saber que él te mantiene bajo vigilancia. Eso debe significar que algo de ti aún existe.

Sibyl miró fijamente las llamas mientras hablaba.

—Fenwick me persiguió y luego me trajo aquí como su cautiva. Se ganó la lealtad de todos construyéndoles nuevas casas, por lo que todos ignoraron mis gritos de matrimonio forzado cuando hizo que el padre Reynard nos casara.

Aún no había mentido.

—¿No has visto la dureza con la que tu padre me habla ahora? Creo que todos los aldeanos aún me odian por la destrucción de junio. Y mira este trozo de tela que tengo en la cabeza. Milord marido insiste en que muestre mi pelo cortado para que todos lo vean.

Edith le agarró la mano y le dio una palmadita, como si quisiera consolarla.

—Sin duda, con esto pretende humillarte.

Ni siquiera la penumbra de la cabaña pudo ocultar el pequeño destello de satisfacción en los ojos de la chica.

Sibyl bajó la cabeza, incapaz de mirarla. La única razón que se le ocurría para explicar el placer de Edith ante aquella historia era que pensaba utilizar la humillación de Sibyl para tranquilizarla y entregarla, una vez más, a la custodia de Miles. La necesidad de marcharse, de alejarse lo más posible de Edith, empujaba a Sibyl con fuerza.

—Debo irme. Si tu padre revela que he abandonado las murallas de Lacy, no puedo decir qué me sucederá.

Edith emitió un pequeño sonido.

—¿Tu marido también te golpea? Esto es imposible. Pensaba que, al volver a casa, te encontraría de nuevo como dueña de Lacy.

Sibyl le lanzó una rápida mirada de incredulidad.

—¿Estabas ciega en noviembre, Edith? ¿No viste a Fenwick? Es un gigante. Te dije que no podía controlarlo, por eso mi desesperada necesidad de escapar antes de casarnos. Él es mi dueño, Edith.

Bajó la cabeza como si hablara de la situación más lamentable del mundo.

—Mi pobre Sybil —dijo la chica—. Cómo me duele el corazón por ti, y también por mí. Si me quedo, creo que sufriré tu mismo destino. Maldito sea mi padre. Quiere controlarme cuando estoy harta de que los hombres no solo me digan lo que tengo que hacer, sino que me obliguen a hacerlo.

Con un sonido agudo de irritación, Edith se giró en su taburete y entrelazó las manos sobre las rodillas.

—Qué tonta fui al pensar que podría volver a casa.

Sibyl no pudo evitarlo. El hábito era demasiado antiguo como para resistirse: tenía que intentar salvar a Edith.

—Pero has vuelto a casa —dijo—. Si lo has hecho, debe ser porque quieres estar aquí. Quizá, si trabajas duro y le demuestras a tu padre lo diferente que eres ahora, volverás a ser bienvenida.

Edith le dedicó a su señora una breve pero radiante sonrisa. La luz del fuego brillaba en su impecable piel y dibujaba suaves sombras a lo largo de sus rasgos.

—¿Y si no soy diferente? ¿Sabes que, de vez en cuando, durante mi ausencia, me convencía a mí misma de que me habría ido mejor si me hubiera casado con uno de los muchachos de aquí?

Por supuesto, cada vez que se me pasaba por la cabeza, me daba cuenta de lo imposible que era.

Sibyl la observó un momento.

—¿Por qué es imposible? ¿Son los muchachos de aquí diferentes a los de cualquier otro pueblo?

Edith se rió.

—No son los muchachos, sino el pueblo. Me aterroriza la idea de caer en la monótona rutina de la vida en Lacy. Trabajar duro durante la primavera y el verano, trabajar aún más duro durante el otoño y luego apretarse el cinturón durante todo el invierno. Cuando termina el invierno, el proceso vuelve a empezar. No es como una lucha libre o un juego de dados, en el que alguien gana y otros pierden. No, esto no es más que una trampa que encierra el cuerpo en un trabajo pesado sin fin.

Donde Edith veía trabajo pesado, Sibyl veía las tareas y obligaciones que daban estabilidad y sentido a su vida. Cada año, en Navidad, celebraba el triunfo de la vida y la salud, del hogar y la familia. La celebración del año pasado había sido mejor que ninguna otra, porque también celebró el amor que había descubierto en su marido.

Bajó la mirada hacia su mano y el anillo de oro que llevaba, y luego volvió a mirar a Edith.

—Si no querías volver a casa, ¿por qué regresaste?

—Por desgracia, cuando me fui de Harcourt, no se me ocurrió ningún otro lugar al que ir —dijo con ironía—. Ahora que estoy aquí, ¿sabes lo que veo?

Edith levantó una mano para señalar la casa de Thomas.

—No, ¿qué?

Sibyl miró alrededor de la estancia en penumbra. No era muy diferente del granero que ella y Godwin utilizaban como salón, salvo por el tamaño. Había la misma capa de juncos cubriendo el suelo, las mismas paredes enlucidas y pintadas. Incluso los calderos sobre las piedras de la chimenea eran similares.

—Paja sucia, suelos embarrados y pobreza —enumeró Edith—. Ser la amante de un señor me ha malcriado. Mientras estuve en Harcourt, nunca me pidieron que moviera un dedo, salvo para complacer a mi guardián. Complacerlo me parecía un pequeño precio a pagar por llevar una buena vida.

Le dio una patada a una gallina que picoteaba cerca de sus pies y luego miró a Sibyl.

—Debo reconsiderar mi estancia aquí. Las duras palabras de papá sugieren que me vería rápidamente casada con el más mezquino de todos los muchachos.

—Stephen, hijo de Stephen —murmuró Sibyl.

—¡Estás bromeando! ¿El hijo de la loca Muriel? —gritó Edith, sorprendida.

Podría haberlo imaginado, pero jamás habría creído que su padre llegara tan lejos.

Sibyl se encogió de hombros con impotencia.

—Eso es lo que me dijo. Cree que Stephen es un buen granjero, adecuado para trabajar tus campos de dote. Thomas dijo que ninguno de los otros muchachos de aquí te querría. Has hecho daño a demasiados de ellos, Edith.

El hermoso rostro de la plebeya se endureció hasta convertirse en la desconocida que Sibyl había descubierto en el camino al salir de Beamont.

—Miente. Es la forma que tiene papá de humillarme, igual que hace tu señor contigo. Si quisiera a cualquiera de esos chicos asquerosos y llenos de piojos, podría hacer que vinieran arrastrándose a mí, incluso a pesar de las objeciones de sus madres.

Pero ¿por qué los querría? Esta es una vida dura y sucia, Sybil, y no me someteré a ella. Tampoco deberías hacerlo tú.

Las últimas palabras de Edith golpearon a Sibyl como una daga clavándose en lo más profundo de su corazón. Ahí estaba: la invitación que Godwin creía que Edith había sido enviada a entregar. Sibyl cerró los ojos, sin querer ver en qué se había convertido la chica a la que amaba.

—¿Qué otra opción tengo? —preguntó con voz llena de desesperanza.

El taburete de Edith crujió cuando se inclinó hacia ella.

—Yo digo que volvamos a huir, como hicimos antes.

Edith volvería a hacer lo que había hecho en noviembre: vender a su amiga a Miles. ¿Qué precio le habría arrancado al noble esta vez? Sibyl no quería que eso sucediera por nada del mundo.

—No seas tonta, Edith. Si huyo, milord solo me perseguirá. Esto no significa que debas acompañarme en mi prisión. Huye ahora, Edith. Vive libre por mí.

Deseó que Edith se marchara en ese mismo instante, antes de que pronunciara las palabras de traición.

—Lo haré, pero no te dejaré atrapada aquí —replicó ella—. Sabes, Miles todavía te quiere, Sybil.

Una vez más, Godwin tenía razón. Sibyl abrió lentamente los ojos.

—¿Me odias tanto? ¿No dijiste que quería encadenarme como a un perro?

Edith negó con la cabeza con indiferencia.

—Era mentira, para alejarte de él, Sybil. No quería compartirlo contigo. Pero ahora eres diferente. Sí, si él ve a la mujer humilde que yo veo ante mí en este momento, estará muy contento.

El rostro de Edith se llenó de una emoción ensayada.

—Pero Sybil, ¡aquí tienes tu respuesta! —exclamó—. Con tu marido acabado, puedes volver a ser quien eras. Sí, y después de que Miles te haya convertido en viuda, podrás volverte contra él y acabar con él. Para todo el mundo, no habrás hecho más que vengar a tu difunto marido. Entonces tendrás a Lacy, tal y como siempre has soñado.

Sibyl tragó saliva. La idea de Godwin, frío y quieto en su tumba, se le clavó en la garganta. Luchó por mantener la voz firme.

—Edith, creía que querías a Miles. ¿Cómo puedes hablar de su muerte?

La chica más pequeña hizo un gesto con la mano, como restando importancia a sus propias palabras, pero no pudo ocultar el dolor que brilló en sus ojos.

—Miles ha terminado conmigo, así que ¿por qué debería importarme lo que le pase? —Entonces apoyó la mano en la mejilla de Sibyl—. Ahora, dime si deseas que organice un encuentro entre tú y Miles.

—Sí —respondió al fin Sibyl—, creo que debes hacerlo. Fíjalo para dentro de cinco días, porque ese día milord partirá de Lacy por un asunto privado.

Le costó un gran esfuerzo sacar las palabras de la boca.

—Ja, pero mira cómo voy a fastidiar a mi padre también —rió Edith con desdén—. Dejaré que el hijo de Mad Muriel gane unas monedas llevando ese mensaje por mí, en lugar de la esposa que papá le daría. ¿Tu señor te deja ocuparte de los males del pueblo como solías hacer?

Ante el asentimiento de Sibyl, continuó:

—Bien, cuando tenga la respuesta, me pondré enferma y papá te llamará.

Sibyl se levantó de un salto, incapaz de soportar ni un momento más por miedo a romper a llorar.

—No puedo quedarme más tiempo —dijo—. Debo escapar.

Otra verdad, aunque seguro que no la que Edith leería en sus palabras.

—Vete a tu salón antes de que alguien se dé cuenta de que has desaparecido —respondió la plebeya—. Deja que los pensamientos de libertad sean el consuelo de tu alma durante los próximos días. Te quiero, Sybil.

Los ojos de Sibyl se llenaron de lágrimas.

—Y yo a ti, Edith.

Dios la ayudara, pero seguía siendo cierto. Con eso, salió corriendo de la casa de Thomas hacia su propio salón, buscando a Godwin, segura de que él la dejaría derramar su dolor sobre su hombro.

Aunque era plena noche, Godwin apenas dormitaba. Se despertó al instante al oír pasos en la escalera y se giró hacia un lado. Las cortinas de la cama estaban abiertas, recogidas a un lado, y el resplandor de la vela nocturna era la única luz de la estancia.

La puerta se abrió, dejando entrar una bocanada de aire frío impregnado del perfume de los manzanos y perales en flor. La llama de la vela parpadeó desbocada, proyectando sombras irregulares que treparon por las paredes de piedra. Su esposa entró, precedida por un rayo de luz plateada de la luna. Cerró la puerta y el ambiente se calmó; la llama chisporroteó una vez más antes de volver a consumir tranquilamente la mecha.

Godwin observó cómo Sibyl se desabrochaba el cinturón y luego se despojaba de sus holgadas túnicas. Ahora que la comprendía mejor, aceptaba su necesidad de esas prendas sin forma. Sibyl no toleraba ataduras de ningún tipo, ni siquiera los cordones ajustados de una túnica. El hecho de que hubiera elegido unirse a él tan estrechamente seguía sorprendiéndolo. No es que le importara. Una esposa que se unía solo a él y le juraba amor hasta el final de sus días era más satisfactoria que cualquier sueño. Ella se

lo había ofrecido libremente; él nunca se lo había pedido. Sonrió. Tal era la naturaleza de Sibyl: cuanto menos le exigía, más le daba.

Sin la camisa, su pálida piel brillaba como el marfil bajo el amarillo temblor de la vela. La luz suave dibujaba sombras juguetonas a lo largo del contorno femenino de sus pechos. En lo más profundo de su ser, la parte de él que nunca dejaba de desearla respondió a la visión. Se incorporó sobre un antebrazo para apreciar mejor la esbelta figura de su esposa.

Ella se inclinó para acariciar a Roia. Godwin oyó el sordo golpe de la cola de la perra contra el suelo de madera y luego el gruñido satisfecho del animal cuando Sibyl le frotó las orejas. Hacía un mes que Roia había vuelto a buscar descanso en su dormitorio. Godwin no sabía si era porque Leofric había adoptado a los cachorros o porque la vieja perra se había cansado de servir de juguete a tantas criaturas jóvenes.

Cuando Sibyl se enderezó de nuevo, no se unió a él en la cama. En lugar de eso, se volvió hacia la vela y se quedó mirando la llama. La escasa luz bastaba para revelar el dolor grabado en sus rasgos. Al menos, esta vez aquello que la hería no la había arrastrado de nuevo a aquel vacío sin retorno.

—¿Está bien Alexander? —preguntó Godwin en voz baja.

Ella se sobresaltó y se giró hacia él. Sus bonitos ojos estaban oscuros y llenos de aquello que le dolía.

—Sí. Le han cosido la cabeza y tiene moretones de pies a cabeza. Me quedé un rato para vigilarlo. Las primeras horas son las peores en este tipo de lesiones.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Una vez que se recupere, creo que su madre lo volverá a golpear hasta dejarlo morado por haber sucumbido a los retos de los demás e intentar coger un huevo de halcón.

Godwin rió por lo bajo.

—Leofric aceptó su castigo como el hombre que algún día será. Si Alexander está bien, ¿por qué estás tan triste?

Ella le dio la espalda e inclinó la cabeza.

—Ha llegado la respuesta. Está fijado, como habíamos planeado, para mañana al mediodía.

—Ah —murmuró él, más para sí que como respuesta.

No solo le preocupaba que su encuentro con De Harcourt terminara en violencia, sino también la posibilidad de que la hija del

alguacil traicionara a Sibyl por segunda vez.

La contempló un momento. Si hubiera sido posible, habría ido a ver a la hija de Thomas para rogarle que se marchara antes de cometer aquel acto traicionero. El corazón de Sibyl, tan grande que podía albergar a Lacy entero y a todas las almas que vivían allí, se estaba rompiendo porque una de las suyas se disponía a hacerle daño.

Se levantó de la cama con cuidado, y las cuerdas bajo el colchón chirriaron en protesta. Cuando la rodeó con los brazos, con la espalda de ella apoyada en su pecho, Sibyl se amoldó a él, pero apoyó la cabeza contra su hombro, apartando el rostro de su mirada. Eso dejó la esbelta línea de su cuello expuesta a su boca, y Godwin no resistió la necesidad de tocarla. Al presionar los labios contra su garganta, ella levantó la mano para alcanzar su nuca y apoyar los dedos allí. Como siempre, su tacto le hizo cosquillear la piel.

Besó su cuello y luego le susurró al oído:

—¿Me contarás los detalles?

—Ámame primero —le devolvió ella en un susurro—. Necesito sentirte vivo y completo en mis brazos antes de decir lo que debo

decir.

La necesidad de llenar el cuerpo de Sibyl con el suyo eclipsó todo lo demás. Si ella requería de él para aliviar su dolor, él necesitaba que lo deseara como promesa contra el resultado del día siguiente. El entrelazamiento de sus cuerpos los llevaría más allá de la amenaza de De Harcourt y hacia el futuro que él había trazado.

Ella se volvió en sus brazos, sin apartar los dedos de su nuca. Como siempre, esa caricia hizo que todo su cuerpo se estremeciera de deseo. Hasta conocer a Sibyl, nunca había imaginado que un simple toque pudiera ponerlo de rodillas. Era maravilloso; aquella sensación lo devoraba y, Dios mío, había tanto placer en dejarse consumir.

Capítulo 23

—Milord, ¿y si hace algo más que espiar al señor De Harcourt? ¿Y si él lo ve y luchan? Lady Sibyl dice que tiene más fuerzas. Necesita que vaya con usted, milord. —La súplica de Leofric brotó con la fuerza de quien siente el corazón a punto de romperse.

—Mi necesidad es mayor —respondió Sibyl al muchacho—. Debes quedarte para protegerme. —Intentó ponerle una mano en el hombro, pero él, dolido, se apartó.

—Milady, dígale que sin mí no habrá nadie que le cubra las espaldas. —Su voz era sincera y herida.

Sibyl negó con la cabeza.

—Ha tomado una decisión y no puedo hacerle cambiar de opinión.

El sol acababa de salir. Godwin y sus veinte hombres partieron a esa hora temprana, no solo con el pretexto de hacer negocios lejos de Lacy, sino también para ganar tiempo y hallar el escondite adecuado cerca del claro donde se celebraría el encuentro en los bosques del norte.

El señor de Lacy se volvió hacia su escudero.

—Muchacho, hasta que no domines la espada como dominas el arco, no podrás estar a mi lado. Un arquero tiene su utilidad, pero tarda demasiado en recargar, y eso lo hace vulnerable ante un espadachín. No deseo separarme de ti todavía. Acepta mi decisión con dignidad, pues te confío la protección de milady. Es una gran responsabilidad, ya que su vida es la mía.

Godwin ajustó la espada y la vaina sobre la sobrevesta, se metió los guantes en el cinturón y dejó la capucha de malla colgando por la espalda, como acostumbraba. Sibyl se empapó de su imagen como si fuera la última vez: la amplia frente, la línea firme de su nariz, la maravillosa forma de su boca.

Era un pensamiento propio de mujer. Godwin no era un niño, sino un hombre de fuerza y habilidad probadas. Ella lo sabía bien; había sido su compañera de entrenamiento durante los últimos

meses. Además, no había razón para que aquel día terminara en batalla.

Si tan solo pudiera ir armada al claro, podría ser ella quien le cubriera las espaldas. En cambio, su papel en la estratagema la atrapaba en su ropa de todos los días, con solo un cuchillo atado a la pantorrilla como única defensa. La idea de quedarse al margen, impotente, si el día acababa en violencia, la irritaba profundamente.

—Te estoy observando, amor mío, y creo que eres tan mala como Leofric —comentó Godwin, tendiéndole la mano para atraerla hacia él.

—Es este amor mío —replicó ella, apoyándose contra su pecho. El brazo cubierto de acero que la rodeaba atravesaba las capas de sus vestidos hasta llegar a su piel, pero ningún dolor podría haberla hecho apartarse—. Me hace sentir débil y preocupada. Por supuesto, sabes cuánto odio eso, ¿verdad?

—Sí, lo sé —susurró él con una sonrisa, antes de rozar sus labios con los de ella.

Su beso fue lento y suave, desprovisto de la urgencia habitual. Sibyl dejó que sus labios se quedaran pegados a los suyos durante un largo instante, luego dio un paso atrás y le acarició el rostro. Sus

dedos recorrieron la línea de su ceja, el relieve firme del pómulo y la curva limpia de su mandíbula. Él le tomó la mano y acarició con el pulgar el anillo que ella llevaba.

—Eres una criatura preciosa —dijo ella con ternura—. Creo que te llevaré a casa y te tendré como mascota. Ahora vete, antes de que esta despedida me convierta en una mujer débil. Ten cuidado, grandullón. Miles jamás te perdonará si le cargas conmigo durante toda su vida, por muchos momentos que sean.

Él sonrió.

—Nunca le haría eso a otro hombre.

Al oír el único sollozo de frustración de Leofric, Godwin se dirigió hacia la puerta del vestíbulo.

Sibyl y el muchacho se quedaron allí, inmóviles, mirando el portal abierto. El sol se elevaba sobre el horizonte y una luz rosada inundaba el umbral. Un momento después, el señor de Lacy y todos sus hombres —salvo Walter, que vigilaba la puerta— cruzaron el patio al galope.

Cuando el eco de los cascos se desvaneció, Leofric se volvió hacia ella con una mirada desesperada.

—Me ha dejado atrás.

—Sí, a mí también —respondió Sibyl—. Sin mí para protegerle, podría caer.

—Te burlas de mí —murmuró el chico con un leve fruncimiento de ceño.

—No, en absoluto —replicó ella con una sonrisa tranquila—. Es una tontería, pero es lo que siento.

—Yo también. —Pateó los juncos bajo sus pies—. Odio sentirme impotente.

Una vez más, Leofric era el reflejo perfecto de su propio desasosiego.

—Vaya, tú y yo somos iguales —dijo Sibyl, mirándolo con afecto—. Ya que no podemos tener lo que queremos, retirémonos al fuego y enfadémonos juntos.

Una hora antes del mediodía, Sibyl caminaba inquieta por el salón vacío mientras los perros ladraban y perseguían las faldas de su

vestido. Se detuvo en la puerta. Leofric estaba cerca, con la espada en la mano, practicando sus posturas justo fuera del salón.

Sibyl levantó la vista con frustración, buscando la hora del día en un sol que se movía demasiado despacio. El astro, oculto tras una gran nube blanca que el viento empujaba con fuerza, apenas dejaba filtrar su luz. En el cielo, una manada de nubes cruzaba como ovejas dispersas. Ella cerró los ojos y apoyó la frente contra el marco de la puerta.

Los sonidos de Lacy se mezclaban a su alrededor: el silbido de la espada de Leofric cortando el aire, el zumbido de las abejas en el huerto, el trino de los pájaros en el bosque, el chirrido de las piedras de molino, el chapoteo del río que reía al correr. Juraría que podía oír crecer la hierba a sus pies.

¿Cómo podía arrastrarse así el día?

—¡Sybil! —La voz frenética de Edith resonó desde la puerta.

Sibyl saltó del umbral y miró. Edith, vestida con su mejor vestido y la capa sobre los hombros, forcejeaba para librarse del agarre de Walter.

—¡No, no me detendrás! —gritaba, propinando patadas y golpes al soldado—. ¡Sybil! ¡Ven a mí, Sybil!

El pánico se apoderó de Sibyl. Edith había llegado demasiado pronto. A su lado, Leofric envainó la espada.

—Déjala entrar, Walter —ordenó Sibyl.

Liberada, Edith corrió hacia ella. El cabello se le escapaba del tocado y el vestido estaba arrugado. Las lágrimas le manchaban el rostro.

—¡Mi padre! —sollozó, histérica, agarrándole las manos—. Sybil, ven ahora mismo. ¡Debes venir a salvar a mi padre!

Sibyl la miró con cautela. La mujer sensual había desaparecido; en su lugar había una niña destrozada por la angustia. Aunque el corazón de Sibyl ansiaba correr, su mente la obligaba a mantener la prudencia. Buscó trampas invisibles en cada gesto.

—¿Qué le ha pasado a Thomas? —preguntó, firme.

—Su padre parecía bien esta mañana cuando vino a desayunar, mi señora —murmuró Leofric en voz baja.

Edith, ajena al comentario del muchacho, estalló en lágrimas.

—¡Oh, Sybil! Creí ser astuta, y ahora Miles tiene a mi padre. Si no vienes al prado sur de inmediato, lo matará. ¡Dios mío, qué he hecho!

Su rostro, distorsionado por el dolor, era casi irreconocible. Sibyl mantuvo la voz serena.

—Creo que será mejor que me lo cuentes todo, Edith. No moveré un pie hasta saber qué has hecho.

Edith levantó la cabeza, los ojos hinchados.

—Intenté usaros contra Miles, igual que él me usó contra vos. Sé que estuvo mal, pero quería vengarme. Cuando dejó de quererme, me entregó a su sobrino. Yo lo amaba, y él me dio como si no fuera más que una camisa vieja.

—¿Y cómo pretendías vengarte con mi ayuda? —preguntó Sibyl, helada.

—¡Pero os lo dije! —gimió Edith—. Miles acabaría con vuestro señor, y vos, viuda, lo mataríais después. Así las dos conseguiríamos lo que deseábamos: vos os quedaríais con Lacy, y yo me vengaría de Miles.

—Sí —repitió Sibyl con una calma que dolía—. Eso dijiste. Y lo decías en serio.

—¿Por qué sigues hablando cuando debemos darnos prisa? —suplicó Edith, tirando de sus manos—. Miles ha tomado a mi padre como rehén. Si no te llevo ante él en un cuarto de hora, lo matará.

—¿Miles no confía en ti? —Sibyl arqueó una ceja.

—No tiene motivos para hacerlo. Sybil, te lo ruego, ven.

Leofric intervino con voz grave:

—Milady, no puedo permitir que vaya sola. Debemos avisar a milord. Aún puede llegar a tiempo para enfrentarse al noble.

Sibyl asintió. —Tienes razón. Él está a unas tres millas del prado sur. Si te apresuras, llegarás antes de que caiga la trampa.

—Enviaré a uno de los mozos de cuadra. Vos id primero; yo os seguiré en cuanto coja mi arco.

No había tiempo para discutir. Leofric giró sobre los talones y corrió hacia el vestíbulo.

Sibyl sujetó el brazo de Edith y la arrastró fuera del patio.

—Walter —ordenó al pasar junto al soldado—, cuando Leofric se haya ido, cierra las puertas y no las abras hasta que yo o mi señor regresemos.

—Sí, milady.

El poni de Leofric cruzó el puente con Hal a lomos, montando a pelo, y Rob, su hermano menor, aferrado a su espalda. Al otro lado,

el pequeño se deslizó al suelo y Hal azuzó al animal. El corcel relinchó y partió a toda velocidad.

Rob, jadeando, corrió hacia el pueblo y llamó a los hijos del herrero para que lo acompañaran. En un instante, los tres muchachos desaparecieron entre las calles.

Edith se soltó de Sibyl. —¡Más rápido, Sybil, o llegaremos tarde! —exclamó, echando a trotar.

Sibyl la siguió con paso rápido. Atravesaron la plaza, donde Dickon, el hijo del alfarero, jugaba con dos niñas mientras vigilaban los gansos. Los niños, curiosos, las siguieron, olvidando sus tareas.

Al llegar al otro extremo del pueblo, Sibyl miró hacia atrás: Leofric no se veía. Dickon, en cambio, se desvió hacia el oeste, corriendo entre los surcos recién arados.

La pradera sur se extendía en lo alto de una colina, rodeada al norte, este y oeste por campos de trigo y, al sur, por el bosque. Desde allí, los niños vigilaban los sembrados, ahuyentando cuervos con piedras. Sibyl y Edith subían entre los setos, sorteando los desniveles hasta alcanzar casi la cima, donde encontraron a John y otro muchacho.

—¿Adónde vais? —preguntó John, haciendo sonar las piedras que llevaba en el puño.

—Al prado sur —respondió Sibyl, como si fuera lo más natural.

—Íbamos a reunirnos con los otros muchachos para comer —dijo él—. Iremos con vos.

—Mejor que no —advirtió ella.

—Debemos hacerlo; tienen nuestro pan y nuestro queso —respondió el chico con una sonrisa.

No tenía sentido ordenarle que se marchara. Cuando vieran hombres armados, se esconderían.

Coronaron juntos la colina. La pradera se abría ante ellos, verde y brillante, salpicada de flores tempranas. Las ovejas pastaban tranquilas y los corderos brincaban con su alegría ingenua.

—Leofric está en aquel roble —dijo John, señalando un árbol enorme cuya horquilla inferior bastaba para sostener a un niño de pie—. Ha venido a protegeros si lo necesitáis.

Sibyl se sobresaltó. ¿Leofric ya está allí? Para haber llegado tan rápido debía de haber cruzado los campos a toda carrera. Pero su voz se quebró al oír lo siguiente:

—El enemigo de vuestro señor tiene al alguacil con ellos. Creo que el viejo Thom ya está muerto. Hay catorce hombres junto al noble y otros veinticinco escondidos en el bosque. Leofric envió a Rob a avisar a milord Lacy. Tened cuidado, milady.

John desapareció entre los arbustos.

El corazón de Sibyl se heló. ¡Jesucristo! Cuando Godwin llegara con sus veinte hombres, Miles lo aplastaría. Pero eso solo ocurriría si alcanzaba a su enemigo antes que ella.

Apresuró el paso hacia el roble. Acelerar la farsa era su única opción: forzaría a Miles a mostrarse antes de tiempo y luego regresaría a Lacy.

—Vaya, Lady Lacy, no puedo expresar lo sorprendido que estoy de verla aquí. —La voz de Miles surgió desde la arboleda, suave como el veneno.

A unos cincuenta metros, avanzaba a caballo con el yelmo puesto, la cota de malla reluciendo bajo la sobrevesta verde. Tras él cabalgaban sus sobrinos y una docena de hombres con armaduras de cuero.

—¿Dónde está mi padre? —gritó Edith, con el francés de una campesina que ha aprendido a fuerza de necesidad.

Miles dio una orden sin mirarla:

—Mostradle a la ramera a su padre.

Un soldado avanzó tirando de una cuerda. Al final, el cuerpo inerte de Thomas arrastraba el césped húmedo.

Edith lanzó un alarido y cayó de rodillas junto a él. Sibyl sintió cómo la ira la devoraba por dentro, pero debía contenerse. Miles debía verla sumisa, no furiosa.

—Gracias a Dios y a sus santos por traerle a mí —dijo, con la voz frágil de una mujer asustada—. Por favor, mi señor, no tengo mucho tiempo. Mi marido ha partido, pero me ha dejado bajo vigilancia. Si no regreso pronto, notarán mi ausencia. Prométame que me ayudará.

Miles se tomó un momento para quitarse el yelmo, aunque dejó la cofia atada alrededor de la cabeza. Las gruesas líneas negras de sus cejas se alzaron lentamente sobre unos ojos igual de oscuros. Había un destello de satisfacción en su mirada. Luego ladeó la cabeza para observarla, con la boca fruncida por el interés. Su vista recorrió cada centímetro de la esbelta figura de Sibyl.

—Casi no la reconozco, milady —comentó con calma—. El matrimonio la ha cambiado.

—Sí, así es —respondió ella con un temblor en la voz, deseando parecer una esposa desesperada—. Oh, milord, he aprendido la lección. Por favor, no me condene más por rechazar tan groseramente sus afectos. Fui arrogante e insufrible. Diga que me perdona.

La satisfacción se acentuó en el rostro de Miles. En contraste con su tez cetrina, su sonrisa brillaba intensamente.

—Milady, ¿quién podría negarse a alguien tan encantadora cuando lo pide con tanta amabilidad? Queda perdonada.

Sibyl se obligó a sonreírle y luego inclinó la cabeza para ocultar su verdadera reacción. ¿De veras Miles la creía tan necia como para olvidar que la había llamado amazona fea? Él tampoco era tan tonto como para haber olvidado sus propios insultos.

—Sois demasiado amable conmigo —murmuró desde su humilde postura—, cuando mi comportamiento anterior hacia vos no justifica vuestra ayuda.

—Ah —dijo el pequeño caballero—, y aquí me encuentro confundido. ¿Cómo cree que puedo ayudarla?

Sibyl levantó la cabeza, el ceño fruncido por una preocupación muy real. No quedaba rastro de la sonrisa anterior en el rostro de

Miles. ¿El mensaje de Edith no le habría contado todo esto?

—Milord, creía que lo sabíais. Deseo liberarme de mi matrimonio. Ojalá hubiera aceptado vuestra oferta el año pasado. Entonces mostrasteis más interés por mí que mi marido.

Miles arqueó una sola ceja.

—¿Le ha llevado todos estos meses tomar esa decisión?

—Hasta que Edith regresó a casa, no tenía ningún aliado a través del cual llegar a vos. Cuando Edith dijo que quizá aún desearíais casaros conmigo, bueno… eso me hizo creer…

Se detuvo al comprender de repente lo que él esperaba: Miles estaba procurando que fuera ella, y no él, quien sugiriera el asesinato y el nuevo matrimonio.

—Pensé que quizá encontraría alguna forma de librarme de mi marido. Entonces seríamos libres para casarnos.

Ya estaba. Lo había dicho. Ahora solo faltaba que él aceptara y luego se retirara a Harcourt. Sibyl deseaba que se diera prisa.

—¿Entonces estás pensando en un asesinato? —preguntó Miles.

Su rostro permanecía impasible, sin mostrar repugnancia, repulsión ni siquiera placer ante la idea de matar a Godwin.

—No —replicó Sibyl, con voz suave y femenina—. No es asesinato cuando se hace en combate.

—Creo que sería un esfuerzo inútil. Tu señor no me aceptará como vasallo después de que acabe con la vida de su hermano. Se dice que, si arañas a un Fenwick, los demás te persiguen como perros de caza.

Lo dijo en tono seco, esquivando de nuevo con cautela cualquier responsabilidad por lo que pudiera suceder.

—¿Me estáis rechazando, milord? —insistió ella.

—Solo espero a que me convenzan. Ya que sois vos quien trama esto, dígame cómo piensa casarse conmigo si su señor no me quiere.

La respuesta le cayó como un rayo.

—Durante todo el invierno pasado, Lacy ha sido acosada por ladrones. Pensábamos que se habían marchado, ya que no ha habido ataques desde Pascua. ¿Y si no es así y mi marido se encuentra con ellos un día mientras caza? ¿Quién podría culparle por lo que hayan hecho los ladrones?

Miles la observó en silencio durante un largo momento y luego una sonrisa lenta se extendió por su estrecho rostro.

—Vaya, hoy sí que es un día de sorpresas.

Se giró en la silla de montar para mirar a la mujer que había sido su amante en los últimos meses. Edith estaba sentada en el suelo, con la cabeza de su padre acunada en el regazo, meciéndolo mientras lloraba sobre él.

—Así que, ramera, ¿qué ganas tú con esto?

Cuando Edith no respondió, Miles señaló con la cabeza al hombre que había sujetado la cuerda de Thomas.

—Haz que responda.

El soldado estiró la pierna y golpeó a Edith en la cabeza sin demasiada delicadeza.

—Responde a milord Miles, zorra —ordenó en inglés.

La muchacha alzó la vista, aturdida. Sibyl cambió el peso de un pie a otro. Aquello estaba tardando demasiado. Deseó que Edith hablara de una vez.

—Perdonad, no estaba prestando atención. ¿Qué me preguntabais, milord?

Su excelente francés y la humildad abyecta de su voz sorprendieron a Sibyl.

—¿Qué ganas tú con esto, preciosa? —se burló Miles—. Todavía no te he visto hacer nada que no te beneficie de alguna forma.

Miles no mostraba señal alguna de haber sentido nunca afecto por Edith.

—Nada, milord —logró responder ella al fin.

—Es cierto, milord —añadió Sibyl, con la esperanza de acelerar las cosas—. Edith y yo hemos sido íntimas desde que nacimos. Solo hace esto para ayudarme. Tal es el valor de nuestro amor mutuo.

Miles volvió a posar en ella sus vacíos ojos negros.

—Esa criatura no ama a nadie más que a sí misma; no es capaz de más. Esta reunión nuestra me atormenta, lady Lacy. Vuestro señor esposo no ha abandonado Lacy con ninguna excusa en los últimos meses, pero a los cinco días del regreso de la ramera se marcha "por negocios".

La mente de Sibyl se agitó, buscando la explicación adecuada.

—Como he dicho, los ladrones lo han mantenido atrapado aquí. Creyendo que ya se han ido, milord ha ido a hacer lo que no ha podido hacer en los últimos meses.

—Suena bastante plausible —asintió él, moviendo lentamente la cabeza—. Sin embargo, sigo teniendo dudas.

Una chispa maligna brilló en sus ojos.

—Tengo una idea. ¿Por qué no esperamos aquí hasta pasada la hora de mediodía? Así estaré seguro.

—¿Seguro de qué? —Sibyl apretó los puños para no gritar.

—De que su marido no me espera en nuestro lugar de encuentro. Es muy sencillo. Si no está allí, no podrá volver a las puertas de Lacy en su búsqueda cuando no aparezca.

Su sonrisa era la del mismísimo diablo.

Sibyl tuvo que emplear todas sus fuerzas para contener un grito de desesperación. Miles los tenía en su poder. Godwin vendría a buscarla con su pequeña tropa y moriría.

—Osbert, creo que hemos capturado a otra rehén —dijo Miles, alzando las cejas con rapidez—. ¿Cuánto apuestas a que la repentina palidez de lady Lacy significa que su marido vendrá enseguida?

—Vaya, tío, creo que tienes razón —rio uno de los hombres de cota de malla.

El caballero espoleó su caballo hacia adelante y lo detuvo justo delante de Sibyl. Ella parpadeó para ocultar su dolor y mostrarse como una mujer temerosa. Su única esperanza era engañarlos hasta que bajaran la guardia, rezando para que, cuando llegara el momento de actuar, pudiera ser de alguna utilidad para su marido. Ojalá tuviera su espada y su cota de malla.

Bajo el yelmo y la cofia, el caballero dejaba ver lo suficiente como para sugerir cierto parecido con su tío en la tez oscura y los ojos negros. Sin embargo, en lugar de ser pequeño y delgado, era casi tan alto como ella y tenía unos hombros poderosos. Su mirada la recorrió igual que había hecho Miles.

—Bueno, tío, ¿por qué me dijiste que era una criatura fea? Creo que no me importará acostarme con ella.

Los ojos de Sibyl se abrieron de par en par.

—Sí, creo que disfrutaré consolándote en tu dolor, pobre viuda en la que pronto te convertirás —prosiguió Osbert—. Si el orgullo de tu señor feudal nunca le permitiría aceptar a mi querido tío como vasallo, su sentido común no le impedirá unir nuestras casas. Seré

un sustituto aceptable, sobre todo porque me darás un hijo que será heredero de Lacy.

Tuvo incluso el descaro de guiñarle un ojo.

—No tendrás que preocuparte demasiado por complacerme. Soy un hombre sencillo. Atad a una mujer a mi cama y seré feliz, ¿no es cierto, ramera? —arrojó la pregunta a Edith.

—Sí, milord —respondió la chica con un temblor en la voz.

Una vez más, Miles se giró en la silla de montar para mirar a Edith.

—Mi amor, quizá me ocupe de que recibas las monedas que te prometí en noviembre. Lo has hecho mucho mejor de lo que esperaba.

—No quiero monedas, milord —dijo Edith, con la cabeza gacha —. Os he complacido. Esa es recompensa suficiente.

—Necesitas las monedas. Una traidora como tú no puede sobrevivir sin dinero manchado de sangre. Osbert, por si acaso aparece lord Lacy, lleva a lady Lacy en tu silla de montar. Su marido necesitará ver que la retenemos.

La mirada de Sibyl recorrió frenéticamente el círculo de hombres hasta que, a fuerza de voluntad, consiguió calmarse. El cuchillo en su pantorrilla le quemaba la piel. Sí, si se mostraba tranquila y dócil, llegaría la oportunidad de causar algún tipo de estrago.

Osbert le tendió la mano. En lugar de luchar, Sibyl la tomó y dejó que la subiera a la silla de montar, acomodándose de lado delante de él. Mientras él ordenaba las riendas, con una correa de cuero a cada lado de su cuerpo, ella se inclinó dócilmente y fijó la mirada en su propia pierna. No le costaría mucho alcanzar el cuchillo, pero una vez que lo tuviera, ¿dónde podría usarlo contra un hombre vestido con cota de malla?

Alzó la cabeza para mirar a su captor. Sus ojos brillaban mientras la contemplaba con una leve sonrisa. Los eslabones de la cota eran demasiado pequeños para que su daga pudiera penetrar en ellos. Sabía que había aberturas bajo cada brazo, pero no serían fáciles de alcanzar, ni una herida allí lo dejaría necesariamente indefenso. Ah, pero si conseguía que se quitara la cofia, su garganta quedaría vulnerable.

Con una sonrisa temblorosa, frunció el ceño en una expresión que esperaba que pareciera de puro terror.

—Estoy muy asustada, milord —susurró—. Decidme que no me haréis daño.

—Si no te resistes, puedo ser amable —replicó él, aunque sus palabras sonaban huecas después de haberla amenazado con atarla a su cama.

—¿Puedo ver vuestro rostro? Si veo la prueba de esa amabilidad en vuestra expresión, me sentiré mucho más tranquila.

Su miedo parecía complacerlo, pues sonrió ampliamente y se quitó el yelmo.

—Desatad mi cofia, milady, y contemplad a vuestro nuevo amo.

La arrogancia de su voz fue como una puñalada en el estómago para Sibyl. La rabia hervía a fuego lento, pero se controló y obedeció sus órdenes. Se aseguró de echar la capucha completamente hacia atrás, dejando al descubierto toda su garganta. Sí, era su amo, pero solo por el momento.

—Ahora, milady, ya que no falta mucho para que nos unamos en matrimonio, ¿por qué no me besas y me pruebas? —rio.

Sibyl negó con la cabeza tímidamente y luego la inclinó como una doncella modesta. Aquella postura humilde ocultaba el movimiento cuidadoso de su mano al alcanzar la daga escondida.

La flecha silbó tan cerca de su nuca que juró que le había afeitado los cabellos de la espalda. Osbert se atragantó y se tambaleó en la silla. La sangre, caliente y húmeda, salpicó la mejilla de Sibyl. El caballo del caballero se alzó sobre las patas traseras al sentir de pronto el peso inerte de su dueño.

Sibyl agarró al instante las riendas, pasó la pierna por encima del cuello del animal y se sentó a horcajadas, con la falda subida sobre los muslos. No sabía si maldecir o bendecir a Leofric.

Miró hacia atrás. La sangre vital de Osbert manaba de la vena desgarrada de su cuello y sus ojos ya se volvían vidriosos al aproximarse la muerte. La empuñadura de la espada estaba a su alcance. Sibyl alabó a Dios cuando la hoja salió con facilidad de la vaina de cuero.

—¡A las armas! —gritó Miles, girando su montura hacia el borde del bosque de donde había llegado el ataque.

Cuando la siguiente flecha esperada no llegó, Miles volvió la cabeza hacia Sibyl y luego miró otra vez hacia los árboles, con los

labios torcidos en una mueca de rabia.

—¡Cogedla!

Sibyl clavó ambos talones en los costados del animal. El movimiento repentino hizo que el cuerpo inerte de Osbert cayera de la silla. Ella levantó la espada y lanzó al caballo, asustado, a toda velocidad contra los soldados que tenía delante. Su acero encontró el del primer hombre. La sorpresa de él, y el hecho de enfrentarse a una mujer, hicieron que su guardia fuera descuidada. El golpe de Sibyl lo lanzó por los aires desde la silla. Bastó esa distracción para abrirle un hueco y escapar del círculo.

—¡Corre, Edith! —gritó en inglés mientras su caballo galopaba hacia el bosque.

—¡Traedla de vuelta, idiotas! —El alarido de Miles era agudo de rabia.

El caballo de Sibyl entró en el bosque por un amplio sendero, pero ella dejó atrás los robles y se internó en la espesura. Detuvo bruscamente al animal, se deslizó fuera de la montura y le golpeó los cuartos traseros con la parte plana de la espada. El caballo partió desbocado, esquivando árboles y matorrales.

Sin dudarlo, Sibyl se lanzó a través de una maraña espesa de acebos y helechos. Altos y de hoja densa, los acebos ofrecían espinas afiladas y también ocultación. Le arrancaron el pañuelo de la cabeza y le arañaron la cara y las manos mientras se abría paso entre ellos. Se agachó al oír los cascos galopar junto al matorral, persiguiendo al corcel fugitivo.

Sonó un crujido a su lado y apareció Dickon. Sibyl lo miró, sorprendida.

—Leofric quiere saber si estáis ilesa, milady.

Solo entonces sus manos comenzaron a temblar al recordar cómo el muchacho había disparado tan cerca de su cuello.

—Por las tetas de nuestra dulce Señora, dile a ese chico que, si sobrevivimos a este día, le arrancaré la piel —siseó, enfadada y asustada.

Dickon sonrió.

—Le diré a Leofric que estáis bien, milady.

Los caballos regresaron y pasaron de nuevo ante su escondite, ahora a un paso más lento.

—No está en el corcel, milord —gritó uno de los hombres.

—¡Maldita sea esa zorra! Le quitaré la vida por la de Osbert —rugió Miles, casi con dolor—. Buscadla a ella y a la ramera en el bosque.

Su voz retumbó por toda la pradera:

—¡Zorra de Lacy, pagarás con tu vida la muerte de Osbert!

—Vaya, vaya… —resonó la profunda voz de Godwin desde el extremo norte del prado—. Mira a quién me encuentro hoy. Una vez más, invades mis tierras intentando robarme a mi esposa. Esta vez, morirás, hombrecillo.

Epílogo

Sibyl salió sigilosamente de su escondite, espada en mano.

—Vete a casa, Dickon. Diles que aquí habrá una batalla y que deben mantenerse alejados.

Se agachó para recoger los dobladillos de su vestido y meterlos por el cinturón. Sin cota de malla ni escudo, estaba atrapada allí, en el bosque, pero si tenía que luchar para defenderse, estaría preparada.

—Sí, milady —murmuró el muchacho, que salió sigilosamente tras ella.

Sibyl se detuvo bajo el roble gigante y miró hacia arriba. Leofric no estaba en la horquilla inferior, sino en una más pequeña, más arriba. La mayor altura le ofrecía una línea de visión clara y,

aunque no era tan amplia como la otra, tenía espacio suficiente para apoyar el pie en el arco y tensar la cuerda.

Miró alrededor del enorme tronco. Su corazón se detuvo y se aferró a la visión de Godwin montado sobre su enorme bestia negra. Llevaba puesto el yelmo, que le ocultaba el rostro. Se sentaba increíblemente erguido en la silla de montar, con su gran espada en la mano, cruzada delante de él.

Con Witasse resoplando y moviéndose nervioso, Godwin entró en la pradera. Los hombres de Lacy se desplegaron en una línea uniforme detrás de él, extendiéndose por todo el prado. Las ovejas balaban y corrían desordenadamente en todas direcciones para evitar a los caballos. Sibyl asintió con la cabeza en señal de aprobación. Godwin pretendía mantener a los hombres de Harcourt al alcance del arco de Leofric. Con una flecha aún clavada en el pobre Osbert, su escudero tenía once más. Si Leofric acertaba, serían once hombres menos que lucharían. Once de cuarenta dejaban veintinueve contra veinte para Godwin. Mucho mejores probabilidades.

Se tomó un momento para examinar las filas de Miles, buscando a Edith. No había ni rastro de ella. Sibyl elevó una breve

plegaria al cielo, no solo por la muchacha y por su propio marido, sino también para que Edith no hubiera sido asesinada.

Cuando Godwin se encontraba a menos de cinco metros de Miles, De Harcourt levantó la mano. Un hombre tocó un cuerno para dar la alarma y el resto cargó. Los hombres de De Harcourt gritaron a pleno pulmón mientras se lanzaban a la batalla. Los soldados de Godwin se unieron a los gritos, cabalgando valientemente hacia delante para rodear al enemigo.

Alguien agarró la mano de Sibyl. Ella se soltó, levantando a medias la espada, antes de ver que era John.

—Ven y ponte frente a mí, junto al camino. Veremos si podemos impedir que algunos lleguen al prado —ordenó.

Ella miró hacia arriba, con la intención de gritar una advertencia a Leofric, pero el chico ya se había dado la vuelta. Apuntaba con su arco hacia la zona abierta por la que tendrían que pasar los hombres ocultos si elegían ese camino. John y ella se agacharon a ambos lados del amplio camino, la ruta más segura para salir del bosque a caballo.

Apareció su primer enemigo, trotando con cuidado entre los árboles cercanos, con la mirada fija en la pradera y no en la

vegetación que lo rodeaba. Sibyl se levantó con la espada lista. Aunque su pecho estaba bien protegido con cuero acolchado, su pierna no lo estaba. Con todas sus fuerzas, clavó la espada en el costado del caballo, aplastando la parte inferior de la pierna del soldado para incapacitarlo al tiempo que le rompía las costillas a su montura.

Otro hombre a caballo, no tan cauteloso como el primero, galopó hacia ellos mientras el caballo herido se daba la vuelta, relinchando de dolor. Los animales chocaron y el jinete que se acercaba cayó de cabeza y quedó inmóvil en el camino. Sibyl corrió hacia adelante para asegurarse de que el soldado no pudiera luchar, pero la caída había hecho su trabajo por ella. Tenía el cuello roto.

Otro se acercó, gritando mientras cabalgaba. John le lanzó una piedra de buen tamaño que le golpeó en la cabeza y le desvió el yelmo. La sangre brotó de su nariz rota mientras se desplomaba sin fuerzas en la silla de montar.

Su caballo se detuvo y se quedó temblando de miedo. Sibyl corrió a liberar uno de los pies del soldado del estribo y luego lo empujó de su montura. Cuando cayó al suelo, ella terminó lo que el muchacho había empezado.

Tres de los veinticinco que se escondían. Otro salió del bosque con una flecha en el hombro.

El grito aterrorizado de un niño resonó desde el borde del bosque, y el sonido se interrumpió con una terrible finalidad. Sibyl echó la cabeza hacia atrás, desesperada. El peso de todo aquello la sumió en su terrible calma. Lo único que vivía ahora en ella era el deseo de matar a Miles y a sus hombres por lo que un niño había sacrificado. Caminó a grandes zancadas por el sendero hacia el campo.

La suave pradera estaba llena de hombres, algunos a caballo, otros a pie, otros boca arriba para siempre. Las ovejas balaban, las espadas chocaban, Witasse gritaba de rabia. Los gritos de los hombres se mezclaban con los gemidos de los heridos.

Ahora eran quince de los suyos contra veintiocho de Miles. Desde arriba voló otra flecha. Un hombre se arqueó y cayó, y no se levantó. En el extremo más alejado del campo de batalla, Witasse se levantó sobre sus cuartos traseros. Godwin había desmontado para permitir que el caballo actuara en su propia defensa. La gran bestia arremetió con furia provocada por la sangre, pisoteando bajo sus

cascos a quienes intentaban capturar al costoso corcel. Rugió hacia otro grupo de guerreros y los hombres se dispersaron.

Alfred estaba frente a ella, rodeado por tres enemigos, y la muerte era inevitable si no le ayudaba. Sibyl blandió su espada. Uno de sus enemigos perdió un brazo. Ella giró tras ese golpe para lanzar el siguiente, levantando la espada mientras se daba la vuelta y clavando la hoja en la espalda desprotegida del segundo oponente. Alfred acabó con el último.

Sibyl se dirigió hacia el siguiente grupo de soldados.

—¡Milady, no está armada! ¡Deténgase, no siga adelante! —la advirtió Alfred.

Su llamada no le hizo mella.

Sonriendo como un loco, otro simple soldado extendió la mano para agarrarla del brazo. Con el puño cerrado, Sibyl le dio un codazo en el abdomen. Los ojos de él se abrieron como platos por un instante antes de que la espada de ella siguiera el golpe. El hombre cayó al suelo y Alfred se colocó de repente a su lado.

Sibyl vio al hombre responsable de todo aquello. Miles, montado, aunque su caballo no era un arma como lo era Witasse,

cabalgaba entre cinco hombres, maldiciéndolos y animándolos a atacar a aquellos a los que habían rodeado.

«¡A mí!». El grito de su marido desde el centro de aquel círculo rompió su calma. Godwin la necesitaba.

Sibyl corrió hacia su amado, con Alfred luchando por seguirle el ritmo. Su espada cortó la espalda de un hombre a la altura de la cintura. Él cayó hacia atrás sobre sus brazos; ella tropezó bajo su peso. Alfred apartó al hombre de ella. Sibyl luchó por recuperar el equilibrio.

Un soldado se giró para atacar. Sibyl levantó automáticamente el brazo con el escudo, pero estaba vacío. Realizó un bloqueo desesperado, aunque sabía que no desviaría el golpe. El hombre cayó hacia ella. La flecha con punta de acero había atravesado tanto la parte delantera como la trasera de su armadura de cuero y el acolchado que había debajo.

Tres de los hombres de Lacy se habían unido a su señor para formar un círculo de escudos contra el mayor número de Harcourt.

«¡A mí!», gritó Miles, llamando al resto de sus hombres para que vinieran a abrumar a los pocos de Lacy.

Sibyl hizo una mueca de rabia que no podía sentir. Arrancó la daga de la funda de su pierna y se lanzó bajo el golpe de Miles para clavar la hoja bien afilada en el cuello de su caballo. No era diferente a matar un cerdo.

—¡Maldita perra malparida!

Miles la golpeó. A pesar de las sacudidas de su corcel, fue un golpe bien dirigido. Sibyl tropezó en su huida. Alfred la empujó a un lado, recibiendo el golpe que iba dirigido a ella.

Sibyl se puso en pie a toda prisa. Miles estaba en el suelo, con la pierna atrapada bajo su montura. La miró con ira mientras ella levantaba la espada y luego sonrió. Sibyl saltó instintivamente, sin pensarlo.

—¡Tío!

La espada del otro sobrino de Miles cortó el aire donde Sibyl había estado. Una flecha pasó volando junto a él, fallando solo porque su caballo se asustó en ese instante.

Miles se arrastró por debajo de su montura.

—¡Henry, coge a ese arquero! —bramó, cojeando para unirse a los que atacaban al señor de Lacy.

—¡No! —rugió Godwin con toda la fuerza de su voz, pero seguía atrapado en el círculo, con cinco de sus propios hombres formando un anillo de escudos con él contra los diez que los rodeaban—. Defended a Leofric —ordenó a cualquiera de los soldados de Lacy que pudiera hacerlo.

—William, mata a esa zorra —gritó Miles a su sobrino montado.

A diez metros de Sibyl, un hombre se quitó la ballesta de la espalda. Ella corrió hacia él. El soldado se inclinó, colocando el pie en el brazo curvo del arma; su espalda quedó al descubierto. Ella moriría antes de permitir que disparara a Leofric. Las pezuñas desgarraron el césped detrás de ella. Fingió alejarse del arquero. William pasó cabalgando, desconcertado por su rápido y contrario movimiento.

El soldado tenía la flecha en su ranura, el arco a la altura de los ojos, mientras apuntaba al chico en el árbol.

Deslizándose sobre la hierba mojada, Sibyl cambió de dirección y corrió hacia el arquero. Una vez más, William vino a por ella. Oyó la flecha de Leofric zumbando sobre su cabeza al mismo tiempo que veía al arquero soltar el gatillo.

El caballero detrás de ella gritó de dolor. Su grito fue repetido por Leofric cuando la flecha penetró en su cuerpo, derribándolo del árbol. Incapaz de sentir dolor en ese momento, Sibyl vengó la muerte de Leofric matando al arquero y luego corrió de vuelta hacia Godwin. El caballo de William pasó trotando, con su dueño colgando de un estribo. Cuando el cuerpo se giró, vio la flecha que le había atravesado la cara, detenida solo por la parte trasera de su yelmo.

El círculo de hombres que los rodeaba estaba formado solo por Miles y otros siete. Sin embargo, Lacy solo conservaba a dos además de su amado. Su marido la miró desde detrás de su escudo, sobre el que golpeaban tres hombres.

—Un escudo, mi amor, y luego, espalda con espalda —gritó—. Nos mantenemos en pie o caemos juntos.

Ella agarró el escudo que había llevado Alfred. Cuando se dirigió hacia el círculo, uno de los hombres de Harcourt se volvió para atacarla.

—No —gruñó Miles—. Dejad que se una a ellos. La dejaremos para el final y nos divertiremos un poco antes de acabar.

Sibyl encontró su lugar junto a su hombre.

—Usa mi espalda y gira —le dijo Godwin, jadeando por encima del hombro—. Coge al de tu izquierda.

A su orden, ella rodó, levantando la espada con su movimiento más letal. El soldado sostenía su pequeño escudo redondo en alto, esperando el golpe descendente de un hombre. La espada de Sibyl atravesó el cuero y su golpe perdió parte del impacto al chocar contra el acolchado que llevaba debajo, pero aun así encontró piel y huesos que romper. Lo apartó de su espada con una patada.

Godwin había aprovechado su movimiento para ocultar el suyo. Su gran espada voló, chocando primero contra el escudo de un hombre y luego contra el cuello de otro. Uno de los suyos gritó y cayó.

—Otra vez —susurró.

Una vez más, giraron al unísono. Dos hombres más de De Harcourt cayeron.

—Jesús —escupió Miles, lleno de profunda frustración e incredulidad.

Incluso con la pierna herida, era lo suficientemente ágil y hábil como para herir al último de los soldados de Lacy. Solo quedaban el

señor y la señora de Lacy. Miles retrocedió un paso. Sus tres hombres restantes hicieron lo mismo.

Sibyl se giró ligeramente, con los brazos doloridos y el aliento ardiéndole en los pulmones.

—Godwin —susurró—. Te quiero.

Él miró más allá del hombro de Miles, como sorprendido.

—Vivimos —jadeó, con lo que parecía una risa, y retiró su espada.

De Harcourt se preparó para enfrentarse al señor de Lacy, espada contra espada, solo para arquearse con la boca abierta por la sorpresa. Tropezó hacia adelante, girándose instintivamente para enfrentarse a su atacante. La sucia espada de Godwin rugió al descender, y la fuerza de su golpe atravesó la cota de malla y el acolchado.

Miles no emitió ningún sonido al caer, solo se sacudió y jadeó mientras Godwin liberaba su arma de la carne desgarrada y el metal retorcido. Luego quedó inmóvil. Justo detrás de donde había estado Miles estaba Edith. La chica empuñaba una espada de soldado con sus manos temblorosas.

No había tiempo para pensar. Incluso cuando Godwin se volvió hacia dos de los hombres que quedaban, Sibyl se encargó del otro. Las espadas golpearon los escudos un poco más antes de enviar a los hombres a su merecido castigo.

Y entonces todo terminó.

El silencio resultante fue roto por el balido de las ovejas, el resoplido de Witasse y los gemidos y gritos de los heridos. En ese instante, una alondra alzó su voz con la alegría de la primavera.

Godwin se dejó caer al suelo y Sibyl hizo lo mismo, levantando una rodilla temblorosa sobre la que apoyar la cabeza. Sus vestidos estaban empapados de sangre, sus brazos pesaban como el plomo, sus piernas temblaban de agotamiento y le dolían los pulmones. Con el hombro apoyado en la espalda de su marido, podía sentir cómo jadeaba por el esfuerzo. Él cayó de espaldas y quedó tendido en el suelo junto a ella.

Sibyl levantó la cabeza. Edith seguía clavada en el sitio, con la espada colgando ahora de sus dedos. Todo el cuerpo de la chica temblaba y sus ojos marrones estaban muy abiertos por la conmoción y el horror.

—Ha matado a mi padre —murmuró entre dientes—. Ha matado a mi padre.

Sibyl solo pudo asentir con la cabeza. La niña puso los ojos en blanco, se dejó caer al suelo y quedó inmóvil.



—Milord, ¿aún estáis vivo?

Godwin abrió los ojos y vio el rostro sencillo del padre Reynard, con su gran nariz en forma de pico temblando de consternación.

—Sí —respondió, incapaz de añadir nada más.

Desde el comienzo del conflicto hasta su extraordinario final, había mantenido la fe en que sobrevivirían. Ahora que todo había terminado, era incapaz de creer que hubieran triunfado.

Entonces sonrió. Si alguien le hubiera dicho esa mañana que la hija del alguacil salvaría el día, lo habría tachado sin dudar de mentiroso. Su sonrisa se amplió ante su propia incredulidad. No era menos que un milagro.

El sacerdote se volvió hacia Sibyl.

—Milady, ¿habéis sobrevivido?

—Sí.

El sonido fue triste, como si hubiera deseado poder dar otra respuesta. Godwin luchó por incorporarse, con la cota de malla traqueteando por el esfuerzo, para poder mirarla.

—Alabado sea Dios —exclamó el sacerdote, santiguándose con la intensidad de su alivio—. ¿Dónde estáis herida?

—Salvo por unas ampollas, no tengo ninguna herida.

Una vez más, su voz estaba vacía, apagada por la tristeza.

Godwin se quitó los guantes y luego el casco para verla mejor. Sibyl yacía en la hierba, con la cabeza ladeada. Las lágrimas dejaban surcos en la suciedad de su rostro. Estaba cubierta de sangre de la cabeza a los pies y sus mangas colgaban pesadamente de los brazos, empapadas hasta el codo.

Reynard intentó incorporarla.

—Venid rápido, entonces. Estamos llevando a los heridos a la iglesia. Aunque las mujeres del pueblo pueden atender a la mayoría, hay varios que necesitan vuestras habilidades especiales.

—Dejadla, padre —dijo Godwin, apartando al sacerdote de su esposa—. Está agotada y enferma por la batalla.

—Milord, su necesidad es urgente —suplicó el clérigo—. Solo ella puede salvar a los que están más gravemente heridos.

Godwin le dio la espalda y tocó con suavidad la mejilla de Sibyl.

—¿Estás enferma otra vez?

Ella negó con la cabeza, aunque mantuvo el rostro apartado de él.

—Es más fácil, tal y como dijiste. Las muertes que provoqué hoy eran simplemente lo que había que hacer, y eso es todo.

El vacío de su voz lo asustó.

—¿Qué te duele tanto? ¿Acaso no seguimos viviendo y amando?

—Leofric está muerto. Lo vi recibir el flechazo y caer del árbol. Oh, Godwin, tengo el corazón destrozado. He contribuido a su muerte.

—¡Aún no está muerto! —gritó el sacerdote, palideciendo por la agitación—. Milady, debéis venir inmediatamente. El muchacho os

necesita, porque solo vos podéis curarlo. También Alfred y uno de los hijos del herrero. Debéis venir ahora mismo.

Reynard extendió una mano hacia su señora, dispuesto a ayudarla a levantarse si no lo hacía por sí misma.

—¿Leofric vive? —preguntó Sibyl, con una mirada llena de esperanza.

Godwin le ofreció la mano para sostenerla mientras ella se esforzaba por ponerse en pie.

—Llévame con él.

A pesar del brazo del sacerdote alrededor de sus hombros, se tambaleaba por el agotamiento. Godwin le puso la mano en la cadera para estabilizarla. El padre Reynard intentó alejarse, pero Sibyl se apoyó con tanta fuerza en él que el clérigo se balanceó.

—Dadme un momento, padre —murmuró ella, tratando de sacar fuerzas de unas reservas ya agotadas.

—Amor mío, creo que en tu estado actual no le servirás de nada —dijo Godwin, incorporándose con dolorosa lentitud. Le puso las manos en los hombros—. Debes descansar.

—No —gritó ella, liberándose de su agarre como si temiera que intentara detenerla—. Déjame curarlo.

Aquello fue lo que le dio la fuerza que buscaba. A medida que se alejaba, sus pasos se volvían más firmes.

Godwin ofreció a Dios una rápida oración de agradecimiento y añadió el ruego de que Leofric siguiera con vida. Si el niño moría, la culpa devoraría a su esposa viva. Una vez atendidas sus necesidades espirituales, se volvió con la intención de evaluar los daños. Incluso ese simple movimiento lo mareó. Al día siguiente todos los músculos de su cuerpo le dolerían. Había recibido un golpe en la espalda del que estaba seguro que le había roto la piel. No comprendía cómo no le había roto también los huesos. Al igual que todo aquel encuentro, era un milagro, sin duda alguna.

Los hombres de la aldea de Lacy habían llegado al prado. Iban de un cadáver a otro, dándoles la vuelta, buscando rostros conocidos entre los muertos. Walter cruzó el campo a zancadas hacia él.

—Milord, alabado sea Dios. ¡Aún estáis vivo!

—Sí, así es. ¿A quién nos queda?

—He visto a Stephen, Richard y William salir caminando, apoyados en los hombros de un campesino. Philip sigue aturdido, esperando a que lo lleven. Lo mismo ocurre con Gilbert y Anselm, pero ellos también tienen otras lesiones. Vi a Alfred cuando se lo llevaban a la iglesia. Me habló, pero tengo pocas esperanzas de que sobreviva. El resto… —hizo una pausa y alzó los hombros en elocuente gesto—. ¿A cuántos trajo lord Harcourt?

—Unos cuarenta —respondió Godwin, soltando el cordón que sujetaba la capucha metálica a su cabeza. Se la echó hacia atrás, se quitó la gorra que llevaba debajo y se pasó los dedos por el cabello.

—Santo Dios —exclamó el hombre, admirando su victoria—. Alfred me dijo que debía decirle que vuestra señora es una berserker.

Godwin le lanzó una mirada de reojo y recordó la inexpresividad de Sibyl tras la muerte de la aldeana.

—Debería haberlo adivinado. Menos mal que soy su dueño y nunca tendré que enfrentarme a ella, ¿eh, Walter?

—Milord, solo usted podría ser su dueño —respondió Walter, con un suspiro divertido.

—Es cierto.

El señor de Lacy rió en voz baja.

—Poned a la gente a recoger los caballos y a despojar a los hombres de Harcourt de sus armaduras. Este día no solo nos permite seguir viviendo en paz, sino que Lacy es ahora mucho más rica que al amanecer. Tres juegos de cota de malla, grebas y espadas en abundancia, además de un establo lleno de caballos. No ha sido un mal día de trabajo, en mi opinión.

—Sí, milord.

Walter se volvió para organizar a los campesinos en esas tareas.

Godwin se agachó para recoger su espada y se acercó a uno de los últimos hombres que había matado. Mientras utilizaba la túnica del muerto para limpiar bien la hoja antes de enfundarla, la hija del alguacil gimió y recobró el sentido. Se aproximó a ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Milord —dijo ella en voz baja, mirándolo consternada.

Era mucho más hermosa cuando su expresión no estaba empañada por la mirada lasciva de una ramera.

—Hija del alguacil, te debo mi agradecimiento por el éxito de hoy. Gracias a ti, mi esposa y yo seguimos vivos. ¿Me atrevo a decir

lo asombrado que me ha dejado verte correr detrás de tu amante con la espada en ristre? —Sonrió.

De pronto, los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Él mató a mi padre. No podía soportar que también matara a Sybil.

Alzó las manos para cubrirse el rostro. Cuando las bajó, la muchacha hermosa había desaparecido; la puta había ocupado su lugar. Lo miró con curiosidad y su expresión se suavizó con una promesa de placer.

—No pierdas el tiempo —dijo Godwin, suavizando la brusquedad de sus palabras con el recuerdo del amor que aquella chica profesaba a Sibyl.

La mirada sensual se desvaneció y la pequeña mujer le dedicó una sonrisa brillante.

—Bueno, valía la pena intentarlo. Creo que Sybil no fue sincera cuando me habló de su matrimonio con usted, milord.

Él le devolvió la sonrisa.

—Sé que no lo fue.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, y ese gesto le recordó a Godwin al alguacil.

—No sé si estoy contenta o enfadada por eso.

Godwin arqueó las cejas y la observó mientras ella lo estudiaba, con los labios fruncidos mientras valoraba la cuestión. Un momento después, asintió, como si hubiera tomado una decisión.

—Estoy contenta.

—Ahora debes marcharte —dijo él en voz baja.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿No me dejaríais quedar?

—¿Qué hay aquí para ti?

—Nada —respondió la joven, con un alivio casi alegre—. Sí, si me quedo aquí, otra mujer tendrá la vida que yo deseo. Creo que me iré a un lugar mejor que Beamont y encontraré a un señor más amable que me acoja.

Le sonrió, complacida con sus propios pensamientos pecaminosos.

Godwin la observó durante un momento y luego se volvió.

—Walter, busca un buen palafrén para esta mujer, ¿quieres? Necesitará una montura para viajar.

—Milord, gracias —exclamó ella, sorprendida—. No me lo esperaba.

Él negó con la cabeza, rechazando su agradecimiento.

—Me has prestado un gran servicio y, por eso, debo recompensarte.

La chica vaciló, con una expresión de culpa en su hermoso rostro. Por fin dijo:

—No le engañaría, milord, cuando usted solo me ha mostrado amabilidad. Ya me he recompensado a mí misma.

Una prostituta y una ladrona, pero honesta. Godwin sonrió.

—¿De verdad?

Su sonrisa era alegre y sus ojos marrones brillaban con picardía. Por un instante, él vio a la niña viva y traviesa que se había ganado el corazón de Sibyl. Ella se giró el cinturón para mostrar una bolsa pesada.

—Pensé que Osbert y William ya no necesitarían sus monedas. Dejé las que llevaban los demás.

—Quédate con las monedas con mi bendición —repuso él, esforzándose por no reír.

Walter trajo una pequeña yegua, aún equipada con la silla y las bridas de su anterior dueño, y luego la ayudó a montar.

—¿Sabes montar? —preguntó el señor de Lacy.

—No muy bien, pero creo que mejoraré —respondió la chica—. Milord, ¿le daría un mensaje a su esposa de mi parte?

—Con toda mi gratitud.

—Dígale que todavía la amo, pero que no sé cuánto durará este amor mío. Dígale que, si vuelvo a pasar por aquí, bajo ninguna circunstancia debe confiar en lo que le diga —añadió con una sonrisa súbita, maliciosa y alegre—. No soy de las que se pueden confiar.

Esta vez, Godwin sí se rió.

—Vete de mi valle, pequeña ladrona. No toleraré a gente como tú aquí.

Ella seguía sonriendo mientras espoleaba al caballo y se adentraba en el bosque.

Sibyl contempló con satisfacción su abarrotado salón. No solo estaba todo Lacy allí para la cerveza de primavera, sino también los albañiles, junto con lord Coudray y sus hombres, que habían escoltado a los obreros. Una vez terminada la comida, los aldeanos y los sirvientes trabajaron juntos para recoger las mesas. Al día siguiente, Mad Muriel y su hijo comerían estofado de cordero y *brewet* de pato; los perros recibirían los restos del buey y la oveja asados.

—Milady, ha sido una comida realmente deliciosa —comentó lord Coudray, cuya rica voz de barítono hacía que cada frase sonara casi como una canción. Había compartido banco con ella.

Sibyl le sonrió. No cabía duda de que aquel hombre era pariente de Godwin. Tenía el pelo igual de dorado, aunque carecía de los rizos rubios de su marido. El color de sus ojos era de un azul más intenso, su nariz tenía la misma longitud y anchura perfectas, sus pómulos eran altos y la mandíbula igual de fuerte. En definitiva, debería haber sido el más guapo de los dos, si no fuera porque tenía la mitad de la cara desfigurada.

Las cicatrices no podían tener más de un año. La más larga iba desde la parte superior izquierda de la ceja, cruzaba el puente de la nariz, pasaba por debajo del parche que le cubría el ojo derecho y luego se desvanecía hacia la oreja. Una segunda cicatriz, más pequeña, bajaba directamente desde el ojo protegido y se curvaba hacia la comisura de la boca.

Aún un poco impresionada por recibir a un hombre tan auspicioso, Sibyl murmuró en voz baja:

—Me alegro mucho de que lo hayáis disfrutado, señor sheriff.

—Geoff —insistió él, y le sonrió.

Incluso con la cicatriz en la comisura de la boca, era una sonrisa hermosa. Sus dientes eran uniformes y blancos; la curva de sus labios, contagiosa.

—Cualquiera que haga a mi hermano tan feliz como tú no puede andarse con ceremonias.

—No soy feliz —replicó Godwin, dirigiéndose a su hermano por encima de ella—. Vas a ocupar mi cama durante los próximos días, y ella no jugará conmigo en la cama mientras durmamos en el salón.

—Godwin —protestó Sibyl—. ¡Eso es un asunto privado!

Geoff se echó a reír.

—¿Qué te pasa, hijo menor de mi madre? Estás provocando a una mujer peligrosa. Si fuera tú, tendría cuidado con tus palabras.

—Me quiere demasiado como para hacerme daño —le aseguró Godwin.

—Hum —dijo Sibyl, dándole la espalda con fingida dignidad—. No estés tan seguro.

—Milord, ¿puedo ir a sentarme con mis amigos? —preguntó Leofric, colocándose entre ella y Godwin.

Presentaba una imagen extraña, vestido con su nuevo atuendo formal, con el brazo aún en cabestrillo mientras se le curaba el hombro y nada más que barba incipiente en la cabeza.

—Dickon apuesta a que mi cicatriz —inclinó la cabeza para indicar la línea torcida en el cuero cabelludo— es más larga que la de Alexander.

—Sí, ve —concedió Godwin con una sonrisa.

—Todavía no —intervino Nicholas, extendiendo la mano para agarrar al chico por la manga y atraerlo hacia sí.

Leofric miró a Sibyl con preocupación. A pesar de todas sus garantías, el muchacho se esforzaba por evitar a lord Nicholas. Estaba seguro de que su madre había convencido a lord Coudray de que estaba siendo maltratado en Lacy y temía que lo obligaran a marcharse.

—Brindo por ti, Leofric de Freyne. —Con la mano aún aferrada a la manga de Leofric, Nicholas alzó su copa—. Por el bebé del otoño pasado, que ya no está, y por el guerrero que utilizó sus habilidades para proteger a su señor y a su señora, como un caballero noble y leal.

Bebió un trago de cerveza y soltó al muchacho.

Leofric se sonrojó ante el cumplido.

—Gracias, lord Coudray.

—No, yo te doy las gracias a ti, Leofric. Quiero mucho a mi hermano y te agradezco lo que hiciste para ayudarlo. Me alegro de haber sido yo quien te trajera hasta él.

Las mejillas de Leofric se encendieron aún más.

—¿No me llevaréis con vos?

Nicholas frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué iba a hacerlo? Te quedarás aquí hasta que te nombren caballero.

—Mi madre envió mensajes… —comenzó Leofric y luego suspiró, aliviado—. Milord, por favor, decidle a mi madre que estoy bien y feliz aquí. Debe estar tranquila por mí.

—Lo haré. Ahora ve con tus amigos, Leofric.

Godwin se volvió y se sentó a horcajadas en su banco.

—Ven, amor, ahora hay sitio para ti al final. —Le dio una palmadita en el lugar libre, entre sus muslos.

—¿Por qué llevas mensajes a la madre de Leofric? ¿También es tu pupila? —preguntó Sibyl mientras se acomodaba entre las piernas de su marido, con la espalda apoyada en su pecho.

Fue un error. Sentía un cosquilleo en su interior que le sugería que una semana sin hacer el amor era imposible.

De repente, Geoff apretó la mandíbula.

—En cierto modo —respondió con sequedad—. Es consecuencia de ser sheriff. Las viudas embarazadas deben vivir en la sede del condado, bajo la protección del sheriff, hasta que den a luz a sus bebés.

—Ah —dijo Sibyl, con comprensión.

Era una forma lógica de proteger el linaje de un hombre fallecido. No solo resguardaba al heredero no nacido de los familiares intrigantes, sino que también garantizaba que el bebé fuera realmente hijo de su padre y no el hijo de algún campesino comprado para sustituir a un niño nacido muerto.

—Ah, efectivamente —murmuró Geoff—. Rezo para que dé a luz mientras estoy aquí. Es mejor que mi ayudante de sheriff esté a su lado durante el parto que yo. Lady Elyssa tiene una forma de sacarme de quicio que ninguna otra mujer ha logrado igualar.

—¿Así que sigue llenando tu foso de lágrimas? —preguntó Godwin con una risa rápida.

—No, ha dejado de llorar y ahora insiste en entrometerse en mi vida privada.

El comentario mordaz fue seguido de un suspiro de resignación, y los hombros de Geoff se relajaron.

—No debería quejarme tanto. Es una buena mujer, que ha devuelto la voz a Cecilia. Mi hija había perdido el habla desde la muerte de su madre —añadió por el bien de Sibyl.

—¿Lady Elyssa ha hecho eso? —preguntó Godwin, asombrado —. Entonces, ¡qué vergüenza quejarse de ella! ¿O es la envidia lo que te impulsa? Eres tan malo como Robert y no soportas compartir el amor de tu hija. Es maravilloso lo que ha hecho la madre de Leofric. Me partió el corazón ver a mi sobrina muda y tímida el pasado mes de junio, cuando siempre había sido una niña tan alegre. Si no puedes darle las gracias a Lady Elyssa en tu nombre, dáselas en el mío.

—Ya le di las gracias —replicó Geoff—. No me regañes, Godwin. He venido aquí para escapar de mis problemas, no para analizarlos.

—Sí, deja a tu hermano en paz —intervino Sibyl—. ¿Qué clase de anfitrión reprende a su invitado?

Recostó la cabeza sobre el hombro de Godwin, con la mejilla apoyada en su cuello. Él la abrazó con más fuerza y luego alzó los brazos hasta que sus muñecas quedaron debajo de los pechos de ella.

Sibyl respiró hondo. El cosquilleo se convirtió en deseo, y no había nada de débil en ello. Las gaitas chirriaron y los tambores sonaron cuando los músicos anunciaron el primer baile. Hubo un

gran estruendo de pisadas al entrar los bailarines en el centro despejado del salón.

Sibyl se deslizó hacia atrás en el banco todo lo que pudo entre los muslos de Godwin. Su larga túnica se arremolinaba entre las piernas, impidiéndole sentir su miembro contra la espalda baja. Él la sujetó con más fuerza, buscando lo mismo. Una semana era definitivamente demasiado tiempo.

Ella giró la cabeza como para mirar a los bailarines, y su cabello rozó el cuello de Godwin. Ahora era él quien jadeaba.

—Geoff, mi esposa y yo vamos a tomar un poco de aire fresco antes de que empiece el baile —anunció Godwin, con la voz ronca por el deseo.

Sibyl se aclaró la garganta para ocultar su risa. Lo último que quería era aire fresco.

—Sí, me gustaría —dijo, levantándose del banco.

Nicholas dirigió la mirada hacia ella y luego hacia su hermano, con un leve brillo de diversión en los ojos.

—Como quieras.

Godwin le agarró la mano y casi la sacó a rastras del salón.

Afuera, la noche era clara, el cielo estaba lleno de estrellas y la luna menguante ya buscaba su descanso en el horizonte occidental. Los hombres de Nicholas y los soldados de Lacy que no estaban interesados en el baile se habían reunido en el patio. Su hoguera acababa de encenderse, pero los barriles de cerveza ya estaban bien tapados. Los dados traqueteaban en la copa de alguien. Walter gritó al ver a su señor y a su señora.

—¡He ganado! ¡Te dije que no durarían ni un día!

—Callaos —les espetó Godwin mientras él y Sibyl se apresuraban a cruzar el patio—. Esto es un asunto privado.

Sibyl lo detuvo al pie de las escaleras de la torre.

—Godwin, no podemos usar la cama.

—¿Quién anda ahí?

El grito provenía de la esquina del sótano. Arnold, el maestro albañil, apareció con una lámpara en la mano.

—Oh, son ustedes, lord Lacy, milady.

Su brusco gesto con la cabeza apenas la reconocía.

—Esperaba a otra pareja que pensaba esconderse detrás de la pared del sótano para aparearse. Ya he echado a tres.

—Buen trabajo, Arnold —aprobó Godwin—. No queremos fornicadores en Lacy. ¿Qué haces aquí?

—Tomando algunas medidas. No me gustan las frivolidades. Son una pérdida de tiempo.

Se quedó de pie, observándolos como si esperara algo.

—Bueno, entonces —dijo Godwin—, supongo que volveremos al salón y te dejaremos con tu trabajo.

Arnold asintió como si fuera una respuesta adecuada.

—Buenas noches, milord.

Volvió a desaparecer tras la pared.

Sibyl esperó hasta que estuvo fuera del alcance del oído.

—He puesto sábanas limpias en la cama. No podemos usarla —siseó.

—Nunca se dará cuenta, te lo prometo —le susurró Godwin.

La atrajo hacia sí, le quitó el pañuelo de la cabeza y hundió las manos en su cabello. Sus bocas se encontraron en un frenético beso y ella lo rodeó con los brazos. Él bajó una mano para acariciar su pecho, jugando con el pezón con el pulgar. Sibyl apartó la boca de la

suya para besarle el cuello y luego la oreja. Dios mío, lo deseaba en ese mismo instante.

—No está bien abandonar así a nuestro invitado —susurró, tratando de contenerse.

Él la estrechó con fuerza, obligándola a ponerse de puntillas. Sibyl se derritió. Podía sentir su miembro incluso a través de la ropa.

—Una vez y rápido, entonces. Más vale que pongas toda la pasión de una semana en ello. Sigo sin querer jugar a este juego en beneficio de otros.

—Alabado sea Dios —murmuró él, y luego le agarró la mano.

Subieron corriendo las escaleras y entraron en su habitación a oscuras. Godwin empujó la puerta, sin tomarse el tiempo de comprobar si quedaba bien cerrada.

Los cordones volaron y las ropas fueron desechadas en un tiempo récord. Él la estrechó contra sí y cayeron sobre la cama. Las cuerdas chirriaron y los postes crujieron. El pie de la cama protestó.

Su boca le quemaba el cuello; los dedos de ella dibujaban líneas en su nuca. Cuando él le agarró el pecho, Sibyl le besó la oreja. Ella abrió los muslos y él la penetró con una embestida rápida

y maravillosa. Sibyl se arqueó debajo de su peso, envolviéndole la cintura con las piernas.

Él se incorporó sobre los codos para no aplastarla. Esta vez no. Ella lo rodeó por el cuello, obligándolo a besarla. Su beso exigía que él la tomara con toda su fuerza. Godwin gimió contra su boca y volvió a empujar. El placer explotó en ella.

La cama se balanceó, pero Sibyl estaba demasiado sumida en su propia pasión como para darse cuenta. Liberó su boca y le besó el cuello mientras sus talones, clavados en las nalgas de él, lo impulsaban a moverse una y otra vez. Un chirrido extraño resonó en la habitación.

Godwin jadeó mientras ella gritaba. Con los pies apoyados contra el extremo de la cama, se entregó a ella, empujando con todas sus fuerzas. Y dio una patada al pie de la cama.

Las cuerdas se rompieron y el extremo del colchón se desplomó sobre el suelo. Los postes golpearon contra la pared y las barras de las cortinas se vinieron abajo. El cabecero comenzó a caer sobre ellos, pero se detuvo, sostenido en el aire por las barras caídas. Sin el apoyo del pie de cama, los laterales cedieron y quedaron atrapados en el colchón hundido.

—¡María, Madre de Dios! —gritó Sibyl, con la voz amortiguada por las cortinas que los cubrían—. ¡Has roto la cama!

Godwin se estremeció con una risa silenciosa.

—Esto no tiene nada de gracioso —protestó Sibyl, levantando la mano para apartarse la tela de la cara—. Gran torpe, has roto la cama. ¿Dónde va a dormir tu hermano? Oh, Jesús, ¿cómo se lo vamos a explicar? ¡No puedo creer que hayas roto nuestra cama!

—Oh, Sybil… —empezó él, pero no pudo continuar porque se echó a reír a carcajadas.

Cuando ella emitió un sonido de irritación, él logró contenerse lo suficiente para decir entre jadeos:

—Es culpa de Geoff. La maldita cama es demasiado corta para mí. También es culpa tuya. Por Dios, me vuelves loco.

De repente, a ella también le pareció gracioso. Una pequeña risa se le escapó.

—Creo que tendrán que sacarnos de aquí.

—No. Si me inclino hacia atrás, puedo salir por el extremo. ¡Ya lo tengo! Nos vestiremos y volveremos rápidamente al salón. Cuando

llegue el momento de traer a Geoff aquí, actuaremos como si no tuviéramos ni idea de cómo ha sucedido esto.

—Godwin —dijo Geoff, con voz procedente de la puerta—, eso no puede funcionar. Ya os he pillado.

—No fue idea mía —protestó Sibyl, riendo de verdad—. Yo dije que las sábanas estaban limpias y debían permanecer así.

—¿Cómo? —preguntó Godwin.

—El maestro albañil estaba trabajando cerca de la bodega y oyó un ruido terrible en esta habitación. Corrió al salón para buscarnos a ti o a mí, diciendo que una pareja había utilizado esta estancia. Veo que tenía razón.

—Es culpa tuya. Te dije que la cama era demasiado corta —replicó Godwin—. Ahora vuelve al vestíbulo, hijo mayor de mi madre. Volveremos en cuanto terminemos aquí.

Le sonrió a su esposa.

Sibyl se rió.

—Sí, pero mejor ten paciencia. Puede que tardemos un rato.